

RECUERDOS

DEL

TIEMPO VIEJO

POR

DON JOSÉ ZORRILLA

TOMO II



MADRID

TIPOGRAFÍA GUTENBERG

Calle de Villalar, núm. 5

1882

XXV

EL ÚLTIMO FUEGO DEL HOGAR.

I

GRA por entónces ministro omnipotente Sartorius, y yo había sido amigo de Sartorius ántes de que lo fuera. Fuíme á él, y expúsele mi situacion y la de mi padre en nuestra provincia. Mi padre, hombre de partido y de poder en el suyo, había podido defenderse y ofender, y se había creado amigos y enemigos en el país; dos veces le habían intentado quemar la casa, y muchos años habían estado sus haciendas en manos de quienes sin derecho se las codiciaban: historias de lugareños. Preguntaba un maestro á un chico, examinándole de doctrina: ¿Qué cosa es el infierno?— Es un lugar: respondió el chico. — Basta, hijo, exclamó el maestro.

Sartorius me comprendió; y no olvidando que yo había sido su amigo me trató como á tal, dándome una carta, especie de credencial ó real órden reservada, en la cual me recomendaba á las autoridades de mi provincia para que se pusiesen de mi parte inmediatamente

en la forma y en el caso en que yo su amparo solicitase, constituyéndose él en fiador mio para tales casos si llegaban á acontecer.

Yo iba á un país que no conocía, heredero de una historia que ignoraba y de unas opiniones de las cuales jamás había participado. Al despedirme, me dijo Sartorius:

— Los duelos, Pepe, con pan son ménos: debes de quedar rico.

— No lo sé, le respondí: mi padre me ha pedido siempre y nunca me ha dado.

— Por eso, por ahorrártelo. Consta en los archivos que tu padre recibió seis millones para gastos secretos de policía, y tu padre no los gastó: ahora los encontrarás.

— Te repito que no sé nada; además, yo no he querido nunca el dinero, sino el corazón de mi padre.

Abrazóme Sartorius, despedímonos y partí para Castilla.

La villa de Torquemada, donde radicaron mis bienes paternos, en la provincia de Palencia, no era por aquel tiempo lo que hoy ha hecho de ella el ferro-carril del Norte, que por ella pasa y en ella tiene una estación. Hoy exporta los vinos, los granos y las legumbres de su tierra de primera calidad, tiene casino y gabinete de lectura; sus hijos salen á emplear sus capitales y á utilizar el saber adquirido en escuelas especiales; los hay que se dedican al comercio, y los hay en la Península y en América con fama de honradez y con esperanzas de fortuna. Las locomotoras dejan en pos de sí, con el humo de sus chimeneas, la luz de la civilización y el gérmen del progreso: de lo cual no necesito yo más prueba que la transformación de la vieja villa de Torque-

mada en la actual, y la diferencia de los nietos y los abuelos de sus familias solariegas.

La Torquemada de entónces era un lugaron, y, según el chico á quien el maestro examinaba, el infierno no es más que un lugar. Torquemada no era más que un lugar, es decir, un infierno de chismes, de calumnias, de creencias absurdas y de mezquinas pasiones, que hervían perpétuamente en un cráter de ignorancia, y en aquel lugar me apeé yo de la diligencia de Valladolid y me dirigí desde el arrabal á mi casa, seguido de la curiosa admiracion de todos los desocupados, que pretendían averiguar *cuánto* me dejaba mi padre y *cuánto* podrían sacar de mí por la cara que yo llevaba.

Mi casa era la mejor de la villa y de algunas leguas á la redonda. Mi padre la había reedificado sobre la vieja de mis abuelos, formando en su interior la fábrica nueva y la vieja un ángulo al Poniente y al Mediodía; la prolongacion de cuyas dos líneas encerraban unos extensos corrales (que yo había convertido en jardines para solaz de mi padre) y en donde se gozaba en el invierno de un sol vivificador, y de una temperatura que avanzaba de un mes la madurez de los racimos de las parras y la de los frutales allí por mí trasplantados. Entre los brazos de aquel ángulo y las tapias que cercaban el terreno de mi propiedad, estaban las cuadras, el horno, la troje, el pajar y las bardas; y bajo la fábrica la bodega, donde tenía mi padre el vino del consumo de la familia, mejor elaborado y mejor conservado que el resto de la cosecha; el cual, si no era negro y espeso, no encontraba fácilmente compradores. Era aquel rincón un nido de recuerdos, un manantial de poesía donde se encerraban los de mi madre y la de mis primeros amores; toda la memoria del niño y toda la esperanza

del mozo, que iba á dispersar para siempre el viento de la desventura del hombre.

Mi padre había hecho de aquella casa una especie de fortaleza; sus paredes eran piedra y ladrillo de formidable espesor y de maciza solidez; sus puertas eran fuertes y pesadas, y aseguradas por barras y pasadores de hierro; las tapias de los corrales, de seis metros de altura, no dejaban penetrar en nuestro recinto la indiscrecion de los vecinos, y los balcones de la fachada que daba á la calle habían criado mohó á fuerza de permanecer cerrados. Tenía su exterior tanto de frío, oscuro, triste, carcelario é inquisitorial, cuanto su interior de abrigado, claro, alegre, ventilado y patriarcal; era un paraíso para heredado por el hijo con el amor y la bendición de sus padres; pero era un antro inevitable para el que á heredarle venía como poseedor forzoso, amparado no más por la ley, que no tiene entrañas ni sentimientos, sino derechos.

Un escribano jóven, recién establecido en la villa, y á quien mi padre había con justicia acordado su confianza, me entregó el testamento de mi padre, escrito todo de su puño, y me dió cuantos pormenores le pedí acerca de su vida y de su muerte.

Desde la de mi madre no había recibido en casa más que á él, á quien había fiado sus negocios; á los dos labradores ricos con quienes consultaba su laboreo, y á un primo mio, cirujano, que le ayudaba á soportar el mal humor y los dolores de la podagra de que murió. Cada cuatro ó cinco meses venía á verle un presbítero prebendado de la colegiata de Covarrubias; pasaba con él un día, y se tornaba al lugar de su prebenda sin que nadie del pueblo hubiera podido olfatear la razon de las idas y venidas del tal prebendado.

Otros dos eclesiásticos de Covarrubias, viejos amigos que habían mantenido oculta en las montañas á mi madre durante la primera guerra carlista, vinieron una vez á visitarle, pero no quiso recibirlos; tuvieron que irse á dormir al meson y volverse á Covarrubias sin poderle hablar, y sin que nadie diera tampoco con la razon de semejante repulsa.

Leía mucho, paseaba poco y no recibía mas cartas que las mias, otra de cuándo en cuándo de Madrid, y alguna que otra de Burdeos.

Una noche que los dolores de la gota se le recrudecieron, se hizo aplicar no se sabe qué apósito calmante, y el médico le anunció al día siguiente que estaba en peligro de muerte. Manrique le pidió permiso para avisarme, á lo cual se opuso mi padre diciendo: « No vale la pena; ya le desbaratamos todos sus planes en París á la muerte de su madre; déjele usted en paz. » No quiso confesarse con ninguno de los doce curas de Torquemada, y envió á llamar para ello á un abad ex-claustrado, que, como él retirado, vivía á pocas leguas de distancia; y cumplidos sus deberes de cristiano, con la más estóica indiferencia volvió la cara á la pared y la espalda al mundo, espirando tranquilamente como quien se acuesta á dormir.

Manrique y yo registramos todos los cajones en busca de instruccion, nota, cuenta ó cosa que lo valiera; sólo encontramos siete duros en plata en un saquillo y doscientos cuartos en otro, resto del pago de los obreros de las viñas. En el fondo de uno de los tres cajones del tocador de mi madre hallamos una magnífica repeticion, con el entónces todavía secreto de French, y el nombre en la tapa interior de JOSÉ LORENZO DE LA TORRE. Este señor fué uno de tres españoles hermanos que emigra-

ron á Méjico al emanciparse aquella República del dominio de España. Nuestro Gobierno les pidió un crecido tanto por ciento por la traslacion de sus capitales á la madre patria; los franceses les hicieron saber que nada pagarían si se instalaban en Francia, y lo hicieron en Burdeos. La galería-pasaje de Santa Catalina de aquella ciudad es obra de ellos, y propietarios de la mitad de las casas de una acera de la calle del mismo nombre; conocieron allí á mi padre durante su emigracion. Murió abintestato en Valladolid el D. José Lorenzo; y tratándose de millon y medio de duros, mi padre, como abogado conocedor de las leyes de España, sacó á flote la barca de aquella testamentaria, expuesta á naufragar en el mar sin fondo de nuestra legislacion; los señores Torre, en vista de la negativa de mi padre de recibir los emolumentos que como abogado le correspondían, le hospedaron en su lujosa morada y le regalaron la preciosa repeticion del opulento difunto. Hé aquí por qué hallé yo en un cajon del tocador de mi madre una alhaja tan valiosa. Sus agujas habían marcado las últimas horas de la vida de mi madre; las de la de mi padre no habían llevado cuenta, porque nadie se había atrevido á dar cuerda á la repeticion cuando mi padre no pudo hacer lo. Yo lo hice; la puse en hora y la suspendí como mi padre la tenía en la cabecera de la cama de acero en que habían pasado su última enfermedad y espirado mis padres.

En ella me acosté yo aquella noche, y al son metálico del volante de la repeticion, que me imaginaba yo que me hablaba de mi madre, pasé seis mortales horas de desesperacion y de angustia, dando vueltas á los recuerdos de mi pasado, sondando en vano la vacía profundidad de mi porvenir, y no viendo más que el vacío alrededor de mi existencia.

A la mañana siguiente me encontré tan otro, que me espanté de mí mismo y me pude decir como el portugués: « Eu mesmu me teñu miedo. » En consecuencia, escribí á Gullon que buscase quien concluyera el libro de *María*, que no quería yo continuar; dí parte á los señores Torre, de Burdeos, de la muerte de mi padre, y me encerré en aquel aposento mortuorio á esperar los acontecimientos sólo con las sombras esquivas de mis difuntos padres, no sé hoy decir si invocándolos ó provocándolos.

En cinco días cambiaron completamente mis ideas, perdí cuanta fe y entusiasmo habían sostenido en mi corazón una esperanza perdida, y desde entónces á hoy no he vuelto á abrir espontánea y voluntariamente ninguno de mis libros publicados hasta 1849.

Una tarde sentí pisadas de caballos que á la puerta de mi casa se detenían; una de las criadas me anunció al presbítero Nebreda, de Covarrubias, y al decirle « que pase, » me dije á mí mismo: « Este me trae la clave del misterio y las cuentas de mi padre. »

XXVI



EL presbítero Nebreda era un hombre alto, enjuto y vigoroso, de ojos vivos y escrutadores, de fisonomía móvil é inteligente y de cabeza pequeña, airosamente unida á sus hombros por un cuello récio y flexible, sobre el cual se movía con asombrosa facilidad, como una veleta que, perfectamente equilibrada, obedece á la más leve impulsión del viento más ténue. La movilidad de aquella cabeza, cuyos movimientos seguían los de sus perspicaces ojos, cuya atención llamaba todo lo movable ó sonoro que en su alrededor produjera rumor ó movimiento, revelaban al cazador; la seguridad flexible de sus brazos y piernas, y el aplomo recto con que su busto y dorso se mantenían sobre su cintura, delataban al jinete, y su circunspección acusaba al hombre práctico en los negocios y conocedor del corazón humano: lo de presbítero sólo en él lo mostraba el alzacuello que con su traje de campo traía.

Comprendí yo que vacilaba en exponerme el asunto desagradable que conmigo venía á tratar sin sondar

ántes á un mozo de la corte, cuya fama había llegado á Covarrubias entre las columnas de los periódicos y las noticias absurdas, con las cuales adornan el vulgo la historia de los que conoce por el ruido que Dios les condena á meter con sus mal comprendidos y peor interpretados escritos; y para ahorrarle el trabajo y el resultado de un exámen erróneo bajo erróneos antecedentes preconcebido, tendí mi juego sobre la mesa, diciéndole: «He venido á Torquemada para aceptar, sin discusion y sin restriccion, todos los compromisos contraidos en vida por mi difunto padre. Tienda usted, pues, sus cartas como yo tiendo las mías, y nos ahorraremos tiempo y palabras.»

A pesar de su *trastienda* de clérigo, de campesino y de castellano viejo, su fisonomía dejó claramente traslucir el asombro que le causaba mi franca declaracion; y ¡Dios se lo perdone! temiendo aún una emboscada del mal discípulo de los Jesuitas, me dijo:

— Permítame usted que le entere de lo que se trata.

— Se trata de la honra de mi padre — exclamé interrumpiéndole — y yo, ni en vida ni despues de su muerte, me creo con derecho á juzgar sus acciones; las acepto todas como buenas, y toda responsabilidad que por ellas me quepa. Yo no sé de mi padre sinó que soy su hijo, ni sé de negocios más que lo que él de ellos me ha querido decir; y entre mi padre y yo, no acepto más juez que Dios.

Viniéronsele á Nebreda las lágrimas á los ojos: convirtieron mis palabras en amigo sincero al desconfiado acreedor; y, tendiéndome los brazos, exclamó conmovido:

— Veo que sé yo más que usted de su señor padre y de su casa, y me pongo á su disposicion; tengo poderes y autorizacion para todo.

—¿Cuánto debe mi padre á la Indiana de Covarru-
vias, de quien es usted administrador?

— Tanto... y con esta escritura.

— No está pasada por la contaduría de hipotecas en
el tiempo marcado por la ley — le dije despues de exa-
minarla.

— No — respondió Nebreda — fiamos en la palabra de
su padre de usted para guardarle el secreto; nos lo rogó,
y puede usted comprender que siendo él un notable ju-
risconsulto, sólo á sabiendas por ambas partes puede
haber permanecido tantos años esta escritura sin el re-
quisito que en ella echa usted de ménos. Nunca se nos
ocurrió que pudiera ser un subterfugio ni una *trampa*
legal.

— Repito — le volví á interrumpir — que yo no juz-
go á mi padre; por no aprender á valerme de esos sub-
terfugios, ni hacer esas que se llaman *trampas legales*,
no he querido ser abogado; su escritura de usted es bue-
na para mí si en cambio de esta concesion mia me
hace usted la de la rebaja de los intereses que mi padre
no haya pagado.

— Está hecha — dijo Nebreda.

— Pues ya que no somos acreedor y deudor, hable-
mos como amigos y quédese usted unos días de hués-
ped mio.

Aceptó el bravo presbítero mi invitacion, y entramos
en pormenores.

Y aquí me creo en el deber, por segunda y última
vez, de pedir al Director, á la Redaccion y á los lecto-
res de *El Imparcial* excusa y benevolencia por concluir
mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO con algunos que sólo
deberán tener cabida en mis *Memorias póstumas*. Hay

pormenores de la vida que no debe nadie contar sino á su prepósteros, pero que yo voy á decir á mis contemporáneos por no poder ya, sin romper el hilo, devanar la madeja de los hechos de mi vida más íntimos, más personales y más desprovistos de interés cuanto más van encarnando en mis días de voluntario aislamiento, de voluntaria expatriacion, y del inconcebible y acaso imperdonable alejamiento en que he vivido veinticinco años de los hombres y de las cosas de mi patria.

Al fin y al cabo, lectores míos benévolos, si los hay que hayan seguido la narracion de mis vulgares casos, mi vida, por mucho que Dios la alargue, será ya breve; y lo mismo da que sepan de mí ciertas cosas algunos días ántes que despues; y como yo he pasado mi inútil vida fuera de mi tiempo y del círculo de la sociedad de mis contemporáneos, es justo que acabe y muera, poeta loco, en el manicomio ó el hospital, para cumplir el castigo de mi egoismo, de cuyo inevitable fin me consuela sólo que despues de mi muerte el vulgo irreflexivo me compare con Cervántes y con Camoëns, con quienes, en verdad y en conciencia, no tendré más semejanza que el pobre fin.

Volvamos, pues, á mi casa de Torquemada en 1849, y á mi conversacion con el tan leal como perspicaz presbítero de Covarrubias. Sólo voy á dar tres ó cuatro pormenores, y á bosquejar dos ó tres escenas anecdóticas y caracteríscas, que conduzcan á mis lectores al epílogo de mis *Recuerdos del tiempo viejo*, y les hagan comprender cómo, si no por qué, volví yo en 1854 la espalda á España, á Europa, á mis creencias y á mi poesía, con el objeto, imposible de alcanzar, de huir y de librarme de mí mismo.

EL PRESBITERO Y YO.

PRESBITERO. — ¿De veras que no ha hallado usted en su casa más que siete duros en plata y un saquillo de cuartos?

Yo. — Ni más ni menos.

EL. — ¿Pero ha mirado usted bien los cajones de los muebles? ¿Ha registrado usted bien la casa?

Yo. — ¡Ay, amigo mio! Yo no soy capaz de descerrar un cajon, ni de levantar un ladrillo para buscar dinero.

EL. — Pues su padre de usted debía tenerlo; no puede haber gastado el con que yo le dejé hace mes y medio.

Yo. — Pues no me deja de él la más mínima indicacion.

EL. — ¿Ha escrito usted á los señores Torre, de Burdeos?

Yo. — Sí, y espero ya su respuesta.

EL. — Entre tanto que ellos le dan á usted luz sobre lo en Francia existente ó pasado, voy yo á dársela á usted sobre lo que sé de esta casa. No há tres meses que vendió su padre de usted una olmeda, avisándome para que viniera á cobrar de su producto una cantidad á cuenta de intereses atrasados. Su padre de usted estaba ya trémulo; y no pudiendo abrir pronto el secreto de un mueble se fió de mí, y yo mismo saqué y conté lo que me dió, dejando en onzas una cantidad donde él mismo la guardaba.

Yo. — ¿Conocerá usted el mueble?

EL. — Sí, estaba en esta habitacion. ¿Se ha deshecho usted de algunos?

Yo. — Aún no han venido por los que he regalado á una parienta, porque algunos recuerdos de mi madre me entristecen demasiado, y he resuelto quitármelos de delante; pero todos están en la sala, que está al cuidado del ama de llaves de mi padre.

Tiré del cordon de la campanilla: presentóse la más jóven de las dos criadas, que con el cachican componían la servidumbre de mi padre, y la pedí las llaves de la sala y de los muebles depositados en ella. Ya creo haber dicho que esta sala y los dos gabinetes que daban á la calle estaban siempre inhabitados y cerrados.

Entramos en la sala, donde en desórden se veían los muebles destinados á mi parienta: una sillería, una cómoda, un tocador tallado, mueble antiguo, pero sólido y de lujo, y un grande armario donde yo había visto en otro tiempo toda la ropa de mi madre. Aquel espejo en que tantas veces se había ella mirado, y aquel armario donde había guardado todas las cosas de su uso personal, y que mi padre había dado en vida, no me importa saber á quién, me eran insoportables á la vista. Poeta fantástico y exaltado por mis pesares, temía que una noche, al pasar con luz por delante de su azogada luna, me presentára la imágen pálida del semblante oval de mi madre, coronado de su riquísima y negra cabellera, ó que alguna vez se me apareciera saltando viva de aquel grande armario que cuando niño me daba miedo.

—Aquí está mi mueble — dijo Nebreda.

Yo le alargué el manojó de llaves. Fuése él derecho al tocador, y al abrir y sacar el cajon del centro, de los tres que tenía debajo el mármol en que apoyaban dos pájaros de talla que sostenían el ovalado espejo, comprendí el fácil y comun secreto en que no había pensado.

Entre los tres cajones grandes había dos secretos, largos y angostos, que saltaban apretando un resorte por un agujero en que encajaba una clavija de bronce. Introdujo Nebreda la clavija, apretó el resorte, saltaron hácia adelante los cajones secretos, y al amarillear las onzas en ellos verticalmente amontonadas, soltó Nebreda las llaves y me dejó libre el paso.

Vació sobre el mármol los dos secretos y díjele:

— Cuente usted, y llévase ese dinero á cuenta.

Contó Nebreda y apiló las monedas con la destreza y rapidez de quien está acostumbrado á manejar caudales, y me dijo sonriendo:

— Quince mil trescientos cincuenta y seis reales, que le hacen á usted falta para vivir aquí como quien es, y para no interrumpir el laboreo de las viñas. A mí me basta de usted la palabra, como me bastó la de su padre.

Volvimos á encerrar el dinero en los secretos; y volviendo á llamar al ama de llaves y á entregárselas todas, nos volvimos el presbítero y yo á mi aposento; donde con un tono y una expresion que jamás se me olvidarán, me dijo Nebreda:

— Perdone usted la pregunta que le voy á hacer. ¿Piensa usted tener en su casa mucho tiempo á esa mujer, y hacer siempre de ella tan absoluta confianza?

— Siempre — le respondí en tono y con expresion que no admitían ni réplica ni duda. — Los que á mi padre sirvieron y los á quienes mi padre quiso, no saldrán de mi casa más que por su propia voluntad, ó cuando con ellos me eche de ella un nuevo propietario ó un inflexible acreedor.

— No seré yo ¡por vida mia! ni nadie á quien yo conozca — exclamó el presbítero, cogiendo y apretando mis manos entre las suyas.

Y faltándonos en esto la luz del día, pedimos la lámpara, y nos pusimos á registrar la biblioteca de mi padre mientras nos disponían la cena. Tal vez el previsor prebendado de Covarrubias hojeaba los libros con la esperanza de dar con algun papel entre sus hojas apelmazadas, ó entre los despegados cartones de sus amarillentos pergaminos.

184
1851
1852
1853
1854

XXVII



OLVIÓSE á su colegiata de Covarrubias el presbítero Nebreda, y pocos días despues llegó de Burdeos la contestacion de los señores de la Torre, que el presbítero y yo habíamos convenido en esperar para cerrar un convenio definitivo. Aquellos tan honrados como opulentos españoles me daban el pésame de la muerte de mi padre por mi carta participada, y me decían que, «no sólo nada debía mi difunto padre á su casa, sino que aquella carta debía ser tenida por mí como finiquito y cancelacion de cuentas, quedando siempre á disposicion del hijo como lo estuvieron á la del padre.» Y por conclusion me anunciaban «que éste había dejado en su poder un grueso paquete sellado, con órden de que me lo entregáran despues de su fallecimiento.» En consecuencia de haber llegado este caso me enviaban el dicho paquete con una persona de toda su confianza, cuyo nombre me daban, y para entenderme con quién me remitían una contraseña, y cuyo

enviado llegaría á Búrgos tal día y se hospedaría en tal fonda, fijándome uno y otra.

Bajé yo á Búrgos, aboquéme con el portador del paquete, díle de él correspondiente recibo, y volvímonos al día siguiente él á Burdeos y yo á Torquemada.

Era el paquete del grueso, tamaño y forma del de una resmilla de papel de cartas de las fábricas de Angulema, lacrado con tres sellos y con un sobre á mi nombre de letra de mi padre. Nunca esperaba yo que éste me dejara valores ni billetes del Banco de Francia en aquel póstumo legado, porque conocía su honradez y estaba convencido de que era incapaz y de que no había tenido ocasiones de atesorar; pero confieso que recordé lo que Sartorius me había dicho en Madrid al despedirme de él, y que abrí el pliego con una emoción que no parecerá extraña á ninguno de mis lectores; confieso, sin embargo, que nunca creí hallar lo que hallé bajo aquel sobre tres veces sellado.

No había más que un documento que probaba irrecusablemente que mi padre había devuelto á S. M. el rey Don Fernando VII ciento setenta mil y pico de duros de los trescientos mil que había recibido para gastos de policía secreta; cuyo documento concluía con esta nota de letra de mi padre, quien sin duda á mí me la dirigía: «Así sirven los buenos vasallos á sus reyes cuando los sirven de buena fe.»

Sartorius tenía razón... y yo también.

El resto del paquete lo componía un manuscrito en cuadernos sueltos y paginados para formar volumen, en el cual pretendía mi padre probar, á vueltas de mucha ciencia universitaria y datos históricos rebuscadísimos, que desde Luis XIV y el tratado de Utrech todo lo hecho era nulo, y que los legítimos herederos de la

corona de España no eran ni el infante D. Carlos María Isidro (Carlos V) y sus herederos, ni la reina doña Isabel II y los suyos, sino los herederos y descendientes de María Teresa de Austria.

Maldito si comprendí yo la cuarta parte de lo que mi padre, como abogado, en su manuscrito decía, ni nada nuevo me enseñó en él que ya no se hubiera dicho respecto á la sustitucion del testamento de Carlos II por el cardenal Portocarrero, etc., etc., etc.; cosas ya perdidas de puro manoseadas; pero mucho ménos comprendí entónces, ni he comprendido hasta hoy, lo que mi padre pretendía de mí dejándome tal trabajo histórico-jurídico en compensacion de sus haciendas hipotecadas, sin dejarme ni una hilacha de lo que mi pobre madre poseyó en vida.

¿Creía tal vez que la publicacion de su libro me sería más lucrativa que la de todos mis tomos de versos? ¿Pensaba acaso que podía yo volverme loco y fanatizarme con la política hasta el punto de hacer propaganda por la casa de Austria contra la de Borbon?

Ante aquel libro se levantó en mi cerebro la más desconsoladora idea y el más desesperado anhelo en mi razon. Mi padre no había estimado en nada mis versos ni mi conducta, cuya clave él sólo tenía, y no había pensado en su emigracion en su hijo, á quien, con justicia ó sin ella, aplaudía toda España haciendo célebre su nombre, por renegar de D. Carlos, á quien había servido, y de doña Isabel, á quien debió su jubilacion, y con ella la tranquilidad de sus tres últimos años. ¡Oh, maldita antisocial y anticristiana política, cuyo fanatismo puede separar en vida á los padres de sus hijos y hacerlos morir sin darse ni pedirse su postrera bendicion!

Ante aquel manuscrito sentí el intento de emplear

los 15.356 reales en descepar mis viñas, y haciendo con sus cepas una inmensa pira en sus corrales, pegar fuego á mi casa encerrándome dentro. Ante aquel manuscrito y de tan despechadas intenciones acosado, me amaneció y escribí á Nebreda.

XXVIII



QUE pasó en mi espíritu en las horas de desesperada vigilia de aquella tristísima noche? Mi alma había sido desde niño un jardín en donde habían profusa y espontáneamente brotado las rosas de la poesía y las siemprevivas de la esperanza; mi alma había siempre alcanzado á ver un giron azul del cielo á través de las nieblas de la duda, cuyas tinieblas jamás me habían cegado y cuya vorágine jamás había podido absorberme; mi carácter había conservado siempre la infantil alegría del niño, en medio de los trabajos y las vicisitudes de la existencia del hombre; habíanse conservado puros, luminosos, los recuerdos de las historias y de las imágenes simbólicas que en mi imaginación había esculpido mi primera educación religiosa; las leyendas bíblicas, las tradiciones legendarias, la espléndida imaginería y las maravillas esculturales de la Edad Media, las vírgenes, los ángeles, todas las piadosas creaciones que habían formado el escenario y las figuras de mi desordenada pero creyente é inspirada

poesía, abandonaron de repente mi alma, dejándome en el corazón y en la cabeza un inmenso vacío; por cuyo espacio, sin luz y sin límites, sentía yo perderse los últimos y vagos sonidos de mis cantares, y los impalpables y fugitivos fantasmas de mis leyendas.

Miré descorazonado dentro de mí mismo, sondeé desesperado el arcano de mi conciencia, interrogué mi pasado... y me encontré solo en el mundo. Yo no había procurado nunca ganar amigos; había vivido siempre, sin sentido práctico, fuera de la sociedad de mi tiempo en el país fantástico de la poesía, y no había querido aceptar las ofertas positivas de Pastor Díaz Pacheco y Donoso cuando habían sido ministros. Luis Gonzalez Brabo, cuando vivía en el núm. 3 de la plazuela de Matute, en cuyo núm. 5 habitaba yo, pasó un día á verme, siendo ministro omnipotente, y me dijo:

— Todos los hombres de letras (con perdon por el galicismo) están empleados en los ministerios y en las bibliotecas; tú sólo no tienes una base de posición para cuando los versos pasen de moda y no te den con qué vivir. ¿Quieres ir de secretario de la legación de París? Martínez de la Rosa, que será tu jefe, tendrá que venir al Senado, y te quedarás dentro de pocos meses de encargo de negocios, interino, en su lugar. ¿Qué dices? me preguntó Brabo viendo que yo, cabizbajo, no le respondía.

— Que no, le contesté resueltamente; y seguí inmediatamente diciéndole: supongamos que Calderon y Lope son niños de escuela para mí, y que mis versos valen más que los de Shakspeare y los de Homero; ¿puedes tú probarme lógicamente que, por haberlos hecho, debo y soy capaz de ir á desempeñar la secretaría de una embajada? Mira, Luis; yo temo que nuestra revolución va á ser infructífera para España por creernos

vanidosamente todos los españoles buenos y aptos para todo, y meternos todos á lo que no sabemos. Yo no sé nada ni sirvo para nada más que para hacer versos; no sé una palabra de derecho internacional, ni tengo maldita la idea de las formas cancillerescas; á la primera dificultad que en mi embajada ocurra, tiro sin querer por la ventana el honor y los intereses de mi patria, y silban en París al encargado de negocios, y se desacredita para siempre el poeta que ha tenido la suerte de ser siempre aplaudido. Busca otra cosa para mí. Encárgame un Romancero, la refundicion del de el Cid, la reivindicacion del rey D. Pedro, el poema de *Granada*, cuyo manuscrito puedo rescatar de *La Publicidad*, en liquidacion; nómbrame cronista legendario de una provincia, de España entera, si quieres, y dame una pension vitalicia para llevar á cabo mi legendario, cuyo trabajo puede durar miéntras me dure la inteligencia, y serviré á mi patria del único modo que puedo serla útil.

Escuchóme á su vez cabizbajo Gonzalez Brabo, y me dijo al fin, encogiéndose de hombros:

— No hay antecedentes, Pepe, de que se haya hecho eso nunca en España con un poeta, y vamos á levantar contra nosotros un *tolle tolle* universal.

— Dios mio, exclamé yo, los antecedentes, los expedientes... las cosas de España...; es decir, que la crítica, el país y el sentido comun callarán y encontrarán bueno que hagas un ridículo embajador de un poeta aceptado como tal, y se levantará España contra el ministro que dé título de poeta-cronista al poeta á quien su nacion reconoce ya como un poeta legendario.

— Pepe mio, me interrumpió Brabo, no se puede vivir en el Parnaso; ten sentido práctico de la vida. Un puesto diplomático te dará una posicion y una carrera,

y una renta que temo que las letras no darán á nadie en España. En tres meses te pondrás al corriente de lo que necesitas saber, y las nueve décimas partes de los españoles tendrán por mejores tus versos cuando los firmes en un palacio de una embajada; si no eres nunca nada más que poeta, tus contemporáneos creerán siempre que cuando tu poesía no te ha valido para ser diputado, embajador ó ministro, es porque ni tú, ni tu poesía lo habeis merecido. En España no tiene nunca importancia más que el que se la da.

— Pues escucha, Luis; yo no tengo conciencia para sentar plaza de secretario de legacion, y temo que otro ministro que venga tras tí me haga pasar por la vergüenza de presentar mi dimision.

— Pues mira, Pepe; no hay antecedentes de que la conciencia y la vergüenza hayan hecho prosperar á nadie en nuestro país, y los hombres como tú no suelen tener dos veces ministros amigos como yo.

Luis Brabo tenía razon, pero yo me quedé en paz con mi conciencia y todavía estoy en mis trece. Aquella noche en que me ví como un pária sobre la tierra, recordé aquella visita y aquella conversacion de Luis Brabo, y no fué el recuerdo que ménos influyó en mi conviccion de que yo había de morir en mi país en el hospital ó en el manicomio, y se apoderó de mí el irresistible anhelo de irme á morir... á otra parte.

Volvió Nebreda: arreglamos el modo de cancelar su crédito, imponiéndole la condicion de que me ayudase á vender secretamente mi hacienda. Hízome reflexiones tan justas como juiciosas en contra; pero cedió ante mi tenaz resolucion. Para desorientar á la malicia perspicaz de los lugareños, comencé á desmontar los solares que había comprado contíguos á mi casa en

vida de mi padre. Efectivamente no se había engañado éste: bajo aquellos escombros de dos metros de altura había mucha piedra labrada, con cuya venta podría indemnizarme de mis gastos, y suficiente material para cercar mi propiedad de una alta y sólida tapia; y conveniendo al pueblo de que iba á establecerme en una morada en la cual tantas mejoras hacía, y tanta seguridad y comodidad me prevenía, compré unos caballos, empecé á ver y cuidar del laboreo de mis viñedos, y un buen día tomé por el páramo el camino de Palencia, capital de mi provincia, que no conocía.

Hospedéme en casa de un antiguo amigo, el vizconde de Villandrando, y mi llegada provocó un curioso incidente.

Súpose mi llegada á Palencia, y los estudiantes se prepararon á darme una serenata, y la compañía dramática una funcion en el teatro. Como mi familia era conocidísima en el país, y yo pasaba por rico en la provincia y por influyente en Madrid, vinieron á visitarme las principales familias palentinas, y entre ellas la de Obejero, jefe del partido progresista.

Fueron los estudiantes y los cómicos á pedir permiso al jefe político para hacerme sus prevenidos obsequios; pero les fué negado el permiso con no muy corteses razones, diciendo que quién era yo para todo aquel ruido; que serenatas no se daban más que á los diputados y altos personajes: que un poeta no era más que un coplero, etc., etc.

Hízole reflexiones el empresario del teatro, que se resignaba mal á perder una buena entrada, y protestaron los estudiantes; pero insistió en su negativa la autoridad, y amoscáronse los estudiantes, y empezó á unírseles la gente caliente de cascos, y tomaron el désaire

como suyo los progresistas por mi amistad con Obejero; y al anochecer se presentó en mi alojamiento el secretario del gobierno político, quien, mozo ilustrado y de muy esmerada educacion, no sabía cómo decirme que lo que le enviaba el jefe á que me dijese era que ensillase mis caballos y me volviera á Torquemada.

Saqué yo tranquilamente de mi cartera la real orden y la carta de Sartorius, díselas á leer al secretario y le rogué que se las llevára á su jefe para que las leyera, y le advirtiése de que yo no renunciaba á mi serenata, y que le hacía responsable de las consecuencias con Sartorius.

A las nueve me dieron la serenata, la gente cantó y gritó alegremente debajo de mis balcones, desde los cuales les dije lo que me ocurrió en prosa y en verso, y todo pasó en adelante con la franqueza y cordialidad más castellanas.

Pero de una de las palabras por el gobernador dichas brotó otro conflicto para mí, mayor que el de tener que renunciar al bombo de una serenata, que me importaba poco, porque yo no he buscado jamás el bombo. Obejero y su partido se empeñaron en sacarme diputado á Cortes en las elecciones que estaban próximas; alegué yo mi ineptitud, insistieron ellos, y advertíles yo que debía partirme á París; atajáronme ellos diciéndome que querían absolutamente presentar un hombre nuevo por candidato: que yo diría cuatro palabras sobre propiedad literaria en una sesion, y que en seguida se me autorizaría para irme á Francia, sustituyéndome el marqués de Albaida, que era su verdadero diputado. Quedamos en esto y volvíme yo á Torquemada, y comenzó Obejero á trabajar en lo convenido; y fuí yo y torné de Torquemada á Palencia siempre que asuntos míos ó invitacio-

nes ajenas á tales idas y venidas me obligaron; y mientras ellos preparaban mi diputacion, preparaba yo mi fuga, y así llegaron las elecciones.

El marqués de Albaida y yo teníamos (segun Obejero me lo escribía) todos los votos del partido; en el supuesto de que yo iba al Congreso, hablaba, se me autorizaba para ir á Francia y el marqués me sustituía, y el partido quedaba tan satisfecho como yo honrado. Pero el marqués de Albaida, que era el hombre de sangre más caliente y de palabra más suelta de toda Castilla, las tuvo tales con el Gobierno y el gobernador que para sacarle del berengenal en que con sus palabras se había metido no hubo más remedio que sacarle diputado único inmediatamente.

Y fuera yo del compromiso y vendida mi hacienda sigilosamente, al fin de una noche pasada en vela apagué con mis lágrimas la lumbre del hogar paterno, me enjugué las últimas con las ropas de aquella cama en que habían muerto mis padres, y sacando por cinturon la trenza de los cabellos de mi madre (que ni quiero ni debo decir cuándo ni cómo me la procuré), y llevando rellenas de onzas las sillas de los caballos que montábamos, al romper el alba de un día frío y húmedo salimos de la que fué mi casa, mi cachican y yo, camino de Covarrubias. Desde allí, pagada á Nebreda la deuda de mi padre y despedido mi criado, con mis caballos y armas vendidos, para Torquemada, me eché yo al mundo solo y desheredado á buscarme por él una vida con la cual no han podido acabar ni las pesadumbres, ni el trabajo, ni las enfermedades, ni las calumnias de la tierra, ni los riesgos de las navegaciones y de las tempestades del mar.

XXIX

EPÍLOGO.



DURANTE los catorce meses que había yo pasado en mi casa de Castilla, habían ocurrido en Madrid muchas novedades, de las cuales apenas tenía yo noticia. Una era la instalacion de un teatro español, con una compañía en la cual trabajaban todos los primeros actores de España: Arjona, Valero, Romeo, Teodora, etc. Se había inaugurado aquel teatro con toda la ostentacion y pretensiones de un templo del arte, que auguraba infalible la regeneracion del teatro para el porvenir. Bajo la proteccion y con la subvencion del Gobierno, y bajo la direccion de los más sábios é inteligentes literatos, iban la flor de los cómicos, los maestros viejos y los genios nuevos á dar á conocer y á infiltrar en el pueblo de Madrid las obras maestras de nuestros buenos autores y el buen gusto literario, extragado por los excesos de los dramaturgos revolucionarios que le habíamos corrompido.

Asistí á una muy esmerada representacion del *Sí de las niñas*, de MORATIN; y por la gente que ví en la sala, por los actores que ví en el escenario, y por lo que ví y

oí en el saloncillo y en los cuartos de los actores, comprendí que aquel suntuoso edificio flaqueaba por sus cimientos, porque lo en él establecido llevaba en su seno el germen de la disolucion. Tratábase sin rebozo de una reaccion clásica, como hoy de una reaccion carlista, y de dar sobre el teatro toda la preponderancia posible á la Academia y á los aspirantes á ella: al elemento estéril de la erudicion académica, que nada produce, pero que aspirando á saberlo todo, todo quiere que la esté sometido; y que atento sólo á las teorías, á las reglas y á la forma, que es el círculo en que su improductivo saber se encierra, quiere coartar, dominar y avasallar al instinto innato, á la inspiracion espontánea, á la facultad creadora del genio que produce las obras, el estudio de las cuales ha producido las reglas. Esta es la consecuencia natural de todas las revoluciones, así literarias como políticas, y éste el procedimiento de todas las reacciones.

Las revoluciones engendradas por el tiempo y traídas naturalmente por las necesidades del progreso impuesto por Dios á la incesante é inatajable marcha de éste, no son tormentas asoladoras, sino tempestades oportunas que purifican la atmósfera y que fecundan la tierra con sus vendavales, que la limpian de brezos y plantas parásitas, y con sus lluvias torrenciales, que la enlaman y la preparan para futura germinacion. Las reacciones cogen la tierra en el vigoroso, rápido y salvaje brote de las semillas germinales, y en la lujuriosa eflorescencia de su aún no podado ramaje; y so pretexto de cultivarle, meten la tijera y el compás de sus reglas, y se empeñan en convertir aquel fértil terreno, de cual podrían hacer una extensa huerta de ubérrima produccion, en un pulido, copiado y versallesco parterre

á lo Luis XIV, adornado de amaneradas estátutas, de mitológicas grutas y de fuentes churriguerescas.

Si las reacciones fueran lógicas, sensatas, imparciales y precavidas, lograrían siempre ser útiles, deseadas y bendecidas; pero como vuelven sañudas y se levantan ciegas sobre las envejecidas, pasadas y ya por sí mismas rendidas revoluciones, no se sirven, por no reconocerlo útil, de nada de lo que crearon y germinaron las revoluciones; y por no querer aceptar ni aprovechar nada de ellas, se convierten á su vez en tan represivas y destructoras como inútiles revolucionarias.

Y así sucedió con nuestra fogosa y desatallentada, pero necesaria y espontánea, revolucion romántica.

Pero veo que divago emitiendo aquí ideas que no son de este lugar; más adelante, y en otro estudio que sobre nuestro teatro pienso *meterme* á escribir y á publicar, volveré á anudar el hilo que aquí dejo cortado, para volver al epílogo de mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO y á mi despedida del teatro, de la corte y de mi patria.

La reaccion clásica no pudo cuajar; el romanticismo había echado de nuestra poesía popular á las divinidades mitológicas, y el tonante Júpiter, el furibundo Márte, la afrodita Vénus, el alípedo Mercurio y demas olímpica compañía, no volverán á tener altares ni templos en la tierra católica de las catedrales de Toledo, Leon y Búrgos, y de los moriscos alcázares de Sevilla, Granada y Córdoba. A los pocos meses, el Ministerio Sartorius, de quien se había colocado una lápida conmemorativa sobre la puerta del teatro del Príncipe, tuvo que convertirla en lápida sepulcral, declarando su teatro en estado de tísisis; y discurrió entregarlo en brazos de los autores dramáticos, para que en ellos y no en los

suyos muriera, dejando de ser teatro nacional y teniendo que pasar á la direccion de un empresario forzosamente especulador, sea actor ó comerciante.

Se creó una Junta para el caso, segun la oficinesca costumbre de nuestro país, y de ella fuí yo nombrado individuo; pero en la primera sesion que tuvimos en casa del Excmo. Sr. D. Antonio Benavides alegué cortésmente mi necesidad de partir para Francia, é hice renuncia y fuí relevado de aquel honorífico cargo.

Levanté mi casa, vendí la mesa sobre la cual había escrito todas mis incorrectas obras dramáticas, envié á mi mujer á Burdeos y me quedé en Madrid una semana para arreglar mis cuentas con la sociedad literaria *La Publicidad*, ya en liquidacion. CÁNDIDO NOCEDAL transigió con ella como abogado mio, y me rescató de ella el manuscrito y la propiedad de lo que llevaba escrito y entregado del poema de Granada en la cantidad de veinte y dos mil reales, que adelantó el honrado librero D. LEON VILLAVERDE, á cuenta del derecho exclusivo de la venta de aquella obra mia en España; de cuya entrega de ejemplares se encargó D. Dionisio Hidalgo, gerente-librero que había sido de *La Publicidad*, y que debía pronto ir á establecer en París una casa-librería en comision.

He dicho esto en este lugar, porque en esta nuestra tierra de los garbanzos y las guitarras, alimento y distraccion nacionales de holgazanes alegres y desocupados difamadores, se ha dado, por supuesto en ausencia mia, que yo había estafado á *La Publicidad*, y que legalmente no me pertenecía ni tenía derecho de propiedad sobre el mi incompleto poema de Granada.

Viven aún Nocedal y Villaverde... y si el tal poema ha quedado incompleto, no es porque tenga sobre sí impedimento alguno legal para salir á luz.

Y aquí concluyen mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, con mi voluntaria, extemporánea, inmotivada é injusta expatriacion, porque nadie me había dado en mi patria motivo para semejante fuga. Mis versos corrían como moneda de buena ley: la Academia me había aceptado por aclamacion, y los Gobiernos me habían ofrecido lo que yo había rehusado con el honor que me había hecho la Academia.

Pero yo tenía por lo visto dentro de mí un espíritu vagabundo, y me fugaba de mi patria como me había fugado del paterno hogar. ¿De quién huía yo?

De mí mismo, de mi inconstante corazon, siempre por mi imaginacion dominado; tal vez, en fin, de mi conciencia; porque yo, que no debo ni mi escasez ni mi falta de amigos más que á mí mismo, á mi falta de sentido práctico y de tacto social, no he andado jamás perseguido más que por mi propia reputacion, y no me ha dado nunca miedo más que mi propia sombra.

Una sola cualidad me resta para creerme con derecho á la benevolencia, si no al respeto, de mis contemporáneos, y es que mi sola vanidad ha sido siempre la de no tener ninguna; la de no tenerme ni darme nunca por superior á nadie; y conociéndome á mí mismo, juzgo á mis obras como muy inferiores á la fama que han alcanzado.

¿Y por qué he escrito yo en *El Imparcial* estos recuerdos, y por qué he hablado yo en ellos por mi propia cuenta, exhibiendo y adelantando en cada renglon mi egoista personalidad?

¿No está esta petulante conducta mia en contradiccion con la modestia de que hago alarde, y con el filosófico conocimiento de mí mismo que acabo de alegar como única cualidad que mi carácter abona?

XXX

DESPUES de haber pasado revista á mis extravagantes lucubraciones literarias, me he puesto muchas veces á considerar cuáles han sido los gérmenes inspiradores de mi descabellada poesía.

¿Por qué, siendo yo un hombre de sencillas costumbres, con los instintos caseros del gato, apegado á mis libros y á mis muebles, no encontrándome jamás á gusto sinó en mi casa, ni escribiendo con comodidad sinó en mi mesa, por qué, me he preguntado, he mudado tantas veces de casa y de clima, y amigo de la quietud he pasado mi vida en perpétuo movimiento?

Muerto mi padre, ya no tenía objeto ni razon de continuar dado exclusivamente á la poesía, que no había sabido devolverme su paterno amor, y que por ello comenzó á inspirarme repulsion y hastío. Me pareció que mi padre se había llevado consigo á la sepultura mi inspiracion, mi fe, mis creencias, mi amor á la patria y mi gratitud á ésta, que me había colmado de aplausos; y que si no me había colmado de honores, y tal vez de riquezas, había sido porque yo volví siempre la espalda y cerré mi puerta á la fortuna.

Podía yo haber empezado mi carrera por ir de secre-

tario de nuestra legacion á París, que era lo que de mí quería Luis Brabo hacer; ¿y quién sabe á lo que, como tantos otros, hubiera yo logrado llegar tomando aquella secretaría por primera posta del viaje de mi porvenir? Es verdad que hubiera probablemente, como tantos otros, sido inútil, oneroso y tal vez perjudicial á mi patria; pero poseería hoy casa propia en Madrid, en lugar de la solariega que vendí en Torquemada, y en ella tendría aquella calma, aquel bienestar y aquella casera é independiente vida, sin la cual he pasado toda la mia, y con la cual he soñado como puede soñar con novios una monja sin vocacion. Porque indudablemente mi fortuna hubiera hecho pasar por buenos servicios mis desatinos diplomáticos, como ha hecho pasar por creaciones mis disparates literarios, lo cual se ha visto más de una vez; y por ahí conocen mis lectores muchas medianías y no pocas nulidades que son estimadas como sustanciosos y perfumados melones de Valencia, sin ser más que calabazas insaboras de Quintanilleja.

En verdad tambien que en tal caso no tendría el cariño y el aplauso popular que ahora me capto por donde voy, ni sería el poeta del hogar del pobre, ni el asombro de las niñeras y el espanto de los chicos en los cuatro primeros días de Noviembre; y no tendría, en fin, por único título el de poeta popular, con el cual algunas veces arrancó lágrimas de compasion á los que bien me quieren, y me las arranca á mí de emocion y de gratitud este mi pueblo español, que se ha encargado por sí mismo de compensar todas mis amarguras y de colmar con su cariño todo el vacío que dejó en mi corazon, toda la soledad en que dejó mi alma el desvío de mi padre, y la oscura, triste y misteriosa historia de la

vida de mi madre, escondida siete años en las montañas, y de la prolongada agonía que tuvo fin en su santa muerte... á la cual no me hizo asistir por mis pecados la justicia de Dios.

Pero no era de esto de lo que yo quería hablar ahora: mi intencion era decir algo de lo que tengo yo para mí que influyó desde muy niño en mi locura, y por consiguiente en mi poesía. ¿Por qué, siendo yo un hombre pacífico y enemigo de quimeras, no me he dedicado á escribir más que de pependencias y cuchilladas? ¿Y por qué, siendo desde chico muy cobarde, no hay en mis escritos más que muertos y desastres, fantasmas y aparecidos, conjuros y evocaciones, que más parecen mis libros tratados de cabalística y demonología que trabajos de hombre social y de buen cristiano?

El diablo y los muertos son los personajes con quienes más habitualmente trata mi musa, que más que una de las nueve compañeras de Apolo tienen trazas de una de las tres Furias compañeras de Pluton. En mi drama del *Alcalde Ronquillo* hace el diablo un papel tan simpático como galan, y en todos mis cuentos y dramas está Lucifer presentado bajo tan halagüeña y poética faz, y tratado por el poeta con tanto mimo como si se tratase de Luzbel el Lucífero ántes de su rebelion, y no del ángel caído enemigo y maldito de Dios.

Los lectores formales de *El Imparcial*, las personas de juicio y no contaminadas con la pasion loca y criminal de la poesía llamada romántica, la gente en fin sesuda, creyente y de sentido recto, no debe de continuar leyendo los absurdos que voy á continuar yo escribiendo en los siguientes renglones.

Voy á evocar unos cuantos recuerdos de mi más tierna niñez y de mi más loca juventud, que no han podido

borrar de mi memoria los más espontáneos aplausos que más ó menos merecidos han arrullado mis oídos y halagado mi vanidad, ni las más recónditas pesadumbres que me han puesto alguna vez al borde de la desesperación y á dos pasos del suicidio; del cual no siendo yo partidario me fuí á esperar de Dios en América una muerte natural, pero que creí encontrar más próxima en aquellas extrañas regiones.

Tendría yo de cinco á siete años, y no podía tener más porque viví con mis padres los siete primeros de mi vida en la calle de la Ceniza (hoy de Elvira) de Valladolid, y en aquella casa, donde nací, es en donde me aconteció el primer absurdo, precursor y engendrador tal vez de mi posterior afición á lo absurdo, fantástico é imposible.

Llevábame mi buena madre todos los días á la misa que tenía ella costumbre de ir á oír en la parroquia de San Martín, en donde fuí bautizado. Mientras ella devotamente asistía á la celebración del Santo Sacrificio, yo me entretenía en mirar las imágenes, las flores y las luces de los altares. En el mayor hay un San Martín de talla, ginete en un caballo blanco, partiendo con su espada la capa, cuya mitad dió á Cristo. De esta piadosa tradición tenía yo la leyenda en la cabeza desde que pude acordar lógicamente dos ideas en mi cerebro; y como los sentidos y la costumbre de ver todos los días aquel santo ginete tan gallardo sobre su blanco corcel, y aquella capa que nunca acaba él de partir, ni el caballo de mirar escorzándose, ni el pobre de llevarse para abrigar su cuerpo desnudo, me ayudaban á conservar en la memoria la piadosa leyenda, y á amplificarla y pormenorizarla en mi imaginación, concluí por tener siempre delante de los ojos aquella tallada

imaginería del altar mayor, separando y uniendo á mi antojo las tres figuras: la del pobre para abrigarle con aquella capa que nunca concluía de tomar, la de San Martin para ponerme su casco empenachado y tomar su inmóvil espada, y su caballo blanco para colocarme yo en su silla; cuyo antojo satisfizo mi padre comprándome un caballo blanco de carton y una espada de hoja de lata. Los caballos y las espadas fueron, pues, los dos primeros juguetes con que mi niñez se entretuvo, y fueron puestos en mis manos como si fueran el caballo y la espada de San Martin; recuerdos palpables de su santa tradicion, incrustados en mi memoria desde que pudo mi mente concebir ideas.

En la nave de la iglesia de la parte del Evangelio había un altar de San Miguel, con su espada levantada sobre un gran diablo que á los piés tenía; San Miguel muy bien encorazado, bizarramente tocado con un casco de airosas plumas, y el diablo con una cara muy morena, en la cual resaltaban dos ojos de mucho blanco, y unos blanquísimos dientes que parecía que iban á salirse de su sangrienta y entreabierta boca.

Todo aquello veía yo todos los días, y con ello soñaba no pocas noches: trastornándolo y confundiéndolo todo, como sucede cuando se sueña, y dándole á San Martin la posicion supina del diablo, ó á éste la inefable sonrisa del bienaventurado arcángel, ó á éste los cuernos dorados del que á sus piés vencido se retorció.

Y me he detenido en tales pormenores, porque sólo teniéndolos presentes puedo, no explicar, sino concebir lo que no me atrevo aún á asegurar que ví, y que si no lo ví no comprendo ni he podido comprender nunca cómo lo concebí para retenerlo claro, distinto y como

positivamente visto, en un rincón iluminado de la memoria del niño, entre la oscuridad espesada de los años en el cerebro del poeta viejo.

Era una mañana de invierno, nebulosa y húmeda, pero no tan fría como suelen ser las de época tal en la antigua corte de Castilla. Mi ama Bibiana y mi rolla Dorotea, á quienes mis padres conservaban á su servicio, tenían abiertos los balcones de la sala y gabinete que sobre la desierta calle se abrían: en ella no hay más que mi casa: el resto hasta San Pablo está formado con tapias de huertos sin rejas ni claraboyas.

Miéntras las criadas hacían las faenas de la casa, fuí yo á sentarme en el rodapié de un balcon, y asido á dos hierros de la baranda, y á horcajadas sobre el que entre los dos asidos por mí formaba la vertical paralela, cantaba yo y columpiaba mis dos piernas, colgaderos mis piés sobre la calle.

De repente sentí el trote de un caballo que venía por el lado de San Martin; al volver yo la cabeza hácia aquella parte, entraba ya por la calle de la Ceniza un jinete tan gallardo como colosal, que con la cabeza llegaba al rodapié de los balcones de mi casa. Su caballo blanco y de ondulosa crin avanzaba cabeceando, y bufando, y arrojando por sus narices dos nubes de caliente vapor, que en la fría atmósfera se desvanecían, y el jinete sonriéndome desde que apareció á mis ojos. Contemplábale yo, no solamente sin asombro ni miedo, sino con infantil complacencia. Al pasar por delante de mí me saludó con la mano, enviándome desde su blanco caballo una mirada luminosa de sus ojos de mucho blanco: una sonrisa fascinadora de su boca, entre cuyos labios extremadamente rojos mostraba una blanquísima dentadura, y un saludo conti-

nuado de su morena mano zurda, porque con la derecha conducía su blanquísimo caballo.

Cuando desapareció por la esquina de San Pablo, corrí yo muy contento á decir á mi madre que acababa de ver pasar al diablo de San Miguel en el caballo de San Martin.

¿Le ví yo, ó no le ví real y positivamente? Si le ví, ¿cómo pudo efectuarse tan absurda escapada de la imaginería de los altares? Si no le ví, ¿cómo pudo ser tan de bulto aquella vision para conservarla yo como recuerdo de cosa positivamente vista? ¿Es que los niños están más cerca, por no estar aún de él sus almas bien desprendidas del mundo de los espíritus de donde vienen... ó es que esta alucinacion era la primera que en mí engendraba el espíritu visionario de mi fantástica poesía? Yo puedo jurar hoy que lo ví; pero es imposible que viera tal imposible. ¿Quién me explica, pues, este fenómeno?

El doctor Simarro y el doctor Letamendi me harán tal vez sobre ello una eruditísima disertacion; pero yo no me explicaré nunca si esta vision, real ó fantástica, es el origen de la poesía con que la mia ha caracterizado al diablo de mis dramas y mis leyendas.

Pero hay otro recuerdo de aquella mi temprana edad que tiene más difícil explicacion, y es éste.

XXXI



A antesala de aquella casa es un cuarto cuadrado lleno de puertas, y en el único vano que sin ellas tiene desemboca el tramo de escalera por el cual se sube desde la puerta exterior al piso principal. A la derecha de este vano, la mampara de la sala; al frente, la de un aposento que da al corral; á la izquierda de ésta, la de la cocina; en la pared frontera á la de la sala un balcon sobre el jardín, y en la pared de la escalera, y á la izquierda de ésta, la puerta que da á las habitaciones interiores. Así estaba entonces la casa de la calle de la Ceniza, en la cual nací, y así está hoy con algunas variaciones que en ella han hecho mis hospedadores y amigos los señores Acero, sus actuales propietarios. De esta casa y de la familia que hoy la posee pienso decir algo más en mi libro *Vuelta á la patria* que voy á escribir, puesto que Dios y las economías de la administracion de los Lugares Pios me condenan, por lo visto, á vivir y á morir sobre el trabajo.

En el aposento de la antesala, frontero al vano de la escalera, había, cuando yo era niño, una cama y un sillón que nadie ocupaba; apénas su ventana se abría de

cuándo en cuándo para ventilarle, y por la noche se cerraba con llave, como si en él hubiera algo que guardar, ó de él no se quisiera que saliese alguien. Sólo mi nodriza Bibiana entraba en él y les despolvoreaba, dejándole siempre preparado como si alguien pudiera en él venir á hospedarse. En todo esto no había empero misterio alguno, ni á mí se me había prohibido nunca abrirle, ni entrar en aquel cuarto, donde ni había ni cabía más que la cama y el sillón y un viejo baul cerrado, que no recuerdo haber visto jamás abrir.

Ignoro aún si la historia y si los muebles de aquel inhabitado aposento tenían ó no alguna relacion con la historia de la juventud de mi padre ó con la de su casamiento, en la cual, por mi parte, no sé que hubiera nada que no fuera natural y comun en la vida de los pueblos. Mis abuelos paternos eran labradores acaudalados; pero con muchos hijos, todos labradores ménos mi padre, que despuntó por los estudios. Un tío eclesiástico y una tia viuda y rica, le dieron estudios y le dejaron por heredero de sus bienes: mi padre repartió los paternos entre sus hermanos y se quedó con los de sus tios. Como los lugareños no estudian nunca lógica, sino gramática parda, los hermanos de mi padre, desde que con ellos repartió lo del abuelo, se empeñaron en que tambien debía darles lo de los tios, puesto que ya el abogado y jurisconsulto podía y debía mantenerse sin necesidad de sus rentas; historia y lógica comun á todas las familias numerosas de todos los pueblos de España, y tal vez del universo. Esta situacion y la necesidad de permanecer mi padre en su puesto de relator de la Chancillería de Valladolid, debió sin duda dar motivo á la separacion y tal vez á la ruptura definitiva de mi padre con el resto de mi familia paterna, con ninguno de cu-

vos individuos tuve yo relaciones en vida de mi padre.

Tal vez, y esto me ocurre sólo ahora, en aquel cuarto de la antesala de que voy hablando se había hospedado, había vivido ó habría muerto alguna persona de la familia, cuyo recuerdo fuese caro, doloroso ó antipático para mi padre; quien, como hombre de negocios, depositario de muchos secretos ajenos, tenía la costumbre de no decir nunca una palabra de los suyos, y acaso daba sin intencion importancia con su silencio á cosas en las cuales ningun misterio se encerraba. De cualquier modo que fuere, aquel aposento no se habitaba: y una tarde miéntras dormía mi padre la siesta (porque trabajaba de noche), y miéntras mi madre en el comedor arreglaba los trastos con las criadas, arrastraba yo por la antesala mi caballo de carton, pasando y repasando por delante de la puerta entreabierta del inocupado aposento, cuya ventana entornada, como de costumbre, tenía su interior en una turbia y neblinosa penumbra.

En una de mis vueltas creí ver á alguien en el sillón de brazos; y suponiendo que sería Bibiana que dormía tambien su siesta á escondidas de mi madre, empujé y abrí del todo la puerta: una señora de cabello empolvado, encajes en los puños y ancha falda de seda verde, á quien yo no había visto nunca, ocupaba efectivamente el sillón, y con afable pero melancólica sonrisa me hacía señas con la mano para que me acercase á ella. Como ni yo era un chico hosco, huraño, ni mal criado, ni aquella señora tenía nada de medroso, ni amenazador, tirando con mi mano izquierda del cordel con que arrastraba mi caballo me acerqué á ella sin miedo ni desconfianza, y puse mi mano derecha entre las dos suyas, que me alargaba sonriendo. Díome ella primero una palmadita muy suave con su derecha en la mia, que posaba en su

izquierda, y pasándomela despues por mi suelta cabellera, que mi madre tenía gusto en dejarme larga y en mantenérmela rizada, me dijo con una voz que no sabré explicar dónde me resonaba, si en el corazon, en el cerebro ó en el oido: «Yo soy tu abuelita; quíereme mucho, hijo mio, y Dios te iluminará.»

Estoy seguro de haber sentido el contacto de sus manos en las mias y en mis cabellos, y recuerdo perfectamente que sus palabras me dieron al corazon alegría; y como ni sus manos me retenían ni yo podía callar nada, solté mi caballo de carton, dejándole atravesado á la puerta del aposento, y entré en el comedor diciendo muy contento á mi madre: «Mamá, ahí está la abuelita.» Creyó mi madre que era la suya, que había llegado de Búrgos sin avisar, y corrió á la antesala; pero no hallando á nadie, me dijo:

—¿Pero dónde está la abuelita?

—Ahí, en ese cuarto—la respondí señalándosele.

—¡En ese cuarto tu abuelita Jerónima! (Era el nombre de mi abuela materna.)

—No, otra vestida de verde, con puños de encaje: ven á verla. Y tomándola de la mano la conduje á la puerta del aposento, cuyo sillón estaba vacío, y yo añadí: «Pues aquí estaba.»

Presentóse en esto mi padre, que me había tal vez oido anunciar en voz alta á mi abuela; y enterado de lo que yo contaba frunció un instante el entrecejo, y despues de mirarme fijamente, me dijo: «Muchacho, tú sueñas,» y dió vuelta á la llave del aposento, que no volví nunca á ver abrir.

Todo lo dicho entra naturalmente en el tratado de las alucinaciones: fué una del cerebro ó de la retina: cualquier hombre medianamente educado, que para

esto no se necesita ser un sábio, lo explicaría de esta manera, y no tiene otra explicacion aceptable.

Yo insisto, sin embargo, en que el alma de los niños, mal desprendida aún de la region de los espíritus en donde Dios la crea y de donde la saca para envolverla en el barro corporal, tiene tal vez alguna afinidad con los espíritus entre quienes ha sido creada, y puede ver y oír lo que sus sentidos no pueden percibir en el posterior desarrollo vital de la materia corpórea:

De esta vision mía tengo una prueba: héla aquí.

Nueve ó diez años más tarde, en 1833, salí del Seminario de Nobles, concluidos en él mis primeros estudios, y fuí á Torquemada á reunirme con mi padre, desterrado de Madrid y sitios reales. Allí una tarde, registrando unos camaranchones de la casa vieja de nuestro apoderado, el viejo escribano de coleta Don Gil Donis, tiré yo de una maraña de lienzos, manojos y restos informes y polvorientos de despedazados trastos, y dí entre ellos con un lienzo sin marco, cuya pintura no se apercibía bajo una capa de polvo y telarañas. Mientras mi padre quitaba las de unos libros en pergamino que á las manos le habían caído, limpié yo mi lienzo con un trapo mojado, que fuí á traer de la cocina; y al descubrir el retrato que en él hallé pintado, dije á mi padre: «¡El retrato de la abuela!»

Volvióse mi padre, miró el retrato, y me dijo con extrañeza:

—¿Pues de qué la conoces tú, si jamás la has visto?

—¿No se acuerda usted—le contesté yo—de que siendo muy niño ví una señora, que me dijo que era mi abuela, en el aposento cerrado de la antesala de nuestra casa de la calle de la Ceniza?

—¿Y era ésa?—exclamó con asombro mi padre.

—La misma: tengo su imágen en las pupilas—respondí yo.

—No lo entiendo—dijo mi padre volviendo á ocuparse de sus pergaminos, no sé si con verdadera indiferencia ó para ocultarme la expresion de su semblante.

Ahora pregunto: si no hubiera yo visto á la del aposento cuando niño, ¿hubiera podido reconocerla por su retrato diez años despues?

Si fué una alucinacion, como lò fué, ¿cómo y por qué se quedó tan grabada en mi memoria que, despues de diez años de no pensar ni preocuparme de ella, la reconocí?

Dos explicaciones tengo para resolver una cuestion, tan extraña y extemporánea en esta época positivista, que pretende negar á Dios y explicarlo y palparlo todo.

La primera es que mi cerebro comenzaba ya á destornillarse y á dar en la locura que produjo al fin mi delirante poesía legendaria.

La segunda, que infaliblemente mis padres debieron hablar de él ó tener á mi vista aquel retrato en circunstancias en que mi extrema niñez no estaba, aún, segun ellos, en capacidad de comprender y retener en mi memoria lo visto ú oido en derredor de mí; tal vez ví yo aquel retrato desde la cuna; tal vez oí hablar de mi abuela paterna en alguna discusion de familia ó en alguna conversacion de mi padre con algun individuo de ella. Ello es que una primera é ignorada idea produjo la alucinacion primero y la persuasion despues.

La alucinacion y la persuasion influyeron indisputablemente en el carácter fantástico de mis obras.

Yo tengo en la mia muchas historias de alucinaciones, y muchos tropiezos con muertos y aparecidos.

Ahí van vários pormenores de algunas, para concluir de aclarar el origen de mis disparates sociales y literarios.

XXXII



SEGUÍA yo en la universidad de Valladolid el curso de 1834 al 35. Vivíamos en el piso principal de una casita de dos balcones de la calle de la Chancillería un D. Segundo Valpuesta, de Lerma, y un tal Soroeta, vascongado, como claramente lo indica su apellido. Era el D. Segundo hijo de D. Pedro Valpuesta, rico hacendado y administrador de los bienes del duque del Infantado en Lerma; mozo el D. Segundo de intachable conducta, de constante aplicacion, y de formalidad, para sus veinticuatro años, casi excesiva. Había concluido la carrera de leyes, y concluía la de cánones; porque su padre, que tenía tres hijos, estaba empeñado en que hubiera en su familia un militar, un abogado y un eclesiástico; tocóle, pues, á Segundo apechar con un beneficio, y para obtenerle se daba, no de muy franca voluntad, pero con una resignacion admirable, á llenar los deseos de su familia. A este mozo, que ya por aquel entónces había recibido la primera tonsura, me tenía mi padre más inmediatamente encomendado, haciéndome vivir en su compañía, y encargado Valpuesta de la administracion de nuestros fondos.

Hacíalo conmigo Segundo Valpuesta como el más in-

dulgente amigo; cuidaba de mí como si mi hermano mayor hubiera nacido, y dejábame gastar de su peculio lo que al mío mi padre escatimaba por temor de que diera yo en vicios costosos. Valpuesta me acompañaba algunas veces en mis excursiones al castillo de Fuen-saldaña y á los inmediatos pueblos, donde yo buscaba ruinas y piedras viejas, y áun á los cementerios que por entónces arreglaba el Ayuntamiento, y solía yo ir á ver arreglar, complaciéndome en las repugnantes escenas á que daba lugar el traslado de los restos humanos encerrados en los nichos condenados á reedificación. Leíale yo allí, y de vuelta á casa, los centenares de versos mal hilvanados que sobre aquellos repugnantes y patibularios asuntos me daba yo á escribir día y noche sobre las hojas del Vinnio y del Heinecio, cuyas definiciones no me entraban en la cabeza: asombrábase él de aquellas mis espeluznadoras lucubraciones; y teniéndome sin duda la compasion que se tiene por un hombre cuyo cerebro está un poco *chiflado*, escuchábame á veces con complacencia, y aconsejábame por mi bien que estudiára, tomando aquella chiflatura versificante por ocupacion amena para distraerme del estudio sério. Yo le oía como quien oye llover, y acabé por arrastrarle en mi poética locura, pues él concluyó por pedirme unos versos muy retumbantes, pero muy melancólicos, para despedirse del mundo que iba á abandonar, y de una ingrata á quien había amado y á cuyo amor renunciaba por cumplir sus deberes de buen hijo. Comenzaba la poesía á ser una peste, y no hubo apénas un estudiante que con ella no se contaminára.

Pedro Madrazo, á quien todos queríamos en el Seminario y en la Universidad, que recibía todas las noticias, obras y periódicos literarios que se publicaban

en Madrid, nos reunía en su casa, á la cual iba alguna vez Segundo Valpuesta, y á quien Madrazo era grandemente simpático, aunque nunca tuvieron íntimas ni seguidas relaciones por el aislamiento y escaso trato en que á Valpuesta tenían su necesidad de estudiar y la oculta tristeza en que su corazón envolvía sin duda la de abrazar una carrera que no hubiera sido tal vez la de su elección. Dejábame, pues, á mí hacer, contra lo que mi padre le recomendaba tanto, aquella vida evaporada y vagabunda, entregado á mis amenas conversaciones de Pedro Madrazo, que fué siempre eruditísimo conversador, á los paseos por los cementerios con Miguel de los Santos Álvarez, y á los teatros con Manuel Assas, á quien su padre pasaba una crecida pensión, que conmigo alegremente gastaba por íntima amistad que conmigo llevaba, y por llevar la contraria á mi padre, quien toda diversion me prohibía, al contrario del suyo, que se las permitía todas con tal que estudiára; y estudiaba Assas sólo y conmigo se divertía; y dibujábamos juntos cuantas torres góticas y bizantinas, y cuantos balcones del Renacimiento encontrábamos, y cuantas viejas almenas quedaban en los viejísimos caserones que aún se elevaban á orillas del entónces descubierto Esgueva, cuyo río descubierto daba á la ciudad de Don Peranzules un carácter que, cubierto, la ha hecho perder en romántica poesía y en pintoresca originalidad lo que la ha hecho ganar en salubridad y pulcritud. Y existía por aquellos años uno de los hombres más honrados que Dios me ha hecho conocer, y le conocí por el cordón de San Francisco que decoraba la puerta de la *Casa del Cordón*, fábrica del cardenal Cisneros, en ruina casi por aquel tiempo, y en una de cuyas interiores habitaciones moraba el

mencionado honradísimo hombre, que se llamaba don Feliciano Barrio, y que tenía un hijo que se llamaba Pedro, y una hija que se llamaba Petra. Era el Pedro un alegrísimo muchacho que estudiaba medicina, y que tenía un caballo y un perro de aguas, á los cuales había enseñado á hacer mil monerías; y era la Petra una muchacha un poco morena, un poco pequeña y un poco melancólica, pero tan buena como su padre, en quienes adoraban ambos hijos y á quienes idolatraban D. Feliciano y su madre, la cual contaba por poco en la familia por estar algo ida del cerebro.

Había sido el D. Feliciano no sé qué de la Chancillería cuando mi padre en ella era relator, y había estado muchos años empleado en su archivo; pero habiendo venido á ménos por el cambio de los tiempos, y no haber él querido cambiar de opiniones, vivía en cierta estrechez, pero tan tranquilo como contento con su amantísima familia. Con ella pasábamos algunas noches Assas y yo, que habíamos trabado amistad con sus individuos por habernos ellos encontrado dibujando y admirando la suntuosa escalera y la elegante portada del ruinoso casularion en cuyo interior vivían, hoy trasformado en casa de locos.

Si en vez de verificarse esta trasformacion veinte años despues se efectúa en el año de 1834, de seguro quedamos Assas y yo como pensionistas en la nueva casa de Orates; pero lo que algunos meses despues en ella me aconteció influyó indudablemente en mí, concluyéndome de arrastrar por aquella galería de *espectros* y sombras ensangrentadas de que mis libros están atestados, y que atestiguan mi poética demencia.

A la mitad de Enero del 34 cayó mi padre en Lerma peligrosamente enfermo de una pulmonía; curóse la mal

la docta facultad lerreña, y entró en cincuenta días de convalecencia muy parecida á una agonía, de la cual le sacó al fin su voluntad de hierro y su robusta constitucion; pero mientras duró, y fatigada ya mi pobre madre por continuo afan y el perpétuo insomnio, determinaron llamarme para que á mi padre velára.

Abandoné, pues, la Universidad, encargándose el despues obispo D. Manuel Tarancon de conservarme mi puesto entre mis discípulos y de hacerme ganar el curso *por orden de la rectoría* cuando tornára.

¡Ay de mí! Mi padre estaba en un estado casi desesperado; yo pasé las noches insomne á la cabecera de su lecho, porque había que ayudarle á todo, y tosía y expectoraba sin moverse cada diez minutos. Yo cumplí con mi deber, y no tengo que ir con miedo ante Dios á darle cuenta de mi conducta; pero no era tan grande mi afan por mi padre que al fin, segun dijeron médicos venidos de Valladolid y Búrgos, tenía las noventa y nueve de escapar salvo, como el en que me tenía continuamente mi tio el canónigo, que á mi padre gobernaba, á quien mi madre temía, y que á mí me tenía ojeriza á iniquia por lo que no es del caso.

El caso era que cuando yo me retiraba con permiso suyo ó de mi madre á descansar ó á estudiar, jamás encontraba mi tio buena mi actitud ni en regla mi posicion. Si me encontraba durmiendo, hallaba siempre largo mi sueño; si me ponía á leer la Biblia, el *Genio del Cristianismo* ó las obras de San Agustin, que él tenía sobre la mesa, de las manos me las quitaba. Si permanecía en el aposento de mi padre acompañando á mi madre, me echaba de allí diciéndome que «era el espía de la familia, y que contaba despues su santa vida y me burlaba de ella con los herejes de mis amigos.» Si me

estaba solo en mi aposento, venía á sacarme de él diciéndome «que era un descastado, que nada quería con los míos.» Y aquí lo dejo, porque no necesita más el lector para comprender la bÍlis que yo tragaba y no digería, por no hacer llorar á mi madre ni ocasionar á mi padre uno de aquellos accesos de tos, que tenían apiadada de nosotros á toda la vecindad de Lerma.

Así pasé la mitad de Enero, todo el Febrero y la primera quincena de Marzo. Restablecióse mi padre y volvíéronme á enviar á la universidad de Valladolid. Durante aquellos dos meses, en que no había yo escrito ni una carta á Assas ni á mis otros amigos, contraí el vicio de apretar los dientes y fruncir el ceño; de modo que me quedó para siempre la frente dividida por la raya del entrecejo. Llegué á Valladolid al anochecer del 19 de Febrero, dos días ántes de mi cumpleaños; para celebrar el cual sin duda me había dado mi pobre madre una onza á escondidas de mi padre y de mi tío, que eran de opinion que yo tuviese todo pagado, pero ni un real en mano para vicios.

Aquella misma noche tuve que ir á presentarme al Sr. Tarancon y á otro procurador que mi padre me había puesto por vigilante; no pude, pues, ir á ver á Assas, ni á Álvarez, ni á Madrazo. A la mañana siguiente, á la hora temprana de cátedra, y como que á ella iba, eché por San Martín á la calle de Esgueva, y á casa de Pedro Madrazo. Se había vuelto á Madrid tras previo exámen; pasé por la de Assas: se había mudado, y de él no sabían tampoco; con que me ocurrió, naturalmente, dirigirme á casa de los Barrio, suponiendo que en la casa del Cordon sabría por Pedro de todos ellos.

Hacía una endiablada mañana de niebla, de esas

que el Pisuerga proporciona tan continuamente á los habitantes de la antigua corte: había helado y era preciso andar con los ojos y con balancin; un cierzo tan manso que no despejaba la niebla, pero tan frío que, cortada la respiracion, me obligaba á andar con el embozo sobre las narices, y así llegué al postigo abierto en uno de los dos portones del caseron de Cisneros. Entré en el patio: el balcon de la sala de D. Feliciano Barrio estaba en la pared del patio frontera á la puerta, y me llamó la atencion el ver que le tenían de par en par en semejante mañana y á tan temprana hora: eran apenas las nueve. Pareciéndome que por el abierto balcon llegaría mi voz más pronto que yo á las habitaciones de la familia, llamé poco ménos que á voces, primero á Pedro, despues á Petra, y por fin á los perros.

Petra tenía una faldera, que á mis silbidos asomó al balcon meneándome la cola. Suponiendo que tras el cariñoso animalejo se me ocultarían sus amos, subí la escalera gigantesca, obra de Cisneros, y descendí la excusada que al cuarto de los Barrios conducía; su puerta estaba tambien abierta como el balcon: á la derecha del corredor en que se abría, estaba la sala; pero su puerta, abierta tambien, me dejó ver vacía toda la estancia y corrida la cortina de muselina que decoraba la alcoba: seguí adelante, entré en el comedor, en el cuarto de Pedro, me asomé al de Petra, cuyas puertas estaban tambien abiertas, é imaginé que, habiéndome visto venir ó sabiendo que había vuelto, me preparaban una broma de las que solíamos darnos en aquella tan modesta como alegre casa. Volví, pues, á desandar lo andado; y al volver á pasar por delante de la sala, y al ver corrida la cortina de la alcoba, tuve por cierto que en ella se habían escondido para dejarme

volver á bajar al patio y darme una silba desde el balcon.

Púseme sin desembozarme delante de la corrida cortina de la alcoba, y dije alto: «Vaya, salid, que ya está de mas el escondite.» Nadie respondió á mis palabras: la perrita salió cola entre piernas por debajo de la cortina, y con un aullido se echó á mis piés; fué para mí evidente que tras ella estaba la familia. Saqué la mano derecha de bajo la capa sin desembozarme, levanté la cortina, y allí estaba sobre la cama, amortajado con hábito franciscano, calzados los piés con sólo las medias y con las manos cruzadas sobre el pecho, el cadáver de D. Feliciano Barrio, que esperaba á los enterradores.

Una familia amiga se había llevado á la del difunto, y yo, espantado ante aquel cadáver, vacilé de miedo en salir por la puerta ó por el balcon, llegando al fin á la calle cubierto de sudor y trémulo del miedo fantástico que me infundió aquel cadáver.

¿Qué se hizo aquella familia? No lo he sabido jamás. Creo que el miedo no me ha dejado todavía preguntar por sus individuos.

XXXIII



ERA aquel el primer año en que la juventud de las Universidades se veía privada de sus estudiantiles manteos. Mala, aunque oportuna disposicion; porque es verdad que nos quitaba aquel aire de monaguillos que la sotana les daba; pero suprimía, al quitárnosla, entre los estudiantes aquella igualdad democrática, aquella fraternidad escolar, el espíritu, en fin, de corporacion que nos hacía á todos considerarnos como hermanos, tratarnos todos familiarmente, y ampararnos y protegernos mútuamente, sin distincion de pobres y ricos, de nobles y de plebeyos, de carlistas ni liberales. Cuanto más avanzado en su carrera y cuanto más acaudalado era un estudiante, más alarde hacía de sus rotos manteos y de su desformado tricornio; y los que de sus padres recibían una gruesa mesada, tomaban en su compañía, so pretexto de servicio, á los pobres y desacomodados, cuyas familias escasas de bienes de fortuna podían á duras penas sostenerles en los meses de curso universitario. Aquellos mancebos privilegiados de la fortuna surtían de libros y vestían con sus ropas, que á medio uso y á propósito desechaban, á aquellos desheredados de ella, quienes no tenían incon-

veniente en aceptar del condiscípulo lo que su amor propio hubiera del superior rechazado. Los nobles y acomodados nos acostumbrábamos á tratar de igual á igual con los menesterosos; y á veces estos menesterosos, que mejor que nosotros estudiaban porque no más que en sus estudios ponían su porvenir, nos repasaban las lecciones por nosotros mal aprendidas, y nos preparaban para un exámen, del cual, sin su repaso, no hubiéramos podido salir airosos.

El estudiante pobre contaba para sus futuros medros con la amistad contraída con el rico ó el influyente, y de esta igualdad del manteo han salido muchas lumbreras del foro y no pocas dignidades eclesiásticas, apoyadas en justicia por sus encumbrados condiscípulos, que con su justo apoyo han pagado los servicios que de estudiantes les debieron. Donde quiera que un estudiante en riña ó apuro pedía auxilio, en su favor acudían cuantos manteo y sotana vestían; lo mismo los que bajo de ellos usaban camisa de batista y repetición cincelada, que los que ocultaban lienzo arpillerado y pantalon de paño de Astudillo ó de Santa María de Nieva. Los ricos se hacían obligacion y gloria de defender los intereses y los derechos de los pobres, y no dudaban éstos jamás, al meterse en un mal paso por ayudar en un arresto riesgoso ó en una atrevida calaverada á los ricos, y no había miedo de que salieran de ellos unos que otros mejor librados; porque, bien ni mal, premio ni castigo, los unos sin los otros aceptaban.

Mandaba por aquellos días en Valladolid un jefe político que tenía la hija más preciosa que echó al mundo mujer legítima de gobernador nacido ni por nacer. Era la muchacha una rubia más dorada que la Margarita de *Fausto*, y más graciosa que la Monna Lissa de Leonardo

Vinci; más blanca que una azucena, más ligera que una corza, más alegre y cantadora que una alondra, y más querida por un estudiante que Angélica por Medoro y doña Isabel de Segura por Diego Marsilla. Creía el gobernador que no había nacido hombre que por los ojos de gacela de su hija mereciera ser mirado; pero aunque ella no le miraba por miedo á su padre con los ojos de la cara, pintada tenía en su mente y esculpida en su corazón la imágen del estudiante, á quien, ni á ninguno de sus amigos, admitía en su casa el altanero gobernador.

Respetábamos los estudiantes aquella pasión recíproca, por todos nosotros conocida y patrocinada, y acotada y barreada por el padre de la muchacha con cuantos medios estaban al alcance de su paterna y civil autoridad. Perteneecía el estudiante á una familia de Madrid, y un oficial de graduacion se daba ya humos de ser por el padre favorecido y por la chica no mal mirado; con lo cual, y sin que nadie hubiera formulado en palabras semejante idea, fermentaba una todavía oculta rivalidad entre la guarnicion y la estudiantina. Solía ésta salir en rondalla algunas noches y dar algunas serenatas á las doncellas más conocidas por su hermosura ó su posición, y formaban la mayor parte de los músicos de aquella estudiantina los de Madrid, entre los cuales casualmente habia muy aventajados instrumentistas; pero la rondalla estudiantil no se habia parado nunca bajo los balcones del gobernador por no hacer mal tercio al estudiante Medoro de aquella Angélica. Fuése por temor de que alguna noche se parára, ó porque la influencia militar con el gobernador, que naturalmente recibía en su tertulia á los jefes superiores de la guarnicion, lo hubiera de él conseguido, ó por un insignificante tumulto

que una de las serenatas produjo, aquella autoridad prohibió las rondallas galantes de los escolares, con tan justo despecho de éstos como disgusto de la población, que con su nocturna música se deleitaba. Hacía, pues, más de dos meses que nada turbaba el nocturno silencio de la pacífica ciudad de Cazalla, cuando llegó el Carnaval, y con el último de sus tres días el del santo patrono de la rubia hija del hosco gobernador.

Daba éste por la noche, para celebrar el día, lo que hoy llamamos, y aún felizmente no se llamaba, una *soirée*, despues de la cual debía de servirse lo que ya afrancesadamente se llamaba un *ambigú*; y á ambas cosas estaban invitados los jefes superiores civiles y militares, entre los cuales contaba el presumido pretendiente, rival presunto del estudiante. Que el capitán general, por personal galantería ó por instigación del oficial enamorado la hubiese dispuesto, ello fué que á las diez de la noche rompió en una brillante serenata una banda militar bajo los balcones del gobernador, que en la calle de Santiago tenía su casa. Acudió el vecindario y multitud de máscaras á la calle, y salieron los convidados á los balcones; aplaudieron unos y saludaron otros. Satisfechos los de arriba y contentos los de abajo, y á las once en punto, retirados los atriles, desfilaron los músicos, retiráronse de los balcones los de la fiesta y fuéronse dispersando los curiosos por ser la noche una de las últimas de Febrero, fría y sin luna, que por esta época no se goza en Valladolid de primaveral temperatura.

Bailóse y jugóse en los salones del gobernador, y á la media noche en punto abriéronse las puertas del comedor; y sentándose á la mesa las señoras y sirviéndolas los caballeros, dió principio el festin con general y

tranquila satisfaccion. Ya la conversacion se había generalizado y el maestre-sala iba á hacer saltar el tapon de la primera botella de Champagne, cuando al pié de los balcones que á la calle traviesa que va á la Boariza caían, rompió una rondalla estudiantina en la más alegre y repicada jota que brotó jamás de guitarras y bandurrias aragonesas al cascabelero compás de estruendosas panderetas madrileñas. Saltó el tapon del espumoso y rubio vino francés por entre los dedos del sorprendido maestresala, y saltó de su asiento el padre de la rubia al oir una voz que así en la calle cantaba:

Si hay gobierno y hay justicia
esta noche en la ciudad,
donde toca la milicia
canta la Universidad.

A la jota jota de los estudiantes
que tan bien jotean despues como ántes.
A la jota, jota, que salgan señores,
á oir los panderos como los tambores.
Y á la jota, que ésta, si no les agrada,
á los estudiantes no se les da nada.

Y aquí rasgaron los instrumentistas el ritornelo, y lo acompasaron las panderetas con un brío tan resuelto que hizo temblar las vidrieras, y de miedo á las convidadas, y de cólera al gobernador y á sus militares, que todos por las palabras del canticio comprendido habían la situacion. Pero no era para aquellos hombres aceptable, ni soportable para el gobernador, y echaron por la escalera todos los oficiales con la intencion de escarmentar á los provocativos jotistas; mas cuando al portal descendieron, y en el umbral de la puerta pusieron los piés, hallaron la calle tomada por una treintena de bi-

zarras máscaras que con los trajes caballerescos del tiempo de los Felipes austriacos, traían al cinto largas espadas de sala de armas de las llamadas *negras*, y pistolas de gancho en los cinturones.

«Señores, dijo adelantándose uno de los que en la calle esperaban á los que de la casa salían: sabíamos que el juego iba á copas; pero por si queríais echar una partida á espadas, hemos traído las nuestras. Os aconsejamos, sin embargo, que lo mireis bien, porque somos más de trescientos, y ninguno meterá un pié en la casa; y como la calle es de todos, si salís á atacarnos sereis los agresores, y si á estos perros que traemos en los cinturones se les antojase ladrar, sus ladridos podrían retumbrar en Madrid, lo que no ha de suceder con la música. Oidla, pues, con resignacion, que no es deshonra ceder á la razon y á la fuerza.»

Y á un movimiento del que la palabra llevaba, el peloton de enmascarados apechugó con los de la casa; y ántes de que éstos valerse pudieran, cerraron sobre ellos las puertas dejándoles dentro; y volvió á romper la estudiantina en la segunda estrofa de su inesperada jota.

Ya que por alguna puerta falsa saliera algun criado á requerirla, ya que ella, prevenida muy de antemano, tomase tal resolucion, la guardia de la plaza acudía reforzada y con sus oficiales á la cabeza. Al embocar ésta por la calle de Santiago, la multitud de estudiantes y máscaras se lanzó por el Arco de San Miguel, por donde la calle desembocaba en el campo Grande; desapareciendo por él y por las callejuelas laterales, como banda de golondrinas que se juntan para pasar el estrecho, y se dispersan al cañonazo con que saluda un barco inglés al peñon de la venganza (Gébel-Athar). Los soldados, engañados por la repentina fuga de los estudiantes, em-

prendieron su persecucion para echar á algunos mano; pero al salir por el arco caían malamente unos tras otros, á los lejanos silbidos de los fugitivos y ya salvos estudiantes.

Avisóse inmediatamente al rector de la Universidad, y el Sr. Tarancon con sus bedeles y el gobernador con sus agentes comenzaron á registrar los hospedajes; pero todos estaban durmiendo, algunos estaban sin disfraz en el teatro, casi ninguno dejó de probar su coartada, y unos pocos inocentes ajenos á la travesura, á quienes hallaron aún vestidos en sus casas, fuimos á la cárcel de la Uiversidad por algunas horas.

Cuando al día siguiente el bondadoso Sr. Tarancon me acosaba en su despacho para que declarase lo que supiera, y me decía:

— ¿Por qué no te habías acostado anoche, y por qué reías y cantabas al balcon cuando íbamos á tu hospedaje?

— Yo no sé qué decir á usted — respondía yo. — Le juro á usted que yo me había acostado sin tener arte ni parte en lo que usted me cuenta como sucedido. Cuando me encontré vestido delante de usted y de los bedeles, á quienes alumbraba la patrona, no pude explicarme lo que me pasaba, y estoy de ello tan asombrado como usted.

— Pero, muchacho, por los clavos de Cristo, no quieras hacerme comulgar con ruedas de molino; tú estabas á medio vestir, con los ojos abiertos, apoyado en la baranda del balcon y dirigiendo la palabra á la calle. ¿Qué hacías así?

— Vuelvo á jurar á usted, Sr. Tarancon, que no lo sé; que cuando me ví cara á cara con usted, como si volviera de un sueño, me asomé de no encontrarme

en la cama; porque tengo conciencia de haberme desnudado y acostado á las diez; ya se lo dijo á usted la patrona.

— Todas están siempre dispuestas á declarar en vuestro favor — dijo Tarancon.

— Esta vez no dijo más que la verdad.

— Entónces — exclamó el cariñoso sacerdote, tomando entre sus manos mi cabeza, y contemplándome atentamente — entónces, á no ser que seas sonámbulo...

A esta palabra recordé ciertas circunstancias sólo de mí sabidas, y me eché á llorar.

Sí: ¡yo era sonámbulo á los 19 años! Los disgustos de familia me habían envenenado el corazon, y la fiebre del corazon me había exaltado y descompuesto el cerebro. Yo era sonámbulo: y el sonambulismo es la primera estacion del camino de la locura.

¿Y quién duda que mi desarreglo cerebral tiene que haber influido en el giro loco y desordenado de mi poesía? ¿Y quién sabe si un poeta no es más que un monomaniaco que va para loco? ¿Y si yo soy un poeta, como se dice?.. ¡Quién sabe! ¿Por qué no? Mi padre murió creyendo que yo era un tonto... y yo creo que sólo los tontos son los que se vuelven locos.

XXXIV



YA no teníamos manteos los estudiantes en el curso universitario de 1835 al 1836; ya éramos en ella cada cual el hijo de su padre y lo que su ropa representaba; ya no nos unían, confundían y hermanaban á todos las desgarradas sotanas y los agujereados tricornos; y como ya los ricos no podían hacer vida comun con los pobres, y como ya los pobres no se atrevían á familiarizarse con los ricos; y como el natural despego de éstos comenzaba á engendrar en aquéllos el despego natural del inferior, avergonzado de ser pobre ante el superior orgulloso por ser rico, comenzó el estudiante pobre á procurar valer más en las áulas que el rico, que valía más en la calle; y salieron á la calle desde la cátedra aquellas ventajas del estudiante pobre, interpretadas por el rico, no como efectos de noble emulacion, sino como pretenciosas pruebas de superioridad intelectual; y al fin, interpretadas malamente la dignidad del acomodado y el justo anhelo del pobre, concluyó el espíritu de fraternidad universitaria, de corporacion y de clase, y comenzó á germinar en las escuelas el espíritu de bandería, y entró en la Universidad la division política que fermentaba en la sociedad.

Separáronse primero los teólogos de los legistas: co-

menzaron á echárselas de materialistas los que en las cátedras de medicina y farmacia estaban matriculados; comenzaron á averiguarse unos á otros las vidas y los antecedentes de sus respectivas familias, y hubo en la Universidad cristinos y carlistas; y en lugar de galantes rondallas y serenatas amorosas, circularon escritas y cantadas las provocativas poesías, y resonaron por las desiertas calles en la nocturna sombra las insolentes canciones; y buscándose y encontrándose en la oscuridad los provocados y los insolentes, se ingirieron en las costumbres las tradicionales palizas del 23 y 24, y no hubo medio de llevar de noche sobre ellas el traje universitario sin riesgo de las costillas.

Yo era tan sonámbulo en la política como en el estudio del derecho, y más sonámbulo despierto que dormido; porque olvidando que en Valladolid era el hijo de mi padre, allí conocidísimo, respiraba inconsciente las auras de libertad y las aspiraciones del progreso; haciéndome igualmente hostiles á los realistas, amigos de mi familia, y á los liberales, que no podían creer en los humos progresistas del hijo del superintendente general de policía del difunto rey D. Fernando VII, el Deseado.

Como toda la Universidad sabía que yo hacía versos, andaba siempre expuesto á que me achacasen los unos y los otros los que con unos y otros se zaherían; y andaba el bueno de Segundo Valpuesta azorado por mí, cuando tardaba algo más de lo acostumbrado en volver de noche á nuestro comun hospedaje. Yo he tenido siempre aficion al vagabundaje nocturno: y como las amonestaciones del rector Tarancon por un lado, la vigilancia del procurador de mi padre por otro, y mi carácter esquivo, sobre todo, me habían casi excluido de la sociedad estudiantil, andaba yo siempre sólo y des-

perdigado, leyendo al sol, por los andurriales, á Walter-Scott y á Fenimore Cooper, y estudiando de noche por las callejas y las plazuelas las siluetas y sombras de aquellas torres bizantinas, de aquellas ventanas enrejadas, y de todos aquellos románticos arrequives con que llené posteriormente mis libros. Mi corazón y mi cerebro eran dos laberintos, en donde no podía yo mismo penetrar sin perderme; porque, miéntras asistiendo á mi padre enfermo, permanecí en la casa del canónigo de Lerma, hermano de mi madre, había yo adquirido una tan secreta como dolorosa idea de la situación de mi familia. El prebendado había sido siempre el consejero, el favorito y el administrador de mi padre; quien, como buen abogado, sabía arreglar la hacienda ajena, pero no manejar la suya; con tanto más motivo, cuanto que los pleitos y los negocios políticos no le habían nunca dejado tiempo para ocuparse de sus cuentas, llevadas siempre por el canónigo, en números muy entendido, y á quien estaban por ello confiadas las del Cabil-do de su Colegiata.

El incesante sobresalto en que á los dos hombres de mi casa tenían las vicisitudes políticas, y la presencia en las inmediaciones de partidas carlistas, cuyos jefes eran por ambos más ó ménos conocidos; el repentino é inesperado fallecimiento de otro pariente, presbítero de Tordomar, á quien habían confiado todos los ahorros de mi padre, que se perdieron con la silenciosa muerte de aquél; la eterna preocupacion en que á mi padre tenía mi porvenir; la oculta ojeriza que entre el canónigo y yo hervía en la conciencia de ambos, y el descabellado giro de mi espeluznadora poesía, tenían á mi madre llorando y rezando incesantemente, y en guerra sorda y ojo avizor conmigo á los dos varones de mi confinada

y mal segura familia; y habíaseme á mí metido en la cabeza que mi pobre madre estaba entre su marido y su hermano como estaría un pájaro anidado en el hueco de un olmo, con un milano posado en su copa y una culebra enroscada á su tronco. Idea sin duda injustificada é infundada, pero surgida en mi cerebro y arraigada en mi corazon por mis tal vez mal hechas observaciones. Ello es que, entre el pesar y las continuas cavilaciones que esta idea engendraba en mi espíritu, mi constante lectura del gran novelista inglés y de su rival americano, Walter Scott y Cooper, y la avenida romántica francesa, por la que me dejaba arrastrar con el más desenfrenado delirio, llegué á vivir en una exaltacion febril y en un aislamiento semi-salvaje, que produjeron por fin la divagacion diaria y el sonambulismo nocturno; doble sonambulismo de la vigilia y del sueño, germinado y sostenido al mismo tiempo por el delirante romanticismo de mi imaginacion de poeta y por la pesadumbre real de mi corazon; vivía yo, pues, si aquello fué vivir, acompañado y perseguido por mis imaginarios fantasmas y acosado al par por mis verdaderos pesares.

Una noche me acosté cansado de dar vueltas á una idea, la cual no pude encajar en la métrica elegida para mi composicion: conté, segun mi costumbre, los versos aquel día escritos; marqué su número debajo de una línea horizontal puesta al lado del último, y me entregué al sueño, esperanzado de encontrar el fin de mi estrofa con el reposo de aquella noche y la luz del siguiente día. ¡Cuál fué mi admiracion encontrando al levantarme seis versos más escritos debajo de los contados, con la misma igualdad, con tan segura mano como éstos, y encerrando la idea rebelde que había resistido á

todos mis esfuerzos de la noche anterior! No lo concebí, pero tampoco lo adiviné. Dióme mi padre várias reglas de vida práctica que nunca he olvidado; una de ellas fué: «no te hagas servir por nadie en lo que puedas servirte solo;» y en consecuencia de ella me puso un día en las manos un par de finisimas navajas para que empezára á afeitar el naciente bozo que comenzaba á negrear en mis descoloridos carrillos. No fué nunca difícil para mí, que nunca carecí de destreza manual, la operacion de hacerme la barba; pero dábame yo con ella importancia, y en la noche del 31 de Diciembre de 1836, víspera de los días del señor Tarancon, me acosté pensando en que debía ir á dárselos muy bien afeitado. Pero ¡cuál fué mi asombro cuando, al ponerme ante el espejo, me encontré á la mañana siguiente sin rastro de bozo! La palangana contenía agua de jabon, pero las navajas estaban limpias y en su caja; entónces caí en que era sonámbulo... y tuve miedo. Despues de haberme sentido mis compañeros y la dueña de la casa vagar á oscuras por ella algunas noches, supliqué á Valpuesta que me encerrára en mi alcoba, á cuya puerta vidriera pusimos llave. Concluyó el curso académico; volví á Lerma, y no me atreví á confiar á mi madre mi nocturna enfermedad; pero una noche, al despertar frío y sobresaltado, me hallé desnudo, asido á las dos hojas de una abierta ventana, y rodeado de mi padre, mi madre y el canónigo, que me contemplaban con asombro, teniéndome este último cogida mi mano izquierda con su derecha.

— ¿Qué pasa? — les pregunté más asombrado que ellos.

— Eso te pregunto yo — díjome mi padre severamente.

— No sé — repuse con la más ingénuo veracidad. —
¿Qué he hecho?

— Has abierto muchas veces la ventana, has sacado la cabeza á la calle sin soltar las hojas, y despues de decir no sé qué en italiano, has vuelto á cerrar y á abrir, hasta que tu tío te ha cogido la mano.

Confuso y avergonzado confesé que era sonámbulo.

— ¡Pues no te faltaba más! — exclamó mi padre.

Y enviándome á dormir, dejó que mi madre quitára, con los ojos arrasados en lágrimas, todo lo que en mi cuarto pudiera lastimarme, y me dejó en él encerrado.

¿Y por qué hago hoy yo aquí tan íntimas y tan poco interesantes revelaciones?

Lo diré el próximo lunes, en la *última hoja traspapelada* de estos RECUERDOS.

XXXV



CONCLUÍA mi artículo del 10 de Enero corrientemente anunciando que el próximo lunes, es decir, el 17, diría por qué he hecho en los *Lúnes de El Imparcial* las tan íntimas como poco interesantes revelaciones de mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO. Pasóse el lunes 17, y me lo pasó yo en silencio; no me creo, pues, comprometido más que para aquel lunes, y no pienso decir del asunto una palabra más.

Con las glorias se me han ido las memorias; y de mis glorias voy á decir cuatro palabras, ya que alcanzamos unos venturosos tiempos en los cuales el que no se alaba no encuentra un alma de cántaro que *de balde* le diga « por ahí te pudras. » Como no pertenezco todavía, á lo ménos ostensiblemente, á ningun partido político; como no soy individuo de ninguna Academia, aunque soy ex-académico desde 1847; como no tengo título alguno ni académico ni universitario, ni he sido todavía ni diputado á Cortes, ni secretario de un Consejo de ministros, ni presidente ó individuo de ninguna de esas asociaciones útiles y benéficas, en las cuales se beneficia uno con la beneficencia y la utilidad públicas, cuando alguien me aplaude ó alguna poblacion me

recibe bien, me tomo los aplausos y el buen recibimiento por moneda corriente; porque como no tengo nada que dar, ni favor alguno con los que lo tienen para ofrecer á nadie dispensarle los míos, me supongo que quien me aplaude y los pueblos que bien me reciben lo hacen por puro afecto y porque realmente les parece bien lo que llevo hecho, y se lo agradezco; pero como sólo con mis palabras puedo yo demostrar mi gratitud, voy á concluir mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO mostrándome agradecido, despues de haberme en aquellos manifestado humilde, confesando los infinitos defectos de mis obras, y los prosáicos orígenes y móviles de mis incalificables poesías. Y de incalificables las califico, porque la mayor parte de ellas no pertenecen á escuela conocida ántes de que yo las produjera, y porque las he producido olvidando y atropellando todas las reglas y preceptos académicos que en sus áulas me enseñaron los Jesuitas, de quienes las aprendí.

He probado en mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, y en lo dicho me ratifico, que casi todas mis producciones literarias son muy medianas, y producidas bajo malos principios y en desfavorables condiciones: que sólo el acto tercero de *El Zapatero y el Rey*, y los dos primeros de *Traidor, inconfeso y mártir*, me dan derecho á tener pretensiones de autor dramático, y que mi *Capitan Montoya*, mi *Cristo de la Vega* y mi *Margarita la tornera* me le dan positivo á creerme poeta descriptivo y legendario. Nunca he manifestado aspiraciones á más; y por saberse el pueblo español de memoria estas leyendas mías, he venido á parar sin empeño *ni trastienda* mia en parecer el poeta más popular, ayudado, amparado y anualmente sostenido por *Don Juan Tenorio*, á quien por ahora no hay modo de derrocar; ídolo

para quien el pueblo ha hecho un altar del escenario, y de quien yo no me empeño ya en probar lo débil y mal cocido del barro en que está hecho, y la deleznable base de arena del pedestal sobre que están apoyados los pies de su deificada y adorada imagen, porque es el único protector que me queda y la única deidad á quien puedo encomendarme.

XXXVI

BARCELONA, Enero 1881.



HE probado que desde mi primera juventud he caminado hácia el manicomio, y que soy además el mayor tonto que hay en España, puesto que he podido serlo todo y no soy nada, he enriquecido á muchos quedándome pobre, y he llegado á viejo sin derecho ó maña suficientes para ser protegido por los que con mi trabajo legalmente se han enriquecido, y por los de quienes sus productos anuales forman las rentas. He declarado y descrito cómo despues de ser loco y ántes de ser tonto he sido sonámbulo, y ni estoy obligado ni quiero obligarme á decir en vida de mi TIEMPO VIEJO lo que dirá despues de mi muerte un curioso libro que escrito pienso dejar.

La exigente demanda de un actor amigo y la no completa correspondencia de un empresario, me trajeron y me hicieron hallar, en Barcelona, á los sucesores de Ramirez, que se brindaron á imprimir mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, y he puesto á la venta su primer tomo, reservándome el derecho de completar el segundo con dos partes, tituladas *Tras los Pirineos* y *Allende el mar*, y más tarde tal vez con un tratado y ejemplos

de lectura; de cuyo arte me he declarado profesor, como Napoleón III se declaró Emperador «por la gracia de Dios y el sufragio universal.»

Cataluña me ha acogido como si hijo de Cataluña hubiese nacido, y se ha empeñado en volverme á oír decir mis versos como doce años há cuando diciéndolos volví de América; y como ya no hago versos nuevos, me ha escuchado y aplaudido los viejos, y por ellos me ha obsequiado y regalado y dado hospitalidad, y por ello la doy gracias en esta extraña conclusion de mis RECUERDOS, como más ámpliamente la pruebo por ello mi gratitud en el apéndice de su primer tomo.

Algunas poblaciones me han invitado á hacer en ellas las lecturas en Barcelona hechas, y mi último viaje á la inmortal Gerona, impidiéndome escribir el artículo del lunes 17, ha puesto este extravagante fin á mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.

¡Pero cuánto no queda por escribir de la vieja Gerona! ¡Qué manantial tan rico de históricas, religiosas y fantásticas leyendas encierran aquel patio bizantino, donde se ha establecido un naciente y curiosísimo Museo, aquella Catedral originalísima por su atrevido embovedado, y la apilarada y cubierta galería que la rodea; aquellas escalinatas tortuosas que llevan allí nombre de calles; aquellas angulosas y estrechas encrucijadas, por las cuales me parecía imposible no topar de manos á boca con los judíos que en sus casas vivieron, ó con los cristianos que en ellas les degollaron; aquellas murallas acribilladas, y puedo decir caladas y festonadas, por las bombas y balas francesas; desmoronado pero sólido y perenne testimonio del indomable valor de Álvarez y sus gerundenses, y de la incuria de nuestros presentes tiempos, que en más de media centuria no se han

ocupado de reparar las fortificaciones, que podemos necesitar de un día á otro en estos de guerras generales, y de revueltas civiles y cuotidianas, que son actual entretenimiento de este siglo de filosófica discusion, y de escuela práctica de despoblacion por el incendio y las ametralladoras.

Los habitantes actuales de Gerona nos han colmado de aplausos á un poeta catalan, Mata y Maneja, que me acompañaba, y á mí; y yo tengo fotografiada en mi memoria su antiquísima y romántica ciudad, partida por dos ríos y cercada de los más pintorescos montes, tras de cuyas crestas asoman los nevados penachos de las pirenaicas montañas. ¡Si yo no tuviera ya sesenta y cuatro años! Si tuviera tan fresca la imaginacion, tan firme la mano y tan exaltada la fantasía como tengo aún jóven el corazon... ¡qué romancero tan parejo con el de mi Zamora la prometería y llevaría á cabo ¹. Gerona encierra los anales de una época romana, un legendario de la Edad Media y la epopeya moderna, que duerme en el sepulcro de Álvarez. Desde Zamora, rayana de Lusitania, á Gerona, fronteriza en las Galias, hay sembrados más secretos históricos y arquitectónicos, más misterios legendarios, más tesoros tradicionales, más poesía y más gloria que en la olímpica Grecia y en la Roma capitolina. ¿Por qué no soy yo Homero, Virgilio ó Dante? ¡Ay de mí! ¡El más pigmeo de los poetas modernos sueña con la edad de los gigantes!

Aquí concluyen mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO y mis cantares de poeta; mi pluma se resiste á escribir más versos; las coronas de flores se han agostado sobre mis cabellos encanecidos; he roto la lira, pero no quiero

¹ Ver en las *Hojas traspapeladas* la carta de Zamora.

soltar la pluma. Voy sin embargo á contar algo más de lo que he visto; voy á hablar algo de los hombres con quienes he tratado, de las obras que de algunos he leído, de algunas insignes tradiciones y de algunas leales proezas que he visto hacer, de algunas cosas buenas que pasan por malas, y de muchas que ante mis ojos han pasado allende el mar; voy á escribir algunas historias que parecen novelas, y algunos cuentos que son historias; todo ello tan descosido, tan ilógico, tan tartalado y fantástico como mi vieja poesía; pero acaso más útil, más trascendental y más de mi tiempo; lo cual será curioso porque manifestará que, habiendo vivido entre vejezes y sido narrador de viejas historias en mi juventud, entro, viejo verde, en la corriente del tiempo nuevo en mi vejez, y me preparo á morir vestido á la última moda y segun el último figurin. Voy á sentarme sobre mi ataúd á la puerta del cementerio á ver á los que ante mí pasan muertos ó vivos; he pasado mi vida derramando flores, consuelos y esperanzas; voy á sacudirme de encima algunas espinas que han dejado en mi piel los ramos de rosas de que he llevado cargados mis brazos, y á reirme del mundo como me he reido de mí mismo despues de haber llorado las ajenas desventuras, haciendo reir con las mias.

Huye, pues, de mí, espíritu, inspiracion entusiasta y creyente de mi poesía juvenil; vuélvete al cielo, de donde viniste, musa cristiana mia, que no nacistes en el Parnaso, ni en la Castalia fuente bebiste, y deja á mi lado al olímpico bufon, semi-dios pagano y representante bufo de nuestro desvergonzado positivismo, para morirme riendo con él de lo que he vivido cantando y glorificando.

¡Evohé! haced paso al viejo Sileno, que, coronado

de pámpanos sobre su asnillo cojo y orejigacho, atraviesa el fangoso circo de la tierra, resbaladizo y rojo con la sangre de los soberanos y de sus legiones, encharcado á trechos con las lágrimas de los pueblos, y alumbrado por la luz de la filosofía alemana y del incendio nihilista de Rusia. ¡Evohé! bebamos vino peleon de á diez y seis cuartos, y hablemos en prosa flamenca. Tomemos el tiempo conforme viene. Discutamos al Criador y corriamos la creacion: invoquemos á Cristo y ametrallamos á los cristianos: establezcamos una casa de beneficencia en cada plaza, y una administracion de loterías en cada esquina: que no quede el pueblo más ruin sin plaza de toros, y que no pase nunca la moda de los trajes ceñidos, que prensan las entrañas á nuestras mujeres, pero que dejan adivinar sus formas, cuyo movimiento las hace más incentivas que la plástica desnudez del paganismo. ¡Oro, mucho oro! el oro es la luz: tomémoslo de donde lo hallemos, y escribamos, como Séneca, un tratado de moral sobre una mesa de pórfido con mosaicos de ágata. Y como dicen los árabes: *Besm Allah alrrahman alrahin*. En el nombre de Dios clemente y misericordioso: aquí acaban mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.

TRAS EL PIRINEO

SEGUNDA PARTE DE LOS RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.

I

DESPUES de la muerte de mi padre, mi cerebro se entenebró y no volví á tener rumbo ni á proponerme fin en el camino de la vida; viví al azar, esperando morir sin desear ni temer la muerte. Aborrecí todo lo pasado, y hubiera querido poder olvidarlo; si me hubiera quedado una renta segura, por exígua que hubiera sido, habría yo inventado una novela para dar la noticia de mi muerte; y cambiando de nombre, hubiera desaparecido tranquilamente de la existencia literaria y civil que me habían creado mis escritos y en que la fortuna me había hecho nacer. Esta idea me halagó largo tiempo; rompí con todo lo pasado, patria, familia, amigos... y me quedé solo en París. Solo vivía, solo paseaba, y con ningun español me trataba que conocerme pudiera. El haber anunciado mi poema de Granada me obligaba á cumplir la palabra que á mí mismo me había dado, y á no estafar el capital para tal obra aprontado por R. de G. y por un mi pariente, que fué al fin más desventurado que yo, muriendo

abandonado de su ingrata esposa y rodeado de mala compañía. Trabajaba, pues, en mi poema con febril afán, y salía no más de mi modesto albergue á ver con la luz del Ayuntamiento á aquel populoso París, á quien no veía ni de quien ver con el sol me dejaba. Pasando á veces por los *boulevards* de la Magdalena y los Italianos confundido entre la ociosa multitud, veía á algunos de mis amigos bajo los toldos de los cafés, conversando ó saboreando el moka, ó saliendo ó entrando en los teatros; ni yo les abordaba, ni en mí reparaban ellos; y cuando entre diez y once, para retirarme á mi estudiantil tugurio, atravesaba alguno de sus puentes, el Sena me atraía con su turbia y cenagosa corriente, y luchaba mi dignidad un momento con la idea, jamás por mi conciencia aceptada, del suicidio; lo que de él me salvó entónces, fué sin duda el saber nadar: tuve miedo á una prolongada agonía, y á una vergonzosa exposicion póstuma en la *morgue*.

No recuerdo cómo volví á la sociedad; pero empecé la impresion de mi poema de Granada ayudado y amparado por el amigo más sincero, más benévolo y más tolerante con mi carácter veleidoso y huraño: quien con Fernando de la Vera substituyó entónces (y éste substituye todavía) en el mundo á cuanto mi padre se había llevado de mí al sepulcro: la fe, la esperanza, la familia, el hogar... y no digo la honradez, porque el trabajo me ha evitado el perderla. ¿Y por qué no escribir el nombre de aquel amigo que no labró mi felicidad porque Dios dejó al diablo apoderarse de mi cerebro y de mi corazón, en los cuales no pudo él meter la luz de sus severos principios y de su buen sentido práctico?

Era D. Bartolomé Muriel, veracruzano, establecido en París por aquellos años; hombre de mundo, caba-

lloso y de aristocráticas costumbres, expatriado voluntariamente de Méjico, amigo de los españoles y grandemente relacionado en Europa. Permitíanle sus rentas costear una lujosa morada sobre el *boulevard* de la Magdalena, en la cual vivía solo, teniendo preparada habitación para sus dos hermanos, uno de los cuales no supe nunca dónde residía, y otro que era oficial del ejército austriaco.

En una de la de estos me instaló una noche, no recuerdo cómo á la mano se nos vino de ello la ocasion ni el motivo; puso á mi disposicion su biblioteca, y dándome una diminuta llave de secreto, igual á la con que abría él la puerta de la escalera, me dijo: «Aquí es usted el dueño absoluto de cuanto hay en este cuarto; le encontrará usted siempre servido de día por un criado, que acudirá al son de la campanilla, cuyo cordon tiene usted en la alcoba; de noche se servirá usted solo como yo. Puede usted retirarse á la hora que guste; á nadie estorbará usted, ni hará usted esperar; comerá usted dónde y como quiera; pero los domingos lo hará usted con algunos amigos que á mi mesa reuno; es el único día que cómo en mi casa y no sé comer solo. Yo no pasaré nunca á este aposento; de diez á doce me hallará usted siempre en el mio; y si alguna vez se encuentra usted sin el dinero preciso para su gasto diario, no tiene usted más que enviarme á decir por escrito con el criado lo que necesita por la noche, y lo tendrá usted á la mañana siguiente.»

Muriel era aficionadísimo á las artes, y había gastado mucho en cuadros con que adornar su casa; yo tenía la Santa Cecilia de Guido Reni á la cabecera de mi cama, y frente á mi pupitre una Santa Lucía de Zurbarán; en la introduccion y dedicatoria de mi poema de Granada,

he dado una idea del aposento en que Muriel me alojó. En él escribí el segundo tomo y lo que del tercero conservo inédito de aquel poema: allí estudié árabe con el Rdo. Cassanggian, sacerdote armenio eruditísimo, que trabajaba en un diccionario árabe con significados en siete lenguas, en cuyas partes española é italiana le ayudé lo que pude, y de quien salí malísimo discípulo, separándome al fin de él por un viaje que tuve necesidad de emprender á Bélgica.

Tengo idea de que este sábio Cassanggian no quiso vender su diccionario á una Sociedad inglesa en siete mil quinientos duros, y que fué al fin elevado á la dignidad episcopal, asistiendo al Concilio ecuménico convocado por Pío IX. No quisiera confundir su persona con otra: de él conservo el más agradable recuerdo, porque era el hombre más recto y más aprovechador del tiempo del mundo; un minuto de retraso en la hora de la leccion le causaba una pesadumbre, y él entraba en mi cuarto á las diez en punto, reloj en mano; ponía el suyo sobre la mesa durante la leccion, y al tocar el minuterero en las once, se levantaba. Vestía de armenio con jubon y enagua de paño negro, bajo de un balandran á manera de kaftan turco; calzaba con media blanca y zapato negro, y tocaba su cabeza con una especie de fez rojo sin borla. No comprendía cómo sufríamos los europeos el pantalon, que él jamás había usado, y llevaba en todo tiempo un paraguas azul, que le servía para el sol como para la lluvia. *La Ilustracion* y el *Museo de Familias* publicaron su retrato, llamándole *el sacerdote armenio de la biblioteca*, porque se pasaba en la de Richelieu todas las horas en que estaba abierta, y los que de aquel tiempo vivían, no habrán podido olvidar la figura de aquel sábio, honrado y virtuoso sacerdote.

Mi poema tuvo una maravillosa aceptación: á los cuarenta días de publicación tenía vendidos mil ejemplares á Cipriano de las Cajigas para Méjico: quinientos á Baudry para Alemania, y setecientos cincuenta á vários corresponsales en París de librereros americanos; pero su éxito fué para mí infructuoso, porque Ignacio Boix, que me compró dos mil ejemplares, quebró ántes del plazo en que espiraba el pagaré con que me los aseguré; y Dionisio Hidalgo, contra mi órden expresa, vendió condicionalmente á algunos editores de la América del Sur, y no vimos más que la prima dada por sus enviados en París. Añadiendo á este sistema de contabilidad que un hermano de Boix reimprimió en Méjico el poema, que Cajigas había comprado dándole á mitad de precio, y que se hacían de él reimpressiones en Bélgica y en vários puntos de América, simultáneas con la mía y conforme yo iba publicando mis tomos, resultó que iba yo á ser tan famoso como pobre por mi poema. Decidí, pues, matar las reimpressiones matando mi publicación, y renunciando á ser propietario de mis obras, cuya celebridad me iba á empobrecer, enriqueciendo á mis reimpresores.

Estaba escrito, como dicen los árabes, que el miserable ingenio que Dios me dió no me había de servir más que para mi perdición; mis versos estaban malditos por mi padre y yo comencé á aborrecerlos, comenzando á pensar en atravesar el Atlántico en busca de una muerte que creí yo casi segura, bajo pretexto de ir á buscar una fortuna, que estaba yo más seguro de no alcanzar jamás con mis obras.

Afianzaronme en mi determinacion algunas miserias de la vida que de la mía me hastiaron por mi falta de sentido práctico, que probada llevo en esta desordenada

narracion de los desatinos, que forman la cadena de los hechos de la inconcebible existencia mia, algunos de los cuales no tengo inconveniente en revelar.

Casóse Eugenia Montijo con Napoleon III, y tratóse de regalarla un álbum por los poetas españoles. Surgieron en España no sé qué obstáculos para la pronta formacion de este álbum, y el general C., apoderado particular de la ya Emperatriz de los franceses, me escribió á Bélgica diciéndome que la condesa del Montijo esperaba que yo escribiese *algo* á la nueva soberana; que á Mery se le habían dado cinco mil francos y la cruz de la Legion de Honor por su cantata epitalámica, etc., etc. Contesté yo que el advenimiento de una dama española al trono francés era un hecho histórico que no había por qué no celebrar; y que no teniendo yo compromiso alguno con la política de España, á ninguno de cuyos partidos estaba ligado, yo haría lo que supiese, sin que hubiera que darme por eso más que una sonrisa ó la palabra «gracias» de la hermosa soberana, y envié á pocos días á París mi conocida serenata. Instáronme por que volviera á la capital de Francia; fuí, y envióme M. Damas Hinard, secretario de la Emperatriz, un billete de recepcion para que yo la ofreciese mi autógrafo; pero en la mañana de la tarde en que debía yo por S. M. ser recibido, cayó enferma; y lo fuí por M. Tascher de la Pagerie, con quien cambié treinta cortesías en un minuto, y entregándole mi manuscrito... no volví á saber ni á hablar más de semejante cosa.

Dijéronme que se me había concedido la Legion de Honor; pero que nuestro embajador, á quien yo no conocía, ni recuerdo siquiera quién fuese, había dado de mí muy malos informes... y allá quedaron cruz, serenata y honras mias.

Creí yo que si mis circunstancias eran buenas para pedirme aquel trabajo cuando había dificultad ú oposición en hacerlo, no era justo tenerlas en cuenta para hacerme un desaire que no había provocado mi petulancia, cuando bien en la sombra me estaba yo en Bélgica.

Pocos días despues pasé por la mayor vergüenza en que en mi vida me he visto. Habíame un mi amigo de Madrid presentado dos carlistas emigrados que lo eran suyos, y que trabajaban en la imprenta de M. Pillet, donde imprimía yo mi *Granada*. Corrió el mayor de ambos con la correccion de pruebas y demas trabajos de impresion, y cumplió, en verdad, con la mayor exactitud. Tenía yo convenido con el impresor el pago de cada tomo por terceras partes: una al contado, otra á tres y otra á nueve meses de plazo, cada una de ellas de dos mil y pico de francos. Un día vino el recomendado de mi amigo á proponerme aceptar mi pagaré, y saldarle á su vencimiento con fondos que su familia le mandaba de España si yo le hacía el servicio de adelantarle los dos mil francos. Créime en el caso de hacerle tal servicio por la recomendacion de nuestro comun amigo; endoséle el pagaré, entreguéle los francos y no volví más á pensar en ellos.

El 17 de Octubre, á las seis de la mañana, abrióse la puerta del cuarto que en un hotel habitaba, y un hombre que me enseñó una faja tricolor y mi pagaré, me preguntó si le pagaba ó no. Díjele que debía de ser pagado por fulano, y díjome que el tal se había embarcado el 15 en el Havre para la Habana, y que yo era el único responsable del pagaré. Un deudor extranjero sin casa puesta, es un perro en Inglaterra y en Francia: «pagas ó preso.» El agente del Tribunal de Comercio

registraba desvergonzadamente mis libros y mis efectos, mientras yo me vestía para seguirle al Juzgado; pero habiendo tropezado con un ejemplar de la edicion de Baudry de mis obras completas, me preguntó si era yo el autor; y al decirle yo que sí, cambió de tono y maneras, confesándome que comprendía era yo víctima de una estafa, y ofreciéndose á hacer mi posicion lo más llevadera posible. Vivía yo entónces de ochocientos francos mensuales que me daban los hermanos G. por la confeccion de un periódico español quincenal que enviaban á América; no tenía, pues, dos mil francos en mi casa; pero podían adelantármelos aquellos editores. El agente del Tribunal de Comercio me metió en un coche de alquiler, donde nos esperaban dos alguaciles de presa, y me llevó ante un somnoliento juez, que me preguntó:

— ¿Paga usted ó no?

— Sí.

— Pues pague usted:

— Necesito veinticuatro horas.

— No, ahora.

— No puedo.

— Pues á Clichy (prision por deudas).

Volvíme á poder del agente, y á meterme con él y los de presa en el coche.

En él me explicó el hombre de la ley que en aquel coche podíamos pasearnos por París hasta las cinco de la tarde: que yo podía ir en él á todas partes donde creyera que podía procurarme el dinero; pero que no podía bajar del carruaje, ni entrar en ninguna casa, porque él no podía volverme á prender dentro de ninguna. Ir á la de mis editores en aquel coche y aquella compañía era inútil; me tendrían por el estafador siendo el esta-

fado; hacer bajar á ningun amigo, ni áun á Fernando de la Vera, para que dentro de aquel vehículo me contemplára, era más fuerte que yo; con que ¡á Clichy! Pero el bueno del agente seguía callejeando, esperando que me ocurriera una buena idea. No me ocurrió: sino que al pasar por la calle de Luxemburgo salía de su casa Muriel; vióme, y comprendiendo mi situacion... paró el carruaje, preguntó la cantidad, volvió á subir á su aposento y tornó á bajar con una carta-orden de dos mil quinientos francos contra su banquero; no tenía el dinero en casa. Fuí á la del banquero; cobré y pagué en el patio, y me volví á mi hotel, del cual saqué mis baules sin hablar palabra.

Cuando volví á ver á Muriel fué para pedirle cartas de recomendacion para Méjico, lo que él me había alguna vez aconsejado.

Hubo otro caso extraño que me decidió á salir de París; pero entra en el dominio de lo fantástico, pertenece á aquellas extravagancias que formaron la base de mi poesía, extraviando y descompaginando mis ideas, arrastrándome al camino del manicomio.

Hé aquí el hecho.

II

POR huraño que mi carácter fuese, y por esquivado que yo con la sociedad me mostrase, no podía vivir sin sociedad alguna; ninguna pues, frecuentaba, pero á algunas asistía alguna vez. Para colmo de desgracia y por complemento de mi locura, se había engendrado en mi corazón una pasión loca, que estaba dispuesto á sofocar, pero que no me atrevía á romper; no sabía cómo decir ni cómo ocultar á una mujer á quien amaba que mi ida á América no tendría vuelta; porque, decidido á cruzar el Atlántico, iba desesperanzado de hacer fortuna, y casi seguro y con la esperanza casi de encontrar la muerte.

Yo he vivido siempre con la sonrisa en los labios y con la boca llena de alegres palabras; pero he llevado siempre la tristeza en el corazón por no haber sabido lograr jamás lo que me he propuesto, pareciéndome siempre en conciencia justo y bueno lo que me proponía. Así es que en mi corazón no he dejado jamás penetrar á nadie, para lo cual he aprendido desde muy joven una cosa muy difícil de poner en práctica: el arte de hablar mucho sin decir nada, que es en lo que consiste generalmente mi poesía lírica, aunque por ella se

extrabasa la melancolía y en ella rebosa la amargura de mi alma. Yo soy un hombre muy alegre y un poeta muy triste, de lo que resulta que mi poesía y yo parecemos falsos, y tal vez somos de *doublé* mi poesía y yo; pero no soy yo ni mis contemporáneos, sino la posteridad, quien ha de aquilatar el carácter del hombre y el valor de su poesía: *ai posteri dunque l'ardua sentenza...* si los pósteros llegan á tomarnos en sério á mi poesía y á mí. De aquélla no se me da una higa, y de mí pienso decir ingénuamente lo que creo en este libro, por si es el último que escribo, y para que no digan ni los pósteros ni mis contemporáneos que de engañarles traté disimulando mis malas cualidades, ni que alucinarles quise defendiendo los defectos de mis obras; y como de éstas no es ahora cuestion, sino de aquéllas, hablemos un poco de mis malas cualidades.

Una de ellas es la de no haber podido creer en el amor de las mujeres: entendámonos, en el amor por mí de ninguna mujer; no hablo de las legítimas, por que éstas, sabiendo ya en todo á qué atenerse conmigo, no han podido dudar de nada; hablo de las cien mil mujeres que hablan de amor en nuestra sociedad, que de todo habla. Desde que tuve la desgracia de escribir mi *Don Juan Tenorio*, y desde que hasta los Tenorios de taberna supieron de memoria y dirigieron á sus queridas la carta de Don Juan á mi doña Inés, consideré completamente perdidos para mí los corazones de todas las mujeres españolas y de todas las que en las Américas que españolas fueron hablan el castellano. Hombre sencillo y de vulgarísimas costumbres, de pequeña estatura y exterior de solidez harto dudosa, tenía necesariamente que ser mal juzgado por las mujeres; las devotas y melindrosas me iban á tener por un mónstruo

de doblez, doctor graduado en la academia de seducción infernal de Satanás; las de abierto carácter y acomodaticia conciencia iban á esperar de mí nubes de incienso, exhaladas de mi poesía en perpétuos y apasionados madrigales, décimas derretidas y cartas como la de Margarita la tornera y doña Inés de Ulloa; las ardientes y apasionadas iban á tomarme por profesor de una nueva escuela de disolución, y por inventor de nuevos, poéticos y nunca sentidos placeres, y las romásticas é idealistas iban á creer que me alimentaba con alones de silfos y pechugas de colibrís, condimentados con ámbar y ambrosía, rocío matinal y esencia de rosa de Constantinopla. Comprendí, pues, que en la práctica del amor el hombre iba necesariamente á desacreditar al poeta; que el poeta iba á llevarse al hombre por los países imaginarios del amor, y que ninguna mujer que creyera amarme, si llegaba á dar con alguna que de veras me amára, iba á saber ella misma á quién en mí amaba, si al hombre ó al poeta, ni qué era lo que en mi favor había alucinado su fantasía y arrastrado su corazón; si esta aura de poesía de que mi fama me ha rodeado, esta reputación de poeta amoroso que las amorosas cartas de mis galanes me han dado, ó la sinceridad alegre y la cordial simpatía del hombre cuyo exterior casi raquíptico está en contradicción con la exuberancia amorosa de su florida y seductora poesía.

He pasado, pues, con la mitad de las mujeres por un imbécil que no supo jamás atrapar por su único cabello á la ocasión, que por la palma de mi mano pasaba rozando, y grosero con la otra mitad, porque pagué sus falsos melindres con un autógrafo ó un retrato al tiempo de volverles las espaldas, y me he casado dos veces tan vulgarmente como cualquier tendero de aceite

y vinagre, sin consultarlo con nadie y sin dar á nadie parte ni responsabilidad en el asunto.

Y sin embargo, amaba á una mujer ántes de salir de Europa, y la amaba hasta el punto de no atreverme á revelarla mi decidida resolucion de no volver.

Y porque á ella iba esta mujer iba yo á una sociedad, en la cual se reunían algunos ingenios italianos, franceses y españoles más ó ménos conocidos y célebres despues, y algunas señoras de conocido talento ó de notable hermosura. Americanos eran los dueños de la casa, y entre las americanas que su salon frecuentaban había una preciosísima chilena, casada con un rico inglés, que, siendo cónsul en su país, allá la había conocido, y de ella se había perdidamente enamorado. Rayaba en alta la estatura de aquella chilena, y comenzaban sus formas á cargarse con la redondez de los treinta y un años; pero aún conservaban su talle la flexibilidad y su paso la ligereza juvenil, llenando la incipiente amplitud de sus contornos de graciosos hoyitos, sus mejillas y las comisuras de su risueña boca. Dos ojos pardos, grandes, luminosos y tranquilos, revelaban en su faz la tranquilidad de su alma y la pureza de sus pensamientos; y una abundante y algo riza cabellera castaña coronaba su escultural hermosura, como las marañas de flotante niebla coronan las montañas de su país al levantarse el sol sobre el horizonte. Dos hijas tenía, como su padre rubias, y crecidas y esbeltas como dos ángeles de Alberto Durero: la una de once y la otra de catorce años, con quienes y con ella dividía el rico inglés su cariño, labrándolas una existencia que todos envidiaban; libres las tres de la presencia de una hija que el inglés hubo en cuatro meses de primer matrimonio, y que en Lóndres residía casada

con un socio, que en ciertos negocios en la India le ayudó á reunir la riqueza de que sus rentas provenían. El inglés se había captado el respeto, y la chilena el cariño de nuestra sociedad, y ningun sábado comenzábamos sin ellos la música y la lectura que sosteníamos italianos y españoles, en competencia de franceses y alemanes.

Había yo escrito, no recuerdo si en unas notas de *Granada*, un tratado de quiromancia, y un supersticioso italiano me había atribuido el arte de tirar las cartas por un artículo que sobre cartomancia y adivinacion había yo, para un periódico americano, escrito por aquellos días. Un sábado de Octubre de 1855 esperábamos en hora temprana la reunion de nuestra sociedad, que solía comenzar á las diez, la mujer amada por mí, los dueños de la casa y tres ó cuatro de los artistas que nuestras veladas amenizaban, de los cuales eran, y sea dicho de paso, la inolvidable Persiani y el famoso Moriani, á quien se llamaba *il tenore della morte* por lo bien que sabía morir en *Stradella*, *Lucía* y *Lucrecia*, y á quienes habíamos conocido en Lóndres. Las mesas de juego estaban preparadas, y miéntas cuatro ó cinco señoras cuchicheaban alrededor de la chimenea y los hombres hojeaban un álbum en el velador, hacía y deshacía yo distraidamente una baraja, porque hay que saber que yo no sé jugar á ningun juego de náipes; pero barajo las cartas con la destreza del más consumado tahir.

Al dar los tres cuartos para las diez entró en el salon nuestra hermosa chilena con sus dos niñas y sin su marido; y como despues de los saludos y cortesías de entrada volviere yo á barajar, distraido en los turbios pensamientos que en la imaginacion me oscurecían, la chilena vino á mí, diciéndome de repente:

—He leído de usted hoy cosas que me han llamado la atención; ¿quiere usted decirme la buena ventura y tirarme las cartas? Mi marido tiene por estas dos cosas una aversión inconcebible; pero ahora que no está aquí, y siendo usted el nigromántico, tendría yo un gran placer en ver lo que nunca he visto. Veamos: ¿qué hay escrito en mi mano?

Y me tendió abierta su izquierda mano desnuda del guante. Yo no he creído nunca más que en Dios, y estoy felizmente libre de toda superstición; las conozco todas, de todas me he valido en mis escritos para hacer efecto sobre la imaginación de mis lectores; pero de todas me río y compasión me inspiran todos los que creen ó temen los agüeros, hechicerías y evocaciones. Tomé á broma la demanda de la chilena, y con mi mano izquierda los cuatro dedos de la suya, como si fuera á estudiar sus rayas; cogí de mis labios con los cinco de mi diestra un beso que hice muestra de colocar con ellos en su palma, y la dije:

—Aquí no hay más que lo que mi deseo pone con este ósculo tan respetuoso como galán: larga vida, ventura y salud bajo la bendición de Dios.

Amohinóse un tantico la voluntariosa chilena; percibiéronse de lo que entre ella y yo pasaba los circunstantes; empeñáronse en que satisficiera yo su capricho; rehusé yo alegando la vanidad de semejantes prácticas; tornaron á insistir, y volví yo á rehusar; pero importunado al fin, y creyendo notar en la curiosa dama no sé qué febril exaltación, que me pareció extraña en ella, barajé sonriendo, díla á cortar la baraja, cortó creo que temblando, tendí siete cartas tapadas sobre la mesa y la mandé volver una; volvió un as de *carreau*, y tornando yo á confundir y mezclar las seis cartas aún no

vistas, volví á tenderlas descubiertas alrededor del as; apareciendo en aquella combinacion un agüero tan terrible como inverosímil. Notó ella, sin duda, en mi semblante la mala impresion que aquella combinacion me había hecho, y poniéndome en el hombro su diestra, me dijo:

—¡Cuidado, que quiero la verdad!

—Pues bien—respondí yo—como la cosa es tan absurda, las cartas dicen que «en los siete días entrará la justicia en su casa de usted por una muerte y se disolverá una familia.»

Quedóse la dama un instante pensativa, y echándose á reir, nos reimos todos. Entraron los contertulios, cantó Moriani, se leyó, se bailó, y á la una nos despedimos, las señoras con besos y los hombres con apretones de manos, y cada cual se volvió á su casa, á través de la nieve con que empezaban á blanquearse las calles.

III

EL sábado siguiente, á las diez, viendo yo que la dueña de la casa llevaba á una señora al piano, y que Iradier se sentaba á él para acompañarla, pregunté yo:

—Pero qué, ¿no esperamos á nuestra hermosachilena?

Miráronme todos con asombro, y la señora exclamó:

—¿Pero no sabe usted?..

—Nada; ¿qué hay?

—Que su marido resbaló el miércoles al entrar en su casa, y cayó de espaldas perdiendo el sentido. Le subieron á su lecho, y espiró á las dos horas sin poder hablar ni hacer testamento; y como la fortuna del marido está sujeta á no sé qué leyes inglesas, es la hija del primer matrimonio la que todo lo hereda.

No quise oír más. Una pesadumbre inmensa se apoderó de mi espíritu y trastornó mi cuerpo; la sociedad comprendió el mal que semejante noticia me causaba; y no habiendo llegado tampoco aún la mujer á quien yo amaba y por quien allí concurría, salí de aquella casa y pasé aquella noche insomne, determinando apresurar mi viaje y salir de París para no volver á encon-

trarme con aquella infeliz mujer, que debía de unir para siempre mi recuerdo al de su desventura.

Yo no creo más que en Dios y soy cristiano por convicción; pero la imagen y la historia de aquella hermosa chilena se conserva en mi memoria tan poética como meláncolica, y vaga por el campo fantástico de mi imaginación en compañía de la hija epiléptica de Mélico Maggiorotti, mercader de lanas en Cádiz.

Yo moriré probablemente en un manicomio, pero poeta hasta la muerte; ¡cuán poéticas afecciones se aposentarán en mi corazón hasta mi último suspiro!.. porque yo he derramado en mis libros la poesía de mi imaginación, pero he guardado la de mi corazón para mí.

IV



EL 27 de Noviembre de 1854 me despedía de Muriel y de Torres Caicedo, quienes me habían procurado veintidos cartas de recomendacion para Méjico; yo iba recomendado por importantes personajes influyentes de las Américas españolas, desde el presidente de la república Santana hasta el empresario del Teatro Viejo, y llevaba un pequeño crédito para hacer frente á los gastos de los primeros días de mi llegada, suponiendo Muriel que con mi nombre y las cartas no necesitaría más en Méjico para hacer allí mi fortuna.

El 28 por la noche me despedía en la estacion del ferro-carril una mujer en cuyos brazos dormía un sér inocente nacido en el pecado, por quien debía yo vivir, trabajar y volver de América rico. A las dos de la mañana me embarqué en Boulogne en uno de los viejos cascarones que hacían entónces la travesía del canal de la Mancha, y á las ocho me alojé en Lóndres en un modesto hotel no léjos de Charing-Croze.

Lóndres es para mí la ciudad más antipática del universo, y los ingleses de Lóndres los más antipáticos

individuos de la raza humana. El inglés de Londres cree que para ser algo en el mundo y para salvarse después de la muerte lo primero que se necesita es haber nacido inglés y en Londres, y que el resto de la tierra no es más que el patio y las caballerizas de Inglaterra. Mi padre me decía pocos meses ántes de morir en Torquemada:

—Desengañate, hijo; mientras el mar no se trague la isla de la Gran-Bretaña, no habrá paz en ninguna parte.

Y sea por la mala idea que de ellos me hizo concebir mi padre ántes de que yo los viera en su país, ó sea porque yo lo he visto siempre á través de Gibraltar, pasé por Londres sin detenerme más que á tomar mi pasaje de primera cámara en el *Paraná*, y continué mi viaje á Southampton, de cuyo puerto debía zarpar. Pero el *Paraná* no anclaba en Southampton: el Gobierno inglés le había embargado para llevar tres mil hombres á Crimea; y aunque la Compañía de los vapores del Atlántico gestionaba con esperanzas la devolución de aquel buque y preparaba otro, los viajeros y la correspondencia del *Paraná* debíamos esperar indefinidamente á que se resolviese la cuestion entre el Gobierno y la Compañía. En las oficinas de la Agencia de ésta tropecé con el general mejicano García-Conde, á quien me había presentado en París el embajador Pacheco, y que debía ser compañero mio de navegacion. Mal de muchos... y nos juntamos y comenzamos á vivir juntos, y á comentar nuestra situacion espectante, animándonos el uno al otro á esperar, renegando de Inglaterra, el momento de salir de su territorio modelo. Al otro día por la mañana oimos hablar español en el cuarto inmediato al que nos alojábamos, y el general

García-Conde creyó oír pronunciar mi nombre por los que en español hablaban. Propusímonos verlos por sí conocidos nos eran; pusímonos en acecho dejando entreabierta la de nuestro aposento para ver á los que por la puerta del inmediato saliesen, y al fin dí yo en brazos de Ramón Losada, el relojero de Regent-Street, que era el huésped del contíguo aposento. Rió, bromeó, se conmovió, y áun lloró escuchándome; aprobó mi resolución de ir á Méjico, me presentó á un jóven que le acompañaba, pasajero tambien del *Paraná*, y me dió dos cartas para la capital del imperio de Moctezuma: la una para un loco que escribía en periódicos y que podía servirme de mucho, y la otra para un su correspondal, que podría darme por cuenta suya seiscientos duros en la ocasion en que yo los necesitara.

Losada era en Inglaterra un originalísimo personaje: conocido en todas partes, en todas era útil y por todas se metía como por su casa. A la de un conocido suyo nos hizo trasladar con nuestros equipajes, y en ella estuvimos cuatro días cómoda y alegremente. Allí me hizo trabar amistad con el jóven en cuya compañía venía, que era un Sr. D. Angel Inambelz, comerciante enriquecido en San Luis de Potosí, adonde regresaba, y á quien me puso por compañero en el camarote del buque, cambiando mi billete por otro mejor, segun dijo y razones que me dió. Dejéle hacer, convencido de su buena voluntad y de su conocimiento de aquel país y de aquellas gentes, y cuatro días despues del en que debía partir, esto es, el 6 en lugar del 2, apareció en el puerto el *Paraná*, buque negro, viejo, enorme y feo, como la ballena que se tragó á Jonás. El 8 al medio día nos condujo Losada en un bote á bordo, nos recomendó al capitan Lees, á quien conocía,

nos instaló juntos al general García-Conde, á Inambelz y á mí; y hé aquí un rasgo característico de Losada, que se había hecho inglés y era comerciante.

A última hora, encerrándose con Inambelz y conmigo en el camarote, me dijo de esta manera:

—El señor Inambelz lleva de mi fábrica cuarenta relojes á Méjico. Cuando desembarquen ustedes en Veracruz, él, que conoce allí á todo el mundo, dirá á todos quién es usted y armará el jaleo consiguiente. Su reputacion de usted hará probablemente inviolable su equipaje; hágame usted el favor de meter en el fondo de su maleta los cuarenta relojes de mi amigo, y unos cuantos paquetes de encajes de Bruselas que con ellos lleva, y nos ayudará usted á hacer una grande economía.

— Pero, hombre — le dije — ¿y si me registran mi equipaje?

— Inambelz, que estará presente, lo declarará suyo, pagará y no haremos la economía.

Fraude lo llamé yo en mi conciencia; pero como ni los aduaneros ni los Gobiernos suelen tenerla, me callé; y quien calla otorga, dice el refran.

Comenzó el *Paraná* á lanzar resoplidos de humo y fuego por sus válvulas y chimeneas, y á sacudir aletazos como Leviatan, y comenzaron á abandonarle los que en los botes á Southampton debían volverse. Losada abrió un saco que consigo traía, y comenzó á llenar de cajetillas y de tabacos habanos el sombrero de Inambelz; pidióme luégo el mio, é hizo con él la misma operacion, diciendo:

— En el buque todo el mundo fuma, y mucho; no hay cosa mejor que hacer. Usted, que no es gran fumador, busque las cajetillas del fondo, que son las de mejor papel, y acuérdesese de mí siempre.

Y así diciendo nos abrazó, se lanzó al bote tan ligero y seguro y alegre como un muchacho; y cuando el *Paraná* se mecía ya entre cielo y agua, le vimos con el antejo del capitan saltar en el muelle y desaparecer entre la gente. Fué el último español y el último amigo de quien me despedí, convencido de no volverle á ver.

Al arreglar mi equipaje en mi camarote, y al desocupar, para colocarle en su funda, mi sombrero de las cajetillas con que Losada me le había atestado, hallé entre las del fondo una carta dirigida á mi nombre, que decía: « el capitan te los cambiará; » hablaba de cuatro billetes de veinticinco libras esterlinas, que acompañaban dentro del sobre sus cinco palabras escritas en un pedazo de mal papel. Tal era Losada, de quien ya he dicho algo en mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.

V

o hay soledad más grande que la del mar. La primera noche en que me hallé solo entre cielo y agua sobre la cubierta de aquella monstruosa amalgama de madera vieja y de hierro mohoso que se llamaba el *Paraná*, ha sido la más triste de mi poquísima alegre vida.

Toda la pasada, día por día, hora por hora, se me vino á la memoria; la casa de Valladolid en donde nací, con su jardín, desde el cual, atados á un hilo que ella me echaba desde un balcon de la casa inmediata, enviaba yo á Nieves Masas un puñado de alelíes y unos capullos de rosas; la iglesia de San Martín, en donde me bautizaron y donde me llevaba á misa mi madre; las dos hermanas rubias hijas de la hermosa marquesa de Villasante, las cuales, cuando niño, me habían parecido dos ángeles, y cuando mozo y estudiante dos figuras flamencas, vivas, arrancadas de un cuadro de Rubens; todas las mujeres á quienes por mi madre había conocido, y cuya imágen y cuyo recuerdo adoraba por el de mi madre, cuya imágen, de todas cercada, evocaba mi memoria con la maravillosa

lucidez del sonámbulo y con la tristeza desesperada del moribundo; todo cuanto había amado, cuanto por algo, aún por el pesar, me había sido caro en mi existencia; todo lo bello, lo luminoso, lo poético de mi pasado, la gloria, la amistad, el favor; todo lo que había podido obtener y no había querido aceptar por merecer la estimación de mi padre; todo lo alegre y fantástico de mi niñez; todo lo revuelto y afanoso de mi juventud; todo lo aislado, lo esquivo, huraño, misterioso y desesperado de mi edad madura; todo lo inútil de mis versos; toda mi ingratitud para con mi pueblo, que por ellos me había aplaudido y coronado y glorificado en vida; todo el pandemonium de efectos mal sofocados, de pasiones mal concebidas, de facultades mal empleadas, que habían producido el desvarío descarriado de mi imaginación, el vacío de mi corazón, el vacío de mi poesía, el vacío de mi fe, el vacío de mi esperanza, la nulificación de mi reputación y de mi personalidad; todo lo que constituye y caracteriza una individualidad, perdido por mi insensatez... todo esto surgió en el caos de mi alma, y dudé de mí mismo, y desconfié de Dios, cuya faz contemplaba tras aquel azul estrellado cielo, á través de las bergas del *Paraná*, que el mar tranquilo inclinaba de babor á estribor y de proa á popa, según sus ondas se hacían espuma en sus costados ó se partían en su quilla, resbalando partidas bajo su viejo y panzudo casco.

Y al són monótono y regular del agua y de la máquina, me lloré envuelto en mi capoton de viaje, como si en él me llevarán amortajado á enterrarme vivo, hasta que al fin el cuerpo fatigado, la materia bruta venciendo al espíritu, me sumió entre mis lágrimas en un sueño pesado, febril é inquieto, imagen y hermano de

la agonía que precede á la muerte del criminal á quien sus remordimientos ahogan, ó del loco cuyos delirios dislocan y desencajan la máquina del cerebro, sumiéndole en las tinieblas de la demencia, que son hermanas de las de la muerte.

Pero, Dios mio, ¿qué le importa á nadie lo que en mi corazón ha pasado? Vamos á lo que pasaba en el *Paraná*, á los pormenores trágico-cómicos y casi ridículos de aquella navegacion.

EN EL MAR

(TERCERA PARTE DE LOS RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.)

I



Los ingleses son los hombres más formales y más formalistas del mundo, y los mejores marinos que navegan por todos los mares conocidos; un buque inglés funciona con la misma precision que un reloj de French, y un capitan de la marina inglesa va en su buque sobre las aguas como el difunto Neptuno en su carro tirado de tritones y escoltado por delfines.

Pero cobra buena fama, y en todas partes cuecen habas; embarcaos en el *Paraná*. El Almirantazgo había destinado este buque al trasporte de tres mil hombres á Crimea; el *Paraná* era de esta capacidad, pero la Compañía á quien pertenecía era incapaz de sóltar el *Paraná* sin disputárselo al Almirantazgo; y en Inglaterra hay Compañías capaces de tenérselas tiasas á todo el Reino Unido de la Gran Bretaña como en ello se atraviere un compromiso contraido ó un puñado de libras cobradas,

El Almirantazgo que sí y la Compañía que no, tiraban del *Paraná*; aquel por la popa, para lanzarlo lleno de soldados hácia Crimea, y ésta por la proa para enviarlo á San Thomas con la correspondencia y pasajeros de América; y fueron los tres mil soldados en dos buques, á cuyos propietarios enrendó la Compañía en lugar suyo con el Almirantazgo, y zarpó el *Paraná* para América, llevándome á mí por mis pecados por el Atlántico adelante.

En el tiempo empleado en aquellos dimes y diretes entre el Almirantazgo y la Compañía, el *Paraná* se preparó mal y se abasteció peor para aquel viaje, cuyo rumbo ignoraban los contendientes; importábale poco á la Compañía que los tres mil hombres fuesen como fuesen á Crimea, porque ella á quienes había atrapado era á los pasajeros de América, que la pagábamos seis mil reales por barba, é importábale ménos al Almirantazgo de que nosotros fuéramos allá vendidos, porque lo que él necesitaba era estrellar en los muros de Sebastopol á las tres mil víctimas con uniforme, prontas ya á partir en el *Paraná*: la cuestion era que no faltáran los soldados en una parte, ni el correo en otra; es decir, que lo que importaba era no faltar á la formalidad de lo prometido y de lo anunciado: y allá fuimos nosotros con las cartas de aquel mes de Noviembre, aunque con algunos días de retraso.

Fuese que el capitán quisiese forzar la máquina para ganar el tiempo perdido, fuese porque ésta estuviese mal graneada y mal colocada por la premura, ello es que á la altura de las Azores las piezas afectas á la rotacion comenzaron á mostrarse incandescentes, despidiendo un calor que convertía en antecámara del infierno el salon central de aquel viejo y enorme tonel con

ruedas que nos arrastraba penosamente sobre las olas.

Comenzamos á avizorarnos los pasajeros, y comenzó á tranquilizarnos el capitán, mandándonos turnar en el perpétuo trabajo de refrescar la máquina con grasa y agua salada, con cuya ocupacion nos mantenía tan entretenidos como asustados. Abandonábamos este afán sólo las horas de las comidas, que eran tan inglesas como el capitán y de carne tan rebelde á la absorcion de la manteca como los émbolos de la máquina; pero olvidábamos nosotros lo indigesto de la nutricion por el miedo del incendio, y el viaje no podía ser ménos divertido ni más determinado; el miedo y la incertidumbre del fuego dentro, y la seguridad del abismo fuera, y así nos alejábamos tan lentamente de Europa como tardíamente nos acercábamos á aquella bendita isla, dinamarquesa entónces, de San Thomas—y mientras de Europa con pesar nos apartábamos y nos aproximábamos con ánsia á las Antillas, trabábamos unos con otros relacion los viajeros, y hacíamos cargo, como podíamos, de la tripulacion del inglés transporte. Componíase la marinería de gente allegadiza y de repente enganchada, en lugar de la enzolada al servicio ordinario de la Compañía, por haberse ésta desperdigado ó por rehusar el servicio para el cual no estaba comprometida, ó por creer inciertos el rumbo del buque y el día de su partida de Inglaterra. Mitad de blancos y mitad de negros, aquella chusma era tan desconocida para el capitán como para nosotros; y mirábanse los blancos y los negros como se mirarían, si juntos se encontráran, dos manadas de osos de los dos opuestos colores y de dos opuestas comarcas traidos, y teníalos solamente á raya, para que no se mordieran, la severa disciplina y la vigorosa personalidad del capitán, que á

su personal servicio traía media docena de ingleses tan corpulentos y vigilantes como él, quienes velaban día y noche sobre su mal avenida tripulación, la cual, desnuda de medio cuerpo arriba, trabajaba sin descanso en arreglar el mal aparejado buque, que se había hecho á la mar sin completa preparacion y abasto por huir del Almirantazgo y no retrasar más la correspondencia comercial de Inglaterra con el Nuevo Mundo.

El general García-Conde y yo nos fuimos familiarizando con los que hablaban castellano, españoles, franceses y alemanes que en Méjico estaban establecidos, y á quienes y de quien conocía él y conocido era; entre los cuales iba un Baralt, pariente del escritor del centro de América tan conocido en España, que acompañaba á la Habana y al seno de su familia restituía al hijo de otro literato y acaudalado cubano, de la familia de los Aldamas, á quien conocíamos por sus escritos todos los poetas castellanos, á quien no miraron nunca con buenos ojos los Gobiernos españoles por sus tendencias separatistas, y á quien tenían alejado de Cuba y vigilado en España.

Era el Baralt un mozo tan instruido como alegre y decididor, socio ó empleado en una casa de comercio de Santiago, á la cual volvía á dar cuentas de una comision con que á Europa le había enviado. Conocíame él por noticias que de mí le diera el otro Baralt, su pariente, y por lo que me conocen muchos que jamás me han visto la cara como no haya sido en retrato; por las ya entónces célebres leyendas de mis *Cantos del trovador* y mis demas venturosos librejos. En relaciones entramos, y contentos uno de otro hicimos aquella navegacion, formando uno de sus grupos con ambos García-Conde y Angel Inambelz, el amigo de Losada, y dos franceses

en la capital de Méjico establecidos, un leal y honradísimo M. Goupil, y un alegre y atrevidísimo marsellés, M. Charles Tracase, á quien nada se le ponía por delante, y á quien debimos todos los buenos consejos que de los apuros de nuestra navegacion nos sacaron.

Había largo tiempo vivido y muchos dineros acumulado en Méjico, y en un gran almacén que hacía doce años allí había establecido y hacía tres que había traspasado, y cuya renta iba á recoger todos los meses de Diciembre, volviéndose á París con el paquete de Febrero. Ingeríase de cuándo en cuándo en nuestra sociedad un personaje de color dudoso, de ojo vivo y escrutador, y de rizado cabello, limpia y atildadamente vestido y pretenciosamente calzado, que entendía de todo, de todo hablaba y á todos conocía, pero cuyo nombre no supimos nunca, porque ni él nos lo relevó ni nos atrevimos á preguntárselo. Baralt, conocedor de las Antillas y de sus habitantes, y que tenía un si es no es de mordaz y su ribete de mal pensado, hizo de él mil conjeturas á cual más disparatadas; pero aquel casi afeminado, tan cortés y bien educado como incomprendible personaje, hablaba de la política, la literatura y los personajes influyentes de España y de las Antillas con un conocimiento y un aplomo, con una moderación y un tacto tan especiales, que descarriaba todos los cálculos de Baralt, que le dió por espía de alto copete, por jugador afortunado y por todo, en fin, ménos por lo que era.

Y así llegamos á San Thomas nueve días más tarde de lo que debíamos; es decir, el 28 de Diciembre en lugar del 16.

Allí debíamos de trasbordarnos á otro buque de la Compañía encargado de conducir á la Habana y á

Veracruz su correspondencia y pasajeros, mientras una ligera y esbelta goleta blanca que en aquel puerto se balanceaba debía de llevar á la Guaira los que para la América central traían pasaje.

Pero aquí de la formalidad inglesa. El buque de la Compañía no estaba ya en aquella Isla, y el cónsul inglés nos anunció con la mayor formalidad que para continuar nuestro viaje á la Habana y á Veracruz tendríamos que esperar allí al buque del mes de Enero.

Al oír tal, el primero que puso el grito en el cielo fué el marsellés, quien se dirigió inmediatamente al cónsul francés, aconsejándonos á Baralt y á mí que nos dirigiéramos al español, para obligar al agente inglés de la Compañía á buscar el modo más breve de trasportarnos á la Habana. El marsellés era un francés impagable: revolvió la Isla y sacó de su casa y de sus casillas á todos los cónsules europeos que en el puerto existían. Díme yo á conocer del de España, que era D. Federico Segundo, y entre éste y el francés, aguijoneados por el impertérito M. Charles, obligaron al fin á los ingleses á proponer al capitán del *Paraná* que continuase su viaje hasta la Habana, donde hallaría el buque corresponsal. El capitán declaró que el *Paraná* no servía para nada, que él había aceptado su mando en aquel viaje por venir á tomar el del suyo, que era el *Withe*, y que prefería dejar allí el servicio de la Compañía á volver á montar el *Paraná*, que no podía llegar á la Habana.

Volvió el marsellés á insurreccionarse, y volvimos á gritar todos, capitaneados por el marsellés; volvieron los cónsules á cargar sobre los dos ingleses; y al cabo de porfías de unos, súplicas de otros, amenazas de algunos, improprios de no pocos, lamentaciones y desesperados esfuerzos de todos, se convino en que el capitán

Lees nos llevaría en el *Paraná* á Jamáica, y de allí en el *Withe* á Cuba y á Veracruz; pero era preciso pagar el exceso del pasaje de allí á Jamáica, y esperar en San Thomas dos días para hacer carbon. Aceptamos lo que no podíamos rehusar: pero adivinando el por qué de la mala figura y el compungido gesto que hacían algunos, dijo el marsellés:

— Nadie se apure: yo tengo aquí dinero para todo francés, español y mejicano que vaya á Cuba y á Méjico; y el que no pueda allí pagarme, yo le esperaré su reintegro á uno de los tres plazos del buen deudor: tarde, mal y nunca.

Desarrugáronse los entrecejos; dimos un aplauso al rumboso marsellés, y cambié yo en oro mejicano los cuatro billetes de Losada, disponiéndome con mis amigos á pasar alegremente aquella noche en aquella Isla más florida, más pintoresca y más salubre al parecer que la de Calipso; pero que no es más que un escondite y una trampa donde el vómito y la muerte aguardan al europeo á la puerta del suelo americano.

Baralt y yo dijimos al cónsul inglés que si el buque que partió estaba aquí para llevar á Cuba la correspondencia y los pasajeros del *Paraná*, ¿á qué ha ido á la Habana sin la una y sin los otros?

— ¡Oh! — dijo el inglés con la más inglesa é imper turbable formalidad. — Ustedes debieron llegar aquí el 16, y él salir el 18. Él fué á decir que ustedes no habían llegado.

Y hé aquí la formalidad formalista del inglés.

Media hora más tarde aguardábamos en una fonda que nos sirviesen la comida que habíamos pedido el general, el marsellés, Goupil y otros cuantos que habíamos formado grupo y sociedad aparte, cuando se

presentó un negrito con una carta dirigida á los señores Zorrilla y Baralt, dentro de la cual venía una tarjeta que decía :

«El presidente de la república de Santo Domingo espera que el Sr. Baralt y el Sr. Zorrilla le honren aceptando su hospedaje y su mesa. El dador les guiará á su casa.»

No había medio de rehusar, por más que ni Baralt ni yo alcanzáramos el motivo de tal invitacion de parte de un personaje á quien ni uno ni otro conocíamos. El negrito nos condujo á una cercana y preciosa casa de campo, en cuya sala baja nos introdujo, y en la cual nos recibió con el más cordial apretón de manos, llevándonos en seguida al comedor, el desconocido, atildado, rizado y pretenciosamente calzado compañero de navegacion, que era el presidente Baez.

II

IN que ninguno de los que en el *Paraná* navegábamos hubiera jamás pensado ni tenido interés en ir á Jamáica, bogábamos una noche con rumbo á aquella Isla en busca del *Withe*, el cual estaba allí sufriendo no pude nunca saber qué operacion.

No hay que esperar aquí descripciones ni noticias de estas islas de las Antillas, á las cuales arribamos como á estaciones naturales del viaje á Méjico; porque ni estos recuerdos son un itinerario, ni este apéndice tiene el objeto de prolongar una narracion entretenida con incidentes extraños, verídicos, ni ideales. En vez de extenderla, tengo obligacion, necesidad y deseo de reducirla; porque no debiendo contener más que la historia de mi corazon, no puede tener interés; y á nadie, sino á mí, puede importar que llegue á conocimiento del pueblo en que he nacido, y á quien todavía no he deshonrado con mis escritos. No voy, pues, á apoyar el tejido de este relato más que en los puntos culminantes y fijos de mi oscura y personal historia, para poderme cobijar á su sombra, y para que me sirva de

sudario al espirar, despues de sacar de él las consecuencias que mis lectores verán en sus últimas páginas.

Llegamos á Jamáica. En las Antillas se respira con su caliente atmósfera el ambiente de la pereza, y se engendran en el corazon y en el espíritu el amor al ocio y el prurito de los deleites. Las islas son los oasis del desierto del mar: á ellas se llega harto y entumecido del encierro del barco y de la falta de ejercicio, y se gozan con ánsia la luz, la anchura y la libertad. Aquellos oasis brindan á los que pasan por ellos todos los placeres de los climas cálidos, y todos los que ofrece al europeo la novedad de los diferentes frutos, los distintos manjares, las diversas y libres costumbres de las mezcladas razas que en ellas habitan. Estas les ofrecen, sin reserva, todo á cambio del oro de que suponen repletos los bolsillos de los que allí arriban; y á los que allí por vez primera ponen los piés, les arrastra la curiosidad á ver y á gozar aquel todo que aún les es desconocido. Aquella exuberante naturaleza que produce unas plantas, unas flores, unos árboles y unas frutas tan grasas, tan fragantes, tan pomposas y tan sabrosas; aquella gente mestiza tan holgazana, tan decidora, tan alegre, tan provocativa y tan sin cuidados; aquellas mujeres de tan poca ropa vestidas y de tan poco pudor dotadas, por natural consecuencia de la poca necesidad de cubrirse y de ocuparse de nada, porque allí con nada se vive y con todo alimenta la tierra, contamina al más puro, seduce al más casto, emperieza al más activo y materializa al más espiritual.

Allí ví y admiré por primera vez el plátano, razon vegetal y palpable de la innata holgazanería de aquellas razas; cifra viva en la cual escribió la naturaleza el

consejo de «no trabajéis.» El plátano es un árbol cuyas espléndidas hojas absorben el nocturno rocío, y cuyos troncos necesitan apenas el jugo de la tierra para desarrollar su rápida y lujuriosa vegetación. Abanicos sonoros y ondulantes de la selva, aquellos árboles parece que arrullan el brote y crecimiento del racimo de su fruto, como las criollas á sus hijuelos con el monótono y sentido ritmo de sus apasionados cantares; el racimo brota en la parte superior de su tronco, cobijado á la sombra de su penacho; cada uno de sus granos viene envuelto en una sólida, estriada y luciente cubierta, que del sol, del polvo y del rocío le guarece mientras pueden dañar á su primera vegetación; luego esta corteza se abre, se desprende de él, y sobre él poco á poco se arrolla, conforme del sol, del aire y del rocío va necesitando, hasta que de él se desprende seca, cuando ya por sí puede nutrirse del rampojo á que cada fruto viene asido; y segun el inmenso racimo va madurando, el tronco se va doblando hasta depositarla suavemente en manos del hombre, que puede dormirse á su sombra, seguro de que la bajada de la fruta le despertará viniéndosele á la boca, y sin que necesite tampoco cultivar el árbol, que por sí solo brota otro pié al lado del que se cae, y á quien abona, beneficia y nutre su propio despojo, su tronco filamentosos y sus hojas que sirven de fiemo.

¿Cómo ha de ser trabajadora la raza á quien pone Dios el alimento entre los labios, sin más trabajo que el de comerle? Allí gusté el azucarado zapote, la suavísima chirimoya y la fragante piña, reina de las frutas, á quien hace Dios nacer coronada de flores y empenachada de verdes hojas, y allí sestée cunado por la brisa del mar en una hamaca de seda, oreado por los

ondosos ramos de la palmera, arrullado por el trino del sinsonte y del salta-pared, despertando asombrado de admiracion ante el vuelo y el zumbido del colibrí, que se sostiene inmóvil sobre sus incansables alas, mientras tiene el pico sumido en el cáliz de las campánulas, para chupar la gota de miel que en su fondo le sirve Dios por alimento, como en una copa de japonesa porcelana. Allí concluí de convencerme de que todo lo que ha hecho Dios es perfecto y maravilloso, y cumple con el fin para que lo crió, y empecé á apercibirme de que sólo la raza humana es la que ni obedece ni honra á su Criador.

Baralt y M. Charles convertían en festines nuestras comidas y en estruendosos *meetings* nuestros festines; y así pasamos tres días en Jamáica, yéndonos las tres noches á admirar las reuniones de los metodistas, los anabaptistas, y de las ocho ó diez sectas que allí pacíficamente se reúnen en sus capillas para oír con ejemplar recogimiento las lucubraciones estrambóticas de sus fanáticos predicadores.

Y allí comencé á persuadirme de que los católicos somos los que ménos devocion y compostura guardamos en nuestros templos, aparentando ménos fe y ménos conviccion en nuestra única y verdadera creencia, que los herejes, los paganos y los idólatras en sus heréticos y monstruosos errores.

El capitán Lees hizo carbon, agua y víveres en aquellos tres días, y obligando al maquinista á colocar su máquina *como estuviera* en el vientre de hierro del *Withe*, á las nueve de la noche del cuarto hicimos rumbo á la Habana. Sobre aquel mar turquí de las Antillas, fosforescente como una nube que relampaguea, é iluminado por una luna que parece una claraboya, por la cual

envía á la tierra el paraíso el tibio reflejo de la luz vi-
viente que alumbrá á los bienaventurados.

El capitán Lees, una especie de Antinoo rubio, jó-
ven, vigoroso y de la buena raza de Albion, había for-
mado su tripulacion como la del *Paraná*, reclutando en
Jamáica la heterogénea chusma que allí había podido
encontrar. Su autoridad á bordo estaba apoyada, más
que en su nombramiento y en su derecho, en sus dos
poderosos brazos y en los de ocho ingleses que con él
habían pasado del *Paraná* al *Withe*, y que, como él,
tenían siempre el puñal y el revólver á la cintura, y en
el bolsillo la llave del camarote que encerraba las ar-
mas del buque. Los negros y los blancos, los irlandeses
y los ingleses, éstos y los españoles, y los alemanes con
éstos, nos aveníamos muy mal, y nadie se miraba de
buen ojo en aquella levantisca y advenediza tripulacion.
La máquina de *Withe* funcionaban tan torpemente co-
mo la del *Paraná*, porque la colocacion de ambas se
había hecho con la precipitacion exigida por la exacti-
tud de la obediencia inglesa: «salga usted de Southamp-
ton el 9. Salga usted de Jamáica el 7.» Y el *Paraná*
y el *Withe* salieron de uno y otro punto el día en que
la Compañía les mandó salir; pero salieron como se
hallaban el 9 y el 7; la órden era de partir; el espíritu
de la órden, que debía ser hacer con seguridad el viaje,
no entraba para nada en la cuestion; en inglés, salir
no quiere decir más que salir, y salimos á la mar, y
llegamos á Cuba y á Méjico como Dios quiso; un capi-
tán inglés no puede hacer más que hundirse con su bu-
que y ahogarse con sus tripulantes, pero no prevenir de
probable naufragio al armador ó á la Compañía que le
emplea, de quienes son la cuenta y responsabilidad de
las condiciones del buque; así se es ó no se es inglés, y

así bogábamos rumbo á la Habana sobre un mar tranquilo y azul como el lago de las hadas en el teatro y á la luz del plenilunio.

La estela del *Withe* quedaba tras de nosotros larga y fosforescente como la cola de un cometa, y la sombra de sus vergas se dibujaba casi sin movimiento en el espejo terso del agua, que no plegaba el más ligero soplo de brisa ni el ménos sensible oleaje: aquella absoluta calma de la superficie, hacía olvidar el abismo inmensurable del Atlántico sobre el cual bogábamos. El capitán Lees había obsequiado á sus pasajeros con una cesta de botellas de Champagne: la señorita Brümmer, alemana rubia, blanca, larga y flexible como una Margarita de goma alargada á fuerza de estirla, había ejecutado en el piano unas sonatas monstruosamente difíciles, con la precision inflexible y falta de claro oscuro de un autómeta de Nuremberg; nuestro francés M. Charles había berreado una *Marsellesa pur sang*. Baralt había dicho algunos versos suyos y míos, yo había salmodiado el canto de *El Pirata* de Espronceda, y un mejicano había fraseado de la manera más picaresca y característica una de aquellas intencionadas cantinelas mejicanas, que rebosan gracia y gotean malicia, de las cuales aprendí muchas más tarde y no olvidaré jamás ninguna. Habíase, en fin, pasado la velada en tan perfecta como inesperada armonía, y pasajeros y tripulantes habían ido á buscar el reposo en sus camarotes y hamacas; solos Baralt y yo, sentados sobre cubierta, nos habíamos entregado á una de esas conversaciones vagas, inconexas é interminables, en que mezclan los poetas los recuerdos de todo lo que saben, hablan de todo lo que ignoran, se interesan por cuanto no les importa, y se rien de su propio entierro en una

improvisacion descabellada y sin término, en la cual la fuerza del consonante les obliga á traer al retortero los amigos y los enemigos, los héroes y los mentecatos, los dioses del paganismo y los ángeles cristianos, los nombres griegos, árabes y egipcios de todas las mitologías, y los propios de todos sus conocidos y compañeros, mezclados con todos los del calendario y del martirologio. Improvisamos sobre cuanto nos ocurrió, reimos hasta desternillarnos de todo lo improvisado, y cuando hartos de hablar y cansados de reir pensamos en retirarnos á nuestros camarotes, notamos que tendido bajo de un banco, y envuelto en un capote de marineró, un individuo había dormido cerca de nosotros durante nuestro extravagante y prolongado coloquio, ó había taimadamente escuchado nuestra enmarañada improvisacion.

Ni él hizo movimiento alguno, ni en nosotros despertó sospecha alguna su presencia en aquel lugar: no habiendo por qué espiar, ni motivo de ser espiados, no pudimos suponerle espía: creimos que había tenido el capricho de venir á dormir sobre cubierta, como nosotros le tuvimos de pasar la noche improvisando al aire libre.

Al amanecer divisamos la isla de Cuba.

III



N^o América nadie estaba prevenido de mi partida de Europa. Desembarcamos en la Habana, comimos en la fonda del teatro de Tacon, y asistimos á la *Lucía* que aquella noche en él se representaba. Baralt guardó mi secreto y respetó el incógnito que yo deseaba conservar, por cumplir á Muriel mi palabra de que su suelo natal, Méjico, sería la primera tierra americana que visitase; pero Cuba es España, y era imposible que el autor del *Don Juan* pasára incógnito por la Habana. Ocupaba yo un segundo puesto en el fondo de un palco con el marsellés, Goupil, Brümmer y su hija, y el general García-Conde; pero los palcos de aquel teatro no estaban cerrados por su parte posterior más que por persianas, para dejar circular por ellas una ventilacion necesaria en aquel sofocante clima; alguno de los curiosos que por los corredores registraban los palcos debió sin duda reconocerme, y al concluirse la funcion un grupo no muy numeroso aguardaba nuestra salida. Daba yo el brazo á la señorita Brümmer, que me llevaba casi toda la cabeza y hablaba con ella francés en

voz alta, con suficiente prevencion para no darme por entendido de los «él es» y «no es él,» que oia en torno mio. La completa indiferencia con que yo pasé y la facilidad con que hablaba la lengua de que me servía, contuvieron si no convencieron á los agrupados; y llegado al hotel, me acosté y dormí tranquilamente.

A las nueve de la mañana del siguiente día, el doctor Zambrana se presentó en mi aposento y me dijo: «No puede usted negar quién es, y vengo á saludarle con algunos amigos que le estiman.» Abrazáronme y colmáronme de caricias él y una docena de cubanos que con mis desdichadas obras se habían acostumbrado á tenerme en más de lo que nunca he valido, y me rogaron que me quedára en la Habana, prometiéndome éxito en la publicacion ó el negocio que emprendiera; excuséme con mi palabra dada y negocios ajenos que á seguir hasta Méjico me obligaban; y prometiéndoles volver, y dejándoles no muy contentos, y tal vez casi ofendidos de mí, torné á embarcarme y me hice á la mar al día siguiente, despues de despedirme del alegre Baralt, que me hizo mucha falta en el golfo, en cuyas aguas me engolfé yo, pesaroso ya de no haberme quedado en Cuba — no sé aún hoy decir por qué, el *Withe* era un buque de hierro, ni grande ni chico, ni viejo ni nuevo, de mediano andar y perfectamente mal servido, á pesar de su vigoroso y diligente capitan Lees. Su salida de Jamáica fué extemporánea y obedeció, como la del *Paramá* de Inglaterra, á la necesidad de sacar del puerto la correspondencia y los viajeros; ninguno de estos dos buques salió al mar en las necesarias condiciones de seguridad y limpieza: el *Withe* estaba en Jamáica con su máquina desmontada, y el maquinista la volvió á montar el día en que se lo mandaron y en las condiciones

en que desmontada la tenía. En la Habana se hicieron víveres y carbon para seis días como en Jamáica, suponiendo los seis de Cuba á Méjico tan felices como lo habían sido los seis de Jamáica á Cuba. La tripulación y la servidumbre, tomadas mitad de las del *Paramá*, y mitad, desconocida y advenediza, en Jamáica, se avenía mal con los buenos ingleses y la buena disciplina del capitan Lees, quien tenía que contemporizar mal de su grado con ella, y con la desconfianza del maquinista y los fogoneros, que no se atrevían á dar á sus calderas toda la fuerza que requería la marcha impuesta al buque para efectuar la travesía en el tiempo impuesto al capitan por los superiores.

Así bogábamos por el golfo rumbo á Veracruz. El general García-Conde había intimado con Baralt y conmigo desde el principio de nuestro viaje, y él y Inambelz eran los únicos con quienes formaba yo rancho aparte y sostenía largas conversaciones, en las cuales echábamos de ménos la original y verbosa intervencion de Baralt: los alemanes y los mejicanos nos dejaban platicar solos, y noté al tercer día que casi no me dirigían á mí la palabra. Hasta el alegre y expansivo marsellés se me figuró que me desdeñaba un poco; pero como había partido yo de la Habana bajo el influjo de una inexplicable melancolía, de la cual tal vez la separacion del festivo Baralt era la causa, gozábamos en la soledad y el aislamiento, sin apercibirme del que en derredor me hacía el desden de mis compañeros de viaje, y en el cual, entre paréntesis, llevábamos ya un día de retraso. En la mañana del cuarto leía tranquilamente en el comedor un periódico de la Habana, cuando el aleman Brümmer se sentó á mi lado diciéndome:

—Traigo una comision para usted de los compañeros

de viaje que hablan español, y me lisonjeo de que el poeta de Castilla no les rehusará lo que en su nombre voy á pedirle.

— Dispuesto estoy á satisfacer sus deseos — respon-
dile, creyendo que se trataba de alguna narracion ó de
alguna lectura que la monotonía de la navegacion in-
terrompiera y amenazára.

— Pues bien; las señoras quieren que las enseñe us-
ted los versos que ha hecho usted contra ellas y sus
compañeros de viaje.

— ¡Yo!.. — contesté asombrado.

— ¡Vaya! — repuso el aleman — estoy al mismo
tiempo autorizado por las señoras y los viajeros para
prometer á usted el perdon de todo lo dicho en gracia
del ingenio y chiste con que usted la ha dicho; sea lo
que quiera, ya sabemos todos qué es juicio, y el cora-
zon de los poetas es responsable de los desvaríos de su
imaginacion.

— Dispense usted que le diga que no comprendo una
palabra de lo que usted me está diciendo — repliqué yo,
y en Dios y en mi ánima que no lo comprendía. Pero
el aleman siguió diciéndome:

— No tenga usted recelo alguno; todos lo hemos to-
mado á broma, pues estamos convencidos de que en
broma tan sólo ha hecho usted los versos, y por eso de-
seamos verlos.

— Pero ¿de qué versos me habla usted? entendámo-
nos — repuse comenzando á amostazarme de lo que me
parecía una broma, cuyo objeto y razon no se me alcan-
zaban.

— Pues de los versos que hizo usted la otra noche
sobre cubierta con su amigo Baralt contra todos nos-
otros, y los Reyes, y el Papa, y medio mundo; por lo

cual lo tenemos por chistosa broma, y de la cual deseamos participar.

Vínoseme la sangre al rostro, al mismo tiempo que á la memoria la presencia de aquel embozado con inmovilidad de dormido que oyó insomne sin duda, y no comprendió por ignorante de la lengua la desatinada improvisacion en que Baralt y yo nos lanzamos, no sabiendo que tenía tan mal oyente; porque la verdad es que, aunque en ella sacamos á relucir los trajes, las fisonomías, acaso las caricaturas de algunos de nuestros compañeros de navegacion, y en ella mezclamos cuantos Papas, Reyes, Santas y cortesanas á la lengua nos traía la fuerza del consonante, como en toda improvisacion sucede, estuvo la nuestra muy léjos de ser una sátira ofensiva para ningun tripulante del *Withe*, y hubiera divertido á todos y á nadie agraviado á poder yo repetirla.

¡Triste destino del ingenio, y sobre todo del del poeta! ¡Ser mal entendido y peor juzgado por los tontos! Avergoncéme de mi situacion, é indignóme la interpretacion injuriosa dada á tan insignificante pasatiempo, y que tan mal parados dejaba mi reputacion literaria y mi educacion de hombre bien nacido. Maldije en mi interior por la centésima vez mis versos, que tantas pesadumbres me habían acarreado, y no queriendo aceptar aquella mala posicion, á que tan malamente me traía la ignorancia ó la malicia de un mal oyente, dije al aleman en voz alta y poniéndome en pié:

—Diga usted á los que á mí le envían que siento en el alma no poder repetir nuestra improvisacion; pero que tengan entendido que ni en mi educacion ni en el género de poesia que yo cultivo cabe lo que me imputa

el espía traidor é imbécil que se permitió escuchar lo que era incapaz de comprender.

Amoscóse el aleman con mi formal respuesta; díjome no sé bien qué, y respondíle lo que ya no recuerdo; levantamos la voz y comenzaron algunos á asomarse á los abiertos respiraderos que del comedor se abrían sobre cubierta; y viendo yo entre ellos la cabeza de un aleman rojo que atentamente me contemplaba, exclamé, señalándosele á mi interlocutor: « Así Dios me perdone como aquel es el Júdas que me traiciona; » y apercibiendo entre las de otros la honrada fisonomía del general mejicano García-Conde, le supliqué que bajára; púsele en cuatro palabras al corriente de lo ocurrido, y díjele finalmente:

—Diga usted á nuestros compañeros de navegacion que mi educacion y mi debilidad corporal no me permiten romperme á puñetazos el esternon, como esas bestias pervertidas de la Gran Bretaña, único duelo permitido á bordo de sus buques; pero que, en desembarcando, usted se entenderá con los dos padrinos del que me atribuye semejante villanía; y que como soy quien propone el duelo, le dejo todas las ventajas de eleccion de armas y arreglo de condiciones. No hablemos una palabra más del asunto, y más me plugiera que saltára el entrepuente con los dos improvisadores y su torpe espía, que caer bajo su lengua.

Dicho lo cual en un paroxismo de ira del que me iba sintiendo presa, me metí en mi camarote, que siendo del centro y de primera, estaba en el mismo comedor.

Hay en el Código del honor una ley que da por nullos en tierra los duelos aplazados á bordo, y téngola yo por tan justa como previsora. El poco trecho en que á bordo se vive, y las perpétuas incomodidades

que no pueden ménos de darse unos á otros los navegantes, germinan y acrecientan sus antipatías y mal humor, y raro es el viajero que se encuentra á gusto en el buque al fin de una larga navegacion. El capitán Lees tenía ya que dar permiso para boxar á algunas parejas de su tripulacion, cuyos individuos, blancos y negros, ingleses y yankées, podían apenas soportarse unos á otros; quienes, segun la bárbara costumbre de sus países, se satisfacían saltándose un ojo ó rompiéndose una costilla, con lo cual creían establecida la superioridad de raza y satisfecho el orgullo nacional. El caso en que yo me veía era prueba del malestar que á los viajeros nos acosaba, y una fatal circunstancia, tal vez por alguno prevista, por muchos temida y por nadie en palabras formulada, vino á trasformar en riesgo el malestar de nuestra ya desagradable navegacion.

Nos revolvíamos y sudábamos una noche, todos insomnes, en nuestras literas, despues de haber oido sobre nuestras cabezas el ruido de las patadas, los puñetazos y las caídas del tercer pujilato de la jornada, cuando á un repentino estallido, una terrible conmocion y un largo y desgarrado silbido de la máquina, quedó el *Withe* inmóvil sobre las aguas, y un rumor de pasos precipitados y de voces de mando del capitán nos sacaron de los camarotes y nos llevaron sobre cubierta.

Una parte de las tablas del entrepuente se habían partido como cañas secas, aunque quedaban aún mal sujetas por las rotas abrazaderas y los casi arrancados clavos de hierro que reforzaban su ensambladura. A un fogonero debíamos el no ser ya pasto de los tiburones, que escoltaban los buques en aquel golfo: un émbolo se había roto, y el fogonero, arrojándose con riesgo de la vida

á abrir repentinamente la válvula de seguridad, había impedido reventar á la caldera y abrirse el buque como un triquitraque.

El fogonero estaba con el brazo derecho abrasado por el agua hirviendo, el médico se le cubría de algodón en rama, y la tripulación y los viajeros permanecíamos estupefactos, pensando trémulos en la muerte de que acababa de librarnos aquel infeliz desconocido, condenado al infernal trabajo de los hornillos.

Rompió al fin el marsellés nuestro angustioso silencio, preguntando al capitán Lees:

— Y bien, capitán: ¿cuál es ahora nuestro porvenir y cuál nuestra esperanza?

El capitán respondió con la flemma característica, y la veracidad descarnada y absoluta de un inglés honrado:

— Si el capitán del buque-correo que debe venir mañana de Veracruz no quiere remolcarnos otra vez á la Habana, aquí nos estaremos hasta que la marea nos haga pedazos en los *alacranes*, ó el viento Norte nos estelle en las costas de Yucatan.

A cuya franca declaración y ante cuya doble perspectiva nos quedamos todos mirándonos unos á otros, como si nuestro ángel custodio nos hubiera dicho al oído que estábamos á medio kilómetro del valle de Josafat, y que ántes de diez minutos íbamos á oír la trompeta del Juicio.

IV



No hay peligro ni posición desastrosa con que el hombre no concluya por familiarizarse, como sean duraderos. El *Withe*, sin amarras ni anclaje que por costados ni proa le sujetasen, y cuyo casco de hierro enlaminado de verde lógamo ofrecía al agua su vientre resbaladizo y glutinoso, comenzó á balancearse de babor á estribor, y de estribor á babor, con esa regularidad matemática de un inmenso y doble metrónomo, cuyas varillas eran los dos palos de su envergadura. Comenzamos á no poder mantenernos en equilibrio sobre cubierta, y á oír rodar por los camarotes y huecos del buque cuantos trastos y utensilios móviles en su cavidad contenía; y aglomerados pasajeros y tripulación en el entrepuente, comenzamos á descomponernos asiéndonos unos á otros, dando con nuestro peso mayor y más desigual movimiento á la nave, quedando sólo en la línea céntrica de proa á popa el capitán Lees y algunos marineros; los demás rodábamos á pesar nuestro desde los centros á las barandas, en medio de las imprecaciones de los unos y las carcajadas de los otros, porque nada hay serio en la vida humana que no tenga algun

ridículo y risible por donde contemplarse. Aquel insoprotable movimiento nos obligó á sujetarnos á cuanto inmóvil pudimos ceñirnos, y á voces los lejanos, y directamente los que en asideros céntricos nos manteníamos, entablamos con Mr. Lees una confusa discusion, de la cual salió la siguiente resolucion:

Que aguardando al buque-correo inglés, que no podía ménos de pasar á la vista en un término breve, se arrancaríá una de las doce columnas de hierro que unían la cubierta del centro con la superior, y se trataríá forjar y taladrar el hierro por una punta, sustituyendo con ella, como mejor se pudiese, el émbolo roto, que no era posible soldar. Si el correo inglés no nos remolcaba, el émbolo improvisado nos haríá marchar por poco que fuese hácia Veracruz. No hay esperanza, por loca que sea, que no se acoja en tales situaciones como una segura prenda de salvacion. Armóse, pues, una fragua miéntras la columna se desencajaba, y comenzóse la faena, tocando á cada cual por turno, pasajero ó tripulante, excepto las señoras, el sostener el hierro, atizar el carbon y dar al fuelle incesante impulso. Maravilloso agente de la alegría es la esperanza, y la operacion empezó al amanecer con la más expansiva algazara, sin que á nadie le ocurriera que ántes de poder forjar el hierro de la columna íbamos á gastar el carbon, y que cuando tuviéramos émbolo, si á tenerlo llegábamos, no tendríamos vapor. La operacion y la esperanza duraron cuarenta y seis horas, al cabo de las cuales, forjado y taladrado un cabo de hierro, unido con un pasador al encaje inferior, y sujeto el otro cabo con gruesos alambres al anillo giratorio de la maza superior del émbolo, se dió fuego á la caldera, y despues de otras cuatro horas de expectativa, el *Whithe* rompió lentamente las ondas,

cesando en su insoportable movimiento de metrónomo al tornar á su impulso de avance sobre el tranquilo golfo. Eran las once de la mañana del sexto día de mar.

Estábamos todos cansados del trabajo y de la vigilia; y fiándonos á la vigilancia del infatigable capitan, nos recogimos casi todos á nuestras literas en busca del sueño reparador que necesitábamos tras tanto afan y tan insólita fatiga.

A las seis llamó la campana á comer: el capitan anunció que comeríamos en un solo plato los dos condimentos que se nos servirían, porque la mayor parte de la vajilla se había roto y nos tenía que poner á racion por escasez de víveres; pero nos la daba doble de whisky, ron y azúcar para que pudiéramos hacer ponche con que hacer bien la digestion y conciliar el sueño.

El peligro de los arrecifes quedaba ya muchas millas detrás; hacíamos más de dos por hora, y habíamos llegado á hacer seis en dos en que el capitan había tendido las velas al soplo de unas brisas, que habían atravesado el golfo durante la noche como gaviotas desperdigadas. El *White* seguía su marcha lenta, pero constante, á la luz de la menguante y bicornes luna, que corría por el espacio azul sobre la frente desmelenada de la invisible Diana. El capitan, la tripulacion y los pasajeros dormíamos en las hamacas y las literas, conducidos y guardados por el contramaestre, el timonel y el vigía sobre cubierta, y el maquinista y el fogonero al pié de los arduos hornillos y de la rugiente caldera. Rayaba el alba del octavo día; el calor sofocante de aquel clima hacía rato que nos tenía desvelados, y hablábame García-Conde de sus hijas, de su mujer y de su casa, como un hombre honrado y feliz que era en el seno de su numerosa familia y en el retiro de su doméstico hogar. Había

algo del patriarca antiguo en la venerable cabeza, en la confidencial conversación y en la historia íntima de aquel general mejicano que había alcanzado aquellos tiempos en que en su país se prestaban cien mil duros sin recibo y se casaban los hijos para sostener la palabra del padre. Escuchábale yo tan embebecido como melancólico; yo que no había vivido nunca con mis padres; yo, cuyas hijas se habían convertido en ángeles ántes de llegar á ser muchachas; yo, en fin, que iba sólo y descorazonado á vivir entre desconocidos y con esperanza de morir desconocido en un ignorado rincón.

El recuerdo de aquella conversacion con aquel padre feliz de tantas hijas honradas, á quienes despues conocí, es uno de los puntos luminosos que brillan en el abismo confuso de mi ya casi entenebrada memoria. ¡Ojalá haya caído la bendicion de Dios sobre aquel venerable anciano, y sobre aquellas santas mujeres y sobre sus nietos, á quienes dejé en mantillas! García-Conde hablaba y yo escuchaba, como aquel monje de la religiosa leyenda que escuchó cien años á un pájaro del paraíso, cuando una quietud repentina atajó la marcha del buque, cesando en él el ruido y la trepidacion, como cesarían en su pecho los del corazón de un hombre á quien un aneurisma repentinamente matára. Se había vuelto á romper el émbolo, y el *White* volvía á su insufrible movimiento de metrónomo. Tornamos á cercar al capitán, y tornamos á invocar el auxilio de su ciencia; pero la determinacion era ya más difícil de tomar; la máquina no tenía compostura para la cual bastáran los medios de que podíamos disponer.

Mr. Lees se paseaba con la cabeza baja y los brazos cruzados, buscando en su cerebro un pensamiento y en su boca una palabra que inútilmente deseaba manifestar

y decir á los que, angustiados de él, los esperábamos mirándole ir y venir desde el palo mayor al trinquete, y de éste á aquél, mientras sus marineros de distintas razas y colores callaban ó fumaban de pechos sobre las barandas, escupiendo inactivos al mar sobre cuya superficie no podían ya hacer deslizarse aquel cascaron que flotaba inerte como un viejo salmon á quien los pescadores hubieran cortado todas las aletas y nadaderas de lomo, vientre, quijadas y cola.

Pasaba el tiempo, y á nadie le ocurría nada oportuno, útil ó consolador; los ojos de los marinos se encapotaban bajo los fruncidos entrecejos, los de las mujeres se arrasaban de lágrimas, y los de los viajeros buscaban los del capitán, que continuaba sus vueltas de leon enjaulado sin permitir que las de nadie se fijáran en sus pupilas, clavadas tenazmente en las tablas que pisaba.

¡El correo de Veracruz! gritó repentinamente el vigía. Corrimos todos á proa, y vimos efectivamente brotar casi en el horizonte un punto oscuro coronado de un penacho móvil, todo ello tan pequeño como una pluma de un pájaro mosca. El capitán tendió su anteojo hácia aquel punto, y diciendo «él es, pero no nos vé,» nos pasó su magnífico Dollong, con el cual tuvimos todos el tiempo y el placer de percibir lo que creimos paloma que nos traía el ramo de oliva.

El *White* disparó su cañon giratorio con tanta destreza que el taco agujereó el foque del bauprés, tendido para recoger viento. El correo de Veracruz viró proa hácia nosotros, y el tórax se nos ensanchó con la aspiracion, que á pleno pulmon tomamos.

Avanzaba el correo inglés sobre el *White* á toda máquina; en cuarenta y cinco minutos se nos puso al paio, y el capitán Lees mandó botar su canoa y envió en ella

á su segundo á bordo del *Leopardo*. A los diez minutos volvió el segundo de Lees á su canoa, en la cual cargaron algunos bultos, y el *Leopardo*, volviendo á sacudir su hélice, se alejó del *White*, cuya tripulación, agolpada angustiosamente á sus barandas, esperaba que el segundo explicára desde su canoa la inexplicable partida del *Leopardo*. El segundo subió á cubierta en silencio, y llegado á presencia de Mr. Lees, le dijo en voz alta: «El capitán Backer, del *Leopardo*, no puede remolcar el *White* á la Habana ni á Veracruz, porque un correo inglés no puede volver atrás ni entorpecer su marcha voluntariamente; el remolcar el *White* le haría perder dos días lo ménos; nos cede cinco cajas de galleta, las planchas de hierro que no le hacen falta y los periódicos mejicanos.»

A semejante declaracion solté yo la carcajada sin poderme contener, y mis compañeros de viaje por poco no me dan la tollina que hubieran dado con mucho gusto al capitán Backer del *Leopardo*, el más inglés de todos los ingleses. La más profunda desesperacion se apoderó de los viajeros y tripulantes del *White* cuando el capitán Lees nos anunció que no tenía esperanza más que en que Dios nos enviára un viento cualquiera que adonde quisiera Dios nos llevara. Despechados unos mesáronse los cabellos, blasfemaron los marineros, lloraron muchos, y todos se dieron punto ménos que por perdidos. Yo me dirigí á la escotilla, cuya escalera conducía á los camarotes.

—¿Dónde va usted?—me dijeron á un tiempo el marsellés y García-Conde.

—A dormir—respondí yo.

Soltó el francés una de las F más mayúsculas de su vocabulario, y exclamó entre indignado y atónito:

— ¡A dormir en esta situación!

— Vuestro refran lo dice: «el bien viene mientras se duerme;» voy á buscarle.

Y me fuí á dormir, y me dormí. Es mi costumbre desde muchacho; cuando me veo acosado de tantas pesadumbres ó abrumado por tanto trabajo que ni sé por dónde empezar ni por dónde salir, me acuesto; y cuando me despierto, tomo la primera determinacion que me ocurre, y emprendo el trabajo que primero se me presenta; así he salido de todos mis atolladeros, y así he emprendido y concluido todas mis obras.

Al despertar, todo había cambiado en el *White*: todo en él se me apareció bajo el aspecto más siniestro; no ví más que semblantes huraños y miradas recelosas; nadie estaba dispuesto á fiarse de nadie, y me pareció que la tripulacion, dividida en dos bandos, se vigilaban el uno al otro como dos osos al pié de un roble en cuyo tronco zumbára una colmena. El capitán Lees y sus leales andaban con las pistolas al cinto, y sus hombres de confianza guardaban los tres botes insumergibles de los seis y la canoa capitana que llevaba el *White*.

Durante mi sueño se había averiguado que parte de la marinería había resuelto apoderarse de los botes de salvacion, y abandonar el buque; los ingleses y los yankees por una parte, y los franceses, españoles y mejicanos por otra, se habían coaligado y armado para el caso de naufragio ó abandono del *White*, y el capitán Lees y sus fieles ingleses estaban decididos á recibir á hachazos á todo el que atentára á la seguridad de su barco.

Tal era mi situación en el golfo de Veracruz, el no recuerdo cuántos de Enero de 1855.

V



EL general García-Conde, ayudado por el marsellés, había arreglado, no sabía yo aún como, mi cuestion con el aleman; éste y sus compatriotas en Méjico avvicindados habían hecho causa comun con los mejicanos y los franceses, y los cuatro españoles que íbamos en el *White* íbamos á su bando ligados. Velábamos unos miétras otros dormían, y armados como posible había sido vigilábamos á los yankees y á sus aliados del Norte, para que no llevasen á cabo su proyectada traicion apoderándose de los tres botes insumergibles. Ellos hacían otro tanto con nosotros; y no necesita el lector ser un lince, ni hacer un esfuerzo extraordinario para hacerse cargo de la cordial alegría que en la sociedad del *White* reinaba, esperando la voluntad de Díos en forma de viento, cuya llegada no estaban resignados á esperar los de las razas positivistas del Norte, detenidos sólo por nuestra vigilancia y nuestro mayor número. Pasábamos la mayor parte de ambos partidos día y noche sobre cubierta, mirando las cáscaras de las naranjas que al mar tirábamos flotar á la misma distancia de nuestro inquieto y cabeceador

navío, que se balanceaba con la más desolante uniformidad, como si estuviera sostenido del cielo en dos invisibles anillos por proa y popa, y en los cuales, como una hamaca de ellos colgada, le columpiáran las ondas. El agua tranquila y turquí del mar de las Antillas dejaba á la vista penetrar á gran profundidad en su seno, y á través de la gran masa de agua que alcanzaban á sondar nuestros ojos veíamos cruzar los más vistosos y rápidos pescados, dejando tras sí una estela de fosforescentes chispas, que cortaban y enturbiaban otros que trazaban luminosos triángulos, círculos y losanges, que producían por la noche en el fondo del mar el efecto del reflejo de unos cohetes y fuegos pirotécnicos que en el aire se verificáran.

El espectáculo era maravilloso; pero el placer que en nosotros producía estaba horriblemente amargado por los espectadores que, como nosotros encima, tenía debajo del agua: una deforme cuadrilla de tiburones inmóviles bajo el inmóvil *White*, que aguardaban tranquilos, como si de ella estuvieran seguros, la sumersion del buque inglés con todos sus tripulantes. A la mitad de una noche de plenilunio, gozábamos absortos y silenciosos aquella submarina representacion de cuadros disolventes, el general, el marsellés, Inambelz y los ya conmigo reconciliados alemanes, cuando me ocurrió á mí, á quien ocurrieron todas las baladronas fanfarronadas de mi *Don Juan*, salir por una de las más inoportunas ocurrencias del mundo.

—Señores— dije— no sé por qué nos afligimos y mostramos tan cariacontecido semblante á nuestra posicion. ¿Qué es lo peor que puede sucedernos? ¿Que por falta de víveres y de viento nos echemos al mar en los botes y zozobremos, ó que se hunda por cualquiera causa

fortuita ó premeditada con nosotros el *White*? Pues bien; ni los espléndidos Faraones, ni la fiel y millonaria Artemisa, aquéllos para su raza y ésta para su marido, supieron prepararse una tumba tan magnífica como la que nosotros tendríamos en el fresco seno de la tridentada Anfitrite, cuyos ondulantes abrazos no nos librarán de ser voluptuosamente engullidos por esos pardos y panzudos súbditos de la mujer de Neptuno, y considerad, señores, cuanto más noble, más rápida y ménos sensible sería esta muerte, que la lenta y atosigada de una asquerosa enfermedad, con la cual aburriríamos á nuestros parientes y amigos, haciéndonos detestar y tal vez hasta maldecir por algunos de ellos; además de que semejante fin tendría dos inapreciables ventajas: una, que nuestro cuerpo no se agusanaría, y otra, que nuestra alma quedaría exenta de la obligacion de buscarle y reunirle molécula por molécula para presentarse con él en el valle de Josafat; porque despues de digerido por estos guardias civiles de Neptuno, tengo yo para mí que la trasformacion sufrida por su digerida carne no la permitirá tornar á ser extraida y concentrada ni por Liebig de la grosera pasta de la tiburónica, y Dios no admitiría en su presencia un alma humana envuelta en carne de tiburón.

Hasta aquí pudo oír no más el alegre marsellés M. Charles, que soltó la carcajada; pero el severo y buen cristiano García-Conde frunció el entrecejo, y los alemanes supersticiosos rompieron contra mí en harto agresivas palabras y no poco expresivas conminaciones. Pero yo, que no les había del todo perdonado su mala idea y peor intencion respecto de mí, les interpele con la más cómica seriedad de esta manera:

—¡Pues qué! ¿pensais, tozudos trasegadores de cerveza

amarga á vuestros estómagos, atracados de coles ágrías, que, si el caso de naufragar llegára, esos centinelas que bajo el agua nos aguardan me llevarían á mí á alguna velada literaria ó me invitarían á cenar con la divina Thétis para que la recitára las décimas del *Don Juan Tenorio*?

Desarrugó su ceño el general y tomó resueltamente mi defensa el marsellés, exclamando:

—Tiene razon; si hemos de morir, más decente será que demos el gran chapuz como hombres alegres, que como liebres cobardes sorprendidas por un nublado; y para saber ántes con quién tendremos que habérnoslas y cogerles la delantera, voy á pedir al capitan que nos permita pescar uno de esos tiburones, si hay quien entienda á bordo de semejante pesca.

—No hay que molestar á nadie, niño — dijo un negro colosal que de marinero venía en el *Withe* — si su merced me da algo que lo valga, yo me ofrezco á matar uno pa que lo vea este señó tan alegre y se alegre con él la gente.

Mirámosnos unos á otros asombrados de tal oferta; pero habiéndola aceptado el capitan Lees y abonado al negro vários de sus compañeros, el marsellés le prometió dos onzas; y el negro, pidiendo y tomando entre los dientes el cuchillo más largo y afilado que pareció, sin quitarse el pantalon de lienzo, única prenda que vestía, y diciendo denme algo que tirarles para que suban, arrojó al agua dos sombreros de paja que le dimos; y cuando los tiburones salieron á la superficie, se echó al mar como si fuera á bañarse con sus amigos, y desapareció buzando. Toda la tripulacion se agolpó á los barandales del *Withe*, todos los tiburones se sumieron en busca del negro á quien sintieron caer,

y el marsellés, arrepentido, exclamó: «he cometido un homicidio.» — Aún no lo habia concluido de decir, cuando una mancha de millones de burbujas rojas coloreó el agua lechosa del mar, profundamente tranquilo; borróla, dispersándola poco despues, una masa parda, que de la mar tras ella surgía: era un tiburón degollado por la garganta por el negro, que surgía al mismo tiempo que él, asiendo una de las cuerdas que los marineros junto á él lanzaron al ver aparecer su cabeza. Izáronle aquellos con grande algazara, izóse él riéndose y chorreando sobre cubierta; aplaudiéronle todos, y yo tardé muchos minutos en serenarme y reponerme del mayor miedo que en mi vida he tenido por la de un hombre.

Tratóse de lazar y embarcar el enorme cetáceo: preparáronse cuerdas y harpones, y empezóse la manobra; pero ántes de que nada pudiera llevarse á cabo, gritó de repente el capitán Lees: «¡todo el mundo á las velas!» Las vergas del *Whithe* se cubrieron de chusma: los cinco trapos y los dos foques que el buque llevaba, cayeron en un minuto tendidas ante sus dos palos; una racha de viento que las hinchó repentinamente, hizo crujir todas las jarcias, y el *Whithe* humilló su proa y levantó su popa, como un caballo furioso que, bajando el bello inferior hasta los encuentros, intenta librarse de su jinete con un salto de carnero. Dos blancos rizos de hirviente espuma se desrizaron por ambos costados del buque cuando salió de las ondas en que se había hundido su remojada quilla; la popa comenzó á trazar estela, y las cáscaras de naranja, las hojas de las piñas y los despojos que habíamos arrojado al mar, y que hacía tres días que estaban pegadas al barco, comenzaron á quedarse detrás de él; el *Whithe* bogaba

sobre el golfo impelido por un nordeste desigual, que amenazaba fijarse á Norte, del cual íbamos tal vez á tener más que temer que de los mismos alacranes, de entre los cuales nos había sacado la columna del comedor trasformada en émbolo á fuerza de carbon.

Desembarcamos en Veracruz, aunque con mar ya picada; díjose quién yo era; salió á recibirme la familia de Muriel, respetada y pudiente en el país; pasó mi equipaje sin registrar, y los relojes de Losada defraudando á la República. Comimos alegremente y tomamos nuestros billetes en unas diligencias encarnadas, que eran entónces los vehículos que unían á Veracruz con la capital de la antigua Thenostitlan.

Y estaba yo arreglando la maleta, de la cual se había sacado lo que en ella venía de ajena propiedad, cuando me anunció el criado de la fonda la visita de Pepe Esteva, uno de los más conocidos poetas veracruzanos, de quien Muriel me habia ventajosamente hablado, y para quien me había dado carta. Entreguése la, felicitándome de conocerle; abrazóme devolviéndome cordialmente mis felicitaciones, y hecha amistad y entablada entre ambos la fraternal franqueza de hermanos de Apolo, me tomó cariñosamente las manos en las suyas, y contemplándome de hito en hito, me preguntó en un tono que me extrañó:

— Pero, ¿á qué viene usted á Méjico?

— Pues ya se lo dice á usted la carta de Bartolomé Muriel — respondí sin comprender su pregunta.

— ¿Y esto? — continuó él mostrándome desplegado un papel impreso que de su bolsillo sacó.

Eché sobre él una rápida ojeada; contenía unas infames quintillas escritas contra los mejicanos y su presidente Santana, impresas en Cuba y firmadas con mi nombre.

Quedéme estupefacto comprendiendo mi desesperada posición; pero sin comprender aún la intención traidora del autor de aquel libelo que infamaba mi nombre, inutilizaba mi viaje y anonadaba mi porvenir. Esteva me contemplaba fijamente con ojo escudriñador, y yo le dije por fin lo único que me ocurría.

— Pero si yo hubiera escrito eso, ¿cabe en cabeza humana que fuera yo tan bestia que viniera aquí?

Esteva comprendió sin duda mi sinceridad, pero dijo meneando la cabeza:

— Pues es muy mal negocio: Santana es tan orgulloso como quisquilloso de su nacionalidad el pueblo mejicano, y lo mejor que puede usted esperar es el ser expulsado del territorio.

Lo único que no me ocurrió fué volverme á embarcar; mi sinceridad de castellano abroquelaba mi conciencia; mi lealtad de español se revelaba á aceptar ni la sombra de una villanía. Una remota esperanza de morir lejos de España en la obcecación de mis pesares de familia me llevaba á aquel país, pero nunca creí ser acusado de traición y merecer el castigo ni el fin de los traidores.

— Pues yo subo á Méjico — dije con entereza.

— Pues no sé qué decir á usted, porque todo el mundo está aquí persuadido de que las quintillas son de usted, y yo mismo le he contestado con otras en que le he puesto á usted como un trapo.

— Y lo merece el autor de ellas; pero tengo la vanidad de creer que no habrá hombre de sentido común que me confunda con él como me mire á la cara; la respuesta de usted resbala sobre mi honradez, y subo á Méjico fiado en Dios y en ella.

— Me alegraré que su honradez le sincere á usted,

sin que necesite de la intervencion de Dios. ¿Será indiscreto preguntar á usted cómo piensa conducirse?

— Segun vengan las circunstancias; no pienso darme por entendido de que conozco semejantes versos si nadie los recuerda para mal mio; no quiero que se piense que *excusatio non petita acusatio manifesta*.

— Piensa usted bien; pero ya habrá quien se acuerde; aquí hay gente de mucha memoria.

— Pues subo á Méjico, y ya sabrá usted lo que allí me sucede.

Abrazóme y abracéle; tomé mi puesto en la diligencia, y en ella entré á los cuatro días en el pintoresco, salubre y poético valle en que está fundada la capital de Méjico; en la cual iba yo á verme cara á cara con la más vil de las calumnias, echada sobre el hombre más inofensivo en política, y así llegué yo, cargado á traicion con ella, al país que más amaba, por ser la patria de mi mejor amigo y de mi más generoso amparador: Bartolomé Muriel.

—¿Quién había sido el autor de aquellas quintillas, y qué le había hecho yo para que me las hubiese atribuido?

—Pues... ¿y quién sabe, señor? como dicen los mejicanos cuando no quieren responder á una pregunta ó resolver una cuestion. Pues ¿y quién sabe?

ALLENDE EL MAR

I



LLEGAMOS á Méjico tras cuatro días de viaje *sin accidente*; cuando mandaba Santana no había ladrones en el camino: todo ladrón cogido era fusilado. Los enemigos de aquel presidente decían: « Cuando él manda, sólo él roba: » costumbre añeja de nuestra raza española; para todos los partidos contrarios al que manda, éste tiene todos los vicios, y todos los contrarios son unos pillos. En tiempos de mi padre, que fué sargento mayor de realistas, todos los liberales eran unos bribones; despues fueron los carlistas unos bandidos; ahora todos los liberales están condenados al infierno por los neos, y hay quien sueña con el petróleo que ha de quemar á éstos en sus Seminarios, como á zorros á quienes se ahoga en sus madrigueras. Afortunadamente todo esto pasa rara vez de palabras en España, y nuestra raza española en Méjico sigue en esto las tradiciones patrias. Mandaba, pues, en aquel delicioso país, cuando yo llegué á su capital, D. Antonio Lopez de Santana, que se firmaba Santa Anna, no sé

si con razon ó sin ella. Tengo yo para mí que en su primera edad, ántes de llegar á ser célebre y millonario, se llamaría Santana, como se firman todos los Santana de nuestra tierra; pero despues debió de parecerle vulgar apellido para un alto personaje, y cuando yo llegué se llamaba y se hacía llamar Su Alteza Serenísimá don A. L. de Santa Anna, y creo que no iba tan fuera de camino: Anna en hebreo tiene dos enes. Someto este procedimiento á la consideracion de mi antiguo amigo D. Manuel Santana, propietario hoy de *La Correspondencia*; si yo me hallára en su posicion, comenzaría á hebraizar mi apellido, como aquel serenísimo presidente de la República mejicana.

A mediá legua de su capital salió á recibirme el señor conde de la Cortina, hermano del difunto marqués de Morante, tan erudito como éste, y caballero aquél de exquisito gusto en artes y de tan espléndidas costumbres y rumbosos instintos, como que había vivido siempre en Méjico y en Sevilla, de donde es oriunda la noble familia de los CORTINA. Llevaba este conde en su carruaje, cuando salió de Méjico á recibirme, á Anselmo de la Portilla, el español más honrado, estudioso y trabajador que pasó á las Américas, sea dicho sin ofensa de pasado ni de presente, y á Federico Bello, el español de más ingenio y de más pereza que allá he conocido. De ambos tendré ocasion de hablar más adelante; baste por ahora saber que escribían ambos por entónces un periódico mantenedor de los intereses españoles en aquella República, estimados de todos y patrocinados por el conde de la Cortina. Como datos característicos de éste, apuntaré dos rasgos de esplendidez que acababa de realizar: fué el primero que, al instalarse una lotería mensual para sostener la Academia de Bellas Artes, cupo

al billete del conde el primer premio de 50.000 pesos, y no salieron del salon en que aquel primer sorteo de instalacion se verificaba; el presidente Santana le pidió prestados treinta mil, dió diez y seis mil á una señora que había venido á ménos, y el conde se llevó sólo cuatro mil para dulces y flores á las muchachas: y fué el segundo que acababa de dar al Presidente un baile de tres horas, que le había costado veinte mil pesos. Como la consecuencia más inmediata de gastar el dinero es quedarse sin él, el conde de la Cortina no era ya millonario cuando me salió á recibir con Portilla y Bello; y dejándome con ellos al anochecer instalado en el mejor hotel de la calle del Espíritu Santo, se subió á su palacio de Tacubaya, situado en el centro de una posesion que vendió años despues á la hija de un opulento gallego britanizado.

Portilla y Bello me dieron las primeras noticias y consejos útiles con una lealtad tan franca cuanto sincero era el cariño que por mis escritos y mi reputacion me habían cobrado en aquel país, donde habían defendido mis obras de la crítica apasionada, y mi persona de los maliciosos supuestos del vulgo. Diéronme á entender que bajo la buena sombra del conde de la Cortina podríamos sacar honrada y honrosamente algunos pesos de la publicacion del primer libro, que ellos me ayudarían á publicar, y de la gran curiosidad que tenían los mejicanos de oir mis lecturas, ya que de gran fama de lector iba yo allí precedido. Al despedirse de mí para dejarme descansar de las noventa y seis horas de diligencia, pidióles serme por ellos presentado otro español que en el inmediato cuarto se aposentaba; llamábase Manuel Madrid, y es uno de los hombres que mejor idea me han hecho formar de la humanidad, y el á quien

debo mejores consejos y más valiosos servicios, por más que yo no haya sabido ó querido aprovecharme de ellos. Manuel Madrid era hombre de negocios, que por sí mismo había hecho siempre los suyos, y estaba tan bien quisto en el país cuanto de él y sus habitantes era conecedor. Mis versos me han ganado muchos amigos, y es lo único porque estimo algunas pocas páginas de mis incorrectos libros; pero con nadie trabé por ellos tan pronto intimidad como con Manuel Madrid. Hombre de tanto corazon como perspicacia y mundo, comprendió mi posicion sin necesidad de que yo se la revelára; comprendí yo á mi vez, sin que él de ello me dijera la más mínima palabra, que sentía profundamente que yo hubiera ido á aquella tierra; y aunque ni él, ni Portilla, ni Bello habían hecho la alusion más remota á las apócrifas quintillas, yo sentía que las tenía suspendidas, como Damocles la espada, sobre mi cabeza; cuando Manuel Madrid se retiró á su cuarto, me acosté convencido de que tenía en América un amigo tan verdadero como lo había sido Muriel en París. Manuel Madrid y yo nos tuteamos á las dos semanas como si nos hubiéramos criado juntos desde niños; sus últimas palabras aquella primera noche, fueron:

— Aquí hay un talento especial para sacar al europeo de balde lo que en más él fie de su valer; lo primero que se quiere sacar de usted, es una lectura; si fia usted en ellas, no se venda en la primera, porque á las veinticuatro horas le imitarán para desvirtuar lo que usted valga con la facilidad de la imitacion. Mañana le invitarán á usted al acto académico de la apertura de la Universidad; no tendrá usted más remedio que ocupar la tribuna. Si su talento de usted es múltiple en géneros de lectura, dé usted una buena muestra

de uno, pero resérvese usted armas para el porvenir.

Manuel Madrid conocía su gente; á los dos días me invitaron para el quinto; preparé una composición, en la cual, por la premura del tiempo y el escaso que me dejaban las visitas y los obsequios, ingerí como mejor pude unas octavas de la introducción de mis cuentos de un loco; y si no resultó de aquella amalgama una buena poesía, resultó á lo ménos un ejemplar de lectura muy á propósito para el caso. Llevóme á la Universidad en su carruaje el conde de la Cortina, y halléme con asombro en un salón lleno de obispos, canónigos, frailes y doctores, con quienes tenía poca afinidad un poeta como yo, tan escaso de saber como de títulos académicos. Pero lo que me tenía absorto en aquel cuádruple círculo de doctores con sus mucetas, eran los frailes, cuyos hábitos hacía ya veinticuatro años que no se veían en España; y contemplaba yo con infantil curiosidad aquellas rapadas y cerquilladas cabezas, asomadas á sus capuchas como las tortugas á su concha, y cuyos ojos, fijos sobre mí, rebosaban curiosidad. El Arzobispo que presidía, el rector que hacía de moderante, el secretario y los doctores que debían sostener el acto, hablaron en latín y en español con una pronunciación suave y melíflua para mí no desconocida, puesto que había oído hablar á tantos mejicanos como á casa de Muriel asistían, pero que allí, por ser general, me hacía un delicioso y extraño efecto.

El poeta D. Joaquin Pesado, el más famoso en Méjico por entónces, leyó una poesía de corrección y forma clásicas, que todos aplaudimos, y tras él me condujeron á la tribuna, que estaba malísimamente colocada, enfrente de la puerta, cerrada sólo con un tapiz, y en el centro de la pared lateral de un salón que por ser

tan largo parecía estrecho, y que tenía á la cabecera una ventanilla abierta sobre el estrado en que estaban el arzobispo, los obispos y los doctores, y á los piés una larga celosía, tras de la cual se veían apiñadas las cabezas de las señoras á aquel acto admitidas. El lugar no podía ser peor, ni la posicion más desfavorable para el orador y el lector; pero como en los que en la tribuna me habían precedido había yo estudiado la desigual sonoridad y los ecos del salon, y en la práctica y el estudio de estos casos fio yo mis ventajas como lector, empecé y concluí mi lectura limpia, clara y serena, dándola un marcadísimo claro oscuro con la armonía de las onomatopeyas y el vigor de los períodos de que la había rellenado á propósito. A los cuatro endecasílabos me había captado la atencion, al final de la primera estancia había yo dominado la Asamblea, y desde la mitad de mi composicion la arrastré tras mi palabra como se me antojó, sin haber hecho uso más que del registro medio de mi órgano vocal. El éxito fué legítimo y el aplauso universal; apresuráronse todos aquellos reverendísimos á felicitar me; y conforme me iban alargando y retirando sus manos, iban dejando en la mia una monedita de oro taladrada con un lacito de cinta de los colores republicanos; las cuales, no cabiéndome en la mano, depositaba yo en mi bolsillo.

El conde de la Cortina reía á socapa de mi sorpresa. Portilla me previno de que se trataba de darme un beneficio en el teatro con mi *Tenorio* y una lectura; y mareado con las visitas, los abrazos y los apretones de manos de frailes y presbíteros, me acosté aquella noche calculando cuánto haría de entrada el teatro en que me darían el beneficio, que era la mina única de cuya explotacion podía yo prometerme alguna legítima utilidad.

Pero ésta precisamente era la mina que debía reventar á mis piés.

Corría el mes de Marzo: estaba cercana la Cuaresma, y ya para concluir la temporada cómica; y un español llamado Moreno, que era agente de la empresa del teatro, viendo que con mi beneficio iba á perder uno de los pocos días de entrada segura que la quedaban, discurrió un medio de librarse de mí, que no había pensado en aquello que el entusiasmo general y á mis amigos y no á mí había ocurrido. Buscó á uno de los hijos del presidente Santana, le dió las malhadadas quintillas para que se las enseñára á su padre, y le dijo que eran un insulto y una provocacion del partido español al Presidente aquellos obsequios á un traidor enemigo de la República como yo.

Santana, que era vanidosísimo, sintió su amor propio herido por los aplausos dados á otro que á él, llamó al gobernador Bonilla, y le mandó que me pusiera inmediatamente preso; Bonilla le hizo observar que era un atropello injustificado que podía traer al Gobierno una dificultad con el ministro de España, y que él se encargaba de dar al acontecimiento la forma más conveniente para la aclaracion del hecho y satisfaccion suya y del país.

Concluía yo de comer solo en un gabinete del restaurant del hotel á las cinco de aquella tarde, cuando un hombre alto, flaco, descolorido y vestido de negro, me pidió permiso para decirme á solas cuatro palabras.

Ofrecíle asiento, y entre un poco cortado y un tanto ceremonioso me dijo que el señor gobernador deseaba hablarme, y venía de su parte á pedirme hora en que pudiera recibirle.

Púseme yo en pié, y tomando mi sombrero, que en

la percha inmediata tenía colgado, le respondí que yo no tenía representación ni privilegio alguno para eximirme del respeto á las autoridades de los países por donde viajaba, y que no podía permitir que el señor gobernador se incomodara por mí; que yo estaba pronto á ponerme á sus órdenes, y que podía guiarme al palacio del gobierno.

Comenzó aquel hombre á balbucear excusas para mí incomprensibles, y concluyó por decirme que yo no podía ir con él por la calle, porque él era jefe de una policía no muy bien mirada por ciertas personas; y que si creían al verme con él que me llevaba preso, podía originarse algun tumulto, del que no quería él ser responsable.

Díjeme yo, comprendiendo su miedo no tanto á provocar el tumulto cuanto á hallarse por mí metido en él, que no conociendo las calles le seguiría desde lejos si traía orden de fiarse de mí.

—Sí, señor, sí, — exclamó.

Y salió apresuradamente del gabinete, al tiempo que en él entraba Anselmo Portilla, á quien dije tranquila pero intencionalmente:

—Dispéñseme usted, pero voy á ver qué me quiere el gobernador Bonilla, que me envía á buscar.

Portilla, oyendo tal, salió tras mí del hotel y echó apresuradamente calle abajo, mientras yo tomaba despacio la calle arriba, sin perder de vista al hombre vestido de negro que me servía de conductor.

II

GSTE, que miéntras por las calles anduvo llevaba no poca semejanza con una zorra que siente tras sí la mal despistada trahilla, me aguardaba al pié de la escalera del palacio del gobierno erguido y risueño como una garza que se pavonea orillas del lago donde pesca y caza como sultana de la inundada pradera. Tiró él escalera arriba y seguíle yo hasta un salon poco alumbrado, en cuyo fondo había una mampara forrada de damasco rojo; llamó á ella con un discreto golpe de los nudillos, y abierta inmediatamente de par en par, me dió paso á un aposento de la misma tela tapizado, donde me esperaba el gobernador Bonilla ante una mesa convertida en altar, sobre la cual se alzaba un crucifijo alumbrado por cuatro velas, y á cuyo lado derecho había otra pequeña mesa ocupada por un notario, á cuya espalda estaban en pié dos sombríos y silenciosos testigos; sobre aquella mesa y ante aquel escribano había un papel, en el cual reconocí á la primer ojeada un ejemplar de aquellas apócrifas quintillas impresas en la Habana con mi nombre.

Era el gobernador Bonilla un hombre como de cua-

renta años, bien apersonado, de agradable fisonomía y cortesanos modales. Recibiómelo cortés, y me explicó sin doblez ni erguimiento de lo que se trataba: de que yo declarase, probándolo si me era posible, que no era yo el autor de aquellos versos que insultaban á la República y á su presidente Santana.

Respondí yo tranquilamente, y escribía el notario segun yo respondía, que no reconocía por míos más versos que los incluidos en la colección de Bandry, de París; que aquellos allí presentes no podían ser míos, porque trataban de las personas y cosas de Méjico con el conocimiento de quien había habitado el país, al cual era evidente que yo por vez primera venía; porque su contexto agresivo y grosero estaba en contradicción con todos mis escritos, en los cuales rebosa el decoro de un hombre bien nacido y bien educado, y ajeno á aquella política en que se mezclaba el autor anónimo, porque yo no encabezaba nunca mis publicaciones dándome el don, sino que las firmaba sencillamente con mi nombre de bautismo y el primer apellido de mi familia; que yo rechazaba la paternidad de aquellos versos, reservándome el derecho de repetir contra el autor ó autores que me calumniaban atribuyéndomelas, y que traía, en fin, cartas para el señor presidente de la República de personas con quienes aquel gozaba de crédito y estimación, cuyas cartas no podía traer quien no mereciese la estimación y el crédito de los que para el Presidente se las habían dado.

Aquí dijo torpemente al escribano el gobernador Bonilla que escribiese que «yo declaraba que no podía ser autor de los versos por el respeto y la estimación que por el Presidente tenía» — á cuya declaración escrita me opuse, alegando que, no conociendo personalmente

á Santana, no tenía por él más motivos de estimacion y respeto que los que de mí exigía la alta dignidad en que estaba constituido—declarando por fin, y exigiendo que constase consignado en aquel documento, que ni yo tenía tan baja idea del pueblo mejicano, ni era preciso ménos sino que yo fuera loco ó estúpido para venir á aquel país á quien tan villanamente insultaban los versos que se me atribuían.

Quedó, pues, mi declaracion tal, sobre poco más ó ménos, como á la verdad y á mi dignidad de español convenía; habiendo, á fuerza de atencion y serenidad, evitado que en ella apareciese alguna frase ó idea adulatoria al Presidente, en lo cual quería, grandemente empeñado en ello, enredarme el gobernador Bonilla, acérrimo santanista y hermano del ministro de Relaciones e aquel Serenísimo Presidente.

Firmé yo sin vacilar el relato escrito por el notario, y quiso Bonilla que yo jurase invocando á Cristo en pro de la sinceridad de mis palabras; pero rehusé pronunciar tal juramento, negándome redondamente á impetrar la intervencion y amparo de Dios en pro de mi lealtad, que saltaba á los ojos de los hombres de juicio y sentido comun.

Excusóseme el gobernador con su obligacion, resistí yo con mi conciencia inculpada, y concluyó aquella ceremonia con despedirnos cortésmente y ofrecernos nuestra mútua consideracion. Déjele, pues, con su aparatoso altar y su zurdo escribano, y enderecé mis pasos á casa del encargado de Negocios de España, que lo era por entónces el Sr. Lozano Armenta.

Ante la presentacion de mi tarjeta se me franquearon todas las puertas, hasta la de su despacho, en el cual y con él estaba mi buen amigo Anselmo de la Portilla.

Relaté lo ocurrido al Sr. Lozano Armenta, quien templó la exaltacion de las palabras en que se lo relaté, diciéndome:

— Fíe usted en mí, y cálmese. No había verdaderamente necesidad de tanto aparato, ni nadie hubiera dado importancia á tal absurdo, que su presencia de usted desvanece; pero el Presidente es algo vanidoso, sus partidarios lo han endiosado y ensoberbecido, y el país es naturalmente quisquilloso de su independenciam, á la cual no ha tenido aún tiempo suficiente de acostumbrarse. Voy á pedirle inmediatamente una audiencia particular para presentar á usted al general Santana; usted le entregará en ella sus cartas de recomendacion, y verá usted como ni el leon es tan fiero, ni el pueblo mejicano tan vulgar ni pequeño como puede á usted parecerle. Lo que en él sobra es el ingenio, la perspicuidad y el buen sentido, y no es á ningun mejicano á quien usted debe el mal rato que acaba á usted de darle el gobernador Bonilla. No se mueva usted mañana de su casa hasta que no le envíe mi carruaje, en el cual llevaré á usted á la presidencia.

Escribió en seguida un billete timbrado con las armas de España que decía: « El Encargado de Negocios de España suplica al Serenísimo Sr. Presidente de la República que le señale en el día de mañana hora en que presentarle al... poeta D. José Zorrilla, quien desea dar y pedir explicaciones al Gobierno que tan dignamente preside. »

— ¿Está usted satisfecho? — me preguntó Lozano Armenta, mostrándome su billete.

— Yo no tengo pretensiones tan altas — le respondí — ni explicaciones que dar ni que pedir.

— Yo lo haré por usted — replicó — usted es proba-

ble que lo echára todo á perder; por eso le suplico á usted que lleve á la audiencia sus cartas, y yo llevaré la palabra.

Salimos Portilla y yo de casa de Lozano Armenta, aquél tan satisfecho como yo pensativo. Había yo ido á Méjico como á una segunda patria en donde morir tranquilo y estimado, por ir á ella recomendado y ser la patria de aquel Bartolomé Muriel, tan noble, tan generoso que había sido mi ángel tutelar en París. Amaba yo á Méjico por ser su tierra nativa y por lo mucho que él de ella me había hablado; había yo apacentado con íntima delicia mis ojos en aquel hermoso terreno de las comarcas de Córdoba y Orizaba que había atravesado al subir á la meseta central. Habíame arrobado de encanto al ver por primera vez aquel elevado valle, alfombrado de frescas lagunas, rodeado de montes selvosos y de nevados volcanes, y alumbrado por aquella luz que es un reflejo tibio de la que ilumina las invisibles maravillas del paraíso, y al apearme del vehículo que á su capital me había conducido me hallaba agobiado por una calumnia que me imposibilitaba para siempre de manifestar, sin que pareciese bajeza, mi cariño á aquella tierra, en la cual había yo vislumbrado en lontananza la mía de promision. Había yo esperado, y Muriel me lo había hecho esperar, que allí, en un trabajo honrado, á la sombra de la proteccion de los españoles, para quienes me había dado cartas, y de la misma del general Santana, para quien me había procurado la única que podía ganarme la de aquel extraño personaje, olvidaría yo mis pesares, me congratularía con aquellos malditos versos míos que no habían sabido captarme el amor ni el perdon de mi padre, y que regenerando mi sér hastiado de mí mismo y del viejo mundo que abandonaba,

volvería al fin á sentir en mi corazón la nostalgia del desterrado, volviendo á mi patria otro de lo que de ella había salido, y con mejor fortuna de la que en ella me había vuelto constantemente la espalda. ¡Cuán rápidamente había echado por tierra el castillo de naipes de mi ilusoria esperanza el primer viento del desengaño! Yo iba á ser en aquella poética y pintoresca tierra más pária, más vaga sombra, más desarraigado fantasma que en la mía propia, cargado y manchado con una calumnia, de la que el vulgo jamás me daría por limpio ni por libre.

Llegamos Portilla y yo á mi aposento del hotel, y en él hallamos esperándonos á otro de los hombres á quienes debo más amistad, más consuelos, más auxilios y mejores horas en las amargas de mi descompaginada existencia, el Dr. Sanchíz.

Era el tal un valenciano de treinta y dos años, robusto, activo, inteligente, inquieto rebosando vida y ansioso de lucha. Dotado de prodigiosa memoria, había estudiado bien su facultad de medicina, y había tenido que sujetarse á riguroso exámen para vencer la oposición sistemática y la envidia malévola que le habían atraído á su llegada el aplomo con que exponía su ciencia, la inextinguible facundia con que ahogaba á sus contradictores, y la fortuna, á quien con su incontrastable audacia y su constancia pertinaz obligaba á echarse humillada á sus piés. Fuerte en anatomía y en todos los estudios de su facultad, y escudado con sus certificados sin tacha y sus brillantes ejercicios de revalidación en América, se había, tal vez el primero en aquel país, declarado secuaz de la doctrina homeopática de Hanneman, y había sabido crearse una clientela, por la cual comenzaban á mirarle de mal ojo muchos de

sus colegas. El Dr. Sanchíz, cuya inteligencia era tan clara como segura su memoria, estudiaba mucho, leía más y lo abarcaba todo. En cuanto Portilla y yo entramos en mi cuarto, echó á un lado cumplidos y ceremonias, y vino á abrazarme, diciéndome:

—Con usted viene quien le dirá á usted cuanto le quiero; sé de memoria libros de usted, y puedo recitarle su *Don Juan* y su *Margarita la tornera* sin errar una palabra, y marcando los versos en que concluyen y empiezan las páginas de sus ediciones. Esto le probará á usted los derechos que vengo á alegar para que me acuerde su amistad, y á ofrecerle cuanto soy, cuanto valgo, cuanto poseo y cuanto puedo, para combatir á su lado contra la estupidez y la calumnia, que salen siempre al paso de los que valen más que las medianías y el vulgo. Con que téngame usted por suyo en cuerpo y alma, y hágame el honor de darme un primer abrazo con que inaugurar una fraternidad que espero que dure lo que la vida de ambos.

Y abrióme los brazos el alegre Dr. Sanchíz, y quedó con él sellada una amistad que sólo pudo cortar su muerte; é imponiéndose á la reflexiva y juiciosa prudencia de Portilla, y aprovechando el asombro con que yo le contemplaba, nos constituyó en sesión para tratar de mi porvenir; y me dió tales consejos, tan minuciosas noticias de los moradores de Méjico, hizo la crítica de tanta gente de ingenio, la caricatura de sus pretenciosas medianías, ensalzó á unos, deprimió á otros, pulverizó á alguno, y puso, en fin, ante mis ojos un Méjico estrambóticamente estereotipado en unos moldes fantásticos, que hizo reir á Portilla y derramó en mi corazón una esperanza y una alegría que me hizo dormir tranquilo aquella noche, y esperar sereno al día

siguiente la llegada del coche en que vino á las dos, para presentarme á Santana, el caballeroso Lozano Armentia.

A la hora designada por el Presidente, nos presentamos Lozano Armentia y yo en su antecámara. Entre las pequeñeces con las cuales creía aumentar su importancia aquel serenísimo señor, era una de ellas la de no recibir á nadie sin hacerle sufrir más ó menos prolongada antesala. Diónosla á nosotros de diez minutos y nos recibió, con no poca sorpresa mia, en pleno Consejo de ministros; y puestos en pié todos, el encargado de Negocios de España presentó al Gobierno de Méjico al diminuto y sietemesino autor de *Margarita la tornera* con estas palabras:

— Tengo el placer de presentar al Serenísimo señor Presidente al poeta español D. José Zorrilla, quien trae para S. A. cartas de recomendacion.

— Ya lo sé — dijo Santana — son de nuestro embajador en París.

— El señor Presidente las verá — dije yo sacando del bolsillo y presentándole una de D. J. F. M., importante y opulento personaje americano con quien le unía antigua amistad, y con quien tenía pendiente cuenta de tanta importancia cuanta era la de las dos personas entre quienes pendía.

— El que trae esta carta... — balbuceó Santana con aquélla en la mano...

— No puede ser autor de los versos que se le han imputado — le interrumpí yo con tranquilidad — los que pueden obtener semejantes cartas no pueden escribir semejantes villanías.

— Es verdad — repuso Santana enteramente repuesto de la sorpresa de recibir de mi mano aquélla. — Ya lo

había yo creído así por la declaracion hecha ayer por el señor Zorrilla y publicada esta mañana en los periódicos. No hay, pues, que hablar más del asunto: el portador de esta carta tiene derecho á nuestra consideracion, y el Sr. Zorrilla no tiene más que decirnos lo que espera del Gobierno de Méjico y de su Presidente en particular.

— Que el señor Presidente — respondí yo — guarde esa carta y la considere como no recibida, y que su Gobierno le asegure de la exaltacion patriótica del pueblo, tal vez mal convencido aún de su inculpabilidad, para no recibir insulto público y habitar tranquilamente en el territorio.

Frunció el entrecejo Santana, y Lozano Armenta tomó la palabra para decir de mí lo que ya no recuerdo, ni repetiría aunque lo recordára; y puestas las cosas en su lugar, salimos ceremoniosamente despedidos del salon presidencial.

Cuando de vuelta á mi hotel Lorenzo Armenta y yo marchábamos en su carruaje, me dijo aquél:

— Ha hecho usted mal en no aprovechar el crédito y la proteccion que aquella carta le procuraba.

— No he querido aceptarlas forzadas, como me ha parecido que se me ofrecían — le respondí.

— No tengo costumbre — me replicó — de juzgar el puntillo de honor ajeno; por más exagerado que sea, reconozco en cada cual el derecho de mirar su dignidad como le parezca. Mañana vendrá usted á comer conmigo; esta invitacion envuelve, en el placer de tenerle á usted á mi mesa con mi familia, la intencion de que se sepa en Méjico la deferencia con que se honra en tratar al poeta español el ministro de su país.

Díle las gracias, asegúrele de mi reconocimiento y

de mi existencia, y tras un cordial apretón de manos de aquel benévolo é hidalgo diplomático, subí á mi cuarto, donde me esperaban impacientes el buen Anselmo de la Portilla, el bullicioso valenciano Sanchíz y el juicioso Cipriano de las Cagigas.

He nombrado ya á éste en uno de mis anteriores artículos como comprador en París de mil ejemplares de mi poema *Granada*, y voy á decir aquí, como lugar á propósito, cuatro palabras del hombre leal que más tarde murió en mis brazos, despues de haber hecho por mí y por mi fortuna lo que Dios no quiso que lográramos, matándole en la Habana y dejando en mi alma uno de los más tristes recuerdos de mi vida. ¡Oh bueno y pundonoroso Cipriano! Dios me la ha prolongado sin duda para dar testimonio de tu rectitud y lealtad, y yo le doy gracias infinitas de haberme hecho tropezar contigo sobre la tierra, porque por tí y por Sanchíz y por La Portilla, y por otros cuantos hombres como vosotros, he aprendido á amar á la raza humana y á perdonar á mis enemigos, que lo han sido y todavía lo son, por no haber ellos aprendido á conocerme á mí ni á vosotros.

No se crea por lo referido que era Cagigas pendenciero ni disputador, nada de eso; con su perenne é infantil sonrisa, cortaba las disputas con oportuna intervencion; abreviaba y aclaraba las cuestiones con su juicioso sentido práctico y una lógica observacion, y era el que arreglaba las diferencias de todos con las palabras absolutamente precisas. Era el hombre más reservado del mundo, y no hablaba mal de nadie jamás. Era amigo y había sido agente del presidente Santana, de quien sabía secretos y guardaba documentos desconocidos; y no hubiera, ni puesto en el

tormento, revelado ninguno de aquéllos, ni entregado ninguno de éstos, ni dicho una palabra que pudiera perjudicar á sus amigos. Tenía los amaños de un político reformador y de un negociante en grande; pero el estar en país extraño le había impedido meterse de lleno en el balumbo de su política, y las vicisitudes y continuos cambios de ésta no le habían dado tiempo de llevar á cabo sus negocios. Era editor y librero, y escribía y sostenía un periódico; al llegar á Méjico con los dos mil ejemplares de dos tomos de mi *Granada*, se encontró con una reimpression de esta obra, hecha por un hermano de Ignacio Boix, en mal papel y cerrada impresion, en un cuaderno que vendía á la cuarta parte de precio del á que Cagigas podía dar la mia, y que le arruinaba; pero no hizo nada contra aquel español tan mal compatriota nuestro, ni me habló jamás una sola palabra del mal negocio que conmigo y mi poema había hecho.

Tal era Cagigas; para dar idea de cuyo carácter he adelantado cuatro años mi narracion: era hermano de otro Cagigas que murió, salvo error de mi memoria, de secretario del duque de Montpensier; tan estimado éste de los que le conocieron en Sevilla, como el mio de Méjico, á quien enterré el 59 en la Habana, y cuya memoria conservo con el cariño que tengo orgullo en manifestar en estos recuerdos.

Estos eran los tres amigos á quienes hallé esperándome cuando volví de la audiencia presidencial. Contéles yo lo acontecido en ella, y Cagigas me dijo, como Lozano Armenta, que había hecho mal en devolver la carta á Santana; Portilla fué de contrario parecer, pero los tres convinieron en que lo mejor que había que hacer era que el conde de la Cortina me llevara á la

hacienda de unos parientes, para que el público se acostumbrara á saber que yo permanecía en la República y olvidase las quintillas; pero nadie se volvió á acordar de ellas, porque tal vez nadie me las achacaba, sabiendo mejor que yo de qué pluma habían salido.

Cuando Cagigas y Portilla nos dejaron solos, me dijo Sanchíz con un cariño tan fraternal que aún se arrasan mis ojos en lágrimas al recordarlo:

—Va usted á ir á vivir á casa de una gente rica, y el hospedaje de los ricos sale muy caro. Usted no ha tenido tiempo de arreglar aquí sus negocios; Cagigas no lo ha tenido de encaminarlos por buena via, y Portilla no tiene nunca dinero para tantos hijos como su mujer le pare; en las haciendas hay que hacer regalos, que poner un puñado de duros á un gallo ó á una carta; son costumbres del país, y además, á los criados ajenos hay que darles propinas por todo; la leche que me dió mi madre la mamé revuelta con los versos de *Don Juan Tenorio*; con que fuera melindres: yo tengo unos pocos sacos de pesos en casa de un comerciante alemán; usted me dice á quién y con qué señas hay que enviar á París una libranza todos los meses, y ahí queda esa media docena de onzas para no ir á la hacienda como un gorrion mantenido.

Y poniéndome el oro sobre el velador, se escapó del aposento ántes de que yo tuviera tiempo de verle á través de las lágrimas que me cegaban.

¡Dios es grande! ¡Bendito sea Dios! como dicen los árabes.

Cipriano de las Cagigas era seis ú ocho años más jóven que yo; un mozo cuando le conocí. Oriundo no sé bien si de Astúrias ó de Galicia, era de estatura poco elevada; pero ancho de hombros, levantado de esternon,

fornido de brazos, y colocado su dorso perfectamente á plomo sobre sus robustas piernas, caminaba sobre ellas con la firmeza y seguridad de un Anteo en miniatura. Su cabeza pequeña se movía grácil, pero gravemente, sobre su nervudo cuello; y su cabello rubio y lácio, que usaba largo, caía por detrás en torno de él como el del rey Don Pedro de Castilla y el de las esculturas de los siglos XII y XIII. El mechón del centro, que sobre la frente se le venía cuando inclinaba para el trabajo su descubierta cabeza, tenía que ser tirado atrás continuamente con su mano, como le sucedía al incomparable pianista Listz, cuyos retratos vemos aún en los almacenes de música. Los ojos de Cagigas eran azules, pequeños y penetrantes, pero de suavísima expresion su mirada; su tez, blanca y trasparente como la de una mujer; su rostro correctamente oval, y casi barbilampiño, y su sonrisa perenne y natural le daba el aire más virginal é inofensivo del mundo. Ninguna materia corporal, sin embargo, ha estado jamás más en contradiccion con su espíritu, porque era recto, tenaz é inflexible, y le llevaba al peligro sin miedo de él, y cumplía con su deber sin curarse de riesgos ni amenazas.

Nada había que moral ni físicamente le amedrentase. En 1859 bajábamos de Méjico á Veracruz en una de aquellas diligencias de color de sangre de nuestro inteligente compatriota Casimiro Collado; y ya habíamos recorrido sin accidente, es decir, sin ser robados, las tres cuartas partes del camino, cuando entre Orizaba y Córdoba, ó no sé si más allá, dieron el alto al carruaje y nos cercaron diez indios armados de hondas y de garrotes. Era allí proverbial por entónces, y costumbre aceptada entre los viajeros, la de dejarse tranquilamente

despojar del poco dinero que se llevaba para las necesidades del viaje, con el cual no había miedo de malos tratamientos ni atropellos.

Los nueve viajeros que dentro de la caja roja íbamos nos disponíamos á obedecer al alto, y el conductor comenzaba á refrenar el caliente tiro, que por una cuesta galopaba, cuando el risueño Cagigas, abriendo rápidamente un saco de noche que no había soltado de la mano en todo el viaje, sacó de él un par de buenos revólvers americanos; me dijo dándome uno: «Tome usted esa portezuela, y al que llegue á tantearla fuego á boca de jarro en mitad del pecho.» Gritaron rebelados nuestros compañeros, y amenazó el conductor por la ventanilla delantera; pero el imperturbable Cagigas dijo á los viajeros: « Señores, al que me impida defenderme lo mato.» Y al conductor: « Ten más miedo que á los indios á la bala que yo te meta por los riñones. ¡Látigo y á escape! »

Los indios, ligerísimos corredores, siguieron largo trecho, y ganaron tierra sobre el tiro; Cagigas me gritó dos veces « ¡alerta! » y yo preveía con miedo que los indios correrían tanto como los caballos, y que era casi probable que acabáramos como perros á palos en aquel desierto camino. Nuestros compañeros iban inmóviles y pálidos como muertos; tres ó cuatro pedradas habían ya tocado la caja del carruaje, y yo esperaba la que derribára al conductor, cuya cabeza sobresalía de la caja, cuando oí decir á Cagigas: « ¡ Ah, pillo, sin vergüenza! » y un tiro de su revólver y los gritos de nuestros perseguidores.

No sé lo que sucedió por el lado de Cagigas; no podía descuidar el mio. Pero ¿por qué no he de confesar que tenía miedo, y que sólo de miedo iba dispuesto á

hacer lo que Cagigas de bravo? El tiro entre tanto corría desbocado por aquella verde pendiente. No pude apreciar cuánto tiempo corrimos; pero al fin Cagigas dijo, sentándose: « ¡ Pues no faltaba más sino que nos dejáramos moler por unos indios garroteros! » Y guardando su arma, me pidió la mia, que le volví sin decir palabra. Cagigas no dijo tampoco una más, y se volvió á acurrucar en su rincon, sin mirarme siquiera, por no darme sin duda á conocer que había conocido mi miedo, y sin llamar cobardes á nuestros pusilánimes compañeros; alguno de los cuales recuerdo que había hecho grandes alardes de valor durante el viaje, y mostrado unas armas de las cuales no se había servido en la ocasión. Cagigas no volvió á hablarme jamás de lo sucedido, y la verdad sea dicha, yo no me atreví á recordárselo, para que no recordára mi palidez y lo nada que me había tocado hacer con que atestiguar mi valor ante el suyo.

III



EL 18 de Junio corríamos hácia los *Llanos de Ápam* el erudito conde de la Cortina y yo, en un coche viejo tirado por cinco caballos jóvenes, casi potros. El conductor y seis criados montados que nos escoltaban, vestían sendas chaquetas y calzoneras de cuero, y sombreaban sus rostros bajo los anchos jaranos, que vienen á ser los sombreros de nuestros picadores de toros.

A las siete de la mañana cruzábamos á galope la famosa villa de Guadalupe, cuyo magnífico santuario no pude ver más que de refilon. Mucha piedra, mucho enverjado, y un pozo del cual sacaban con un caldero encadenado y bebían con ánsia muchos indios un agua amarilla, que dicen que cura las fiebres. Despues una llanura arenisca, orillas de la laguna de Tezcoco, y despues un camino real de liebres trazado en la arena y socavado en los tepetatales por las ruedas de los carros que diariamente conducen á la capital *el pulque*, que allí sustituye al vino. Los gobiernos de Méjico no se habían ocupado de reparar las carreteras abiertas por los españoles; y esta incuria, imperdonable en otro país,

era allí por entónces facilísima de comprender. El indio camina siempre á pié y carga los objetos de su tráfico en burritos casi enanos; no necesita para nada las carreteras: no hay mejicano que no tenga caballo, y como éstos no van herrados y marchan con inconcebible seguridad por los más ásperos terrenos, por eso la raza blanca, que lo es de ginetes, no las echó mucho de ménos; la que nosotros seguíamos siguió, pues, llamándose carretera de los llanos; pero sólo existía de ella el rastro que el lucrativo tráfico del pulque no había podido perder.

A cada cuatro leguas encontramos una *remuda*; cinco potros de tiro, algunos á medio domar, que una vez enganchados partían como venados perseguidos por una trahilla, y seis para nuestros criados, que levantaban en torno nuestro una nube de polvo, del cual íbamos cubiertos al fin de la primera posta. No me pareció muy satisfecho el conde de aquella manera de viajar, y al arrancar los caballos con nosotros no dejaba de manifestar en su semblante cierta inquietud, que pronto se disipaba,

—¿Por qué viajamos con tal rapidez? — le pregunté por fin.

—Es costumbre de la casa — me respondió. — Mi primo, el propietario de la hacienda adonde vamos, tiene la manía de no emplear más de seis horas para las diez y ocho leguas que la separan de Méjico, y tiene en sus caballerizas y en sus potreros un sinnúmero de caballos que no hacen más que este servicio. Si nosotros llegáramos media hora más tarde de la que él les ha fijado, los criados llevarían un rapapolvo. Sólo puede excusarles el reventar sus caballos en el camino.

Y seguimos corriendo hasta dar en el llano y con la

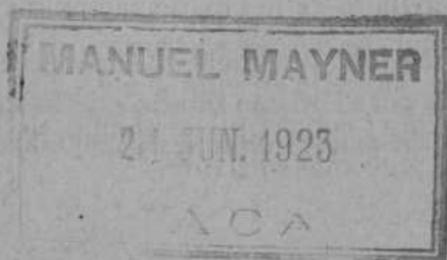
pirámide de *Cholula*, monte hecho á mano, como dicen los indios. Tienen éstos esta pirámide en gran veneración, como obra de sus mayores; y las dos supersticiones india y católica, con las cuales han amasado su religion de hoy, atribuyen á aquel montecillo, hoy con la cruz coronado, un enjambre de leyendas, todas basadas en un tesoro que bajo ella existe. En las Américas españolas, todas las tradiciones se reducen á esto: *oro enterrado*. Todo individuo vulgar de nuestra raza cree y espera que la fortuna por la lotería, ó la ciega casualidad en el seno de la madre tierra, le ha de procurar un tesoro: *oro llovido* ú *oro enterrado*; y lo esperamos corriendo toros y cantando peteneras, hasta que nos cantan el último gori gori los curas de la parroquia bajo cuya jurisdiccion eclesiástica morimos; y tal vez vamos, andando el tiempo, á aumentar el número de los tesoros enterrados si á los prepósteros se les antoja interpretar sábia y prehistóricamente la inscripcion semi-bárbara puesta en nuestro sepulcro por un amigo ignorante ó por un sacristan con pretensiones de bachiller.

Seguíamos corriendo: á las once ménos cuarto entrábamos en Otumba, Ozómpam, en la lengua del país. Es un poblachon de mal caserío, con una iglesia y una plaza. Once años he andado por allí despues, y todavía no he concebido cómo y dónde se dió la famosa batalla de Otumba.

Y seguimos corriendo, y entramos en Ajapusco, cuyo cura, descendiente del famosísimo cura Hidalgo, primer guerrillero de la emancipacion mejicana del dominio español, se nos agregó para ir á la hacienda, por ser quien debía decir en ella la misa del día siguiente; y de cuyo cura, como tipo de algunos de los de aquella tierra, diré algo más adelante.

Y seguimos corriendo, y á las doce ménos minutos llegamos á los linderos de la hacienda de los Reyes, á los cuales vimos salir á recibirnos sus dueños, sus hijos y sus convidados; las señoras en dos carruajes, los hombres ginetes en sus cerceños caballos, y ataviados con todo el oro, la plata, la seda y el cuero guadamacilado de que se componen los trajes y arneses de los ginetes mejicanos. La presentacion fué tan breve como cordial; la hospitalidad de las haciendas no tiene restriccion: colocáronnos al conde y á mí en la carretela de las señoras, y dada por el dueño la señal de partir... ¡partimos!

Dejábame yo arrastrar por aquella tromba sin darme cuenta ni tener conciencia de mí mismo, y sin dar á las señoras la más mínima muestra de mi proverbial galantería; doblamos un ángulo y pasamos un puente con una velocidad vertiginosa, y aún pensaba yo con asombro en aquel quiebro, en el cual la fuerza centrífuga debiera de habernos descarrilado ó volcado, cuando entramos en el patio de la casa al son de las campanas, al estallido de los cohetes y de los petardos, de la gritería de los indios, los ladridos de los perros, y los vivas de los criados y familiares.



IV



UN propietario de una hacienda de los llanos de Apam era aún en 1855 lo que un señor feudal en la Edad Media; en sus tierras no había más derecho ni jurisdicción que las suyas. Los ochocientos, mil, dos mil ó más indios que en ella trabajan, no son ya esclavos; ya no se les azota, ni se les maltrata, ni el señor tiene el bárbaro derecho de hacerles morir bajo el peso de una excesiva faena; son ciudadanos libres de una República libre; no están vendidos ya, sino asalariados; pero el pobre será siempre y en todas partes víctima de las triquiñuelas de los legistas. Hé aquí cómo son ciudadanos los indios de las haciendas. Durante la Semana Santa el administrador junta su indiada y ajusta á cada individuo de ella su cuenta del año anterior; para aquellos indios el año concluye en Semana Santa, como el año cómico para nuestros actores, y entre cada indio y el administrador se traba e siguiente diálogo:

Administrador. — ¿Quieres permanecer al servicio de la hacienda por el mismo salario que hasta aquí? (Treinta pesetas mensuales; *mensiles* como ellos dicen.)

El indio responde sí ó no; regatea, demanda, transige y se queda.

El administrador. — ¿Qué necesitas adelantado?

Indio. — Una manta, unas calzoneras, dos camisas, etcétera, y tanto en dinero.

El administrador da al indio del almacén lo que el indio demanda en efectos, y de la caja lo que en especies; el indio queda al servicio de la hacienda, pero su cuenta corriente comienza con una deuda cuyo total se le descuenta de su salario; recibe diariamente su ración de maíz, se instala en su choza con su mujer y está obligado á comprar su sal, aceite, velas, tabaco, etc., en la tienda de la posesión; la cual, ocupando generalmente cuatro, seis y hasta quince leguas cuadradas un principado europeo, no le da facilidades para ir á buscar lo que há menester á mercado ni ciudad vecinos. El indio trabaja por cuadrillas bajo la dirección de un capataz, y habita, según la cuadrilla á que pertenece, en el rancho que le corresponde de los en que la hacienda está dividida. Cada rancho tiene su administrador, quien cuida de su laboreo y cosecha, habita en caserío con sus trojes, ganados, aperos, cuadrillas y tinacal correspondientes, rindiendo cuentas semanales al administrador principal.

El tinacal es lo que nuestra bodega; un inmenso cobertizo de sólidas paredes, lleno, en vez de cubas, de cueros de buey clavados en fuertes cuadros de madera, en cuyos recipientes se deposita el agumiel que sirve de semilla para fermentar el jugo de las pitas con que se hace el pulque, que es la bebida que en el país sustituye al vino.

Una hacienda de pulque es lo que hay que poseer en el universo; el pulque se elabora diariamente, y diaria-

mente vienen á sacarlo de su cuenta y riesgo los contratistas en cantidad y precio fabulosos; el consumo que del de los Llanos hace la capital de Méjico es incalculable, y los propietarios de estas haciendas reciben la renta de sus propiedades semanalmente, traída en sacos á sus gabetas por los dependientes de los contratistas.

No hay propiedad territorial de más producto, de ménos quiebra ni de ménos trabajo en el mundo que éstas de pulque. Los magueyales (ó magueyeras) son una inmensa plantacion de gigantescos agaves (pitas) que, colocadas de un modo especial en interminables melgas, cuyas líneas rectas se cruzan en ángulos agudos, los augean la tierra con sus líneas eternamente verdes. Grandes almácigos de millares de plantas jóvenes permiten reponer todos los años las que se secan despues de dar el jugo que á su debido tiempo se les extrae, por medio de una série de operaciones cuya pormenorizacion aburriría á mis lectores de *El Imparcial*. Básteles saber que ni el mal tiempo, ni las sequías, ni fenómeno alguno atmosférico interrumpe ni aminora las cosechas de estas haciendas; si cien mil magueyes labrados (capados es la expresion técnica de escalaboz) no producen los miles de cargas contratadas, se labran veinte, treinta ó cuarenta mil más; y el contratista, que diariamente vende y con no poco lucro, paga semanalmente con religiosidad. El pulque es una bebida estimadísima, á la cual atribuyen los mejicanos grandes propiedades nutritivas y medicinales; se la hacen beber por la noche á las señoras débiles que amamantan sus hijos, porque dicen que aumenta, espesa y vivifica la secrecion láctea; ello es una bebida blanquizca, mucilaginosa, espesa y de extraño olor al beberla; al europeo, y sobre todo al español habituado al vino, le cuesta no

poco tiempo y trabajo el acostumbrarse á ella; yo no pude nunca; pero como Dios no hace nada sin razon, cuando con tal profusion ha dado allí los magueyes, necesaria y buena debe ser allí la bebida que de ellos se saca. El pulque de la hacienda adonde me llevó el buen conde de la Cortina producía á su propietario setecientos cincuenta pesos semanales; esto es, tres mil mensuales, treinta y seis mil anuales; dos mil reales diarios. Su hacienda no era la mejor, aunque era de las buenas de los Llanos, y tenía, entre otros esquilmos, de cinco á seis mil cargas de cebada, diez mil de maíz y la lana de cuatro ó cinco mil excelentes ovejas. La cebada mantenía una multitud de caballos de tiro y silla, que era la vanidad del propietario, y el maíz servía para racionar de pan á la indiada, que no lo comía de trigo.

El propietario de la hacienda se llamaba José, y Josefa su hija mayor; y José era el conde de la Cortina, José yo, y Josés siete ú ocho de los cuarenta comensales. La comida del 19 de Marzo fué alegrísima; probé el pulque, y no quiero acordarme de la primera impresion que me hizo; salimos despues á caballo á recorrer la hacienda; hubo toros despues de comer, y peleas de gallos ántes de los toros; baile por la noche, y nada más franco, más bulliciosamente alegre ni más prácticamente republicano que estos bailes en una hacienda de los Llanos de Apam. En el salon entran y se acomodan indistintamente la millonaria heredera cargada de encajes y pedrería, y la ranchera de rebozo y naguitas; el opulento negociante y el rico gomoso don Juan de la juventud dorada, con ese charro de chaparreras y zarape; pero ese pueblo en Méjico posee innato un instinto social, que inspira á sus más vulgares individuos

la reserva y decoro que exige la estancia en el salon en donde son recibidos.

En el pueblo mejicano es, pues, instintiva la sociabilidad; y siendo alegre, decidior, chungon, y músico y bailador, como el andaluz, una de estas fiestas campestres reúne el doble encanto de la llaneza labriega y la profusion espontánea de la hospitalidad rumbosa de las dos aristocracias del oro y de la sangre.

La dueña de la casa no se desdeñó de bailar un popular jarabe con *un campirano*, célebre por la incansable agilidad que la ejecucion de aquel baile nacional necesita.

De otro libro en verso que de Méjico y sus costumbres trata, he publicado en *El Imparcial* fragmentos descriptivos de estos bailes y cabalgatas mejicanas; atajo, pues, pormenores con una única observacion: en el pueblo mejicano rebosa el ingenio naturalmente, como en el Champagne la espuma.

Como todos los santos tienen octava, nuestro San José tuvo once días de gallos, toros, coleaderos, conciertos y zapateados, al cabo de los cuales volvimos á la capital como una tromba de ruido y polvo, producida por nuestros cinco coches, rodeados de cuarenta ginetes, envueltos en sus blancos zarapes, sombreados por sus anchos jaranos, galoneados y atoquillados de oro y plata, espectáculo que no me cansaba yo entónces de admirar.

El conde de la Cortina me hospedó en su casa, no debiendo, segun él dijo, volver al hotel un huésped de su familia. A ella vino Cagigas á darme cuenta de un proyecto que debía de hacernos ricos en un próximo viaje á Cuba si yo le daba mis poderes: Cagigas era hombre de buen consejo y de grandes recursos, y en

aquel verano se fué á la Habana, sin temor al vómito, para plantear su proyecto. Portilla me propuso la publicacion de un libro en el que debía yo hablar bien de Méjico, cosa que debía costarme poco trabajo despues de los obsequios de que fuí objeto, y de los versos que me dirigieron todos los poetas como en desagravio de lo pasado, de lo cual nadie se volvió á acordar. Sanchíz, Manuel Madrid y el conde de la Cortina subvinieron á los gastos de impresion de mi *Flor de los recuerdos*, cuya publicacion dejamos en manos de un librero de proverbial honradez, y de cuyo libro y cuyo editor contaré el curioso éxito y la extraña muerte más adelante.

Y fueron días y vinieron días, y fuí intimando con la familia del conde de la Cortina, y casóse su primogénito con la hija mayor de su primo el hacendado de los Llanos de Apam, y Cagigas me envió unos dineros de la isla de Cuba, y un pequeño sueldo mensual que por trabajos míos me había allí procurado, y compré dos caballos, y tomé un criado, y acepté la hospitalidad de las haciendas, y me fuí á la de los Llanos á cazar unas ardillas grises muy sabrosas y muy difíciles de tirar, que en el país se llaman *techalotes*; y allí, atracándome de soledad, y de viento, y de sol, y de polvo, y de tórtolas, y de patos que diariamente mataba, y perdiéndome entre las salvajes napoleras, y curando de la viruela negra á los miserables indios, que no se vacunan, y sin tener, en fin, conciencia de mí mismo, y sin saber lo que hacía ni lo que buscaba, y fiado en Cagigas solamente, pasé... no quiero calcular cuánto tiempo. Y fuí y volví mil veces de la capital á las haciendas, y de las haciendas á la capital, con pena del honrado y pun-donoroso Manuel Madrid, que creía aquella vida indigna

de un hombre de juicio, y con complacencia de San-
chíz, á quien acompañaba á visitar sus enfermos, y con
quien en pláticas interminables me pasaba las horas per-
didas.

Y cayó del poder Santana y subió á la presidencia
Connonfort, y perdió influencia el clero con el adveni-
miento del partido liberal al poder; y se echaron al
campo los unos, y allegaron cuerpos de ejército los
otros, y se agriaron las cuestiones políticas, y se per-
dió la seguridad en las haciendas y en las campiñas, por
las cuales corrían y merodeaban numerosas partidas de
pronunciados, en cuyas banderas se ostentaban diver-
sos lemas: RELIGION Y FUEROS decía en unas; JUSTICIA
Y LIBERTAD se leía en otras, y atizaban el fuego de la
discordia periódicos de ambos partidos, y llamaban los
liberales *religioneros* á los de religion y fueros, y liberti-
nos éstos á los de justicia y libertad; y sostenían dos
Prelados un periódico titulado *El Pájaro Verde*, carita-
tivo anagrama de ARDE, PLEVE ROJA, con su falta de
ortografía, hija de la pronunciacion mejicana, y cuyo
periódico pedía sin rebozo las inquisitoriales hogueras
para quemar á los impíos; y salieron desterrados de sus
diócesis algunos Prelados, etc., etc., etc. Lo de siem-
pre en nuestra inquieta raza, llamada latina sin duda
porque reza en latin, sin saberlo, como las monjas.

V



Los proyectos y las afecciones del hombre social son como las guindas; se tira de una, y nadie sabe cuántas salen de la cesta enganchadas unas en otras. El conde de la Cortina, cuyo primogénito era ya marido de la hija mayor de su primo el hacendado, había aposentado á sus hijos en su palacio de Tacubaya, adonde me llevó tambien á mí, hospedándome en un cuarto sobre el jardin y contíguo á la biblioteca. Había el conde gastado muchos miles de duros en llenarla de libros, y tenía la perfectamente ordenada y cuidadosamente limpia, siendo la más selecta de aquel país. Sepultéme yo los primeros días entre aquellos libros, y guióme el conde por el laberinto alambrado de sus estantes, complaciéndose en mostrarme los tesoros literarios que en ella encerraba y la inmensa erudicion que atesoraba en su prodigiosa memoria. ¡Cuántos volúmenes me hizo hojear de cuyo contenido no sabía yo una palabra, ni de cuya publicacion tenía yo noticia! De cuántas cosas por mí ignoradas me dió nociones, y cuántas y cuán agradables horas pasé

escuchándole enumerar, clasificar y calificar hechos, costumbres, vicios, excelencias y vicisitudes de los hombres sábios y de los héroes de aquella tierra emancipada ya de nuestros dominios; él era español, pero hablaba siempre como mejicano, y los mejicanos acudían á él en cuestiones históricas, lingüísticas y literarias, como al más entendido y competente de los españoles, cuya Academia de la lengua, de la cual era socio correspondiente, representaba allí sin rival y sin apelación, y la verdad es que aquel hombre era una gramática viva y un tratado de retórica encuadrado en su levita, siempre abrochada. Tenía un gusto exquisito en artes su casa, ornada con los mejores grabados antiguos y modernos, y la vanidad de saber disponer una fiesta y hacer los honores de su casa y de su mesa como el más escrupuloso maestro de ceremonias y el más entendido culinario, profesor del arte cisoria.

Estaba en todos los puntos de la etiqueta de todas las cortes, y á él acudían los Presidentes de la República nueva para arreglar el ceremonial de la recepción de los embajadores, etc. Hubiera hecho, á saber conservar sus millones, el más suntuoso Mecenaz del mundo; siendo él, sin embargo, modestísimo en el vestir y excesivamente parco en el comer, apenas podía yo darme cuenta de cómo le mantenían el chocolate, las frituras, las golosinas con que se cubría su mesa, de la cual volvían intactos á la repostería los platos de carne. Era el hombre más pulcro que he conocido: jamás le ví una mancha en su ropa, ni hallé un átomo de polvo en su escritorio. Su casa era el templo de la paz y la mansion del silencio: reinaba perpétuamente en ella la más absoluta tranquilidad, y jamás ruido ni movimiento alguno revelaba la presencia en ella del dueño de la casa,

que trabajaba ó estudiaba en su despacho sin necesitar para nada su servidumbre. Generoso hasta el desparfarro daba por inconsciente esplendidez, y no asombraba ni conmovía su natural estoicismo el más maravilloso ó inesperado acontecimiento, ni la más íntima ó imprevista desventura. Era, en fin, este ilustre é ilustradísimo conde el último ejemplar en el siglo XIX de aquellos grandes españoles del siglo XVI y XVII, rumbo hasta alumbrar en Venecia con una valiosa letra de cambio al embajador francés, que se inclinaba para buscar en el suelo una moneda de oro caída de la mesa de juego, y sacar tras él del palacio de Guadalajara, donde se había hospedado Francisco I de Francia, dos carros cargados con la vajilla, muebles y efectos de que se había servido el régio prisionero; del temple de aquellos era D. José Gomez de la Cortina, conde de la Cortina, y por ser tal le estimaban su familia y sus amigos; pero abusaba de su benevolencia y generosidad alguna gente baldía y advenediza, cuyos servicios son indispensables á las personas bien nacidas y acomodadas, y con la cual necesitaba yo absolutamente no confundirme.

He dicho que el conde habitaba su palacio de Tacubaya y que tenía un apeadero en la capital, adonde iba y venía en su carruaje casi diariamente, y donde yo paraba siempre que, solo ó con él, en la ciudad tenía negocios ó visitas. Era el conde gran madrugador y gustaba de vivir en completa independencia: iba, pues, á Méjico más temprano de lo que á mí me convenía, y tomaba yo para ir uno de los muchos carruajes que hacían el servicio de Méjico á Tacubaya. En cuanto el conde partía de su palacio, entraba su ayuda de cámara en mi cuarto y me preguntaba si iba también á Méjico; en caso afirmativo, me decía que como el señor conde le tenía

dada orden de no dejarme ir solo, le diera la hora á la cual debía ir á buscar el coche. Dábale yo mi hora, y en seguida volvía á anunciarme que mi almuerzo estaba servido. El conde no almorzaba nunca, y á sus hijos se les servía el almuerzo en uno de sus aposentos. Bajaba yo, pues, al comedor, y el ayuda de cámara, que tenía por nombre Valentin y el alma del más valiente truhan, destaponaba con gran brio una botella de Burdeos y me la ponía delante. En vano le dije desde el primer día que no bebía vino; él respondía impertérrito: «Es orden del señor conde.» — Dejaba yo la botella intacta, porque el doctor Sanchíz me había prohibido todo vino, licor y bebida fermentada; y miétras me disponía para partir, levantaba Valentin los manteles, recogía su botella y me anunciaba el coche. Dábale yo un duro para pagar los cuatro asientos, y llevándole en el de delante, me dejaba en la imprenta de Cagigas ó en casa Sanchíz, y desaparecía. A la vuelta, la misma pregunta, el mismo coche y á Tacubaya.

Trascurrieron así dos meses y algunos días; pero uno, despues de algunas horas de trabajo en la casita de la ciudad, tiré en vano de todas las campanillas de mi cámara y del ausente conde. Valentin no acudía, y convencido de que estaba sólo en la casa, salí á buscar por sus cuartos interiores algo que necesitaba. Al tirar del abierto cajon de una mesilla donde Valentin tenía los cepillos y otros trastos del servicio, puse los ojos en un libro de cuentas abierto, en cuyas dos páginas llamó mi atencion mi apellido muchas veces escrito delante siempre de una cantidad. Cedí á la tentacion, y no tuve empacho de investigar por qué y por cuánto entraba multiplicado mi nombre en aquellas cuentas, y leí las siguientes partidas:

DIA 5.—Burdeos para el almuerzo del Sr. Zorrilla.. . . . 2 pesos.
 Coche para ir á Méjico el Sr. Zorrilla. . . 1 —
 Idem para volver á Tacubaya. . . . 1 —

Día 6 y 7, las mismas partidas; total, cuatro duros diarios, ciento veinte mensuales que costaba al buen conde de la Cortina darme de almorzar un par de huevos y un *beefsteak*, y llevarme y traerme de su casa á la ciudad.

Si yo hubiera cometido la torpeza de ir á contar al noble conde este sistema de contabilidad de su servidor, se me hubiera reido en mis barbas y me hubiera probablemente dicho que quién me metía á mí en semejantes chismes, ni qué me importaba á mí de que le saqueasen sus servidores. Cagigas fué de la misma opinion, y me advirtió más de lo que yo ignoraba, y era que teniendo, segun el reglamento, los cocheros de Tacubaya obligacion de partir con dos asientos, ó con un solo viajero que pagára dos, el Valentin nos sisaba aún medio peso de ida y medio de vuelta al conde y á mí.

Al día siguiente bajé á la ciudad solo en el ómnibus, como correspondía á un poeta popular y vagabundo en aquella democrática y republicana tierra, y me aboné en el restaurant Cocquelet por un almuerzo diario.

Y hé aquí por qué decía, empezando este artículo, que los proyectos y afecciones de los hombres eran como las guindas; tiramos Cagigas y yo de una idea: mi necesidad de salir de casa del conde; pero no pudiendo volverme á la fonda, acepté la invitacion del primo hacendado del conde de visitar una quinta de su señora, inmediata á la capital, en cuya finca proyectaban sus dueños grandes reformas; y yendo y viniendo

á aquella hacienda de recreo, y á la de producto de los Llanos, y saliendo desde ambas á visitar vários lugares con aquel propietario, cuyo afan era correr incesantemente para hacer alarde de la multitud y el brío de sus caballos, comencé á ver las poblaciones, las fiestas, los santuarios, las ferias y á estudiar las costumbres domésticas, civiles y religiosas de aquellos pueblos, que las recibieron un día de España con sus leyes, usos, trajes, derechos y obligaciones, de los cuales no ha podido despojarles totalmente su emancipacion política.

Pero estos viajes, estas visitas y estos estudios, que fueron enredándose como las guindas unos en otros, fueron hechos en aquellos cuatro años del 55 al 60, en los cuales la caida de Santana, la presidencia de Commonfort, y las perpétuas peripecias y continuos cambios de gobierno que producían los triunfos y las derrotas de los LIBERTINOS y LOS RELIGIONEROS, tenían las campañas hechas campo de Agramante y las haciendas convertidas, segun su situacion é importancia, en fortalezas aspilleradas y prevenidas contra todo *pronunciado*, ó en almacén más ó ménos franco de provisiones de todo salteador que ostentára un lema político en su bandera ó en los colores de su traje.

Mi propietario de los Llanos era hombre generalmente conocido: tenía la casa de su hacienda tal cual fortificada, y su azotea, coronada de sacos de arena, prevenida á la defensa; y allí se andaba rara vez á tiros con los pocos, y se transigía con los muchos; de modo que en muchas ocasiones se sentaba para comer el general del Gobierno en la misma silla en que el jefe insurgente ó pronunciado se había sentado para almorzar. Los pronunciados llegaban siempre á escape,

metiendo ruido y levantando polvo, amenazando para amedrentar, y fiando generalmente en el miedo ajeno más que en su propio valor; pero la casa, que estaba en alto, los vigías que estaban alerta en su azotea, y un buen antejo de campaña de Dollond que teníamos siempre á la mano, nos ponían á cubierto de su sorpresa, y nos permitía verlos y contarlos ántes y desde más lejos de lo que ellos creían ser contados ni vistos.

La gente mejicana es lista y de sentido práctico: en Méjico nacen muy pocos tontos, y allí tiene todo el mundo el dón de la palabra; en ningun país es tan cierto como en aquél el refran de que «hablando se entiende la gente,» y hablando con todos, con todos al cabo llegábamos á entendernos. De mí no desconfiaban ni los unos ni los otros; el dueño de la hacienda concluía por bromear con todos y quedar en broma con todos bien; y yo callaba y oía, y veía las cosas de aquel país de muy distinta manera que los personajes oficiales de las legaciones y embajadas, quienes suelen juzgar de los en que están encargados de velar por los intereses de su nacion por lo que ven en la capital, por lo que leen en el periódico oficial y por lo que les dice el subsecretario del ministerio de Negocios extranjeros.

Yo voy á decir algo de lo que yo ví y oí; pero tan á vuela pluma, y en tan breves líneas, como exige la estrechez de las columnas de la hoja literaria de *Los Lunes de El Imparcial*.

Es posible que lo que yo diga, y la imparcialidad é independenciam con que lo voy á decir, no guste á muchos de sus lectores; pero habiendo escrito y juzgado siempre con severidad de mis obras y de mí mismo,

me creo con derecho á juzgar y á escribir de lo por mí visto con mi mismo criterio imparcial de siempre; y siempre se dijo que la verdad es un manjar amargo, aunque tengo yo para mí que lo es sólo para los paladares extragados por la mentira.

VI



ENÍAMOS los españoles unas excelentes leyes de Indias y un Supremo Consejo de Indias encargado de aplicarlas á la administracion de aquellos países, por cuya posesion llamábamos á nuestros monarcas reyes de España y de las Indias. Yo recuerdo el encomio y el respeto con los cuales hablaban de estas leyes de Indias mi padre, que era en su tiempo un gran jurisconsulto y que llegó por sus conocimientos jurídicos á ser consejero de Castilla, y un venerable pariente á quien yo llamaba tío, que lo era del de Indias, que á ellas había ido con un alto cargo judicial, y que de allá había vuelto casado con una señora de ejemplar virtud y de recto espíritu, aunque un poco curva de espinazo; en la cual hubo un hijo derecho, buen mozo, buen hijo y buen hermano, á quien mató el cólera á sus 29 años en el de 1833, y dos hijas; una de ellas tan esbelta, graciosa y atractiva, que pasaba por entre dos filas de adoradores, quienes para verla pasar la esperaban al salir de la misa de doce del Buen Suceso en la puerta del Sol, á cuyo hoy derruido templo asistía los domingos y fiestas de guardar,

volviendo á la casa paterna, que en el centro de la calle Mayor estaba situada. Jamás dudé yo de la excelencia de aquellas nuestras tan sábias leyes de Indias por mi padre y mi tio tan encomiadas, áun cuando me inspiró siempre aversion al estudio de los códigos el ver que ni mi tio ni mi padre, que por ellos habían arreglado tantos negocios ajenos, habían sabido jamás arreglar los suyos, dejando aquél á sus dos hijas embrolladas en pleitos interminables, y á mí éste más deudas que capital; así que, aunque jamás quise estudiarlas, tuve siempre gran respeto á las tales leyes de Indias, de cuya excelencia repito que nunca he dudado, pero de cuya justa, imparcial y equitativa aplicacion en aquellos países tan distantes de la Metrópoli no me he llegado tampoco á convencer jamás. Seamos un poco lógicos, por más que la lógica y la poesía crea el vulgo que han andado siempre poco avenidas, y reflexionemos unos instantes imparcialmente sobre las razones que en mí han podido engendrar tal duda en la eficacia y recta aplicacion de nuestras leyes de Indias.

Si hoy que el vapor lleva las órdenes y la correspondencia oficial en pocos días á los gobernadores de nuestras posesiones de Ultramar, y el telégrafo las trasmite en pocas horas; si hoy que cien periódicos de oposicion revelan y acusan tales perturbaciones é *irregularidades* en el gobierno y administracion de aquellos países hacen luz continua sobre lo que allá sucede, ¿cómo habían de ser estos mejores, más regulares y más oportunos cuando un virey de Méjico tardaba seis meses en recibir noticias, órdenes y correspondencia de Madrid, y cuando necesitaba catorce ó quince meses para recibir resuelta una consulta que desde allá dirigiera al poder supremo?

Y esto suponiendo que de Madrid le devolviesen resuelta su consulta á correo vuelto, cosa que me temo mucho que jamás se haya verificado, ni que se pueda probar jamás, aunque se revuelvan todos los archivos de todos los ministerios para comprobarlo. Consideremos que todos los que á aquellas tierras por gusto ó por empleo arribaban de España, creían arribar á casa propia y tierra conquistada; que las leyes y las costumbres, el derecho y la fuerza protegían allí á los españoles, y tenían necesariamente que hacerlos mejores que á los indígenas; que todo el mundo iba allá como á tierra de promision y país de Jáuja, donde se ataban los perros con longaniza, y todo holgazan topaba allí una onza debajo de cada piedra; recordemos que todavía dura y se repite entre gente vulgar lo de *ir á buscar ó tener un tío en Indias*; y no olvidemos que los españoles en general no solemos ser, ni en España ni fuera de ella, mansos corderos, ni evangélicos ejemplos de moderacion y sufrimiento, y que teniendo el gran defecto de echárnoslas de valientes allí donde mandamos... cartuchera en el cañon, y comprenderemos que los americanos no debieron estar como el pez en el agua en sus países bajo nuestra dominacion.

Y digo yo esto, porque allá y acá he oido mil veces tachar de ingratos y malos hijos á los americanos porque se declararon independientes de nosotros, sin considerar que los padres que educan mal ó con severa estrechez á sus hijos tienen al fin que perder su cariño, y al cabo han de concluir éstos por faltarles al respeto á aquéllos y emanciparse de la patria potestad.

Y soy yo quien digo esto entrado en los sesenta y cinco años de vida, sin temer de ser por ello tachado de mal español; porque yo ¡vive Dios! he vivido once años

en América como español y como cristiano, fiel al lema con que encabecé mi poema de *Granada*:

«Cristiano y español, con fe y sin miedo
canto mi religion, mi patria canto;»

y en el estrecho círculo de poeta, en el cual me he constituido por mi propia voluntad y por conciencia de no servir para más, he cumplido con mi deber y he cantado á mi patria y á mi religion, hasta que he perdido la voz y la fuerza, pero sin perder la fe; porque yo soy cristiano á piés juntillos y español á macha martillo; pero no por ello creo ni defendiendo que todo lo que como cristianos y españoles hemos hecho fué siempre lo mejor posible y hechos siempre meritorios, ni que es inmerecido é injusto lo malo que por lo que hemos hecho nos ha sobrenvenido.

En cuanto á la emancipacion y á las consecuencias de nuestra política en Méjico, no hay para qué hablar; el progreso de los tiempos y el adelanto social nos ofrece algo mejor que las pretensiones de nuestros abuelos al dominio de aquel país; la fraternidad que establece entre los hombres y los pueblos las mútuas consideraciones y las concesiones recíprocas, son las bases de la fraternidad universal y del amor al prójimo establecidos por Jesucristo.

No hablemos, pues, de nuestras relaciones políticas, ni de los rastros ya casi borrados, los recuerdos casi olvidados y los gérmenes ya casi extinguidos de discordia, inquina ó enemistad que pudieron dejar allí las generaciones de sus señores ó dominadores, y que borrará para siempre el conocimiento mútuo á que llevará al fin á los pueblos hermanos el trato fraternal á que

arrastra á los pueblos, á pesar suyo, el inatajable progreso de los siglos con nuestra ilustrada, tolerante y cristiana civilizacion.

Hablemos empero un poco de lo que yo ví en Méjico desde 1855 á 59, y que me pareció rastro de nuestro paso y dominacion por aquel país.

VII



mi arribo á su capital no se habían aún exacerbado las rencorosas pasiones, ni desarrollado, desbordándose, los odios de partido, produciendo catástrofes, desórdenes y venganzas, hijas sólo de la hipócrita supersticion que envenena las creencias, convirtiéndolas en odios infernales de incurable ceguedad. Excepto el fusilamiento del llamado emperador Itúrbide, rara muerte de jefe había llegado á crimen político, no pasando de desgraciada consecuencia de un tumulto. Se había escrito la historia del levantamiento mejicano y de la expulsion de los españoles con toda la ampulosidad é hiperbólica poesía con que nuestra raza llamada latina escribe en andaluz todas nuestras glorias, dando la importancia de una batalla y de una hazaña á todo encuentro de cien hombres y á todo acto de osadía personal. Llegó la hora de que los españoles perdieran aquellas posesiones, y con ellas el derecho de sus reyes á decir que el sol no se ponía nunca en sus dominios, y los mejicanos fueron ganando terreno y volviéndonos á echar hácia el mar sin grandes esfuerzos, porque estaba ya por ellos la voluntad de Dios, y

pesaban sobre nosotros nuestros pecados y nuestros errores en América.

Habíamos salido de allí sin dejar grandes ni verdaderos odios; allá se quedaron muchos españoles sin que jamás se les atropellára por las nuevas leyes republicanas, y muchos siguieron emigrando á Méjico como cuando se llamaba el reino de nueva España; y todo había pasado, por decirlo así, como una disputa de familia, quedando aún muchos mejicanos adictos á los españoles, y que no recataban su opinión ante la justa vanagloria del triunfo y la natural alegría por la independencia de las masas populares.

A mi llegada, las familias que de nobleza blasonaban ostentaban en sus salones sus retratos y los de sus antepasados, de cuyos lienzos en las esquinas superiores se destacaban sus escudos de armas y las cruces que ornaron los pechos de los togados y militares que fueron sus padres y sus abuelos. En sus conventos vivían tan tranquilos como mal enceldados los frailes Franciscos, Agustinos y Dominicos, á cuyos sermones y fiestas acudía la multitud, á cuyas visitas estaban abiertas todas las casas, y á cuyos priores, abades y padres maestros brindaban con sus quintas de recreo para pasar los calores las ricas devotas, las agradecidas comadres y todos los individuos del gran partido que despues se llamó religioso, moderado y conservador. Todo continuaba casi como en tiempo de los españoles; la autoridad del clero era respetada, creida su ciencia y seguidos sus consejos. Méjico continuaba guardando su aspecto de ciudad española, con calles y callejones solitarios y sin puertas, formados por las tapias, los muros ó las sólidas fábricas de huertos, de conventos de frailes y monjas y de templos, cuyas campanas y órganos reso-

naban sin cesar en los tímpanos de sus católicos habitantes. El claustro de la Universidad estaba lleno de reverendos cerquilludos y encapuchados, y el edificio de la Profesa estaba aún servido por el P. Arillaga y otros jesuitas con sotana y manteo de Capellanes. Santana era partidario y se amparaba del clero, su mujer visitaba los conventos de monjas frecuentemente, y para su ejército acogía con preferencia oficiales españoles, de los cuales tenía vários en su estado mayor; Méjico, en fin, se parecía mucho, á mi llegada á aquella República, á nuestro Búrgos, nuestro Toledo ó nuestro Sevilla, en aquella época que yo alcancé todavía, en que los canónigos salían en sus coches á visitar sus alquerías y cigarrales, y los frailes en sus poderosas mulas, precedidos de sus espolistas, á cultivar y sostener las relaciones con los adictos, patronos, hijos é hijas de confesion de sus suntuosos monasterios. Figurábame yo que aún andaba por las calles de Valladolid como si de las áulas de su Universidad acabára de salir, admirándome, como de cosa nueva por lo olvidada, de aquellos hábitos blancos, azules, pardos y negros, relegados ya por entónces en España y Francia á la tradicion y á la leyenda.

Y por este país nuevo tan parecido al viejo mio, comencé yo á correr en compañía y con los caballos de aquel inquieto hacendado de los Llanos de Apam que me hospedaba.

VIII



CORRIAMOS entre aquella nube de polvo y ruido, que parecía constituir la atmósfera de los inquietos moradores de la *Hacienda de los Reyes*, unas veces solos el propietario y yo en su ligera carretela tirada por dos imparejables tordillos, y escoltados por seis cuerudos montados y armados, y á veces seguidos de su familia y amigos, en dos ó tres carruajes las señoras y gente formal, y á caballo la jóven y bien humorada.

Tenía yo por aquel tiempo cuarenta y dos años; y aunque pequeño y débil como sietemesino, hecho á tomar la vida segun venía, aguantaba el sol y la fatiga como un hombre hecho y derecho; y aunque agobiado de pesadumbres y hastiado de una vida cuyo rumbo había equivocado, poeta siempre, cualquier novedad ó mudanza me distraía de mis pesares, y corría tras de cualquier distraccion de poético atractivo como un muchacho tras una mariposa.

A pesar de la indiferencia por cuanto me rodea en que me ha sumido esta equivocacion de rumbo vital,

acosábame á veces la curiosidad de ver y estudiar qué rastro había dejado allí nuestra dominacion; qué había quedado allí de nuestras creencias y costumbres españolas, y qué debían á nuestra civilizacion y á nuestra fe aquellos extensos países por nosotros descubiertos, legisados y cristianizados. En el tiempo trascurrido y en mis continuos viajes á la capital, había ya tenido que ceder á las invitaciones de colegios, academias y sociedades, en cuyos salones y teatros, en actos literarios y funciones de beneficencia, no había podido ménos de presentarme como lector; y aunque jamás había hecho como tal más que lo estrictamente necesario para quedar bien, reservándome las excéntricas *fioriture* de mis salmodias para la ocasion en que pudiera usar y abusar de ellas en mi provecho, ya Méjico se había acostumbrado á verme y oirme; y salvo que nadie comprendía por qué diablos permanecía yo en aquel país, haciendo en él tan inútil, inquieta, improductiva y extravagante vida, ya estaba yo universalmente aceptado como un buen hombre y un inofensivo gachupin.

Dice el refran que «más vale caer en gracia que ser gracioso;» y á través de las mil vulgares suposiciones, de las mil mezquinas calumnias y de los mil absurdos cuentos á que mi incomprensible vida de inercia daba pábulo, yo había llegado á caer en gracia, y tenía ya carta de naturaleza y de seguridad en aquella tierra de gracia y de ingenio incomparables. Hubo empero una circunstancia, que no debo por lo extraña y absurda pasar en silencio, que me favoreció más que mis versos y mi manera de leerlos para captarme la simpatía general, sobre todo entre las mujeres. Méjico tiene dos debilidades nacionales: adora los piés pequeños y admira los grandes ginetes, y cree allí el vulgo que los euro-

peos somos todos *patones* (como ellos dicen) y talegos de patatas á caballo. La primera vez que me presenté en un teatro, lo hice con el calzado fino, casi de seda, que allí se usa; y un hombre chiquito, bien calzado... *velai usted*; y como por amor propio y un poco de la innata y fachendosa farfantonería española, la primera vez que monté á caballo desdeñé la cómoda y segura silla mejicana, aceptando un pequeñísimo galápago inglés, que para un hijo suyo había comprado hacía tiempo el propietario de la finca, y en cuyo galápago galopaba yo en un tordo cenceño llamado el *Muñeco*, que estuvo para matarme, pero que al fin no me mató... *velai usted* cómo por calzarme de seda me dieron en Méjico patente de buen poeta, y llegué á caer en gracia por no haber caído del *Muñeco*.

Sobre aquel inquieto animal, que parecía hijo de un venado, y en el izquierdo de los dos únicos asientos de la carretela de mi propietario hospedador, que pasaba por uno de los primeros caballistas, comencé yo mis egiras; en la carretela cuando íbamos solos, y á caballo cuando las señoras iban en los carruajes.

Lo primero que llamó mi atención fué el continuo encuentro por todas partes de indios cargados de cirios, cruces y objetos del culto divino, ó de cohetes y artefactos pirotécnicos, y sobre todo de gallos cuidadosamente acomodados en cuévanos de mimbre, que en forma de largos toneles llevaban transversalmente á la espalda. Cada uno de estos cuévanos contenía ocho gallos, que asomaban sus encrestadas cabezas por la red que les cerraba las dos redondas aberturas laterales del cuévano en que el indio les llevaba cómodamente acostados. En Méjico los pueblos, los villorrios, las haciendas, las alquerías y hasta las ventas están bautizadas

con el nombre y puestas bajo el patrocinio de un Santo: San José de Acólman, San Antonio de Ométusco, Santa María de los Huisaches, etc., etc.; y como todos los santos del Calendario son allí pocos para tanto pueblito, villorrio, hacienda y ranchería, y como el más ínfimo y pobre de éstos se creería deshonrado y abandonado por él si no hiciera fiesta del día de su santo patrono, los caminos están siempre llenos de indios que preparan las fiestas, y de vagos devotos y ricos desocupados que acuden á ellas á llamar á las puertas del cielo por la mañana con la misa y las indulgencias concedidas á las imágenes, y á las del infierno por la tarde con las apuestas de los gallos, y por la noche con las de la banca: una vela á San Miguel y dos al diablo.

La primera fiesta á que asistí convidado fué á las del juéves, viérnes y sábadó de la Semana Santa en Ajapusco, de cuyo cura párroco he hecho ya anteriormente mencion. Los santos varones, frailes y misioneros catequizadores, que primitivamente se ocuparon de la conversion é instruccion religiosa de aquellos indios, cuya lengua difícil no sabían bien y cuyo obtuso entendimiento estaban empeñados en enderezar, discurrieron sábiamente meterles por los ojos, por medio de imágenes y cuadros plásticos, las ideas que no podían por la palabra introducir y estampar en su cerebro, lleno aún de las tinieblas de su monstruosa idolatría. Hiciéronles, pues, asistir durante la Santa Semana, en la cual recordamos los cristianos los Santos Misterios de la divina Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, á la representacion animada de estos Santos Misterios, de los cuales fueron dándose cuenta y en ellos fueron creyendo los sometidos indios, cristianizados al fin y españolizados de tan sencilla manera. Aprendieron ellos bien ó mal

el castellano y mejor ó peor el tolthea, el chichimeca y el otomí los constantes, pacientes y santos sacerdotes, sus misioneros; pero tuvieron que dejarles aquellas primitivas representaciones como fiestas religiosas. Hoy están aumentadas y añadidas con las profanidades que el lujo y los vicios de la riqueza han introducido en ellas, y admiréme yo de la valía de los mantos, clámides y coturnos de los centuriones y soldados romanos, de los velospreciados de encajes de las Marías y de la competencia con que la vanidad de las familias ó de los individuos se excede en gastos de los arreos de los caballos, de los trajes, las banderas, tablados y pasos necesarios á la representacion de la misteriosa epopeya de la re-dencion del género humano.

El cura de Ajapusco nos demostró su gran memoria en once sermones que predicó en el día entero del viérnes y los dos medios del juéves y el sábado, ya en la iglesia, ya en la ermita, ya en el campo donde se suponían las escenas de la Pasion. En el templo se hizo la oracion del huerto: el que representaba á Jesucristo estaba en unas andas en el centro de la iglesia, y desde lo alto del coro, registrada por una anilla en una cuerda, debía descender una niña vestida de ángel á ofrecerle el cáliz de la amargura; á la voz del predicador, ó porque la anilla no corría bien, ó porque algun chusco le detenía, el ángel no bajó á tiempo, sino unos momentos despues y con una rapidez que hizo palidecer de miedo á la pobre niña que representaba el ángel, y reir á la asamblea cristiana y al mismo sacerdote, con el brusco encontron que se dió con el Cristo de las andas, por la excesiva y mal calculada velocidad impresa á la criatura. La noche del viérnes guardaron á Cristo, despues de haberle azotado, abofeteado y escarnecido,

en una ermita, que llamaron el aposentillo. Los soldados romanos y los enviados de la Sinagoga lo velaron toda la noche; y para que no se durmieran, los vecinos y devotos cristianos les proveyeron de abundante alimento y más que necesaria bebida.

El cura nos dió tres homéricas comidas de vigilia, y el sábado de Resurreccion, si la gente de representacion que allí nos hallábamos no sacamos á Júdas de las manos de los creyentes, allí ahorcan de veras al miserable indio que por cuatro pesos se había comprometido á representar tan comprometido papel.

El domingo se corrieron caballos y se echaron gallos á pelear, en cuya palea y carreras, juntas con un par de horas de timbirimba, se perdieron unos cuantos puñados de duros. El cura disponía con la mejor buena fe del mundo, y satisfecho de compañía tanta y tan buena, las carreras y las peleas, y terciaba en las apuestas con los III duros que le habían valido sus once sermones. El domingo por la noche, alumbrados por una luna llena que á las siete saltaba del horizonte, emprendimos la vuelta á la hacienda, y á la de las suyas y ranchos los convidados, curiosos, representantes y entrometidos que habían con nosotros compuesto aquella sociedad cristiana, cuyos individuos, tal vez inconscientes, habíamos profanado el templo y cometido devotamente tantos desacatos á la divina segunda persona de la Santísima Trinidad.

IX

.....

.....

X

POR un camino que costeaba una loma rica de vegetacion, que parecía cubierta con un mulrido tapiz de hojas de todas las formas y de todos los verdes imaginables, desde la fina, estrecha, lustrosa y flexible del más menudo césped, hasta la más ancha, velluda y aterciopelada de la begonia más voluminosa, y desde el verde casi amarillo de la hoja del limonero hasta el verde casi negro del más umbroso moral, entramos en el valle pintoresco y llegamos al caserío desigual de la poblacion que lleva el poético nombre de *San Juan de los Lagos*.

Multitud de carruajes, desde la pesada carreta arras-

trada por bueyes y el gigantesco furgon tirado por enormes caballos de los Estados Unidos, hasta la ligerísima carretela de mi hospedador de *Los Llanos*, en la cual nos llevaban cuatro poneys colines y descrinados: multitud de acémilas y bestias de carga, conducidas por indios de todas las comarcas de la República; multitud de ginetes de ambos sexos, con los vistosos, ricos y abigarrados trajes de todos sus Estados, desde el jarocho de Veracruz y la china doblana, hasta el lujoso lazador moreliano y la jacarandosa tapatía; una nube de mercaderes y buhoneros, desde el miserable vendedor ambulante de baratijas, deshecho de quiebras, hasta el rico fabricante de rebozos de á quinientos duros y de zarapes de á mil, colocados en cajas de cedro, y que pueden doblarse y meterse en el bolsillo de la chaqueta de montar, porque su finísimo tejido compite casi con los de Persia; multitud de ganado de toda clase, conducido á través de los campos por ginetes y picadores, que se distinguían apénas entre las nubes de polvo que por ambos lados de la multitud de viajeros levantaban; el carro-caja de los jugadores propietarios de la banca, escoltado por ginetes tan bien armados como de resuelto continente, y tras aquel y éstos un general de la República á la cabeza de dos mil soldados, para mantener en órden y hacer respetar la propiedad á la multitud de vagos, ladrones y hembras de toda casta y condicion que tras ellos venían y por todos los caminos se aproximaban: todo esto llegaba, entraba y se aposentaba ó acampaba en San Juan de los Lagos, cuya feria iba á empezar el día siguiente.

El acampar no era difícil para quien llevaba tienda ó la levantaba para exponer su mercancía con palos hincados en la tierra, y mantas, colchas, zarapes ó

lienzos clavados ó amarrados en los palos; ni era tampoco arco de iglesia para los que con estacas, ramas, brezos y juncos se construían en una hora una choza ó una barraca; lo difícil era alojarse, no tanto por la escasez de aposentos para tanta gente, cuanto por lo fabuloso de los precios de hospedaje y manutencion. Un aposento... un tabuco para una ó dos personas, veinte pesos diarios; una sala para cuatro, cincuenta; una alcoba ó gabinete, de sesenta á ciento; un tablado de cama, diez; en colchones dormía quien los llevaba; una botella de cerveza, dos duros; de Burdeos ó de Champagne, ocho: todo esto los cuatro primeros días; porque, segun corrían los de la feria, iban subiendo las tarifas. Cuando yo me hube hecho cargo de ellas, dejé de burlarme de mi huésped, que había hecho seguirnos un carro de la hacienda cargado con municiones de boca, colchones, y había escrito con un mes de anticipacion á un su amigo vecino de San Juan, y enviádole dos días delante de nosotros un mayordomo, para que ambos nos aseguráran un techo bajo el cual dormir y resguardarnos del sol durante nuestra permanencia en el lugar de la feria.

El lugar consistía en una larguísima y ancha calle, formada por dos hileras de blancas y desiguales casas, tras de las cuales se apiñaban otras, entre cuyas bajas paredes se abrían estrechas é irregulares callejuelas. Una gran plaza en el centro y una grande iglesia á un extremo, ante otra plaza; y ante la iglesia un átrio con cerca, donde al fundarse aquélla estuvo el cementerio.

Por ambos lados de aquella gran calle se instalaron una infinidad de tiendas, barracas y tinglados, en cuyo interior no me atreví á cerciorarme de lo que había ni á enterarme de lo que pasaba; pero como aquel caserío

de lienzo apoyado en el de fábrica de la población era casi transparente, sobre todo por la noche, dudé por lo apercibido de la veracidad de la narración bíblica de la historia de las cinco ciudades de Pentápolis: á no que Dios, cansado ya de mirar á la tierra ú ocupado en el arreglo de nuevos y mejores mundos, no vuelva ya los ojos al nuestro, y no haya visto la fèria de aquel San Juan.

Las transacciones se hacen en ésta con una casi incomprendible buena fe: un ganadero de Tabasco, v. gr., vende á un propietario de Querétaro ó de Zinapécuaro una partida de mulas, unos centenares de bueyes ó unos miles de ovejas, diciéndole su edad y cualidades; el comprador y el vendedor se dan sus señas y dirección, y convienen en una fecha y en una cantidad, y á su tiempo ambos recogen la palabra dada, remitiéndose uno á otro los miles de duros y los miles de reses objeto del contrato.

La alegría es universal, y corre allí parejas con la confianza y buena fe comerciales; todo el mundo se divierte cuanto puede; nadie escatima sus gastos, y pocos dejan de apuntar un puñado de onzas en la banca, á la cual ni está mal mirado que nadie se siente, ni nadie extraña que nadie se arruine ó se enriquezca. En Méjico, no sólo no está prohibido el juego, sino que está autorizado; los banqueros pagan una fuerte contribución, é instalan su banca en horas fijas y en una casa cuyas puertas y ventanas están siempre abiertas, y en la cual no entra la policía si no se la llama, cosa que rara vez sucede.

El juego es una costumbre establecida, una diversión nacional; y una trampa ó una estafa en el juego, está considerada como imperdonable delito é imborrable

deshonra. Casi nadie lleva dinero al juego: los banqueros tienen dos cajas: una con el capital de la banca, y otra con el que prestan á los jugadores, por poco conocidos que sean, ó con sólo que exhiban su nombre y domicilio; quien no paga su préstamo á la banca, pierde su crédito con ella, y no vuelve á tenerlo ni en el comercio ni en parte alguna. Se entiende en Méjico que el juego es un vicio de nobles y un placer de caballeros; y se gana y se pierde el dinero sin pestañear ni palidecer, y es raro que ningun mejicano se pegue un tiro por haber perdido, ni meta ruido por haber ganado; tan raro como que la autoridad tenga que intervenir en lance indecoroso acontecido alrededor del tapete verde: los banqueros bastan para mantener allí el órden más perfecto, juzgan y deciden los lances dudosos, y expulsan sin tumulto, y apoyados por todos, á quien falta al decoro ó á la honradez. Cargan la bien apuntada mesa con doscientos, quinientos, ochocientos mil duros en pilas de onzas, sin temor á repentino ni violento golpe de mano; y aún no creo que ha ocurrido que una partida de bandoleros, ni una columna de pronunciados haya caido sobre una banca. No hay en las de Méjico ninguna de esas jugadas de dobles, iguales, entreses, elíjanes, etc., en que el banquero tiene mucho tiempo las cartas, como un jugador de manos, entre las suyas: tira una carta arriba y otra abajo, pasa la baraja á quien la pide, espera y paga.

Tal vez á alguno de mis lectores se le ocurra que estoy aquí haciendo la apología del juego, ó que he sido jugador en América: nada más léjos de mi propósito, ni más ajeno de mis costumbres y de mis principios. El juego es un vicio perjudicialísimo á la familia y á la sociedad; esas bancas clandestinas nuestras, en que el

banquero exhibe seis, ocho, veinte mil reales, que defiende con mil suertes tan susceptibles de trampas y escamoteos, son antesalas del presidio, y los que á ellos acuden se ponen de él en camino; una banca de millones es una especulacion que no necesita cometer infamias ni villanías para sostenerse: y si el juego es vicio inextinguible, tengo para mí que valiera más regularizarle, como la inextinguible prostitucion; condenar, perseguir, exterminar é infamar el monte clandestino y sin capital, calificándolo de robo, y tolerar la banca millonaria y pública, que paga gruesa contribucion al Estado; puesto que se autoriza la lotería, que no es más que una banca y un juego público de millones.

Relato, no juzgo, ni filosofo, ni moralizo; así se jugaba en Méjico por los años de 57 y 58, y no hago más que consignarlo en mis recuerdos de la feria de San Juan de los Lagos.

He dicho que había una iglesia, y era necesario é imprescindible que la hubiera, puesto que todas nuestras fiestas tienen por abogado ó por pretexto á un santo cuya fiesta ó aniversario se solemniza. La de San Juan tenía (como tienen la mayor parte de las de Méjico) una ventana con reja que da á la sacristía ó á los aposentos del párroco, á un lado ú otro de la puerta principal; por esta reja se pide al sacristan el toque á fuego, al señor cura la confesion y los Sacramentos, etc. Alojábame yo cerca de la iglesia y entreteníame por las mañanas en ver desde mi balcon entrar y salir la gente á misa, y noté que todos los fieles que á oirla acudían pasaban primero por delante de la ventana con reja y decían algo al sacristan, que por la parte interior asomaba medio cuerpo. Al tercer día fuí yo á misa y ví que todos los que en la iglesia estaban ya congregados tenían en la

mano una vela, que encendieron al comenzar el Evangelio y apagaron al consumir el celebrante: yo sólo no tenía vela, y noté que por ello era de todos notado. Pedíle á mi propietario de los Llanos la explicacion de esto, y me dijo sonriendo:

— Si me hubieras dicho que ibas á misa, te hubiera prevenido de esa costumbre, que es de la que la fábrica parroquial saca la mayor parte de sus rentas. Todos los fieles que vienen aquí tienen á vanidad tomar vela para entrar en la iglesia, porque el precio de la vela es la limosna para el presbítero que la rige. El primer día, cuando las velas están sin encender, cuestan dos reales, y las toman los devotos pobres, porque, segun se van gastando, van costando más caras; y la gente de valer hace gala de no ir á la iglesia más que en los últimos días, cuando ya se han reducido á cabos, y hay cabo que cuesta una onza, y hay quien da por devocion ó por vanidad un puñado de ellas.

— Pues señor — dije yo para mis adentros — dice el refran que siempre está el diablo tras de la puerta; pero aquí está tras de la ventana, porque esta vela encendida por orgullo á Dios, seguramente debe de hacer reir al diablo, en honor de quien la enciende la vanidad.

Y calculando en más de veinte mil los forasteros que á la feria habíamos acudido, no resultaba pequeña la renta de las velas, y sobre todo la de los cabos.

XI



ENTRE los devotos más ó ménos sinceros, más ó ménos esclavos del demonio del orgullo y sacrificadores al pavon de la vanidad, llamaban la atencion dos individuos de distinto sexo: una bellísima mujer y un hombre feísimo. La mujer era la más peregrina criatura del mundo, la más preciosa sacerdotisa de Vénus, la más seductora de las hijas del pecado, tentacion viviente que había venido á aquella feria para servir de postre á Satanás, en aquella orgía, un gran racimo de almas de pecadores. Aquella mujer, que áun casi no lo sería en el Norte de Europa, pues apenas pasaba de los quince años, acudía diariamente al templo así que oía la campana, y honestamente vestida, castamente velada y piadosamente descalza, cruzaba de rodillas la sagrada nave, se colocaba cerca del presbiterio, y allí, prosternándose al alzar, oraba hasta derrear lágrimas, y era ejemplo de devocion y asombro de los creyentes.

Y aquella encantadora Magdalena volvía modestamente á su casa sin mirar ni hablar con nadie, como

la más honrada doncella del universo, y no salía más de su casa ni se asomaba jamás á sus balcones; pero como una de esas flores saturadas de fuerte aroma, de perjudicial aspiracion; como una de esas preciosas serpientes de cascabel de brillantes colores; como uno de esos cocuyos, gusanos estrellas de luminosa piel, trascendía su presencia, se oía su reclamo y se percibía su resplandor á través de las paredes de su morada, en la cual reinaba el orden y el silencio, porque á su dueña la azoraba el ruido y la amedrentaba el escándalo. Interrogada un día aquella extraña criatura sobre la monstruosa é inconcebible amalgama de su devocion matutina y su ordinaria profesion, contestó con la más ingénua sencillez: «Yo soy muy devota de la Virgen, y el día que la falto ó la escatimo en mis devociones, no me protege.»

El hombre feo, de tan ejemplar conducta en el templo como la mujer hermosa, era el director de la compañía de cacos operadores por la feria bajo sus órdenes; y hé aquí á dónde conduce la supersticion pagana é idólatra aplicada al pueblo como educacion religiosa. Seguramente que no fueron ni el prudente P. Olmedo, que allá fuera con Hernan Cortés, ni el venerable P. Las Casas, defensor é instructor de los indígenas, quienes introdujeron en aquel país tales y tan supersticiosas costumbres.

Y ello es que de aquí debió llevarlas alguno, puesto que aún vemos á los bandidos italianos de la Sicilia y de la Calabria ofrecer un lujoso cirio ó colgar una valiosa ofrenda ante el santo altar de una veneranda Madonna, y á los ladrones de Madrid hacer otro tanto, ó mandar decir una misa para que les ayude en una empresa; y la de los calabreses es desbalijar y acaso

destripar á los viajeros en las gargantas de los Abruzzos, y la de los madrileños del Avapiés á la Virgen de la Paloma, es el saqueo nocturno de una platería, intentado ó llevado á efecto por un escalo practicado en las alcantarillas.

XII



RECUENTABA Cagigas y el doctor Sanchíz, y yo cuando permanecía en la capital, la casa y sociedad de una señora viuda, que tenía un hijo abogado tan perspicaz é instruido como afecto á la poesía, y dos hijas de mediana hermosura, pero de intachable conducta, de esmeradísima educacion y ventajosamente conocidas por sus conocimientos musicales; la mayor era una profesora en el piano, y la menor poseía una vigorosa voz de soprano muy *sfogatto*, que manejaba maravillosamente.

No era rica la viuda, ni las hijas vestían con el lujo excesivo general de las señoras en aquella tierra, ni el hijo tiraba las onzas en las ferias, como la juventud dorada de la capital; pero podían vivir muy bien de la renta de una finca y de la viudedad que por el empleo que su difunto desempeñó la correspondía; y el hijo tenía su buen caballo, con silla y cabezada chapeados de plata fina, freno y estribos de primoroso ataugiado zacatecano, sombrero atoquillado de oro y calzoneras abotonadas con cientos de moneditas nuevas de á medio; y

las muchachas no carecían de buenas arracadas de diamantes, ni de sortijas cuya pedrería obligaba algunas veces á quitar los ojos de las manos de la mayor cuando corrían sobre el teclado como dos palomas blancas que revoloteaban una tras otra. La clientela del hijo y las antiguas relaciones conservadas por su viuda madre, traían á aquella casa, en las noches de reunion, una sociedad no muy numerosa, pero de personas tan útiles como agradables, escogida entre gente de arte; casi todas las señoras *hacían* música, como hoy se dice, y todos los hombres hacían con ellas muy buen papel en su estrado y tertulia, como se decía antaño, y en su *soirée*, como ogaño decimos, introduciendo sin necesidad en nuestro lenguaje una palabra de extranjero idioma. Entre los individuos de aquella sociedad hallábamos de cuándo en cuándo un eclesiástico de cuarenta á cuarenta y cuatro años, de fisonomía expresiva, sonrisa perenne y carácter franco, que tenía trazas de haber sido organista por la facilidad con que acompañaba á los cantantes cuando que se pusiera al piano se le rogaba, y rico, al parecer, por la magnífica repeticion que usaba y los buenos caballos que en su coche le traían á la capital, cuando á ella venía desde el Estado en que tenía su iglesia. Era un cura muy campechano, pero sin nada de chacharero ni indecoroso, á pesar del humillo á rico que de sus modales y su modo de vivir transcendía. Gustaba mucho de discutir con Sanchíz, que por la discusion tenía prurito, y el cura se los tenía tiasas con el doctor, que era un si es no es descreido y materialista, y siempre sus discusiones concluían amistosamente en homéricas carcajadas y apretones de manos que arrancaban al alegre cura las excéntricas conclusiones del Dr. Sanchíz, que era homeópata, frenólogo, espiritista,

y progresista, en fin, en artes, ciencias, literatura, política, y originalísimamente extravagante y divagador. Cuando con él en aquella casa nos encontrábamos, salíamos de ella juntos y le acompañábamos hasta su hospedaje; y érame á mí, finalmente, no poco simpático, aunque jamás intimé mucho con él por vivir ambos fuera de la ciudad y no permanecer en ella ni uno ni otro largas temporadas.

Una noche pregunté á Cagigas despues de dejarle en su domicilio. Cagigas hizome un mohino que le era peculiar juntando y alargando los labios como quien va á silbar, y me dijo:

— Es el cura de Chalma. ¿No ha oído usted hablar de él?

— Nunca — le respondí.

— Pues pregunte usted por él á su huésped, y dígame usted que le lleve á su casa la semana de la fiesta de su Cristo titular.

— ¿Y dónde está Chalma?

— Por ahí, donde está aquí todo. Para usted y su hospedador todo está ahí, á la vuelta del cerrillo. Con los cuarenta ó cincuenta caballos que ustedes tienen en caballeriza y los dos ó trescientos en el potrero... ya verá usted lo que es en Chalma el cura de Chalma.

Dejóme Cagigas á la puerta de mi casa, en donde no había más que el portero y mi criado, porque la familia andaba por las haciendas, y yo me dormí pensando en qué sería en Chalma el cura de Chalma.

En cuanto á que el punto fuese Chalma ú otro punto de nombre indio, no estoy yo hoy en día muy seguro; porque como despues de la muerte de Maximiliano los juaristas tropezaron con unos cajones de libros y papeles que á España me venían dirigidos, y con los

cuales no he logrado volver á reunirme, escribo estos recuerdos de memoria; y la mia, que ha estado siempre reñida con los nombres y las fechas, tiene las de mi estancia en Méjico trabucadas y de través en mi ya mal seguro cerebro. Pero sea ó no en Chalma, la escena es cierta aunque el lugar dudoso.

Mi inquieto hospedador, que no deseaba más que hallar ocasion ó motivo para correr y reventar caballos, me prometió llevarme á Chalma, y un buen día la emprendimos por aquellos caminos de Dios, ó mejor dicho, del diablo; porque en ellos lleva uno siempre la vida en un tris con los baches, los barrancos, los pantanos, los derrumbaderos y los mañosos, que son, hablando claro, los ladrones, á quienes en Méjico no se llama nunca tales, sino los mañosos, los niños, los traviesos, etc., tratándoseles con cierto mimo, como á gente de casa. Sucede con éstos en Méjico lo que con los negros en Cuba, que hay que llamarles morenitos aunque tengan la piel más oscura que las noches sin luna y las conciencias de los usureros.

Y llegamos á Chalma como llegábamos nosotros á todas partes: como los nublados, en medio de un torbellino de polvo y de ruido, levantados por los veinte ginetes y los tiros sueltos que nos seguían y precedían. Recibiéonos el cura con su cortés sonrisa y su tranquilidad habituales, sin asombrarse del acompañamiento de mi acompañante, á quien y cuyas costumbres ya conocía, porque las dependencias de su casa tenían para todo suficiente amplitud, y porque la hospitalidad mejicana no tiene límites. Nosotros llegamos un día ántes del primero de las fiestas: el cura nos alojó en un aposento limpio y blanco como si fuera de porcelana, y nos puso dos camas con colchones embastillados y

acordonados con dos sábanas de apénas planchada Holanda y dos almohadas con unas guarniciones plegadas como sobrepellices planchadas por monjas, que son las más primorosas planchadoras del mundo. En casa de aquel cura no había ningun individuo del bello sexo, porque de la india que nos hacía las tortillas y de algunas otras que á servirnos se prestaron alguna vez, no podíamos asegurar á qué sexo pertenecían, primero porque todas pasaban de los cincuenta años, y segundo porque en aquel departamento los hombres llevan el pelo trenzado como las mujeres; y careciendo aquellos de barba, cuando envejecen parecen mujeres los hombres y hombres las mujeres; de modo que el europeo, cuando á aquellos departamentos arriba, si hombres y mujeres cambiáran el traje, no distinguiría los sexos, y un día sí y otro no podrían hombres y mujeres vestir indiferentemente y sin que el extranjero se apercibiera del cambio.

Y amaneció el siguiente día, y nos despertó el repentino estruendo de los cohetes, los tiros, las cámaras, las campanas, los ladridos, relinchos y gritos de todos los perros, caballos y moradores del festejoso pueblo. Vestímonos apresuradamente, y vimos desde la ventana una nube de indios que por cerros, llano, veredas, sendas y caminos se nos venía encima, precedidos, acompañados ó seguidos de tambores, trompetas y músicas, y cargados todos de cruces que, en torno de ellos y encima de sus cabezas, formaban bosque. De entre aquel bosque de cruces salían cohetes, petardos y aullidos, y de algunos grupos lastimeros baladros y aullidos, que eran, como al fin comprendí, sus religiosos cantares. Segun se acercaban unos grupos de indios, aparecían otros á lo léjos, desembocando

por entre las nopaleras, descendiendo de las lomas y trepando por las barrancas, pero todos cargados de cruces, unas grandísimas hechas de troncos groseros de árboles mal cortados, en carros tirados por bueyes; otras en hombros de una veintena de hombres que se remudaban, y las grandes venían plagadas de clavos, de los cuales pendían centenares de cruces chicas y medianas, colgadas de los clavos con cintas; y en los vestidos traían cruces cosidas y cruces en las manos, y en los bolsillos cruces de madera, de flores, de bejuco, de paja, de bellotitas engarzadas en agujas y en alfileres, de espinas de biznaga, de plumas de águila, de paloma, de colibrí... no sé si la fiesta era la de la Santa Cruz; pero las cruces no cabían en la iglesia, y comenzaban á llenar el átrio.

MANUEL MAYNER

24 JUN. 1923

JACA

XIII



CONTEMPLABA yo con asombro aquel cargamento de cruces; contemplábame á mí asombrarme mi hospedador sonriéndose, y contemplábannos á ambos con extrañeza los indios, y con desconfianza el cura, su vicario y el sacristan, los cuales estaban situados en un corredor sobre el que nuestra ventana se abría. Bajaron éstos á la iglesia, y fueronse aquéllos acomodando por todas partes; y entre ellos se establecieron los buhoneros, los rosquilleros, los vendedores de comestibles, los de medallas y religiosas baratijas, más ó menos ortodoxas, más ó menos prohibidas por los santos Concilios, y más ó menos ostensiblemente patrocinadas por la superstición y la logrería; la mayor parte cintas de algodón, seda y tisú de plata, en cada una de las cuales había una inscripción que decía: « Medida de la cabeza del Santísimo Cristo de Chalma para todos los dolores de cabeza, » « Medida de la cintura de la Santísima Virgen de los Remedios para el feliz parto de las preñadas, » etc. Esta exhibición y venta de piadosos objetos no me

mó la atención en aquel pueblo extraviado y aislado de la sociedad civilizada por haberlo ya visto en el mismo suntuoso y famosísimo templo de Nuestra Señora de Guadalupe, en cuyo fondo, y en dos magníficos mostradores de cedro y caoba fileteados de raíz de olivo y de limoncillo, los vendían dos presbíteros con sobrepellices cuando yo llegué á aquella República y visité por vez primera aquel célebre santuario.

La fiesta y feria de Chalma fué como todas: misa, sermón y procesión por la mañana, y procesión y sermón por la tarde; toros y peleas de gallos en la plaza, cohetes y cámaras casi sin interrupción, y árbol de pólvora y torito de fuego por la noche. El tercer día fué la solemne bendición de las cruces, contadas por los curas y el sacristán en los dos anteriores, que se pasaron enteros en tan fatigosa y constante operación. Comenzó el desfile de los indios por delante de la ventana que de la sacristía daba al exterior en la fachada de la iglesia; y según iban pasando los grupos, decía el sacristán leyendo en un libro que tenía delante: «Pueblo de tal, 20 de 1.^a clase, 150 de 2.^a y 300 de 3.^a» Y el jefe del grupo, tribu, familia ó ayuntamiento le dejaba en el alfeizar de la ventana un saco ó esportilla (en lengua india *tompeate*), en el cual iba la cuota que por sus cruces á la familia, tribu ó grupo correspondía; y tasadas desde peseta á una, dos y tres onzas, lo contenido en los *tompeates* sumaban muy respetable cantidad de pesos.

Y que ningún alma timorata y creyente extrañe ni se escandalice de estas infracciones de lo expresamente prohibido por el santo concilio de Trento, que es el que á los católicos nos rige; porque en aquellas regiones, de la metrópoli romana tan apartadas, los sacer-

dotes tienen que andar todo el año la ceca y la meca para doctrinar aquellos puebluchos y aquellos aduares, donde los pobres indios viven diseminados y en poco contacto con la población blanca y civilizada; y como muy pocos de aquellos puebluchos podrían ni se aventurían á sostener un párroco, es preciso inculcarles de una manera ú otra los principios religiosos, el afecto á las ceremonias de la Iglesia y el respeto á sus sacerdotes.

Los indios, por su parte, son todo lo buenos cristianos que les deja ser su escasa inteligencia, y adoran á Dios y creen en el cura, por quien son cristianos, por cuya dirección han de conservar sus territorios en vida, y por cuya absolución han de salvar sus almas después de la muerte. La del indio mejicano es la raza más tacaña y apegada al dinero que yo he conocido. Un indio trota dos horas y tres leguas cargado como su asno con una enorme saca de carbon; y cuando lo vende en el mercado tantea cincuenta veces cada peseta, contra las piedras la suena, la muerde y ruega á todo el mundo que le diga si es buena, y suplica con lágrimas al comprador del carbon que no le engañe; y cuando por fin se decide á envolverla y anudarla en la punta de su faja, es cuando ya no le queda la más mínima duda de la bondad de la moneda. Pues bien; este indio que es todo mezquindad, miseria y tacañería, tiene sus ideas religiosas tan barajadas en su espeso cerebro, que oculta su dinero hasta á sus propios hijos, vive entre harapos en una cabaña, cambia furtivamente su plata en onzas, las entierra en un lugar de él sólo conocido y se muere sin declarar lo que tiene ni dónde lo tiene, porque cree que su dinero sigue á su alma al otro mundo y le sirve para pagar á San Pedro su entrada en el paraíso.

¡Quién sabe si esta superstición obedece á una lógica india, hija de la observación de toda su vida! Desde el tiempo de la conquista el indio ha visto que el blanco no ha buscado allí nunca más que dinero; y suponiendo que San Pedro siendo blanco no ha de hacer nada sino por dinero, lo guarda para aquel paso supremo y no tiene inconveniente en darlo por las cruces; aunque en este caso cede su fe al demonio de la vanidad, que tienta lo mismo y lo mismo pierde por ella á los que habitan, huelgan y mandan en los alcázares que á los que acampan, trabajan y sirven en las cabañas y en los aduares.

XIV



MIENTRAS yo vagaba estudiando el país á mi manera y las costumbres que á él habíamos llevado sus antiguos dominadores, y las que con su emancipacion había él ido adquiriendo, la política había revuelto la tierra y exaltado las cabezas. El ministro español que me había presentado á Santana había perdido el juicio; Santana había emigrado. Conmonfort había subido á la presidencia, y con él el partido liberal; los *religionarios* andaban por los campos *pronunciados*; Cagigas, que era santanista, andaba haciéndose el enfermo, el sueco, y se había hecho muy poco enconradizo; Anselmo Portilla dirigía un periódico conmonfortista; Sanchíz andaba como siempre, erguido y discutidor, y despues del diplomático Antoine y Zayas, que allí se decía que hacía negocio, vino á enderezar el negocio de la Convencion española mi condiscípulo y amigo de la niñez Miguel de los Santos Alvarez, investido del carácter de enviado extraordinario y apoyado por una escuadra que fondeó en Veracruz.

Dijeron los mejicanos que no era decoroso tratar con

la amenaza de una escuadra enfrente de las narices, y dijeron los españoles que no se podía tratar sino con una escuadra á las espaldas; y entre «retira la escuadra y trataremos,» y «si retiras la escuadra no haremos nada,» Miguel Alvarez adelantaba poco como embajador, aunque como literato era recibido y acariciado por todo el Gobierno, que se componía precisamente de gente de letras. Páino y Guillermo Prieto eran ministros; y ellos y otros dos individuos del Gabinete eran amigos de Manuel Madrid, con quien yo pasaba semanas enteras en una alegre casita del alegre pueblo de Tacubaya. A aquella casa acudíamos los domingos, y en ella almorzábamos Páino, Prieto, y algunos otros personajes influyentes en la situacion, con el excéntrico español Patiño, de quien hago más larga mencion en mis memorias póstumas. Manuel Madrid, que era tan buen español como buen amigo, quería que Miguel Alvarez saliese airoso de su comision, y convinimos en reunir á éste con los ministros en su casa, donde yo tenía habitacion, como en terreno neutral y con pretexto de continuar nuestros almuerzos dominicales. Invitó él á la gente política y yo á la de letras, á la cual debía yo llevarme á mi aposento y entretener con versos y fruslerías, miéntras Alvarez se las arreglaba con los ministros despues del Champagne.

El primer domingo todo salió á pedir de boca; llevéme yo mi gente á mi cuarto, les enseñé un Korán y otros libros árabes que tenía sobre la mesa, les leí pedazos de las *Dos rosas y dos rosales*, y cuando con ayuda de una botella de *Sillery Monseux* y unos habanos, regalo de Cabañas y Carvajal, pasaron aquel mal trago de mis versos, ya los políticos habían levantado sesion y citádose para el domingo siguiente.

Pero éste, al fin del almuerzo, cuando yo intenté llevarme á los míos, les hallé más dispuestos á escuchar la voz de la diplomacia que la de la poesía. Manuel Madrid me miraba ya impaciente, los políticos no tenían tiempo que perder, y yo no sabía cómo apoderarme de D. Joaquin Pesado, famoso poeta entónces, político en otro tiempo, y curioso como una monja. Madrid, por fin, más avisado que yo, me dijo: « Acuérdate de que has prometido á aquellas señoras que harías firmar sus álbums á D. Joaquin: te los he puesto sobre tu mesa.» Pesado no pudo esquivar semejante demanda, y siguióme con los otros poetas á mi cuarto, donde el previsor Manuel Madrid nos envió puros y Champagne para que no volviéramos sin apurar unos y otro.

Mas D. Joaquin Pesado tenía un ojo al gato y otro al garabato: había husmeado que allí se fraguaba algo, y quería saber de qué se trataba: dos veces se había vuelto hácia la mampara; y dos había yo logrado llamarle la atencion; pero preveía que se me iba á escapar, y Manuel Madrid me iba á llamar imbécil y torpe á boca llena.

Era Pesado muy devoto, tenía una numerosa familia, tres ó cuatro muchachas hermosas, y otros tantos muchachos con cabeza de querubines: un cuadro de Rubens. Dábales una santa educacion y una instruccion como la suya, y sabía yo que todas las noches rezaban el rosario en familia; y Pesado acababa de escribir un panegírico ó cosa parecida del Santo Rosario para edificacion de sus piadosas hijas. Una cuestion religiosa era lo único que podía hacerle olvidar la política, y no quería yo exponerme al justo bufido de Manuel Madrid. So pretexto de buscar un manuscrito saqué de su cajon muchos papeles, y tiré entre ellos sobre la mesa un

precioso rosario de ámbar y venturina, que pertenecía á las señoras dueñas de los álbums.

Cogiólo inmediatamente Pesado, y examinándolo dijo:

— ¡Precioso rosario! ¿Es de usted?

Aquí le aguardaba yo, y respondí:

— No, señor; yo no lo uso porque nunca lo rezo.

— ¡Nunca! — exclamó asombrado.

— Nunca — repuse yo tranquilamente, y el pez prendió en el anzuelo.

— ¿Por qué? — me preguntó dispuesto á entrar en discusion.

— Porque tengo para mí que la invencion del rosario fué una torpeza de Santo Domingo de Guzman, que lo introdujo en España.

— ¡Hombre, hombre! ¿Cómo explica usted eso de la torpeza? — me dijo Pesado como queriendo comprender mejor mi mala idea.

— Mire usted — seguí yo diciendo con la más taimada imperturbabilidad — Santo Domingo de Guzman, que iba á Argel á redimir cautivos, vió que los moros rezaban con una camándula de catorce granos; y sin ver bien lo que ellos dicen con aquella camándula, cometió la torpeza de inventar una de cien granos.

— Explíquese usted mejor; lo que está usted diciendo es una gran impiedad.

— Los árabes reconocen los catorce atributos de la divinidad pasando los catorce granos de su camándula: Dios Criador; Dios Misericordioso; Dios remunerador; Dios Grande, etc.; pero no se dirigen al Criador; no le hablan; no se le igualan; lo reconocen, lo adoran; y Santo Domingo la dijo á María Santísima cien veces la misma cosa como si fuera sorda ó estúpida.

— ¡Jesus! ¡Jesus! — exclamaba Pesado cogiéndose la cabeza con las manos. — ¡Qué blasfemias! ¡Un hombre como usted! ¡Un poeta cristiano!

— Y además — continué yo — la manera irreverente con que se reza es un desacato. Se mascan entre dientes y se ganguea sus palabras; de modo que sobre atreverse la criatura á hablar cara á cara con la Santísima Virgen y con su Divino Hijo, los habla con un tono que costaría ser despedido á su criado de usted si con usted se atreviera á usarlo.

— ¡Dios mio, Dios mio! — exclamó Pesado. — Voy á convencerle á usted del error en que está.

Y comenzó una disertacion eruditísima para confundir mi impiedad y hacerme retractar de mis blasfemias, que escucharon absortos conmigo los que nos rodeaban.

Cuando él cesó de hablar, Miguel Alvarez había partido para Méjico con los ministros; y oyendo á Pesado, ni habíamos nosotros oido partir al coche.

D. Joaquin Pesado se fué escandalizado, pero á oscuras de lo que se trataba.

XV



No recuerdo ya bien cómo cumplió su cometido; pero el 12 de Junio del 56 fué reconocido Miguel de los Santos Alvarez como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. C., cuyo acto solemne se había diferido hasta allanar algunas dificultades que para ello se habían presentado; pero en consecuencia de su reconocimiento y recepcion, el Gobierno de Comonfort mandó que se pusiera en via de pago la convencion española, satisfaciendo á sus acreedores los dividendos que hubieran dejado de percibir, hasta igualarlos con los de las convenciones inglesa y francesa.

Alvarez dejó tan bien á España como mal á mí. Alvarez fué mi más íntimo amigo y mi más asíduo compañero en la universidad de Valladolid por los años de 35 á 36. Nuestros padres, liberal el suyo y realista el mio, habían sido rivales, primero en la Chancillería, de la cual fueron relatores, y enemigos despues cuando se envenenaron los odios políticos al renegar Fernando VII de la Constitucion el 23. El padre de Alvarez tuvo al

fin que emigrar á Portugal, y el mio salió de Valladolid para la intendencia de Búrgos; y ambas familias conservaban, á causa de la obcecacion que producen las pasiones políticas, mala memoria una de otra. Mi padre, desterrado en Lerma, atribuía mi perdicion á mi amistad con el hijo de su rival; y el tío de Alvarez, nacional ó urbano, como entónces se llamaban los milicianos, me atribuía á mí la carrera de perdicion, en la cual habíase metido su sobrino por la aficion á los versos y á las artes que yo infiltré en el claro ingenio de Miguel Alvarez; pero uno y otro ignorábammos las circunstancias en que nuestros padres se habían encontrado en anteriores y ménos ilustrados tiempos. Simpatizamos desde que nos vimos, y nos quisimos y vivimos como hermanos en la Universidad; y al siguiente día del en que el entierro de Larra me puso en evidencia en Madrid, mi primer cuidado y mi mayor orgullo fué presentar á mi amigo á todos los que lo fueron míos; y nunca ha flaqueado nuestra amistad ni el tiempo ni la separacion, ni las opiniones nos han hecho hasta hoy, uno con otro, ni desdeñosos ni olvidadizos.

Al llegar á Méjico Alvarez con la alta investidura de su plenipotencia, nos volvimos á encontrar allí como cuando los dos andábamos con manteos en la Universidad: retrocedió para mí el tiempo veinte años; olvidé los pesares y el hastío, bajo cuya influencia había yo cruzado el mar con la sola esperanza de morir pronto, y la palabra chispeante de ingenio de Miguel me volvió á abrir el paraíso de los recuerdos de la edad de la esperanza en el alma desesperada. Alvarez me abrió sus brazos, su corazon y su bolsillo como cuando todo era comun entre ambos; pero yo no pude abrirle mi alma...

y Alvarez me creyó feliz por algo que él no comprendía y cuyo secreto ó capricho respetó.

— Vente conmigo — me dijo al partir.

— No puedo — le contesté.

Y nos abrazamos despidiéndonos, y él se volvió á España tranquilo por mí, y yo me quedé en Méjico con las tinieblas en el alma y la angustia en el corazon. La preciosa hacienda en que me hospedaba, rodeada de jardines, en una loma desde la cual veía yo el valle entero de la Mesa Central, en cuyo fondo se vislumbraba desde su terrado la blanca ciudad de Mejico, destacándose sobre el azul de la laguna de Tezcoco como uno de esos maravillosos trabajos de marfil que los chinos colocan en el país de un abanico; aquella familia propietaria de la hacienda, y la sociedad numerosa que la visitaba, compuesta de las más lindas muchachas, y la gente de arte más alegre que Méjico albergaba, se me convirtieron en oscuro y desierto paisaje y en desagradable compañía.

Ensillé mis caballos, y me volví á los Llanos de Apam, donde al sol y al viento de aquellas llanuras me pasaba los días cazando ardillas y las noches durmiendo, forzado á dormir por el cansancio del día, sin libros, sin periódicos, sin tintero y sin plumas. Y allí más tarde, en una de las fiestas conmemorativas que en la hacienda se celebraban, y á que él asistió, me vió con asombro D. Joaquin Pesado ayudar respetuosamente á la misa y acompañar al ex-fraile capellan de la casa á curar, y á sacramentar y á olear á los pobres indios; y entónces cayó en la cuenta del por qué le había dado tan mal rato y escandalizado tanto con mis heréticas opiniones sobre el santo Rosario y Santo Domingo de Guzman.

Pero desde la partida de Miguel de los Santos Alvarez los negocios políticos convirtieron el país en un volcan, con la fermentacion de las ideas y la eterna lucha del progreso con la reaccion. El 25 de Junio habia el Gobierno promulgado la ley de despropiacion de dominio de las corporaciones religiosas sobre fincas rústicas y urbanas. Protestó el Arzobispo, no sólo contra esta ley, sino contra el art. 15 de la Constitucion política de la República, que establecía la tolerancia religiosa. Siguieron otros Prelados el ejemplo del de Méjico; desbordáronse algunos curas en el púlpito, incitando á los pueblos á la desobediencia y á la rebelion á la Constitucion, y el Gobierno decretó que á todo trance se llevara á efecto la desamortizacion sin concurrencia de las corporaciones intervenidas, en vista de la oposicion del clero, y subrogando en su lugar en la autoridad política todos los derechos legales; y el Arzobispo que no, y el Gobierno que sí, entraron en el negocio, primero los escribanos y despues los soldados, y el supremo Gobierno desterró algunos Obispos y algunos curas, y el 11 de Setiembre el coronel Castejon se pronunció en Iguala, levantó acta desconociendo al Gobierno de Comonfort, proclamó en su lugar á Rómulo Diaz de la Vega, presidente de la República; tremoló la bandera con la divisa de *Religion y Fueros*, y comenzaron los mejicanos á fusilarse en nombre de la religion, de la libertad y de los fueros, como nosotros en la guerra de los siete años, desde el 33 al 40. Los frailes Franciscanos apadrinaron una conspiracion; y sorprendidos en sus claustros los conspiradores, Comonfort suprimió la comunidad, declaró nacionales sus bienes y vendió el convento, dejando en pié la iglesia para el culto, y entregándosela con los vasos sagrados,

paramentos, reliquias é imágenes al diocesano. A los Agustinos aconteció punto ménos de lo mismo; y divididos los pareceres de los gobernadores de los Estados, unos afectos al supremo Gobierno, otros disidentes, se llenó la República de partidas y de bandoleros, y nos fué ya tan difícil como arriesgado vivir en las haciendas, á la merced de los creyentes sublevados de buena fe y de las bandas de gente baldía que se ampara siempre malamente de la sombra de una bandera leal. Mi hospedador, el propietario de los Llanos de Apam, fiado en que de todos era conocido, se arriesgaba á permanecer en ellos más tiempo del conveniente; y aunque los Llanos, como productores de grandes riquezas, no son turbulentos, sucedíonos más de una vez tener á la mesa á la hora de cenar al general del Gobierno, en la misma silla en que había almorzado el general insurrecto. Capoteábamos á unos y á otros como podíamos, y poniéndonos la capa como venía el viento, teníamos la casa aspillerada y fortificada, las azoteas guarnecidas de sacos de arena, sesenta carabinas Minié y cuarenta hombres dentro de la casa, y dormíamos con vigías en el terrado, centinelas en la puerta y las carabinas á la cabecera de la cama.

Y cayó Comonfort, y volvieron á coger el mando los de religion y fueros, y volvieron á ser echados al campo, y Anselmo de la Portilla se tuvo que ir á Nueva-York tras de Comonfort, de quien era amigo particular; y por recobrar y conservar los bienes secuestrados, y por los conventos derribados y las casas vendidas, se armó un zipizape de mil diablos, en medio del cual recibimos una mañana una carta de Cagigas que nos anunciaba su llegada al siguiente á Otumba en la diligencia, y pedía que le enviáramos allí un coche que le

condujera á la hacienda. Llegó Cagigas, recibieronle las señoras alegremente, comió con su sonrisa, tranquilidad y apetito habituales, y cuando se halló conmigo á solas, me dijo:

— Vengo por usted; mande usted que en cuanto anochezca nos pongan un carruaje ó caballos para irnos á Méjico, y pasado mañana saldremos para Veracruz á embarcarnos para Cuba.

— Pero, hombre — repuse yo con asombro — si Veracruz está en manos de Juarez; si apenas corre una diligencia por semana y los caminos están llenos de pronunciados.

— No importa — replicó interrumpiéndome. — Todo está calculado; he escrito á Portilla que esté en la Habana el 8 de Noviembre; nosotros llegaremos allá el 4; yo tengo pase con los fueristas, usted lo tiene con los republicanos; iremos en compañía y al amparo del Padre General de los Agustinos, que irá en un coche; ya le contaré á usted esto, y veremos de pasar por Veracruz sin tropezar yo con Juarez.

Y se engancharon cinco caballos á una carretela, y corriendo toda la noche llegamos á Méjico al amanecer, y al día siguiente salimos para Veracruz en una diligencia colorada de Casimiro Collado, quien nos previno que tardaríamos ocho días en el viaje, porque no podía cambiarnos los tiros más que en Puebla y en Orizaba.

Y yo partí sin darme razon de por qué ni á qué, esperando que Cagigas me lo explicára por el camino.

XVI



OR el camino, es decir, en el carruaje colorado de Casimiro, no había modo de explicarse, porque no lo había de aislarse dentro de su único departamento, el cual constaba de tres banquetas de á cuatro puestos; dos en los testeros de la caja, y uno en medio suspendido de los costados: la entrada tenía lugar doblando los dos asientos laterales de la banqueta central. Los que ocupaban ésta daban la espalda á los que iban en la banqueta posterior, por lo que se hacía difícil la conversacion general, y nadie dejaba nunca de ser mirado constantemente por los compañeros que de frente llevaba: los de la banqueta posterior y los de la del centro por los de la anterior, y éstos por los de las otras dos. La carretera no lo era más que en el nombre; el movimiento del vehículo insoportable, los encontrones perpétuos, y se necesitaba una perpétua atencion para guardar el equilibrio y no desnarigarse con su vecino; no recuerdo haber viajado de manera más incómoda.

Caminábamos despacio para no apurar al ganado, y

llevábamos constantemente á veinte varas delante de nosotros un coche ocupado por tres monjes Agustinos, quienes se asomaban frecuentemente á las ventanillas para ver si les seguíamos, como nosotros para ver si nos precedían: parecían ambos carruajes dos barcos navegando en conserva, cuidadosos de no perderse el uno al otro de vista.

No tuvo Cagigas precision de satisfacer la curiosidad que en mí excitaba la por él anunciada compañía de aquellos tres frailes, porque pronto la convesacion entablada por nuestros compañeros de viaje me puso al corriente de su falsa ó verdadera historia, tal como algun periódico poco clerical la había contado, y tal como la había aceptado el vulgo, que lo peor piensa siempre y de lo más inverosímil se paga.

Y contaba que una tarde de aquel apénas trascurrido otoño presentáronse dos extranjeros en el convento de los PP. Agustinos pidiendo hospitalidad, á la cual con derecho se declararon como afiliados á aquella Órden en el país de donde venían. El destierro del venerable Prelado, el secuestro y venta de parte de los bienes del clero regular y la libertad en que éste se hallaba, exento de vigilancia por parte de la autoridad eclesiástica, á causa del disturbio de aquel primer período revolucionario é innovador, tenía á los frailes de polendas mejicanos desperdigados por los pueblos, haciendas y rancherías, en casa de sus protectores devotos y de sus devotas hijas de confesion, lo que en Méjico se llama gráficamente *mudar temperamento*. Ocupaban, pues, solamente la casa conventual de los Agustinos el P. Procurador, el viejo maestro de novicios con los pocos que ya había, y el mayordomo encargado de la administracion interior, á cuyas órdenes estaban la repostería y los

legos de servicio, cuando les llegaron los dos citados y desconocidos huéspedes.

Recibióles tan cortés como receloso el P. Procurador, y despues de procurarles un refrigerio en el refectorio, les condujo al aposento que les había destinado. En vano había el desconfiado P. Procurador procurado sacar las palabras de la boca á los dos poco expansivos forasteros; el uno hablaba un español muy mezclado de italiano, y el otro callaba como si en vez de Agustino fuese Cartujo, ó como si por inferior á su compañero no debiera más que escucharle. Miéntras el P. Procurador les buscaba la lengua sin encontrársela, aquellos viajeros, abriendo sus maletas, sacaron de ellas, y se endosaron tranquilamente, unos hábitos Agustinos tan completos, que uno de ellos mostró en el suyo los atributos de la suprema dignidad de la Orden al estupefacto padre Procurador, que le contempló abriendo tamaña boca y ojos tamaños, como jamás hubiera creído que pudieran dilatársele.

— Mande, hermano, tocar la campana — díjole el reciénvenido — y reuna la comunidad en la Sala de Capítulo.

Pero como el P. Procurador sabía que ni el sonido de todas las campanas de la catedral podría llegar á donde sus monjes no podían oirlas, permanecía boquiabierto y ojiazorado, sin saber ni qué decir ni qué decidirse á hacer. Resuelto por fin á ganar tiempo, dijo muy compungido que aquella hora era de paseo, y que los monjes que en la ciudad estaban volverían á la noche, y que iba á mandarlos avisar; y afectando una obediencia ciega y una diligencia sorda, desapareció, dejando á los recién llegados esperar ceñudos é impacientes la vuelta del escapado Procurador y de sus paseantes monjes.

Llegaron cuando pudieron los seis ó siete que por la ciudadã andaban, y criados bien montados trajeron á los que tomaban el temperamento por la temperatura, segun el lenguaje del país, en el trascurso del siguiente día. Echóles el Superior una soberana reprimenda, y volvió á abrirse la iglesia al despuntar el alba, y á llenarse los altares de celebrantes de la santa misa, y los confesonarios de devotas pecadoras, y el templo de fieles, y volvieron á volar las argentinas campanas, á estremecer y perfumar la sacra nave el órgano y el incienso; y con asombro del Gobierno y satisfaccion de los verdaderos creyentes tornó á ser la comunidad ejemplo de fervor en el cumplimiento de su santo ministerio en las difíciles circunstancias porque la política del de Comonfort les obligaba á atravesar. Cambióles el meticoloso Superior en negras las medias blancas que usaban, y que jugaban con sus negros hábitos y la ridícula canoa de su sombrero por un gracioso, y acandilado tricornio, como el que él de Roma traía; y todo el mundo les tuvo en cuenta y aceptó con respeto tan inesperado cambio.

Pero no era ésta la cuenta de los PP. Agustinos, un poco más latos en su disciplina en aquellas latitudes, cuyo clima respira molicie, independenciam y poesía, que en las de la fría Europa. Un domingo llevaron al severo Superior á decir misa á una opulenta casa de una señora devota sincera y buena cristiana. Al fin de la misa, un hujier le ofreció en una bandeja de plata un ramo de flores; alargó el Agustino la mano para agradecer graciosamente el obsequio; pero no pudo llevárselo al olfato, porque las treinta rosas de qué el ramo se componía contenían treinta onzas de oro que pesaban más que olían. El P. Procurador le advirtió que era costum-

bre del país, cuya no aceptación era una ofensa; y en vista de que el mitrado Agustino guardó el ramo en su celda y no envió sus onzas á mayordomía, al domingo siguiente le prepararon sus monjes otro mayor en la misa de las monjas de Coyoacan ó de otro inmediato pueblo, hasta que un lunes, llevándole ante un arcon donde guardaban sus capitales, le dijeron: «La tormenta política se nos viene encima. Vuestra Ilma. no conoce nuestro país: nos tendremos que disolver, ó nos disolverán; tome lo que le convenga, y déjenos con nuestras medias blancas y nuestras canoas arrostrar una tempestad á la cual es inútil que se exponga el jefe de quien necesita toda la Orden.»

Dicen que el Superior de los Agustinos, que iba en el coche delante de nosotros, llevaba letras sobre la Habana por dos mil onzas, y que el P. Procurador le acompañaba á embarcarse en Veracruz para verle embarcar y asegurar de su partida á los monjes.

Tal fué la falsa ó verdadera historia que de él contaron nuestros compañeros. ¡Quién sabe!

Algunos de ellos se fueron quedando en Orizaba y Córdoba. Aquí se empaquetó con nosotros en el coche un judío llamado Salomon, á quien en Méjico llamaban «Salomon el de los brillantes» no sé por qué, y el cual Salomon traía consigo una hermosísima judía, su legítima mujer. El tal judío sabía tanto como su real homónimo el hijo de David: de todo hablaba y á todos conocía en Méjico y en Veracruz: con todos había hecho ó tenía pendientes negocios, y despues de haber servido en Méjico á Miramon, pensaba hacer á Juarez el servicio de revelarles los secretos de aquél. Felizmente, no nos conocía ni á Cagigas ni á mí. Cagigas me dijo:

— Déjele usted hablar y hágase el tonto.

Y así, despues de haber impedido Cagigas que los indios nos robasen, como he dicho en un artículo anterior, topamos con este judío hablador y con su hermosísima judía, con los cuales llegábamos ya al pueblo de La Soledad, casi á vista de Veracruz. Si no podíamos pernoctar en aquella ciudad aquella misma noche, no podíamos ya embarcarnos; el buque levaba anclas al día siguiente al medio día.

Pero ya á vista del pueblo, nos hallamos á nuestros tres PP. Agustinos; que nos esperaban apeados y desesperados. El coronel Andrade, cuyos quinientos hombres estaban á doscientos pasos de nosotros, iba á atacar á La Soledad y les había mandado hacer alto. Cagigas me dijo:

— Si no podemos llegar á tiempo de embarcarnos, yo no puedo entrar en Veracruz. Si Juarez me coge, me fusila.

Yo conocía al coronel Andrade, que era un jóven de tan buena familia como de buena educacion. Le expuse nuestra situacion, y me dijo:

— Usted sabe que nadie puede pasar delante de un jefe que efectúa un movimiento estratégico. Voy á atacar á los jarochos. Si los desalojo de La Soledad, pasarán los viajeros inmediatamente. Si me resisten, haré una tregua para que pasen vuestras mercedes.

Expliqué yo á los Agustinos y á mis compañeros lo dicho por el coronel Andrade, y mustios, inciertos y cariacontecidos nos agrupamos en silencio á esperar el resultado del ataque del coronel Andrade, que disponía su tropa para atacar por dos lados, simultáneamente, el cerrillo en que se eleva la aldehuela de La Soledad.

XVII



EN las Américas españolas como entre nosotros, por razones que ni son de este escrito ni yo competente para escudriñar, han podido faltar grandes generales que hayan sabido en las grandes circunstancias maniobrar con grandes masas de soldados; pero han sobrado siempre coroneles, capitanes y guerrilleros, que con pocos hombres se hayan arriesgado á acometer y hayan llevado á cabo grandes hazañas, atrevidísimas empresas, é increíbles y casi maravillosas locuras. El coronel Andrade era uno de éstos, y una de éstas era la que iba á realizar. Se había metido repentina y sigilosamente en país enemigo, é iba á sorprender un lugar cuyo número de defensores ignoraba, y cuyo punto, despues de ocupado, no podía sostener ni veinticuatro horas, por su proximidad á Veracruz, por el solo placer de dar cima á semejante hombrada y una pesadumbre á Juarez, jefe del partido contrario al suyo.

Y se la dió. Su presentacion fué tan inesperada, su ataque tan vigoroso y bien combinado, què en cuarenta

minutos desalojó de La Soledad á los descuidados jarocho, les mató los que no pudieron escapar pronto, se posesionó del pueblo y nos envió á decir que podíamos avanzar y continuar nuestro camino.

Pero Andrade no llevaba consigo capellan, á pesar de pertenecer á los religioneros, y el cura de La Soledad no se curó, sin duda, más que de no caer en manos de los que le hubieran tomado por tornadizo y renegado como adherido á los excomulgados juaristas. Fué, pues, necesario que nuestros tres PP. Agustinos confesáran y ayudáran á bien morir á tres ó cuatro á quienes los de Andrade habían puesto en tan extremo trance; en cuyo santo ministerio y en auxiliar todos nosotros como mejor supimos á los heridos, para que en caso necesario testificáran con los juaristas nuestros buenos servicios, se pasó más tiempo del que nos convenía perder si habíamos de llegar á Veracruz ántes de las nueve de la noche, hora en que las puertas de la plaza quedaban cerradas. Por fin el coronel Andrade, tan satisfecho de su hecho como nosotros asombrados y pesarosos de él, nos despidió cortés y alegremente, recomendando á Salomon que saludára de su parte á Juarez y le contára lo visto; y á las dos de una tarde caliginosa y nublada comenzamos á cruzar las cinco leguas de arenoso camino que nos faltaban que hacer con nuestros cansados tiros.

Fuéronnos saliendo al encuentro los jarocho que, desalojados de La Soledad, se habían ido quedando á la husma entre los matorrales; y el judío Salomon, que conocía al jefe con quien no tardamos en dar, le dió explicacion de lo acontecido y garantías por la conducta de sus compañeros de viaje, el cual no volvió á ser interrumpido ni nosotros inquietados hasta las puertas de

Veracruz, donde nos dió el alto un centinela á las ocho ya muy bien dadas de una noche oscura, ventosa y desapacible. Salomon habíá llevado la batuta y la palabra durante nuestra última jornada, y Cagigas, que se habíá quejado dos veces de un dolor agudo en el pecho, habíá subido al pescante con el conductor, diciendo que se sentía mal y que necesitaba aire. Escoltado por dos individuos, uno del resguardo y otro de la policía, nos condujo nuestro vehículo á una fonda de la plaza; y despues de tomar aposentos y colocar en ellos nuestros equipajes, el de policía nos anunció que todos teníamos que ir con él al palacio del gobernador su jefe, quedando sólo exceptuada de aquella medida gubernativa la señora de Salomon. Este tomó la delantera, haciendo cabeza de nuestra asenderada sociedad, y tras él, que gárrulamente conversaba ya con el de policía, íbamos á tomar la escalera, cuando Cagigas se puso tan malo que fué preciso dejarle para que le acostáran; pero él, ántes de entregarse en manos del camarero que se presentó á asistirle, sacándole como pudo de su cartera me alargó un papel, diciendo con voz flaca: « Ahí va nuestro pasaporte. » El judío Salomon, que por lo visto era tan caritativo y amigo de hacer un servicio al prójimo como cualquier buen cristiano, respondió de Cagigas, y ante el aplomo y prosopopeya salomónica, y sin más requisito, el agente de la policía juarista dejó en el hotel al pasajero enfermo y nos condujo á los demas al gabinete del gobernador.

Allí se dió Salomon con él grandes apretones de manos, hablando largamente, unas veces en alta voz y otras en secreto, de los sucesos de la capital y de los incidentes del viaje, hasta que satisfecho el gobernador de oírle, aunque no hartó el judío de hablar, nos dirigió

aquél tres ó cuatro preguntas, á las cuales respondieron mis compañeros, deseosos de manifestarse corteses y agradecidos con la autoridad, miéntras yo miraba las paredes y el mueblaje como si fuera sordo ó ignorára la lengua que se hablaba, y nos despachó por fin diciéndonos que aunque, como extranjeros, debíamos llevar á visar los pasaportes á nuestros respectivos consulados á las ocho de la mañana del día siguiente, por lo adelantado de la hora y por ser tan pocos los viajeros iba él á hacérselos visar inmediatamente por el empleado que estaba de guardia.

Apresurámonos todos á presentar los nuestros; y como el mio, que había sacado y traído Cagigas de Méjico, era para mí un documento desconocido, no quise arriesgarme á entregarlo sin pasar por él la vista; desdobléle, pues, torpemente, y me dí tiempo para ver que servía para mí y *para mi secretario particular*.

En mi nombre no repararon ni el gobernador ni su empleado, quienes no tenían felizmente pujos de literatos; con que autorizados por ambos legalmente para salir del territorio de la República, nos volvimos al hotel como habíamos venido todos los viajeros tras del utilísimo Salomon, cuya interesante é inextinguible locuacidad había apartado de mí y de mis compañeros la curiosidad del gobernador.

Subí apresurado y afanoso por Cagigas la escalera del hotel, y entré de golpe en nuestro aposento; estaba aquél acostado y tapado hasta los ojos; pero incorporándose en cuanto vió que venía solo, me dijo: «cierre usted la puerta.»

— ¿Trae usted despachado el pasaporte? — me preguntó cuando la vió asegurada.

Referíle lo sucedido con el gobernador, y continuó

diciéndome con su sonrisa y tranquilidad habituales:

— Usted no tiene por qué ocultarse, ni éstos por qué meterse en que vaya usted donde quiera; pero bueno será que no se aperciban de quien es usted. Mañana irá usted al consulado solo y á última hora, para que, si el cónsul español quisiera hacer á usted algun obsequio, no tenga ya tiempo ni de pensar en su secretario de usted. Ahora baje usted á la plaza, y al primer mozo de cuerda que encuentre pregúntele por Rafael el gallego; es un barquero paisano mio, que ha hecho aquí su negocio, y es un hombre de toda mi confianza. Déle usted esta tarjeta mia, y pídale usted en mi nombre un bote con dos buenos remeros para llevarnos mañana al buque inglés de diez y media á once. La mar está mala: desde aquí se siente el oleaje; si Rafael le pone á usted dificultades por ello, ofrézcale usted una onza de oro, y ahí tiene usted diez en ese papel. Yo tendré listos los equipajes; Rafael acompañará á usted al consulado: desde allí pasarán ustedes inmediatamente por ellos y por mí, y al bote, haga el tiempo y la mar que hagan.

Bajé yo á la plaza, dí con Rafael; ante la tarjeta de Cagigas, se puso á mi disposicion bajo estas condiciones: si la mar seguía como estaba, diez duros; si se calmaba, tres; y si el oleaje rebasaba los muelles, veinte.

No quiso Cagigas que bajase yo al comedor; y so pretexto de no perder de vista al enfermo, me hice servir la cena en el cuarto. Cenó Cagigas lo que pudo á escondidas del criado, y cuando yo, acostado ya y apagada la luz, andaba insomne á vueltas con mis pensamientos, sentí la tranquila y regular respiracion de Cagigas, que dormía tranquilamente.

¿Qué cuentas tenía Cagigas pendientes con Juarez? No tuve tiempo de preguntárselo.

XVIII



las diez de la mañana del siguiente día entraba yo con Rafael en el consulado español, á cuyo cónsul, despues de las formalidades de costumbre, entregué las cartas que para él me habían dado.

A las diez y media cruzábamos la plaza y salíamos al muelle, Cagigas y yo, precedidos de Rafael y seguidos de un mozo con los equipajes. Llovía, y los hilos del agua del cielo hacían combas en el aire al soplo desigual y desordenado del viento; el agua del mar saltaba por encima de los malecones y hacía la playa del muelle. Cagigas se afianzaba el hongo en la cabeza con la mano izquierda, y se sujetaba con la derecha á la cara un pañuelo blanco que chorreaba. En el escalon de una puerta, no sé si de la capitanía del puerto, libre del oleaje, estaban agrupados esperando su bote, ó sin atreverse á embarcar, nuestros tres PP. Agustinos. Cagigas se dirigió resueltamente al bote de Rafael que bailaba sobre las olas, y se arrojó en él de bruces en cuanto le vió levantarse sobre una; echaron tras él mi maleta y su

saco, sobre los cuales me tiré yo porque no había más modo de embarcarse: hízolo así Rafael, y ¡arranca la canoa! Cagigas, que se mareaba con sólo mentarle el agua, iba como una masa inerte entre el baul y el saco en el fondo, lleno ya de agua, del bote; yo comencé á tiritar, creo que más de miedo que de mojado; y tras media hora de agonía nos izaron del bote al buque los marineros ingleses.

Repuesto un poco Cagigas bajo el toldo y sobre la cubierta del buque anclado, me dijo:

— Mire usted con el antejo lo que pasa en la playa; se me figuró oír mi nombre cuando arrancábamos.

Dirigí mi Dollong á tierra; los dos PP. Agustinos se acababan de embarcar en una canoa de ocho remos, de no sé qué buque, proporcionada por el Padre Procurador, que les despedía muy expresivamente desde el muelle, y en él tres militares, rodeados de algunos paisanos, discutían vivamente sobre algo interesante, mirando y señalando al buque-correo inglés. Dije á Cagigas lo que veía, y exclamando con su constante sonrisa: « ¡Si nos descuidamos! » se fué á su camarote, de cuya litera no pudo moverse hasta que dimos vista á la Habana.

XIX

EN LA HABANA.



ASÓ Cagigas mareado toda la travesía, siendo inútiles todos los auxilios, consuelos y distracciones contra su mareo, cuyo único antídoto creía él que era el Champagne, de cuyo vino bebió á sorbos cuatro botellas en los cuatro días de navegacion; felizmente, su estómago no retenía alimento ni bebida alguna. No he visto hombre más perdido sobre el agua, y sin embargo había ocho veces atravesado el Atlántico. Quien se maree como él puede sólo juzgar del dominio que en él tenía el espíritu sobre la materia.

Los PP. Agustinos con quienes habíamos viajado en Méjico, bajaron una vez cada día á visitar á Cagigas en su camarote. Su P. Procurador y el coronel Andrade le habían enterado de quien yo era, y los juaristas de la playa, que trataron delante de ellos de perseguirnos y áun de hacer fuego sobre Cagigas y sobre mí cuando bailábamos sobre el abismo entre la sonora espuma de las encrespadas olas, les habían hecho comprender quién era Cagigas. Juarez se persuadió de que yo era

quien había hecho á Cagigas pasar tan osadamente delante de sus narices, y los PP. Agustinos creyeron que Cagigas y yo pertenecíamos al partido del clero mejicano, y que escapábamos con una mision política. Ambos erraban; Cagigas era hombre reservadísimo, y yo, fiado en Cagigas, iba á ciegas á Cuba; sin que supiera yo ántes de llegar á Veracruz, ni ántes de arribar á la Habana, qué peligro era el que corríamos en Veracruz, ni qué negocio me llevaba á Cuba.

El Superior de aquellos dos religiosos dió el primer paso para trabar conversacion conmigo, tomando por pretexto el valor que les había infundido al embarcarse el vernos á nosotros llegar salvos al buque-correo. Aquel Agustino era maltés; gallardamente apersonado y representando mucho ménos de sus cincuenta y dos años, hablaba correctamente el italiano, el francés, el inglés, el alemán y el árabe; gran latino y erudito por buenos estudios literarios, su conversacion era amenísima, simpático su continente, y nobles y corteses sus modales. Cagigas le dió por lo que los mejicanos llamaban *muy hábil*, y nosotros *que se pierde de vista*, suponiendo que iba por las Américas á hacer su negocio: yo tengo para mí que iba de buena fe á poner arreglo en su Orden, y que no siendo posible ordenar nada en aquel país en tan revuelta y azarosa época, seguía su viaje á las Américas del Sur, animado de un recto espíritu y en cumplimiento de su deber. Dios nos ha de juzgar á todos por nuestras obras, y nadie más que Dios tiene derecho á asomarse á las conciencias.

Al desembarcar en la Habana me ayudaron á sacar del buque á Cagigas, y en el muelle nos despedimos.

Cagigas no se repuso hasta despues de un sueño reparador, y al despertarnos al día siguiente me pidió

perdon sonriendo de los azares á que me había expuesto, y comenzó á explicarme el negocio que allí nos llevaba.

No hay para qué hablar ya de ello, puesto que por su muerte fué un negocio perdido; pero para demostrar la travesura y vastos proyectos de Cagigas, bastará apuntar ligeramente su pensamiento. Miétras yo daba seis lecturas, que por tres mil duros tenía apalabradas en el Liceo, él prepararía la introduccion en Cuba de una colonia de trabajadores yucatecos asalariados, para lo cual debía yo más adelante adquirir el beneplácito de quien correspondía en la Isla, adquiriendo él los buques y el capital necesarios. Una vez planteado el negocio él lo traspasaría á una casa de los Estados Unidos, y yo debía de volver á Méjico á instalar allí, con privilegio de seis años, cuatro sillas-correo mensuales, enlazadas con cuatro buques españoles semanales, para dar al comercio mejicano cuatro correos al mes, en lugar del único mensual de la Compañía inglesa, á quien iba enderezada la competencia. Anselmo de la Portilla, que debía de llegar de New-York, debía de traer escrito un luminoso folleto sobre estas dos combinadas especulaciones, con cuyo folleto debía yo presentarme al capitán general, etc., etc. Anselmo de la Portilla era el primer periodista de las Américas, y el más leal y claro defensor de los intereses españoles en Méjico; su escrito debía de imprimirse en la Habana, etc., etc. Cagigas llevaba tratada, hecha y concluida toda la parte de estos dos negocios en Nueva-York, en Yucatan y en Méjico, faltándole sólo su arreglo en Cuba; tenía en su cartera un crédito de setenta mil pesos, y con noventa mil decía él, sonriendo muy satisfecho, que empezaba á rodar el carro. Escuché yo todo aquel doble

proyecto suyo, sin comprender qué parte pudieran tener en él mis versos para ofrecerme la cuarta parte de la respetable cantidad en que, despues de planteados, los tenía traspasados ó vendidos á dos casas de gran crédito comercial.

— Usted no sabe lo que vale su nombre — me dijo con su flemática tranquilidad habitual. — Déjese usted guiar, y dentro de dos años podrá usted poner al hijo de Júpiter y de Letona, con sus nueve holgazanas de Musas, á tejer esparto en el patio de su casa de usted, que podrá tenerla propia.

Sin que yo comprendiera muy bien el negocio, pero acostumbrado á la audacia y sinceridad de Cagigas, asentí á todo, y comenzamos por ir á que él me presentára en la Redaccion del *Diario de la Marina* para dar la noticia de mi arribo á la Isla, puesto que el secreto que Cagigas necesitaba había hecho que nadie de ella se apercibiera.

La primera consecuencia fué la galante invitacion del capitán general D. José de la Concha, marqués de la Habana, para un baile que en su palacio daba al cuarto día de la fecha de tal invitacion; y el primero y más vulgar apuro el de no tener yo traje conveniente para asistir á tal fiesta, pues el que traía de Méjico estaba ya fuera de moda. El autor de *Don Juan Tenorio* no podía aparecer ridículo ni anticuado en tan aristocrático salon; de la primera impresion que causa puede depender la fortuna de un hombre; pero era el caso que todos los cubanos querían presentarse en palacio sin la más leve arruga y flamantes por extremo de sus trajes, y los sastres de moda tenían más trabajo aceptado del que podían abarcar con sus quintuplicados oficiales. Tal era el *embullo*, y así lo anunciaban los periódicos,

dando el anticipado pésame á los Lions cubanos que tendrían que quedarse sin frac infaliblemente.

Entre presentarme mal y no presentarme en tan extremosa sociedad, acepté el quedarme en cama y aplazar mi presentacion para la distribucion de premios de los juegos florales del Liceo, y así se lo anuncié á Cagigas; pero éste, con su eterna y estereotipada sonrisa, me puso el sombrero en la mano y me sacó tranquilamente de casa para llevarme directamente á la de Porzio, el sastre caballero, el Don Juan de los sastres, el que daba el tono en la Habana, donde no era hombre *comme il faut* quien con Porzio no se vestía. La casa de Porzio estaba atestada de gente: el más poderoso ministro, el más venal favorito del rey, no se vió nunca más asediado, más suplicado, más halagado ni más adulado que Porzio lo estaba y lo era en aquel momento. «Veinte onzas por mi frac á las nueve de la noche,» le decía un mancebo de rizado cabello, inglesas patillas, ojos negros, orlados de fenomenales pestañas, un *dandy*, criollo del moreno y gracioso tipo que por las islas abunda.

— No puedo dar á usted palabra — le respondió Porzio — ha llegado usted tarde, y no puedo posponer á nadie.

— Ya lo oye usted — dije yo á Cagigas al oído.

— Pues ya verá usted — me replicó él.

Y abriéndose paso hasta Porzio, habló con él aparte dos ó tres minutos, al cabo de los cuales Porzio, romano por el nombre, florentino por lo artista, napolitano por el ingenio y veneciano por su buen aire forma social, me tomó cortésmente por la mano, me introdujo en un saloncito interior, y cerrando la puerta, me dijo:

— Usted no puede dejar de asistir al palacio; mu-

chos se quedarán sin frac, pero usted tendrá el suyo en su casa á las nueve en punto de la noche de pasado mañana. Tendré un placer en ser el primero de quien reciba usted un obsequio en este país.

Y me tomó minuciosamente medida, lo mismo que á Cagigas, á quien advirtió que sus prendas, que no eran de etiqueta, no estarían hechas hasta la semana próxima.

Pepe Santana, hijo del famoso ex-presidente de la República mejicana, estaba en Cuba establecido, y era íntimo de Cagigas, aunque no andaba el hijo muy bien con su padre. Santana, hijo, hombre tan cortés, servicial y oficioso como altanero era el ex-presidente, se encargó de amueblarnos una habitacion que en el piso bajo de su casa nos cedió por cincuenta pesos mensuales un poeta muy bien aceptado en Cuba; quien, además de tener publicados muchos y no malos versos, tenía dos preciosísimas hijas, modelos de estatuaria viviente, y bautizadas con los extraños nombres de África y América. África era una hermosísima criatura capaz de hacer soñar con su imagen á San Pablo, primer ermitaño, y de pecar á su discípulo San Pacomio. En las tres piezas de aquel alojamiento, emprendimos, Cagigas sus gestiones en el negocio, y yo el trabajo de mis lecturas, aplazadas para fin de la quincena.

A las nueve de la noche del tercer día, el oficial de *Porzio* me presentó un traje de etiqueta que no pesaba diez onzas, traje de aquel país en donde hasta la piel y las pestañas estorban y pesan.

Y fuí muy bien recibido por los marqueses de la Habana, y muy aplaudido en los premios de los juegos florales y obsequiado por Bethancourt, presidente del Liceo, miéntras llegaba la noche de mi primera lectura.

Todas, al encontrarnos en casa solos, me daba Cagigas cuenta de lo por él hecho; no le faltaban más que siete mil duros para completar sus noventa mil: me mostró las cartas de aceptación de la razón social de varias casas conocidas, y todo marchaba perfectamente, y un porvenir risueño y azul como el cielo de la esperanza se abría ante nuestros ojos. Una sola nube le sombreaba: la tardanza de Anselmo de la Portilla, á quien con ávida inquietud esperaba Cagigas en el *Kanhowa*, que ya estaba en retraso. Una noche, la duodécima de nuestro arribo á la Habana, al retirarme encontré á Cagigas ya acostado contra su costumbre: se recogía muy tarde y dormía muy poco. Tenía dolor de cabeza y sueño. Durmió tranquilo toda la noche; pero al día siguiente no amaneció aliviado: no tenía, sin embargo, ni fiebre, ni síntoma alguno alarmante: dolor frontal y pesadez, desgana, pereza y nada más. A las seis horas de estar levantado, se tuvo que volver á acostar. Alarmado, porque en aquel clima toda indisposición puede parar en mal, llamé al doctor Zambrana, literato tan conocido como acreditado médico, amigo leal y desinteresado, dispuesto hacer lo imposible por evitarnos á Cagigas ó á mí la más leve enfermedad.

— No me engañe usted — le dije. — Si Cipriano tiene síntomas del vómito, no me lo oculte y trátele usted como sea necesario. Sabe usted que le quiero como si fuera mi hijo, y que es la esperanza de Portilla y mía.

— No tenga usted miedo — me respondió jovialmente Zambrana — estamos en Diciembre; ya no hay vómito; no tiene nada; mañana estará bueno.

Y recetóle, y hablamos de versos, y fué; y seguí yo trabajando, y Cagigas dormitando. Tomó las medicinas, pasó la noche tranquilo; y volvió Zambrana, y

trajo otros dos médicos, y los tres me aseguraron que Cagigas no tenía más que una leve indisposición, sin el más mínimo síntoma de fiebre amarilla (vómito negro). Y seguí yo trabajando, y Cagigas durmiendo. Cuando le preguntaba cómo se sentía, me respondía:

—No tengo más que pesadez. ¿Se sabe del *Kanhowa*?

Así pasaron tres días más: Cagigas clamando por Portilla, yo escribiendo, los doctores ratificándose, y el *Kanhowa* no parecía, y á mí Cagigas no me gustaba; cuanto más le observaba y le contemplaba, peor me parecía; y ni tenía fiebre ni espasmo... tenía pesadez, que á mí me pesaba en el alma. ¡Pobre Cagigas! A las cuatro de la tarde del quinto día de su modorra, dió vista el vigía y anunció el *Kanhowa*. Llegaba Portilla en él.

XX



ERAN las cuatro de la tarde del 24 de Noviembre. Había yo trabajado asiduamente desde las siete de la mañana, interrumpiendo mi trabajo sólo para ver de cuándo en cuándo á mi enfermo, á quien los médicos se habían resuelto á imponer por fin un *método preventivo*, el cual consistía en traspasar á su estómago con una jícara el contenido de una lata de cuatro libras de aceite de almendras dulces. Consentí yo en semejante tratamiento *preventivo*, á pesar de lo absurdo que entónces me pareció, y que aún hoy todavía me lo parece, porque supuse que debía ser resultado de la experiencia, que en aquel país, como en todos, debía ser madre de la ciencia. Un negro, á quien el cuidadoso Santana había apostado en el puerto, vino á anunciarme la llegada del *Kanhowa* y el arribo en él de Anselmo de la Portilla: escribí á éste dos palabras enterándole del estado de Cagigas, y suplicándole que alojase á su familia en la casa cuya direccion le enviaba á renglon seguido, y viniese inmediatamente á la nuestra, teniendo la precaucion de no penetrar en la habitacion sin pasarme recado.

Un hombre de la actividad de Cagigas, de quien podía decirse que dormía con un solo ojo como los lince, y sobre un pié como las grullas, y que pasaba la vida en perpétuo movimiento y en infatigable acción, no podía pasar á tal pesadez, á semejante somnolencia y á una pereza de cinco días sino por efecto de un grave cambio en su naturaleza y de una grave enfermedad, que podía desarrollarse más ó ménos fatalmente por cualquier conmoción brusca, moral ó física. Esto lo sabe cualquiera que ha visto cuatro enfermos en su vida ó que ha leído un libro de medicina, siquiera sea de la llamada *doméstica*. Cagigas había mostrado desde que desembarcamos una impaciencia febril por ver llegar á Portilla; debía de haber entre los dos algun secreto muy íntimo, que nunca supe, y no quise que la repentina presentación del tan esperado Anselmo fuese causa de una crisis, que yo temí desde el segundo día de aquella extraña enfermedad. Desvelé, pues, á Cagigas, y le dije que el *Kanhowa* acababa de fondear en el puerto, y que Pepe Santana había visto con el antejo á la mujer y á la cuñada de Portilla sobre la cubierta: con que de un momento á otro era razonable esperar á éste. Sonrió, despejóse y se incorporó Cagigas con tal anuncio: volví á dejarle con un español honradísimo, que como enfermero me había procurado el mismo cariñoso Santana (y á cuyo español, si vive y lee estos recuerdos, pido lealmente perdón de haber olvidado su nombre), y con pretexto de continuar mi trabajo me salí á la calle á espiar la llegada de Portilla. Víle al fin á lo lejos, y me adelanté á salirle al encuentro, decidido á no errar por falta de precauciones; y conduciéndole sin ruido á nuestra morada, dejéle en la antesala y volví á entrar en la alcoba de Cipriano, que se había vuelto á amodorrar.

— Ya viene Anselmo — le dije — el criado trae sólo unos minutos de delantera sobre él.

Volvió á sonreír, á despejarse y á incorporarse el enfermo: entró Portilla, que tras mí venía, en la sala; vió Cagigas su silueta á través de la esmerilada vidriera, y se abrazaron llorando los dos amigos, á quienes yo dejé discretamente solos.

A los pocos momentos, y como si Dios me lo depárára, entró á visitarme mi condiscípulo en Seminario de Nobles el P. Solís, Superior en la Habana del colegio de Jesuitas, en cuya Sociedad había profesado, y á quien no había vuelto á ver desde 1834. Los recuerdos de la niñez son siempre agradables y poéticos: congratulábase el P. Solís de encontrar á su condiscípulo Pepe tan famoso, y asombrábame yo de encontrar Superior de los Jesuitas á mi condiscípulo Solís... cuando me llamó Portilla desde la alcoba. Caía la tarde, que era nebulosa, y estaba cercano el crepúsculo; no veía yo la fisonomía de Cagigas, á quien pregunté cómo se hallaba.

— Bien — respondió — no me duele nada; pero con la emocion y la fatiga de la conversacion con Anselmo... tengo náuseas.

Así la jofaina, que sobre la cama la puse, pasóme el brazo izquierdo por el cuello para incorporarse, y apenas inclinó hácia mí su cabeza, rompió en un fácil y abundante vómito. Quiso Portilla salir por luz, pero yo le detuve asiéndole por la ropa: serenóse inmediatamente Cagigas, y diciendo: « Me siento muy descansado, » volvió á reclinarse en las almohadas.

El negro concedía el gas de la sala, á la cual salí con la jofaina en la mano derecha y tirando de Portilla con la izquierda. Solís cruzó las manos y levantó al

cielo los ojos, y tal vez una plegaria mental, al ver la jofania mediada de sangre negra, y de ella salpicados mi camisa, chaleco y pantalon de nánkin. Portilla palideció y cayó anonadado en el sofá: yo sentí algo como si mi cuerpo se hubiera quedado de repente vacío de todas mis entrañas y de mi cerebro hueco se hubieran evaporado todas las ideas.

El enfermero salió corriendo á buscar un médico, y á los diez minutos volvió con el Dr. Zambrana, que viendo, al entrar, la jofaina sobre una silla, exclamó desesperado:

— ¡Qué enfermedad más traidora, no la entenderemos jamás!

Portilla, que no la conocía, preguntó con tanta ánsia como candidez al Dr. Zambrana:

— ¿Es el vómito?

— ¡Y mortal! — contestó Zambrana con desesperacion.

Rompí yo á llorar sin poderme contener, y Solís me tendió los brazos ahogando mis sollozos contra su pecho para que no los oyera Cagigas, en cuya alcoba entró el médico á cumplir su triste deber.

XXI

OLIS y yo aconsejamos á Portilla que se fuera á descansar, si podía, á su alojamiento; se le conocía la fatiga de la navegacion; traía mujer y cinco hijos pequeños, que debían aguardarle con sobresalto; no podíamos permitirle quedarse á velar al enfermo, y ménos á presenciar su fin si ocurría en la noche, de lo que prometimos avisarle; dímosle, en fin, esperanzas de un error de la ciencia y de un milagro inesperado de la Providencia, y quedamos con el moribundo la religion consoladora y la amistad sin consuelo.

Volví á desvelar á Cagigas para decirle la verdad; pero él me atajó diciéndome con su inefable sonrisa:

— Yo soy un hombre que desde que nací sé que he de morir; si tengo el vómito y es mortal...

Las lágrimas corrieron hilo á hilo de mis ojos; ¡había oido las palabras del doctor Zambrana! Yo me arrodillé escondiéndole mi faz contra su rostro.

— No llore usted, sea usted hombre — dijo asiéndome las manos y haciéndome sentar en su lecho. — Yo muero en paz con mi conciencia; lo que no he hecho

es porque no he podido. Vamos: usted ha visto muchos enfermos y sabe usted muchas cosas. ¿No tiene usted en su caja algo que me reanime para darle á usted mis últimas instrucciones? ¿No conoce usted un sacerdote ilustrado que me reconcilie con Dios? ¿No hay por aquí alguno de sus discípulos?

¡Dios mio! su sopor no le había quitado el oído, y sabía que Solís estaba en la inmediata cámara. Con él lo consulté, dímosle una dosis de ácido fosfórico en medio vaso de agua, reanimóse, é incorporado él y yo sentado en su cama, con su boca casi en mi oído y teniéndome suavemente abrazado, comenzó á decirme con tan envidiable como asombrosa tranquilidad:

—Sé que es usted mi amigo, y no puede usted dudar que lo soy suyo. Si yo hubiera vivido le hubiera á usted hecho rico; tal vez eso no está de Dios, y le dejo á usted pobre; porque como ni Portilla ni usted pueden dirigir el negocio á que aquí los traje, le ordeno á usted que devuelva todos los créditos que hallará en mis dos carteras; y cuando concluya usted los compromisos, que no dejarán de ofrecérsele á usted en este invierno, vuelva usted á Méjico, donde yo necesito que vuelva ántes del 1.º de Julio. En cuanto llegue usted á aquella ciudad, irá usted á la calle, de... núm., á casa de fulano, á quien entregará usted de mi parte mil cien pesos contra un cajon que contiene papeles. Queme usted todas las cartas sin abrirlas, y devuelva usted todos los documentos á las personas á quienes pertenecen. De aquéllas y en éstos dependen, y tengo en garantía la honra de personas que quiero que no se acuerden de mí para mal. Los Sres. Bustamante, Romero, de esta plaza, le darán á usted cuanto necesite si no hace usted aquí negocio, y con ellos puede usted

plantear el de los correos, en lo que le ayudará á usted Sanchíz, y los Bustamante darán á usted instrucciones y capital. Acaso deba usted á mi muerte su fortuna. Adios, abráceme usted; que éntre el sacerdote, y tenga usted cuenta de que nadie me impida morir en paz.

Salí de ella como un sonámbulo, y entró en la alcoba, como el ángel de la esperanza, el P. Solís, que estuvo á solas veinte minutos con el desahuciado enfermo.

A media noche volvió el doctor con Pepe Santana; aquel no conocía remedio al mal; sólo un milagro podría hacer que el sueño de Cagigas fuera reparador, si no repetía el vómito ni sobrevenía nuevo trastorno en su naturaleza; por lo cual opinó que lo mejor era dejarle dormir. Quedamos, pues, como todas las noches el enfermero español y yo con Cagigas, fiando en el milagro de que su sueño tranquilo resolviera la crisis favorable.

Cagigas y yo dormíamos en una misma alcoba; los piés de su cama tocaban con los de la mía; yo respiraba durante el sueño el aire que él descomponía con su respiracion; pero jamás me ocurrió que por ello pudiera trasmitirme su enfermedad. Estaba yo rendido de trabajar y velar. Al día siguiente era juéves, y tenía mi primera lectura en el Liceo; á las tres de la mañana me hizo el enfermero tenderme vestido en mi lecho; la terrena debilidad corporal venció al espiritual instinto del deber, y me quedé profundamente dormido.

XXII

DESPERTÉ sobresaltado y seguro de tener razón de mi sobresalto. Amanecía: el enfermero estaba inclinado sobre el lecho del enfermo, de donde yo tenía conciencia que había surgido el motivo de mi sobresalto despertar. Me arrojé de mi cama y me fuí á la de Cagigas; estaba en los últimos instantes de la más tranquila agonía. Dos veces abrió los párpados sobre sus ojos cristalizados, que ya no pudieron mirarme, y dos veces abrió la descolorida y terrosa boca, que no pudo aspirar el aire, que ya no necesitaba su cuerpo, vacío del alma que acababa de abandonarle.

XXIII



NTERRAMOS á Cagigas el 25 de Noviembre del 58. El hidalgamente oficioso Pepe Santana me excusó los dolorosos pormenores del entierro, que presidimos ambos.

Un pormenor tristísimo: Cagigas usaba el pelo largo; al cerrar la caja quedó fuera una guedeja de su cabello castaño claro, que me fué llamando la atención, porque el aire la mecía, durante el trayecto de la casa al cementerio. Allí no me pude contener y corté todo aquel flotante rizo; recuerdo y prenda que parecía ofrecerme mi muerto amigo. Sobre mí lo he llevado mucho tiempo, y aún lo conservo.

XXIV

AL dejar en el cementerio los restos mortales del honrado Cipriano de las Cagigas, nadie quiso dejarnos ni á Portilla ni á mí volver á la casa mortuoria. Quintin Suzarte quiso hospedarme con su familia, pero vivía en aquella misma casa. Isidoro Araujo de Lira, que hacía poco que había comprado el *Diario de la Marina*, nos llevó á la suya y me ofreció, además de alojamiento, mesa y carruaje, tres mil duros al año, por espacio de tres, comprometiéndome yo á escribir en el folletín de su diario. A Portilla le señaló dos mil duros por un año por artículos políticos, históricos y de administracion.

Pero la falta de Cagigas, y las circunstancias y consecuencias de su muerte, engendraron en mi corazón una insuperable tristeza. Los cuidados fraternales y la lujosa hospitalidad de Isidoro Lira; las atenciones asíduas de que me colmó el capitán general marqués de la Habana; el trato cariñoso de la marquesa y la cordial simpatía de sus dos hijas, no pudieron arrancarme más que las forzadas sonrisas y la ficticia alegría necesarias

para no parecer mal en la mesa y en los salones de su palacio. Invitábanme á comer todos los domingos y á todas sus nocturnas recepciones; llevábanme á su palco en el teatro y en su carruaje á los paseos; pero cuando volvía en alta noche en casa de Lira, éste, que me esperaba todas para dejarme acostado, salía de mi cuarto con la penosa impresion de mis inextinguibles lágrimas. Un día, al sentarnos á la mesa, la casa giró en torno de mí y la tierra me faltó bajo los piés; un gran ruido como música y campaneó lejanos me resonó atronándome en el cerebro, y perdí el sentido. Levantóme asustado Isidoro, y llamó inmediatamente á su médico; me hicieron acostar; sentía náuseas, vahidos y somnolencia. Así estuve cuarenta y ocho horas. Siempre que me desvelaba, lo primero con que daban mis ojos era con los de Isidoro Lira, fijos en ellos. La madre más cariñosa no cuida de su hijo como aquel leal y pundonoroso caballero cuidó de mí. Al tercer día me encontró el médico trabajando á las siete de la mañana; opinaron que había pasado el vómito, y se congratularon de ello. ¡Ay de mí! era el primer amago de una afeccion epiléctica que combato hoy con unas dósisis de bromuro que asusta al farmacéutico á quien por primera vez presento la receta del Dr. Cortezo, al cual, por ella, debo probablemente la vida.

Me entregué á un trabajo tenaz, del que Isidoro y Portilla me arrancaban para distraerme; y sin recibir ni pagar visitas, sin recorrer los institutos, ni las fábricas, ni nada de lo notable que entónces en la Habana existía, me enajené la voluntad de los amigos, exasperé la malevolencia de los envidiosos ó malquerientes, y fuera de las seis lecturas que dí por cumplir en el Liceo, nada reveló en la Habana la presencia del poeta popu-

lar, á quien todo el mundo se cansó de hacer inútiles invitaciones y no aceptados obsequios. Mi tristeza era más fuerte que mi voluntad, y mi atonía más que mi educacion y que mi interés. Lira y Portilla se desesperaban, y yo permanecía en mi aposento diez ó doce horas en aquel clima entregado á un trabajo afanoso y febril. Yo veía á través de la amarillez que la vista del cadáver de Cagigas me había dejado en las pupilas aquella deliciosa isla de tropical y exuberante vegetacion; y aquel sol deslumbrador me parecía pajizo, y pajizo y amarillento aquel mar turquí, y aquellos verdes y perfumados platanares; y aquellas criollas ricas de sangre y de vida pasaban ante mi vista como las visiones amarillas y calenturientas del delirio de la fiebre.

Un caso extraño que debía de haberme servido de distraccion y consuelo, vino á poner colmo á mi pavorosa melancolía. Había yo trabado relaciones y dejado en Méjico á un mozo de veintiseis años, á quien había muchas veces fiado copias de mis versos y encargos en la ciudad cuando á la hacienda en que yo habitaba venía. Era aquel mancebo hijo de un escocés que tenía una gran fundicion de plomo, cuyo establecimiento dirigía con su padre; pero éste, casado de segundas nupcias con una hermosa mejicana en quien tenía dos querubines rubios, descuidaba, si no aborrecía, al hijo de la primera mujer. Jorge se llamaba el padre, el mejor y más trabajador hombre del mundo, pero de recio carácter, y Agustin se llamaba el hijo, el más amante y ménos amado de su padre, de quien llevaba la contabilidad y de quien recibía sueldo como si empleado y no hijo de aquél fuera en su fundicion. Yo tenía cariño á Agustin porque, aunque completamente iliterato, andaba siempre encantado con mis letras, leía mis libros, asistía

á mis lecturas, y creyéndome de buena fe una notabilidad, estaba muy pagado de mi franqueza con él y dispuesto á boxar y romperse el bautismo con quien con él no conviniera en que era yo el primer poeta del universo; cuestion de la cual no se le alcanzaba un átomo y en la cual era profundamente lego. Agustín Aynslie era un mozo robustecido con el ejercicio continuo de su oficio: volcaba él solo una caldera de doce arrobas de plomo fundido, arrollaba una plancha de veinte piés, y movía, arrastraba, fijaba y soldaba una tubería de ciento veinticinco metros en una mañana. Se imponía por su fuerza y su actividad á todos los dependientes de su padre, y hacía las compras, los negocios y los viajes ocasionados por el tráfico del establecimiento; y con el mandil, el hornillo y las herramientas, iba á las obras en nombre de su padre como su primer obrero, sin que su padre tuviese que dirigir sino señalar el trabajo. Agustín tenía muy buen corazón, pero muy ligera cabeza: decía la verdad tal como la sentía, pero solía estar continuamente fuera de toda buena forma social: era, en fin, un hombre muy bueno, muy leal, muy servicial y muy trabajador, pero de muy descuidada educación. Hablaba el inglés y el francés, era fuerte en contabilidad, muy buen jinete, muy amigo de las mujeres que no tienen amigos, y gran bebedor de cerveza y de cognac.

El día 22 de Diciembre interrumpió mi trabajo un gran ruido de voces que se levantó en el piso bajo de la casa de Isidoro Lira, el cual á poco se presentó en mi cuarto diciendo que un jóven que acababa de llegar de Méjico se empeñaba en entrar á verme; y ántes de que Lira me lo hubiera acabado de decir tenía ya en mis brazos á Agustín Aynslie, á cuya vista sentí el frío del

terror paralizarme el corazón. Lo primero que me ocurrió al verle tan robusto, vigoroso y colorado, fué que iba inmediatamente á atrapar el vómito y á morírseme como Cagigas. ¿Y qué iba yo á responder á su padre, el cual se habría quedado tal vez pensando que yo le había sacado de su casa á su hijo, y de la fundición á su primer dependiente?

— ¿Pero cómo y á qué viene usted? — le dije.

— Pues así que leí en los periódicos la muerte de Cagigas — me respondió — empeñé mi alfiler y mi sortija de brillantes, vendí mi caballo y vengo á sustituir al difunto; usted no puede estar aquí solo, y aquí estoy yo.

Supliqué á Lira que le buscara alojamiento, le ofrecí cien duros mensuales y le prohibí que fuera á ninguna parte sin mi permiso.

XXV

UN detalle curioso de otro curiosísimo personaje. Salía yo una tarde con Agustin Aynslie de la casa de baños, frente á la cual tenía la suya el sastre Porzio; y éste, que estaba aguardándome en el balcon del piso bajo, me llamó y me alargó una carta cerrada. Creí que era la cuenta que con él tenía; pero él me dijo:

— No es la cuenta: es otra cosa; no la abra usted hasta que esté en su casa.

Saludóme, guardé la carta y volví con Agustin á casa de Lira.

La carta decía en italiano: « He leído en los periódicos la muerte de Cagigas; y no creyendo justo hacerle á usted pagar su ropa, que no ha tenido tiempo de usar, suplico á usted que me la devuelva, porque tengo ya su valor restado de su cuenta de usted. »

Yo le contesté al día siguiente: « Cagigas ha sido enterrado con el traje negro que usted le hizo; suplico á usted, pues, que vuelva á convertir en suma la resta. »

Y contestó Porzio: « No puedo raspar ni corregir mi libro mayor, porque si tuviera que presentarlo á un tribunal me deshonoraría. Usted ha pagado el entierro de su amigo, yo pagaré la mortaja; estamos en paz. »

XXVI



No hallando Isidoro Lira modo de sacarme de mi aislamiento ni aliciente que á la sociedad me hiciera volver; viendo, con pesar, que me resistía á recibir más proteccion que la del trabajo, que esquivaba la con que el generoso marqués de la Habana quería mejorar mi posicion, que rechazaba con altivez la idea de una suscripcion como la que para Lamartine se había realizado en años anteriores, y que me pasaba los días trabajando y las noches en la sola compañía de Portilla y de Aynslie, temiendo yo de este último cualquier exceso que le acarreará la fiebre, varió de sistema, y una mañana me presentó al personaje que más influyó en mi bienestar en aquella Isla, y que probablemente nos salvó á Aynslie y á mí de morir en ella.

Era éste un vascongado de sencilla apariencia, de francos modales, y de pocas y sinceras palabras, á quien yo tomé por un honrado vizcaino que, poseyendo un cafetal, y teniéndome en estimacion por haber oido á Lira hablar bien de mí, me ofrecía hospedaje y

retiro en su hacienda por haberme los médicos aconsejado abandonar la ciudad y salir al campo.

— En mi finca — me dijo — tendrá usted un alojamiento de estudiante: un catre de lienzo en un cuarto casi desmantelado, con un ajuar de alquería, muy buen aire, mucha tranquilidad, una libertad absoluta y un buen cocinero. Con esto tendrá usted que contentarse, y para ir á gozar de ello tiene usted el carruaje á la puerta; yo le instalaré á usted hoy en aquel tugurio, y mañana le dejaré á usted en completa posesion de él.

— Vamos, pues — dije — pagado del sencillo exterior de quien tan franca oferta me hacía.

Y partimos en un ligero tálburi, tirado por un buen caballo retinto, que se llamaba *Bonito*.

Corría la tercera semana de Enero del 69, y caminaba yo, embebecido, contemplando la verde y lujuriosa vegetacion de aquella Isla, cubierta de ricas plantas y fragantes flores en aquella estacion, en la cual suele verse nuestra Castilla envuelta en el sudario de una nevada.

Explicábame mi conductor, en breves palabras, los nombres y las cualidades de los propietarios de las fincas por entre las cuales se extendía la carretera; y el aroma de las piñas, el rumor de los platanares y los abanicos de las palmeras y cocoteros perfumaban el aire que Aynslie y yo respirábamos á plenos pulmones, arrullaba nuestros oidos y sombreaban nuestro camino. Aynslie tomó á los veinte minutos una franqueza con nuestro huésped como si hubiera con él pasado la vida, y él le contó alegremente media docena de verdes chascarrillos á cambio de otras tantas coloradas historietas que aquél le contó de su mejicana república. Lo más curioso y lo que más me llamó la atencion, fué que,

siendo vascongado el narrador, todos sus cuentos tendían á hacer resaltar la torpeza ingénuu de los vizcaínos que por vez primera arribaban á aquella Antilla.

Riendo y cantando como colegiales que hacen novillos entramos en el cafetal, cuya plantacion era nueva, y cuya extension y rendimientos tenían apénas importancia por aquel entónces. Una casita de madera y ladrillos de un solo piso, y unas cuantas habitaciones abiertas sobre dos corredores; una pequeña fábrica de almidon de yuca, y á la sombra de unos cuantos miles de plátanos nuevos, otras tantas plantas de café alternadas con piñas y con naranjos; un proyecto de huerta, en cuyos cuadros hacían el sol abrasador por el día, y el abundante rocío por la noche, brotar con asombrosa rapidez unas sabrosísimas legumbres y unas olorosísimas frutas; un palomar y un gallinero de chachalacas, como las llaman en Méjico, pintadas en Europa, y allí gallinas de Guinea, y unos cuantos negros á cargo de un capataz, que los abrigaba con burdas anguarinas y los recogía á las diez para que no se asolearan en aquel país en que su dueño andaba con chaqueta y pantalon de dril, y Aynslie y yo sin más que un pantalon y una blusa. Esto era lo que allí había entre mucho terreno sin desmontar, y en una situacion tan pintoresca como salubre, y sin que en nada de aquello se reveláran ni pretensiones de opulencia, ni futilidades de lujo. Instalónos su propietario en la finca, haciéndonos primero visitar sus dependencias y conocer á sus habitantes, y nos dió posesion de nuestras habitaciones: un gabinete con dos camas, una para mí y otra para el dueño cuando viniera á visitarnos, un despacho con una gran mesa y un inmenso tintero, un cuarto para Agustin Aynslie y un comedor con dos anchas alacenas.

Antes de la primera comida nos dió las llaves de ambas y nos dijo:

— En la una hay vinos, y en la otra conservas; para ustedes se han puesto ahí: la comida del campo es aquí pobre, y es preciso completarla con algo prevenido; con que á trabajar y á comer bien, y á darse buena vida. En la cuadra hay una mula, de que yo me sirvo, y unos caballos, que mandarán ustedes ensillar cuando se les antoje; y cuando quieran ir y volver á la ciudad, el tiburí y el *Bonito* quedan á su disposicion.

Comimos, paseamos, nos atracamos de fresca y saludable agua de coco, que por primera vez bebíamos Agustín y yo, y despues de una ligera cena con ensalada de palmito, nos acostamos mi huésped y yo en nuestro gabinete, y Agustín en un aposento apartado en un rincon de la casa, adonde aconsejé al propietario que le colocára, con extrañeza de éste y sin más explicacion mia. Apagó la luz mi vascongado hospedador, dímonos las buenas noches, y quedámonos en la más profunda oscuridad y en el más completo silencio.

Pero no podía yo conciliar el sueño. Todavía me aco-
saba, al hallarme en el campo, el sobresalto de las noches en las haciendas de Méjico, donde dormíamos con un solo ojo, con vigías en las azoteas y las escopetas á la cabecera de la cama por temor de los pronunciados, que solían aparecerse sin que nadie los evocára: no se pierde en tres semanas una costumbre de tres años. A cada ruido exterior, ladrido de perro, relincho de caballo ó voz de hombre, aguzaba yo el oido y sentíame re-
bullir mi compañero de cuarto, con asombro de mi agitacion.

— ¿Se siente usted mal? — me preguntó por fin.

— No: ¿por qué? — le respondí.

— Como le siento á usted desvelado é inquieto...

— Tardo mucho en dormirme por costumbre — le respondí, recordando que estaba en tierra de España, exenta entónces todavía de los azarosos desastres de las fratricidas luchas civiles.

Mi huésped me aconsejó que me entregára tranquilamente al reposo, porque allí no sucedía nada; y si no es por tener encerrados á sus negros, hubiéramos podido dormir con las puertas abiertas. Concluimos, en fin, por dormirnos; pero á poco más de la media noche me despertó mi huésped diciéndome que escuchára y le explicára, si podía, el extraño rumor que por el cuarto donde dormía Agustin Aynslie resonaba, turbando el sueño de los moradores de la casa.

Escuché yo con atencion, y le dije:

— No es nada; es Agustin que duerme.

— ¡Cómo que duerme! — exclamó asombrado. — Si parece que anda á trompis con seis ingleses.

— Pues así duerme, y por eso le dije á usted que le aposentára léjos de todos.

— Pero ¿cómo demonios duerme para armar toda esa batahola?

— Pues duerme dando gritos y puñetazos en las paredes. ¿Quiere usted verlo?

Encendió luz mi hospedador, cubrímonos y fuimos al cuarto de Aynslie. Ni se despertó, ni se apercebí de nuestra entrada en él; pero dormía en silencio.

— Deje usted la luz en un rincon — dije á mi compañero — y esperemos un poco.

Agustin dormía boca arriba, con un pañuelo atado fuertemente á la cabeza y con los brazos desnudos fuera de las ropas. Al cabo de unos minutos dió un gran puñetazo en la pared, en la cual tenía apoyado su catre,

y empezó á decir á gritos, acompañando sus palabras con puñadas y talonazos en la pared:

— ¡Si digo yo bien que son ustedes unos holgazanes y unos para nada! ¡Si cuando no está aquí mi padre creen ustedes, como él, que no soy yo aquí nadie! Pero, ¡voto á... (y lo echaba redondo) que al que se me rebele le hundo el esternon de un puñetazo! ¡Arriba esa caldera! ¡Abajo esa cadena! ¡Fuera todo el mundo! ¡Brutos, imbéciles!

Y sus gritos y sus puñetazos estremecían la pared, y el capataz estaba escuchando por fuera de la ventana, y los perros se desgañitaban en el corredor, y la negrada se asomaba á sus rejas sin concebir lo que pasaba. Desperté yo á Agustin, quien, contemplándonos azorado, nos preguntó que qué sucedía; y cuando yo le dije que metía un insoportable ruido, volvió á acostarse diciendo:

— Pues no escuchar, ó aguantarse.

Así dormía Agustin Aynslie y así dormía su padre, pero dormían así cuando dormían solos; á Agustin le ponían por compañero de cama á un hermanito de cinco años, y dormía tranquilo, como su padre con su mujer; de cuyo fenómeno no me ocupé nunca porque me acostumbré á él, ni de él pudo darse razon Calvo cuando yo se lo hice ver. Porque mi hospedador, el propietario del cafetal, no era otro que el opulento banquero D. Manuel Calvo; de quien yo, que jamás me he metido en la vida ajena, no supe allí ni la riqueza, ni la importancia, ni la influencia que en la Isla y con sus autoridades ejercía; túvele siempre por un vascongado rico, y agradecíle su hospitalidad en el campo por el mayor número de horas tranquilas que para trabajar me procuró en él; y de verme trabajar doce horas en aquel clima sé yo que

anduvo tan asombrado como satisfecho, y que por ello me tuvo y aún me tiene en estimacion.

Tal era mi aislamiento y lo absorto que mis pensamientos me traían. No pensé allí más que en trabajar para sacar pronto á Portilla y á Aynslie de aquella Isla, en donde temía verles morir como á Cagigas.

XXVII



AYÓ muy en gracia Agustin al capitan general y á Calvo, y no le hubiera ido mal si se hubiera quedado en Cuba; pero tenía cosas tan chistosas para ellos como enojosas para mí.

Los Sres. Bustamante, Romero y Compañía me abrieron un crédito en su caja, y Aynslie corría con mis cobros y pagos en la impresion del solo libro que en la Habana dí á luz; tenía, pues, que ir continuamente á la ciudad, pero le tenía expresamente prohibido quedarse en ella de noche. Sabía yo muy bien que si en la ciudad se quedaba alguna, no dejaría de ir á baile ó broma, en los cuales concluiría infaliblemente por cometer tres ó cuatro excesos, de los cuales me amedrentaban las consecuencias. Teníale yo prevenido que tratára bien y ayudára á los mejicanos que hallára en la Isla; porque habiendo yo recibido tan simpática hospitalidad en Méjico, me creía obligado á probarles en mi tierra mi gratitud; pero quería yo hablar de los mejicanos emigrados por causas políticas ó faltos de fortuna. Un juéves salió

del cafetal con pruebas y encargos para la imprenta, y esperábale para comer al caer la noche. Anocheció, pasaron las ocho, las nueve, las doce; amaneció el viernes, pasó su mañana, llegó la tarde, y mi Agustín no parecía; el sábado, por fin, vino con Calvo en el tílburí. Reconvínele por su tardanza, y me respondió muy satisfecho:

— ¿No me ha dicho usted que debíamos portarnos muy bien con los mejicanos que aquí halláramos?

— Sí.

— Pues he dejado á usted bien, obsequiando á tres que se han embarcado esta mañana. Les invité á comer en nombre de usted, les llevé al teatro y fuimos el viernes á ver todo lo que hallé digno de verse, y nos amaneció cenando.

— Ya. ¿Y usted pagó todos los gastos?

— Por supuesto.

— ¿Y cuánto ha gastado usted en ello?

— Diez onzas y media.

— ¿Y quiénes eran los mejicanos?

Y me nombró á un comerciante rico, á un hacendado y á un general, los cuales tomarían probablemente á fanfarronada mía semejantes obsequios siendo ellos mucho más ricos que yo, y no habiendo tenido conmigo en Méjico más que relaciones pasajeras de sociedad que á nada obligan, ni áun á cultivarlas.

Determinó el capitán general D. José de la Concha hacerme una distinción para probar públicamente la honra que quería dispensar al poeta, y anunció que iría al cafetal á cazar y á pasar tres días en mi compañía. Prevíneme en consecuencia de buenos caballos, armas y todo lo necesario. Salimos á recibir al general, que vino en una volante de tres caballos; extraño pero

lujosísimo vehículo, que se llama *un trio*; tomamos los dos lados del carruaje Agustin y yo, ginetes en dos magníficos caballos, y al apercibir la calzada, cerrada con una barrera, hice una seña á Agustin, quien, con la destreza incomparable del ginete mejicano, tendió su caballo á escape, saltó la valla, descorrió el cerrojo que estaba cerca de la tierra colgándose de la silla, abrió la barrera arrastrando de costado su montura, y quedó sombrero en mano aguardando el paso del general; admiró éste la arriesgada suerte, que asombró á la escolta, y me^e dió á mí esperanza de que Agustin me dejaría bien en aquella expedicion.

Pero ¡ay de mí! llegamos á un cafetal vecino al de Calvo, donde nos tenían preparado entre dos lagunas un tiro de patos salvajes.

Colocámonos á un lado en el terreno que ambas lagunas separaba; el general en el centro; su jefe de Estado Mayor, que era un tirador de primera fuerza, á su derecha; yo á su izquierda, y Agustin á la derecha del jefe de Estado Mayor.

Los patos estaban en la laguna derecha; los ojeadores debían levantar la bandada, que al pasar á la izquierda pasaría sobre nosotros, proporcionándonos un tiro bien aprovechado, aunque se desbandára despues de él. Así fué; levantóse la banda, ojeada por la derecha, y se dirigió compacta á buscar el agua de la izquierda; prevenímonos todos los cazadores á tirar inmediatamente despues del tiro de honor que pertenecía al general, y dejamos venir los patos; pero mi Agustin, que se vió el primero de la derecha, sin curarse de respetos ni categorías hace fuego ántes de tenerlos á tiro, yerra, dispersa la banda y nos deja sin caza, y al general Concha y á Calvo riéndose á carcajadas, al jefe de Estado Mayor

absorto de tan torpe falta, y á mí con intenciones de darle un culatazo en la cabeza.

Tal era mi buen Agustín Aynslie, cuyas torpezas y excentricidades divertían tanto al general Concha y á Calvo, como á mí me hacían temblar ó desesperarme, y tales fueron mis negocios en la isla de Cuba.

XXVIII



Ni la cordial hospitalidad de Calvo en su salubre y pintoresco cafetal, ni la honra y la distraccion que en él me procuró la presencia del marqués de la Habana, ni la cariñosa amistad del malogrado y caballeroso Isidro Lira, ni la proteccion generosa de los Bustamante, Romero y Compañía, ni las esperanzas que ventajosas propuestas de amigos debieron infundirme para el porvenir, lograron disuadirme de mi determinacion de abandonar la isla de Cuba sin visitar sus poblaciones, en las cuales mis lecturas y mis trabajos debían procurarme honra y lucro legalmente adquiridos. Una carta recibida de Francia el día de la partida del marqués y de Calvo de la finca de éste, concluyó de aislarne de la sociedad, dejándome sobre la tierra solo y sin afeccion alguna de corazon, amarrado á un lazo que Dios solo podía romper y cargado con las deudas de mi casa. Nada me ligaba ya por amor á la raza humana, nada me interesaba ya por cariño en el universo, nada me retenía apegado á la vida, y la más completa indiferencia por ella y por

mi reputacion enfrió mi espíritu, entorpeció mi inteligencia y comenzó á nulificar mi personalidad.

Quise, y lo intenté mil veces, continuar y concluir el libro que había empezado á publicar; pero mi cerebro estaba vacío de ideas, y roto el molde en el cual hasta entónces había forjado tantos versos con mis palabras. Gastado, empequeñecido, reducido á mí mismo en estrechísimo círculo social, concluí por cobrar aversion á mis versos y á mi pasado; y deseoso de librarme de los que por mi bien se interesaban, sin cuidarme de mi deber ni de mi fama, volví con Aynslie á la capital, le mandé que preparára los equipajes, me despedí de los marqueses de la Habana y anuncié á los Bustamante y Romero el 13 de Marzo del 69 que en su viaje del 16 partiría con su vapor *Méjico* para aquella República.

Aquellos buenos amigos respetaron mis tristeza, y no se empeñaron en aconsejarme ni en disuadirme, sino en extender su proteccion sobre mí hasta el otro lado del golfo, adonde me llevaban razones que no se metieron á juzgar; y poniendo á mi disposicion su buque, me nombraron su agente en Méjico, me autorizaron á plantear allí la empresa que Cagigas había concebido, me abrieron crédito para cimentarla, y subviniendo á todos mis gastos, y colmándome de atenciones y deferencias, se ofrecieron á acompañarme y á instalarme en su buque el día de la partida.

Calvo, con aquella inalterable serenidad que formaba la base de su carácter, con aquella sobriedad de palabras con que trataba los negocios, y viendo sin duda con su sentido práctico que yo era un loco inútil para los que en el mundo producen algo, me dió á mí un cordial abrazo y un paquete de onzas para nuestro viaje á Agustin Aynslie. Hosco, huraño, sombrío y

absorto en mis negros pensamientos, me preparé á salir de Cuba sin despedirme de nadie, como había venido á nadie sin anunciarme; pero había un personaje de quien no podía partir sin despedirme y pagarle su cuenta: Porzio.

He dicho que Porzio tenía una sastrería; pero á mí se me metió en el magin que Porzio era sastre como el rey D. Sebastian de mi *Traidor, inconfeso y mártir* era pastelero en Madrigal, para no parecer lo que era, ó para esperar volver á ser lo que de ser había dejado al aparecer al frente de su establecimiento. Porzio era el tipo de la elegancia y el alma del buen tono en la Habana: su porte y sus costumbres eran fastuosas; su cuerpo delgado, nervioso y flexible, sus manos de piel cuidadísima, de luengos y afilados dedos y de uñas largas y acanaladas, su aplomo cortés y sus desembarazados modales y movimientos, acusaban al hombre bien nacido y bien educado, á quien algun día podría muy bien venir á sacar de su establecimiento una carroza de cuatro caballos para llevarle á un palacio de su propiedad, en medio del asombro de sus dependientes y de la envidia de los que por superiores suyos se habían hasta allí juzgado. Conocía yo muchos italianos, á quienes la situación política de su país había arrojado de los hoteles y en los teatros extranjeros desde sus solariegos y blasonados castillos. Recuerdo á un Spontoni ó Spontini, quien despues de haber cantado en los teatros de los Estados Unidos y en el de Méjico, rompió un día su escritura, hizo cinco ó seis meses una vida oscura y misteriosa entregado á un trabajo intelectual, y al llegar un nuevo embajador de Italia se presentó con él en la recepcion del Presidente con un soberbio uniforme cargado de condecoraciones; y una idea de esta

pecie era la que yo de Porzio me había forjado, sin más razon acaso que por mi costumbre de poetizar y elevar á fantástico cuanto natural y sencillo por ante mis ojos pasaba. Porzio me dió y cobró su cuenta; preguntóme cuándo partía, anunciómelo sencillamente que me enviaría un recuerdo, que esperaba que yo aceptaría. Ofrecíselo, agradecímelo, despedímonos, y no se quitó del balcon hasta que, al volver yo la esquina de la calle, me envió desde él el último besamanos.

El 16, á las cinco de la tarde, me despedí de Portilla y de su familia en el muelle, los cuales debían embarcarse el 20 para Nueva-York, y Bustamante y Romero me acompañaron á bordo, me instalaron con Aynslie en un camarote de preferencia, dieron orden al capitán de llevar el buque á las mias para desembarcar en Veracruz, en Tampico ó donde más me conviniera, y me presentó á cuatro generales mejicanos que volvían á su patria fiados en volver á entrar en su capital con el presidente Miramon, que bajaba á sitiarse á Juarez en Veracruz, de cuya rendicion no tenían duda.

Hervía la caldera, rugía el vapor en las entrañas del buque, y los marineros recogían el ancla, enrollando sus cadenas en el torniquete. Bustamante y Romero me abrazaron con la cordial efusion de dos hermanos, y se volvieron al bote; cuando atracaba éste al muelle el *Méjico* doblaba el Morro, dejando tras sí un penacho de humo en el viento y un largo rastro de espuma en el mar; y en el de las Antillas nos engolfamos, cercados y deslumbrados por la roja luz de incendio de un sol poniente, que parecía una aurora boreal.

XXIX

 El capitán del Méjico nos sirvió una opípara cena; me colocó á su derecha en la mesa, y á mi lado y á su izquierda á los cuatro generales mejicanos; que eran el ex-presidente Rómulo Diaz de la Vega, el general Wolf, francés de origen, el ministro de la Guerra Severo del Castillo, y el cuarto un hombre de agudo ingenio, vista de lince y prevision jamás adormecida, cuyo nombre flota y se me escapa entre la niebla de mis recuerdos. Conocía yo á Rómulo Vega y á Wolf, y deseaba conocer á Severo del Castillo, uno de los hombres más honrados y de más firme carácter que en aquellos tiempos de revueltas habían siempre hecho un papel digno entre aquella política de odios y venganzas civiles; en las cuales cada cual obra como más conviene á su ambicion y á su interés, con mengua casi siempre de la dignidad y de la honra. Severo del Castillo no tenía mancha de oro ni de sangre en sus manos, ni tacha de tornadizo en su historia, ni roedor de villanía en su conciencia. Desterrado en la

isla de Caballos, había estado muchas semanas entre las garras de la muerte á causa de una enfermedad contraída en aquel mortífero clima; pero ni por debilidad de espíritu ni de cuerpo había pedido perdon, ni abdicado de sus convicciones. Una noche se escapó al fin de aquella verruga de arena, rompiendo el círculo de agua que amenazaba tragársele; emigró, y volvía á su patria sin rencor por lo pasado ni ánsia de venganza para el porvenir. Sus enemigos le hacían justicia, aunque con excesivo rigor le trataron; y la de Severo del Castillo es una de las figuras más nobles, más dignas de respeto y de más luminosos contornos que aparecen en el abigarrado cuadro de la historia de los diez años que yo conozco de aquella tierra tan bien dotada por Dios cuanto mal tratada por los hombres.

Rómulo Diaz de la Vega, sin pretensiones de eminencia ni notabilidad, era un pundonoroso militar que, opuesto siempre á los partidos extremos, había pertenecido al moderado; y elegido presidente de un pronunciamiento contra los excesos del partido exaltado, se había batido por lo que él creía principio religioso y deber de conciencia, habiendo salido de su presidencia y de aquellas revueltas tan sobrado de honra como escaso de dineros: cosa no comun en ningun país en tiempos de guerra civil. Sencillo, alegre, cuidadoso de su persona y admirador de la creacion en las criaturas del bello sexo, tenía algo del difunto rey de Italia Víctor Manuel; en su individuo por su corpulencia y vigor, en su fisonomía por su peinado, bigote y perilla, y en su espíritu por su debilidad por las mujeres. Jesucristo dijo de la Magdalena que mucho la sería perdonado porque había amado mucho, y yo digo del rey D. Alfonso VI en mi leyenda del Cid:

« Suprimo el tercer defecto
de que la historia le acusa,
y es que le gustan las hembras,
lo que para mí no es culpa. »

Rómulo Vega, como militar, como amigo y como compañero, era uno de los más agradables y simpáticos con quienes mi buena suerte me ha hecho tropezar en mi vagabunda existencia.

El general Wolf era un lorenés ó normando del mejor humor del mundo, con todo lo bueno del francés *pur sang*, con todo lo alegre é imprevisor del americano de raza española, y con toda la verbosidad franca del andaluz. Instruido sin pretensiones; bien educado á pesar de la larga vida del campamento; buen latino y asíduo lector, era de chistosísima conversacion, de aristocráticos modales y de amenísima compañía. Dotado de gran memoria, metía su cuarto á espadas, cuando al caso venía, en historia, en geografía, en artes y en ciencias, sin pretension ni petulancia alguna, pero con juicio muy recto y sin dar jamás una pifia; era, en fin, el francés ménos francés fuera de su patria, pero dispuesto siempre á colocarse al pié de su pabellon en cuestion seriamente nacional.

Con estos compañeros cruzaba yo por segunda vez las aguas del Golfo de Méjico con rumbo á Veracruz. El capitán del buque, á quien sus propietarios me habían recomendado como quienes me tenían por una eminencia, me admiraban como una celebridad y me querían como á un hermano mimado, les había dado á entender que en el buque no se haría más que lo que yo dispusiera; y ellos, que habían visto en la Habana las atenciones de que me habían colmado personas como el

capitan general y Calvo, habían comprendido, á pesar de mi voluntaria nulificacion en Méjico, que yo era por algo estimado en mi patria, y áun sospecharon si volvería á la suya con alguna comision de más importancia que los versos, de los cuales no les parecía yo muy pagado. Intimamos, pues, unos con otros, ayudados por un Sillery muy espumoso que nos servía el capitan por orden de sus armadores, y enteráronme de sus planes y sus esperanzas en la bajada de Miramon á Veracruz, que ya creían por él, ó al ménos sitiada en regla y á punto y en la necesidad de rendirse.

Aquí concluyen mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, porque en aquella época concluyó el de mi poesía con el de mi juventud; tenía ya cuarenta y dos años, de los cuales llevaba veinte y dos perdidos inútilmente en llenar de versos cuarenta tomos, inútiles á mi fortuna y al progreso de la humanidad. Podría aplicarse á la coleccion de mis obras el título de aquella comedia de Shakspeare *Mucho ruido para nada*: yo había metido mucho ruido, que de nada había servido á nadie. Réstame sin embargo añadir una media docena de números sobre algunos sucesos de mi tiempo, que completen y den algo más de interés á estas personales memorias mías: diciendo cuatro palabras de la embajada de D. Joaquin Francisco Pacheco á Méjico, de la expedicion de Prim con la intervencion francesa, y del breve imperio de Maximiliano ántes de venir á morir á mi patria; en la cual tengo para mí que es justo que me entierren con decencia, como dice mi desatinado D. Juan Tenorio.

APÉNDICES

I

Arribamos á Veracruz el 22 ó 23 de Marzo. Los generales mejicanos buscaban con el anteojo del capitán y con mi Dollong las tiendas de Miramon ante la ciudad; pero ni sombra de hombre aparecía sobre el estéril y monótono arenal de los médanos veracruzanos; todo era calma y soledad en torno de la primera ciudad fundada por Hernan-Cortés en las playas del Nuevo Mundo. Juarez dominaba todavía en ella, y ó no había aún bajado Miramon, ó había sido rechazado. Rómulo Vega y sus compañeros temían tener que volverse á Cuba si lo segundo había acontecido, y no podían desembarcar para entregarse como conejos desperdigados en manos de los juaristas, ni yo podía por ellos detener el buque indefinidamente ante Veracruz. Era forzoso tomar lenguas y saber á qué atenerse: enviamos, pues, á tierra á Agustin Aynslie con los demas viajeros, como á persona que, insignificante en política y conocida en Méjico, nada tenía por qué temer. Hasta la puesta del sol permaneció en la ciudad, y ya por el

comenzábamos á inquietarnos cuando en el bote de un buque inglés volvió á bordo del *Méjico*: los ingleses, los catalanes, los jesuitas y los masones se reconocen y ayudan en todas partes: Aynslie se había encontrado con su capitán Mac-Intosch, su paisano, y tornaba trayendo en el bote que nos le devolvía una docena de frascos de aquella cerveza superior de Edimburgo, tan espirituosa y tan cara como el Jerez; y la rubicundez de sus mejillas, y lo encandilado de sus ojos probaban que en su estómago fermentaba el líquido de la botella que completaba el número trece de la docena del fraile.

Aynslie bebía, pero no se embriaga; volvía satisfecho de volver bajo el pabellon de Inglaterra y de saber lo que en tierra nos esperaba, que no era en verdad muy satisfactorio.

Juarez sabía que Miramon acampaba ya en La Soledad; que los cuatro generales del *Mejico* volvían para unirse con él; y estaba persuadido de que yo, como había ayudado cuatro meses ántes á escaparse de Veracruz al difunto Cagigas, iba á ayudar ahora á sus enemigos á desembarcar en la costa en algun bote del barco que á mis órdenes venía — por cuyas dos fechorías me enviaba á advertir con Aynslie que si desembarcaba en Veracruz tendría el disgusto de mandarme fusilar como amparador de traidores.

Mis lectores conocen mi inocencia inconsciente en ambos hechos; pero yo me guardé bien de intentar sincerarme con el presidente indio de Veracruz, queriendo sobre todo evitarle el disgusto de tener que cumplirme su palabra.

Quedámonos, pues, todos á bordo del *Méjico* aquella noche, y á las cuatro de la tarde del siguiente día vimos

ginetear por la playa los exploradores de la vanguardia de Miramon, mandados por un oficial superior que inmediatamente cambió señales de correspondencia con los generales que de la Habana volvían.

Al cerrar la noche me dijo Rómulo Vega:

— Dispóngase usted á desembarcar; Miramon va á enviarnos una canoa.

— No puedo — le respondí — sería un acto de adhesión á un partido, y no puedo mezclarme en la política de este país; yo nada significo en él.

— ¿Vuelve usted, pues, á la Habana?

— No: estoy obligado á subir á Méjico.

— ¿Va usted á desembarcar á Tampico?

— Tampoco; me quedaré en uno de los buques de guerra españoles aquí estacionados hasta que pueda tomar tierra por Boca del Rio; y flanqueando por detrás del campamento de Miramon, tomaré á caballo el camino de Orizaba.

— Es una mala idea, mi querido poeta — exclamó el general despues de un momento de reflexion — ó cae usted en manos de los *mañosos* ántes de pasar el *Chiquitruite* si Miramon toma á Veracruz, ó cae usted en las de los jarochos si levanta el sitio; y los jarochos le traerán otra vez ante Juarez, que no olvidará su promesa.

— Yo me las compondré para llegar á Méjico, general.

Insistió y resistí; adhirióse á su opinion Woff, Castillo y su compañero; pero en la oscuridad de las primeras horas nocturnas desembarcaron sin mí, y Aynslie y yo pasamos con nuestros equipajes á bordo de la *Berenguela*, cuyo comandante, D. Juan Topete, os recibió en su fragata, en la cual mantenía la más

rigurosa disciplina, alojándome á mí en su cámara, tan coquetamente amueblada como el tocador de una duquesa, sólo que sus alfileres y sus horquillas eran bayonetas, sables y hachas de abordaje. El *Méjico* levó anclas y zarpó para Tampico á la media noche, y al día siguiente nos preparamos á presenciar el bombardeo de Veracruz. Pero pasó aquel día, y trascurrió el segundo, y amaneció el tercero, y no podíamos explicarnos la inmovilidad del campamento y el silencio de los cañones de Miramon, cuya inmovilidad y silencio veían los juaristas tan asombrados como nosotros, pero recelosos ellos de alguna estratagema que no podían adivinar.

Estableció Miramon su cuartel general en Medellin y sus avanzadas en Casa-Mata: nosotros veíamos con nuestros anteojos aquella parte de su campamento, en la cual vários generales no cesaban de dirigir los suyos sobre el mar, y comprendimos que esperaban por él algo que por él no aparecía. Los juaristas tenían á Veracruz rodeada de fosos, trampas, empalizadas y caballos de Frisa, y tranquilos ó inquietos, estaban en silenciosa expectativa, resueltos á ver venir lo único que venirles debía, los proyectiles de los cañones de Miramon, que no levantaba sus baterías.

Al cuarto día supimos por un pescador que lo que levantaba era su campo, y al caer la tarde vimos efectivamente retirarse de la Casa-Mata sus avanzadas.

Sin comprender nada de la incomprensible conducta del general mejicano, y comprendiendo que el recelo de alguna rara estratagema, de que Miramon era muy capaz, iba á mantener á los absortos juaristas al abrigo de sus murallas hasta estar seguro de las intenciones de su enemigo, me dispuse á tomar tierra por Boca del Rio y á alcanzar la retaguardia de Miramon ántes de

que los veracruzanos volviesen á ocupar á Medellin.

Aynslie tenía ajustada y á vista de la *Berenguela* una barca pescadora; tomamos en un saco de mano los papeles y lo estrictamente necesario, y encomendé al comandante de la *Isabel la Católica*, D. Tomás Llacha, que había conocido á mi padre, los tres baules en que consistía nuestro equipaje. En ellos apareció y con ellos quedó para siempre perdido el envoltorio del regalo del elegante Porzio; contenía tres trajes de verano de tela Nankin y uno completo de montar, tras de cuya casaca de terciopelo morado con botonadura de plata se me fueron un instante los ojos, por más que no haya sido yo nunca extremado en el vestir.

Y sea dicho de paso, y de epitafio sirva de aquel descuartizado equipaje: Llacha se lo dejó á Montojo, capitán de no recuerdo qué bergantin español; Montojo á Marsivault, comandante del *Lucifer*; éste á otro que en aquellas aguas relevó su bergantin, hasta que, perdida la memoria de á quién perteneciesen, se pudrieron los cueros de mis baules en las bodegas, se escaparon por sus boquetes las averiadas prendas, y joyas, ropas, retratos, memorias y manuscritos, quedando sólo los cuatro primeros capítulos de mis *Dos escondidos y una tapada*, que fueron á parar no sé cómo á manos de mi hospedador en la Habana D. Manuel Calvo, de quien hoy les espero para concluirlos y publicarlos, si encuentro editor que me los quiera imprimir.

Dejando todo esto en el mar tras de nosotros, y despues de despedirnos de Llacha, Topete, Montojo y Marsivault, de quienes conservaré siempre el más agradable recuerdo, nos echamos á media noche Agustín y yo en la barca por aquél retenida para ambos; pero con asombro suyo y no poco disgusto mio, la encontramos

ya ocupada por dos silenciosos personajes que habían resuelto por sí y ante sí ser nuestros compañeros de viaje. El tiempo, el lugar y el caso no eran para andar sin saber con quién: interpelé, pues, á los intrusos, y al barquero, y resultó que uno era pariente de Bustamante y propietario en Puebla, y el otro español de categoría, recomendado á la casa de su pariente de la Habana por el arzobispo de Méjico, Labastida. Pasé por el primo de Bustamante, á quien vivo aún hondamente agradecido; pero no me pasaba del gznate el recomendado del inquieto Arzobispo, hácia quien no me arrastró nunca la más mínima simpatía; apeché, sin embargo, con ambos y nos hicimos á la mar.

Aynslie nos dejó en una hacienda cuyo nombre he olvidado, y se metió tierra adentro hasta Medellin, de donde no volvió hasta las cuatro de la tarde.

— Pronto — nos dijo — vámonos de aquí. Traigo un carricoche que no nos cuesta más que seis mil reales hasta La Soledad, cinco leguas al cabo de las cuales, si no damos con los jarochos ó con los juaristas, daremos con Miramon, que se vuelve á Méjico, único modo de que llegemos nosotros.

Cogimos nuestros sacos; nos empaquetamos en el fermentado carricoche, que en una revuelta del camino nos esperaba, y atravesando el chaparral para no entrar en Medellin, llegamos á la orilla izquierda del río de este nombre al tiempo mismo que treinta juaristas al mando de un capitan se metían en su vado por la orilla derecha; iban á tomar posesion en nombre de Juarez de aquella villa mejicana, homónima de la extremeña. Por perdidos nos dimos, y sólo de sus sospechas nos libertamos porque no pudo ocurrirles que no fuéramos amigos y del país, hallándonos en él veinticuatro

horas despues de la retirada de Miramon. A Veracruz creyeron que íbamos, y allá les dejamos creer que nos dirigíamos; pero en cuanto salimos del río por sus opuestas orillas doblamos á la izquierda, y con tanto placer quanto había sido el miedo al verlos, les perdimos y nos perdieron de vista. El carruaje era detestable, lo que llaman allí un guayin, como quien dice, un rompe-cabezas; pero los cinco caballos que lo arrastraban tenían más aliento que estampa. Nos sacaron del arenoso chaparral más pronto de lo que creimos, aunque no tan pronto como deseábamos, y á las dos de la mañana nos metimos, alarmándole, en el campamento de Miramon, donde fuimos reconocidos con sorpresa y recibidos con júbilo por los generales del Méjico.

II

Cuatro palabras más de necesaria explicacion. Miramon había salido de Méjico casi solo; su gente y su artillería la había escalonado y recogido por Puebla, San Martin, Aculcingo, Orizaba y Córdoba; la expedicion había sido aprestada sagaz y secretamente. Una empresa yankée de Nueva-Orleans, con quien había hecho un empréstito y un contrato, debía de fondear en Veracruz frente á Casamata, con dinero, municiones y proyectiles el mismo día que él levantára sus tiendas en aquellos médanos; Miramon cumplió con escrupulosa exactitud, y esperó cuatro días á los yankées, que le faltaron. Sus soldados llevaban municiones para sus fusiles, pero vacíos y mudos sus cañones.

Hé aquí el misterio de su repentina aparicion y des-

aparición de Veracruz. Lo que pudo ser una maniobra estratégica que le honrara á coronarla el éxito, pareció un exceso de loca y temeraria imprevisión por ajena falta, pues sobre él caía la responsabilidad de la torpeza ó mala fe yankée.

Nuestro *guayin* era el peor de los tres carruajes que pertenecían á un mi *homónimo* vecino de Medellín, quien había alquilado los otros dos á los generales mis compañeros de navegación para subir hasta Córdoba, donde podrían procurarse caballos; y aunque Agustín Aynslie se guardó muy bien de decir al Zorrilla de Medellín para quién le pedía su tercer carruaje, no podía escaparse á la perspicacia de aquél quiénes podían ser los que para ir á La Soledad le necesitaban: de aquí el precio, trescientos duros por cinco leguas; dióselos Agustín en onzas; pero como buen escocés taimado, diciendo para sí: «Que me vea yo contigo en La Soledad, que allí te ajustaré la cuenta.»

Y cuando al amanecer y al levantar el campo el conductor quiso volverse á Medellín con su carricoche, díjole Agustín revólver en mano:

—No, amigo; por trescientos duros hay que llevarnos hasta Orizaba, ó se volverá usted sin el carruaje á decir al Zorrilla de Medellín que yo no puedo permitir que deje tirado en mitad del camino á su paisano el Zorrilla del *Don Juan Tenorio*. Cuya forzosa hecha por Agustín ignoré yo hasta que nos hallamos en Orizaba.

III

No sé en qué revista ó periódico militar he hecho ya la narración de esta retirada; de la cual, por no decir

á mis lectores cosa de que ya pueden tener noticia, y porque á nadie parezca que intento dármela de valiente, diré sólo lo que esté en mi conciencia no haber ya dicho.

Subimos hasta Córdoba observados y picados por los ginetes jarochos, que nos mataban algun rezagado ó desperdigado á cada encrucijada ó recodo arbolado donde podían tirar y huir; y por la noche no podíamos encender fuegos en nuestro campo atrincherado con los carros y furgones de los bagajes, porque sus buenos tiradores metían sus balas en nuestras hogueras, á veces á través de los cuerpos cuyas siluetas sobre su llama se dibujaban. En los tan fragosos como poéticos desfiladeros del *Chiquihuite* se dió uno de esos ejemplos maravillosos de empeño y tenacidad que suplen la táctica y la pericia militar, y pasaron por sobre el lecho de los torrentes y barrancos secos, cuyos puentes habían sido destruidos, los carros, las ambulancias y los cañones, en medio de la algazara y la broma entre las cuales apecha con la vida la gente de nuestra raza. Las mulas de los furgones, las acémilas menores de los bagajeros, y hasta los caballos de los soldados, de los oficiales y de los jefes, arrastraron y desembarrancaron, á fuerza de gritos, bullas y carcajadas, las pesadas cureñas de las bocas de fuego, y los vehículos cargados hasta el exceso; todo pasó y se puso á salvo en la cima de aquel inmenso peñascal, cuyo cono profundo y áspero como el centro del volcan cubre la naturaleza de tan lujuriosa vegetacion, de tal profusion de clemátidas y campánulas y de toda suerte de floridas enredaderas y plantas trepadoras, que parece un canastillo de flores preparado por los Titanes, que es lo que significa su nombre de *El Chiquihuite*: el canastillo.

En Orizaba nos esperaban las fuerzas de Robles Pe-

zuela y de Pepe Cobos, de quienes voy á hacer una breve mencion. Del primero se aseguraba que pertenecía á la noble y conocida familia de los Chestes y de los Viluma, y por su valor y caballerosidad hubiera podido honrar á la régia estirpe más generosa. El general mejicano Robles Pezuela, hombre de aristocráticos modales, esmerada educacion, de instruccion é ilustracion nada vulgares y de costumbres fastuosas, era un buen militar, y hubiera sido, á vivir, un hombre de Estado muy útil á su patria en las azarasas circunstancias á que lo arrastraron el desórden posterior de sus gobiernos, y los azares de la extranjera intervencion. Tenía una gallarda cabeza y una simpática fisonomía, varonilmente colocadas sobre un enorme busto, porque era excesivamente grueso, y obligado á andar estrechamente fajado, lo cual no le impedía ser un ágil caballador. En la mesa era un alegre comensal y un diestrísimo trinchador: son las dos cualidades de las gentes de buena compañía; sabía á un tiempo comer bien y hablar mejor, pudiendo decirse de él lo que Don Quijote en casa de los duques de Villa-Hermosa, que donde él se sentaba estaba la cabecera. El capitán general marqués de la Habana y los generales mejicanos que conmigo navegaron en el *Méjico* de los Bustamante le creían ya Presidente de la República, ó abogado necesariamente á serlo por renuncia ó destitucion de Miramon; llevaba yo pliegos para él en este supuesto, y esperábamos de su administration y de su afinidad con los españoles un cambio muy favorable á nuestra convencion y á nuestros asuntos en aquel tan privilegiado como desgobernado país. A él debimos el no ser detenidos indefinidamente en Aculeingo por Ampudia Carvajal y otros guerrilleros en sus tajos atrincherados, de

los cuales les desalojó Robles flaqueando su formidable posición. Mucho de él se esperaba y él no poco se prometía para el porvenir; pero al desembarcar el ejército interventor en las playas de Veracruz, cayó impensadamente en manos de los juaristas, que le fusilaron sobre el terreno. ¡Lamentable ejemplo de los excesos de las guerras civiles, en las cuales muere á veces como un malhechor el más ilustre y cumplido caballero! Lloráronle muchos, y muchos le echaron de ménos más tarde; con él me unieron ligerísimos lazos de amistad, y con él traté sólo en dos ocasiones por las cartas de las cuales para él me había encargado; pero lo profundo de sus miras, lo justo de sus apreciaciones, y la sagaz perspicacia de que en aquellas dos pláticas me dió pruebas, me hicieron sentir su muerte y me hacen hoy recordarle como una de las más nobles figuras que se destacan en el confuso cuadro de mis enmarañados recuerdos.

Pepe Cobos era español, de las montañas de Santander. Él y su hermano Marcelino, habían ido á Cuba á buscar fortuna en el comercio; ¡maldita idea de aquellas provincias de la emigración á América! El comercio honrado necesita mucho tiempo para enriquecer, y la prosperidad rápida de la especulación necesita mucho dinero, actividad incansable y una integridad algo problemática. Los hermanos Cobos querían sin duda avanzar más aprisa que el tiempo; y mal avenidos con la monótona tarea del mostrador y el *carpet* de cuentas, pasáronse de un establecimiento de la Habana al servicio de una hacienda de los alrededores de Puebla. La inquietud del país, trabajado entónces por numerosas partidas de pronunciados, el instinto batallador de su sangre española, y la esperanza de hacer fortuna, echa-

ron al fin al campo á los Cobos, que eran astutos como santanderinos y valientes como montañeses. Adheridos naturalmente al partido de Religion y Fueros, que era el más favorable á los españoles y el de más afinidad con sus creencias católicas, se creyeron en su derecho tomando parte activa en las contiendas de un país, donde aún andaban en tela de juicio, si no ya los intereses de España, que había ya para siempre renunciado al de su dominacion, los de cientos de españoles que nunca se habían convencido de que eran realmente extranjeros en aquella República. Cuando yo hice conocimiento con Pepe Cobos era ya jefe de alta graduacion, y se presentó en la hacienda de los Llanos, donde yo habitaba, reclamando un hermoso caballo cogido por él en accion á un jefe liberal, y cuyo caballo montaba ya una señora, á quien un tercero lo había vendido en quinientos duros. Reclamábalo asimismo su primitivo dueño el jefe liberal, ya amnistiado; pero como en aquella hacienda habíamos ocultado á Cobos del otro, y al otro de Cobos, y no una, sino muchas veces, el gallardo bayadorado quedó libre del servicio de la guerra y en poder de la señora. Por aquel caballo fuimos amigos, y la verdad sea dicha, su deferencia para conmigo llegó á un extremo casi inconcebible en el carácter que el vulgo le atribuía. Otro jefe juarista con Cobos irreconciliable, fué más tarde sorprendido por éste en la hacienda; apenas si aquél y los suyos tuvieron tiempo de salvarse en la montaña á uña de caballo, y con vários suyos quedó su mujer en aquel caserío. La guerra estaba horribilmente envenenada; los odios de partido cegaban á los partidarios en sus venganzas. Cobos ¡Dios le perdone tan mala idea! pensó en apoderarse de aquella mujer, á quien los dueños de la casa habían encerrado

en mi aposento al inesperado arribo de Cobos. Éste me pidió la llave de aquel cuarto, único que le quedaba por registrar; yo sentí en la cara el frío del miedo y de la vergüenza.

— ¡Vamos! — exclamó Cobos, contraído el semblante y los ojos chispeantes de ira.

Él era un hombre fornido, aunque pequeño, y yo he sido siempre débil y nunca hombre de pelea; él podía ahogarme entre sus brazos sin más esfuerzo que el necesario para ahogar á un pollo, y subí con él á mi cámara, que estaba en el piso alto de la casa. Llegados ante la puerta, saqué la llave de mi bolsillo y díjele cerrándole el paso:

— Aquí hay una mujer; ambos somos españoles; yo tendré algún día que escribir lo que aquí pase, y siempre habrá deshonor para alguien en mi relato; para mí sobre todo, ó por no haberme dejado matar, ó por no matar á un español que me deshonrará á mí al deshonrar á una mujer á quien ni uno ni otro conocemos.»

Cobos no levantó los ojos; volvió en silencio la espalda, bajó cejijunto el caracol, y al entrar en el salón donde la familia y sus jefes nos esperaban, dijo:

— No hay nadie aquí: hemos llegado tarde; que toquen botasilla, y vámonos.

Con este español dí yo en Orizaba; y en un retinto carey suyo que de mano llevaba subí hasta Méjico, escoltado por su gente, con quien me dejó en Puebla en no muy agradable situación, de la cual salimos del modo que no sé dónde tengo seguridad de haber contado.

Tostados por el sol y el viento, y embarrados hasta las cejas, llegamos Aynslie y yo á la Gran Thenostitlan de Moctezuma, donde á él no le esperaba su padre

y á mí me aguardaba un coche para llevarme á la quinta que á dos leguas de Méjico poseía y habitada la familia de mi hospedador, ex-propietario de los Llanos de Apam.

IV

Un caso curioso sobre mis propiedades literarias. Había yo dejado en la hacienda chica de aquél un caballo negro de mi propiedad, al cual el excesivo cuidado y la falta de ejercicio habían puesto tan gordo y pesado que tardé tres horas en hacerle andar las quince mil varas que había entre la quinta y la ciudad, y que ántes de mi partida á la Habana trotaba sin fatigarse en cincuenta minutos. Llegué por fin á mi hospedaje de la ciudad, y no bien acababa de establecer mi pobre caballo, y aún no había tenido tiempo de desembarazarme de las espuelas, cuando se me presentó un dependiente de una librería con una cuenta de trescientos y pico de pesos.

Era del librero que me había impreso hacía cuatro años el único libro que había allí dado á luz: un homenaje á Méjico, una especie de álbum en que consigné mis primeras impresiones. Creo haber dicho ya que la impresion de aquel libro, que se publicó por entregas, me la pagaron el conde de la Cortina, Manuel Madrid y el doctor Sanchíz, y de cuyas dos últimas no estaba satisfecho el importe, porque ni se habían pedido cuentas al editor librero de la venta de los tres mil ejemplares tirados, ni yo había pensado jamás pedírselas. Disgustóme, pues, que tal cuenta me presentáran y tan apénas vuelto de mi viaje. Devolví su cuenta al depen-

diente, y díjele que mientras no exigiese yo cuentas de mis libros vendidos no corría tanta prisa: que en cuanto me instalára y presentára los créditos que traía, arreglaría cuentas con la casa, y creí el asunto concluido.

¡Cuál fué mi asombro al recibir dos días despues una cita judicial para celebrar juicio de conciliacion sobre pago de aquella suma, aumentada con una mitad más! Registré mis cuentas de Méjico, que había tenido la precaucion de no llevarme á Cuba; entreguélas á Agustin Aynslie, que tenía poder legal para representarme, y Aynslie formalizó mis cuentas con el librero con sus recibos á la vista. Aynslie estaba muy ducho en tales negocios, gerente como había sido de la fundicion de su padre; y en cuanto á las cuentas de libros, no ofrecen dificultad grande, ni acarrear tampoco largas discusiones. O tantos ejemplares vendidos, ó tantos ejemplares existentes. Allí había un cuaderno de suscripcion con 700 nombres inscritos de la ciudad, á 20 pesetas (que allí son cinco duros) por ejemplar, 2.500 duros; descontados los 500 pedidos por el librero en su presentada cuenta, Agustin demandaba 2.000 duros de los libros vendidos por suscripcion, la cuenta de los enviados á los departamentos y la exhibicion de la existencia en el almacén.

Agustin vino á contarme la escena del juicio, la mala cara que á su demanda habían puesto el librero y el juez, que era su amigo; la sentencia que éste había tenido que dar contra él, y la transaccion que con éste había hecho Aynslie, sabiendo que yo no quería litigios. Dí yo el asunto por zanjado, y me volví tranquilo á la hacienda en mi rechoncho caballo negro.

Cuatro días despues, un domingo de Junio, se presentó repentinamente en mi cuarto el doctor Sanchíz,

quien sólo expresamente llamado venía á la casa en que me hospedaba. Traía el ceño encapotado, y parecía poco á gusto con lo que quería y le costaba trabajo decirme. Excítéle yo á romper su silencio, y me dijo por fin:

— No te creí capaz de la villanía que has cometido, y no he podido ménos de venirte á decir que no cuentas más con mi amistad. ¡Tal infamia por miserable puñado de pesetas!

— Pero ¿qué mil diablos estás diciendo? — exclamé trémulo de sorpresa — ¿de qué villanía y de qué infamia se trata?

— De que fulano se muere (y me nombró al librero).

— ¿Y qué tiene eso que ver con mi infamia y mi villanía?

— Que muere de un ataque bilioso por la afrenta y la estafa que tú le has hecho.

— ¡Yo! ¿Quién lo dice?

— Él á mí y á su confesor.

— ¡Cristo bendito! Puede engañar á los hombres, pero se engaña él si piensa engañar á Dios.

Y conté á Sanchíz lo acaecido, y le remití á los documentos de que Aynslie era depositario.

Y es que en nuestro país el ingenio no se cuenta: hay libreros y hay empresarios que creen que el libro, ya impreso, no pertenece más que á ellos; el trabajo del poeta es la túnica de Cristo: el papel, la tinta, la encuadernación, es lo que constituye la mercancía; la letra no: ¿qué hay allí del poeta? la idea: una cosa abstracta, impalpable, ingrávada, sin tasación mercantil.

Y hay quien cree esto de buena fe, y vive muchos años del producto del ingenio sin remordimiento alguno de conciencia; el editor, el actor y el empresario creen

que dan valor al pensamiento del poeta dándole publicidad... y así hace cuarenta años que vivo yo sobre la tierra ¡poco ménos que estafando á mis editores! porque el aplauso, la gloria, la fama, ¿no constituyen una recompensa? Esa es la del escritor, la del poeta, su nombre es lo que pasa á la posteridad, y... *suum cuique*.

V

Volví yo á Méjico de la Habana con dos objetos: cumplir la última voluntad de Cagigas y la palabra que le había dado en su mortuorio lecho, y plantear el pensamiento de los Bustamante Romero y compañía, que tan beneficioso debía de haber resultado para el comercio de Méjico con Europa; pero no estaba de Dios que yo pusiese felizmente mano en negocio alguno que honradamente me condujese á la fortuna. Los obstáculos que ante el mio se levantaron, fueron insuperables. Sólo el privilegio de su instalacion iba á costarme tan enorme suma que no era posible que aquellos buenos amigos me la pasáran en cuenta sin creerme un desvergonzado estafador: renuncié, pues, la comision y agencia de aquella especulacion, y escribí mi desistimiento á los Bustamante, quienes de él á pesar siguieron enviándome mensualmente, con los doscientos cincuenta pesos que Isidoro Lira me pasaba, algunos encargos y comisiones, y las cantidades que ellos decían que me correspondían, pero que realmente me regalaban. El Dr. Sanchíz se había metido en un negocio extrañísimo á su profesion: el abastecimiento de pescado de mar del mercado de Méjico, en el cual

jamás se había presentado semejante artículo. Extremoso en todo y hombre de maravillosa actividad y de inquebrantable energía, subía y bajaba de Veracruz á Méjico con sus carros, vigilando por sí mismo su administracion; veíale, pues, con escasa frecuencia; y muerto Cagigas, desterrado Portilla en los Estados Unidos y ausente de la capital por sus negocios Manuel Madrid, volví á sumirme en un completo aislamiento, yéndome con mi criado francés en mis dos caballos á la desierta hacienda de los Llanos de Apam en un estado de espíritu del cual ni me dí entónces cuenta, ni despues me he podido dar razon. No era tristeza, aunque de satisfaccion tenía pocos motivos; no era nostalgia, porque nada me impedía volver á mi patria; ni era desesperacion, porque no había ido á América con esperanza alguna; ambicion no había tenido jamás; sed de fama y anhelo de reputacion literaria, me habían acosado sólo miéntras creí que con ellos podía reconquistar el cariño y el aplauso de mi padre; despues de su muerte... hasta hoy ignoro á manos de quién han ido á parar aquellas primeras coronas que en las representaciones del *Cada cual con su razon* y *El zapatero y el rey* me fueron arrojadas en el escenario, y que mi familia tenía artísticamente colocadas en un grande y primorosamente tallado cuadro. Mi vanidad no ha retrasado dos minutos mi sueño ninguna noche; y muerto mi padre sin apreciarlas en lo que valían, como prendas de mis desvelos y afan por justificarme á sus ojos, yo las he desestimado porque él no las estimó, y porque jamás sirvieron á mi madre infeliz de objetos apacibles en que posar sus ojos, como emblemas de la estimacion del pueblo por el hijo que la adoraba y con quien nunca logró vivir. Las que traje de América adornan el santuario de una Madonna

en la iglesia en que me bauticé, y las que hoy cuelgan en las paredes de mi casa están allí por respeto y gratitud á los nombres de las personas y sociedades que me las han ofrecido, y que en sus cintas se leen escritas, y porque allí sustituyen los valiosos adornos que nunca me han permitido procurarme las obligaciones en que he tenido que invertir el precio de mis escritos. Tenía yo, pues, en Méjico, por la época que voy recordando, lo que he tenido siempre despues: el vacío del corazon, ocasionado por la pérdida de lo único que había mantenido mi existencia y alimentado mi poesía; la fe: y extinguida ésta, ¿qué quedaba de mí, que no había nunca tenido más? En mi mesa no había ya tintero, ni á la cabecera de mi cama un libro; el espíritu dormía, la inteligencia funcionaba pero no producía, y el cuerpo vivía pero no gozaba de la vida. A las seis de la mañana me iba á matar conejos para almorzar; á las once ardillas para comer, y á las cinco de la tarde tórtolas para cenar; mi criado francés, que era profesor en la ciencia culinaria, se ocupaba de la cocina, y yo de mi escopeta, y á las nueve nos acostábamos.

Pero el mundo no podía girar en torno mio sin que yo me apercibiera de su movimiento; yo he tenido siempre costumbre, afan, manía, de oscurecerme y de nulificarme; pero no he podido vivir con los ojos cerrados, y la fermentacion del progreso de Méjico, la fiebre del desarrollo de la virilidad de la nacion que se había emancipado desprendiéndose de la dominacion de España, no podía ménos de fijar mi atencion, tanto más cuanto yo había sabido apartar de mí la suya. Duraba aún, no la inquina contra los españoles, sino la monomanía nacional de creerse aún obligados á tener odio á los gadepines, reducida entre la gente de razon

al antagonismo vulgar y sin consecuencias que obliga los franceses á chunguas á los excéntricos hijos de la Albion y á nosotros á los fidalgos de Portugal; y por no estudiarnos ni conocernos bien unos á otros, unos á otros nos atribuimos preñeces y defectos, que tal vez á ninguno son peculiares. De modo que así como los franceses aplican á los ingleses todos sus cuentecillos y anécdotas que implican ridiculez ó torpeza, y nosotros á los portugueses y viceversa, los mejicanos nos los aplicaban á los españoles; vaya un solo ejemplo. Nosotros, que tenemos viñas; no nos utilizamos de las pitas (magueyes ó agaves americanos) más que para hacer cuerdas; pero ellos, cuya renta más pingüe y cuya bebida más popular es el jugo de la pita, el pulque, cuentan que los españoles que van á Méjico se asombran de ver tal plantacion de gigantescas alcachofas. Como se comprende, el odio de Méjico á los españoles es una pura broma, que en 1860 quedaba aún como manía y costumbre tradicional; la actual generacion está ya para perderla, y la venidera la recordará para reirse de ella con sus hermanos, que serán nuestros hijos, porque tal es la ley y el progreso del tiempo; y Méjico entónces progresaba, crecía y se constituía sufriendo la fiebre y los sacudimientos naturales del crecimiento y formacion de su nacionalidad; Méjico tengo yo para mí que está destinado á ser el primero de los pueblos hispano-americanos.

El gobierno de Santana tuvo algo de infantil apoyándose en niñerías; vistió una especie de guardia real con botines altos como la imperial de Napoleon, y no sirvió más que para maniobrar en el despejo de la plaza de toros; titulóse Alteza Serenísima como los Infantes de España; salió siempre desempedrando las

calles precedido de batidores y seguido de lujosa escolta, cosas todas suprimidas ya por los soberanos de Europa, pero que recordaban el fausto y costumbres régias de los vireyes á aquella generacion que aún los había alcanzado á ver.

Pero vino con el gobierno sério y práctico de Comonfort la generacion de los que, si los habían visto, era siendo tan niños que, si de ellos les quedaba la imágen en la memoria, no habían por su pompa sentido jamás ni respeto ni temor; así que, al comenzar á plantear las instituciones y prácticas modernas de gobierno, chocaron necesariamente las costumbres nuevas con las viejas, y la generacion que entraba en la sociedad con la que estaba en ella de largo tiempo instalada.

El 5 de Febrero de 1857 firmaron y juraron Comonfort y los diputados de todos los Estados *la Constitucion política de la República mejicana*; y con ella se establecieron las leyes orgánicas del registro del estado civil y de la guardia de seguridad, la instalacion del sistema métrico decimal, y otras innovaciones exigidas ya por el adelanto é ilustracion sociales.

El señor arzobispo de Méjico, D. Lázaro de la Garza y Ballesteros, el más santo varon que ocupó aquella sede episcopal, que gastó en edificios de enseñanza y beneficencia y en obras de caridad sus cuantiosas rentas, que comía legumbres insaboras y dormía en un catre con un jergon, digno, en fin, del respeto y la veneracion universal, se creyó en conciencia en el deber de protestar contra aquella Constitucion; palabra y cosa que ha costado mucho hacer tragar á la mitad de nuestra raza española, como si una Constitucion fuera más que el Código, por el cual se rige el pueblo que le acepta. El gobierno de Comonfort se permitió hacer

observaciones al santo y escrupuloso Prelado, y éste entró con él en una discusion teológica. El gobierno eclesiástico de Puebla publicó una circular prohibiendo que los fieles de aquella diócesis juráran tal Constitucion, no debiendo recibir la absolucion los que la jurasen sino precediendo á su confesion la retractacion del juramento hecho ante la autoridad civil.

El obispo de Michoacaz y otros Prelados y gobernadores eclesiásticos, hacen idénticas protestas y declaraciones; y llegado en esto la Semana Santa, el Cabildo niega al Gobierno la entrada en la catedral y la ceremonia de la entrega á éste de la llave del sagrario, con cuyo motivo el Gobierno reduce á prision á vários canónigos y da órden al venerable Arzobispo de considerarse preso en su habitacion del palacio episcopal.

Yo estaba en el atrio de la catedral, y la plaza llena de gente; pero no estalló revolucion ni desórden notable; unos murmuraron indignados, otros se retiraron escandalizados, y la mayor parte se quedaron indiferentes espectadores, mirando á las cerradas puertas del templo, donde se encastilló el Cabildo, y las del palacio presidencial, adonde se retiró el Gobierno.

Y éste que sí y el clero que no, y el ministro de Justicia, Negocios eclesiásticos é Instruccion pública expidió la ley de desamortizacion de los bienes del clero del Estado de Puebla, que fué el primero que excomulgó á los que juráran la Constitucion, comprendiendo luégo los de Méjico, Tlascalá, Veracruz, Guerrero y Bajaca; y el coronel Castejon se pronunció contra el Gobierno en Igualada, donde se proclamó antipresidente de la República á mi amigo el general Rómulo de la Vega, y se fueron sacando la cabeza y sus partidas al campo Cobos y Osollos y Mejía por religion y fueros, y Vidaurri

y Santos Degollado y otros por el Gobierno, y la guerra civil se encendió y se encarnizó, y el Gobierno pagó sus tropas con los dineros de la Iglesia, y desterró á los Obispos; pero no pudo la guerra tomar el carácter de religiosa, porque con tales contiendas las autoridades se desprestigian con los pueblos, y los intereses materiales, y las ambiciones mundanas, y los partidos políticos son los que luchan; pero el espíritu religioso, la fe creyente se entibia, y se escandaliza ó se amilana.

En medio de aquel desórden, miéntras unas veces batían las tropas de Comonfort á los pronunciados, y otras éstos á aquéllas, ya no era posible cazar ardillas en las haciendas expuestas á los asaltos de unos y otros; y volviéndome á la capital, ví la instalacion del telégrafo, y la construccion del gasómetro, y el franqueo prévio de la correspondencia con los sellos de correo, y otras mejoras que el progreso de la época imponía por gracia ó por fuerza á aquella tierra y á aquella generacion que progresaba y crecía, alumbrando la instalacion de sus adelantos con el relámpago del fogonazo de los cañones y el rojo resplandor del incendio de sus haciendas.

VI

Aquí hay un cáos en mis recuerdos, en el cual voy á meter por unos instantes una antorcha de blanca y perfumada luz.

He dicho que me hospedaba en una hacienda cerca de la capital. Estaba ésta inmediata al pueblecito alegre de San Angel, y había sido un caseron destartelado,

construido, sin duda, por algun vascongado rico del siglo XVIII, quien la bautizó con el nombre eúskaro de Goicoechea: casa de arriba. El viejo padre de la esposa de mi hospedador, que la adquirió por compra, se la dejó al morir á su hija, y su marido trasformó el case-ron en una quinta risueña, convirtiendo en rasgado y regular ventanaje sus estrechos y desiguales ventanillos, en salones ámplios y cómodos, ventiladas y bien alumbradas cámaras, sus irregulares y lóbregos aposen-tillos; dió á todos los cuartos salida y luz á los corre- dores de un patio cuadrilongo, que sombreaban una docena de siempre verdes naranjos, y cuya atmósfera refrescaba una fuente de mármol florentino, en cuyo pi- lon nadaba un centenar de peces de colores. La vigne- ría de cedro con la cual se habían nuevamente techado los corredores perfumaba aquel patio, especialmente en los días lluviosos, en que la humedad se impregna- ba en el cedríneo maderaje; y por un corredor suntuoso añadido á la fábrica, construido sobre el jardin, abier- tas en sus tres aislados muros diez ventanas y tres puer- tas de medio punto curiosamente ensambladas y envi- drieradas, se salía á un jardin caprichoso, al cual rodea- ba una huerta de 17.000 piés de árboles frutales, cerrada por una tapia de 5.000 metros de circunferencia. La parte baja de aquella quinta, habitada por la familia, artesonada, amueblada y alfombrada al gusto moderno, era la morada del rico que goza en ese campo del *con- fort* y comodidades de la capital; pero había en la parte alta una série de habitaciones deshabitadas, que rema- taban por el Sur en la casa del administrador, y por el Norte en una especie de torrecilla, cámara cuadrada con un balcon sobre el jardin, precedida de una antesala, en uno de cuyos ángulos encajaba en sólido marco de

piedra la maciza puerta de una inmensa terraza ó azotea que cubría los corredores y la vivienda baja, y cuya azotea guardaban media docena de alanos de tan insociable trato como descuidada educacion; no conocían más que al que les daba de comer.

En aquella cámara solitaria me dijeron que solía retirarse á estudiar el padre de mi hospedadora, literato de quien Méjico conserva con respeto, y muy justamente, venerable memoria; y allí me instalé yo, sin permitir que el lujo y la restauracion del piso bajo llegasen hasta aquel aposento, dejándole con sus paredes blancas, sus viejas vigas, su puerta carcomida y su antiguo mueblaje; componían éste una mesa grandísima y un doble armario de la forma de los modernos *entredoses*, sobre cuyos armarios y mesa tenía yo los 74 tomos de Walter-Scott, una Biblia latina, un Koran árabe, unos tratados de antigua alquimia y demonología, un diccionario de Dominguez, dos escopetas y un revólver de bolsillo. Agustin Aynslie me había regalado y abierto en un rincon una espita de grifo, que vertía el agua que tomaba de un inmediato depósito en una inmensa jofaina horadada, cuya vertiente de plomo desahogaba en las azoteas, único mueble de cierto lujo que pretenciosamente ostentaba mi modesto alojamiento en su estrambótico ajuar.

Pero tenía en él un balcon al Poniente, que se abría sobre el jardin, y que era un balcon del Paraíso. Bajo él crecían los espinosos cactus, que producen los fragantes *huele-de-noche*, y encuadraban y festonaban su marco

como verdes cortinas y lambrenquines,
campánulas, bignonias, yedra y jazmines,
madreselva, clemátidas y pasionarias,

yedras apretadoras, plantas rastreras,
todas las cien especie de parietarias,
musgosas, trepadoras y enredaderas.

Bajo él, entre magnolias, en cien planteles
regados por mil caños, dábanse espesos
anémonas, junquillos, lises, cantuesos,
geranios, amarantos, plúbagos, luisas,
alelíos, acantos y minutisas;
bulbosas espigelias, nardos galanes,
renúnculos, camelias y tulipanes.

Por cima de este eden, y á través del áura embalsamada que sobre él perpétuamente se mecía, como el velo sutil y perfumado de la favorita de un sultan, alcanzaba yo á ver el agua inquieta de un arroyo saltador, en la cual lavaban las indias de Hacopagne, y el arranque del monte de las Cruces, en cuya espesura solía haber guarecidos bandoleros ó pronunciados. El sol poniente venía todas las tardes á teñir de púrpura la enguirnaldada vidriera de aquel balcon, y sus últimos rayos deslumbraban á la numerosa familia de arañas y alacranes que, invisibles, anidaban en la carcomida vigería y en los agrietados marcos del balcon y de la puerta. Pero contra estos insectos de incómoda vecindad, tenía yo allí unos amigos que me fueron siempre leales de generacion en generacion: una familia de *salta-pared*, pájaros pardos de largo pico, de cola quebrada y golilla roja, de la especie de los barrenadores, que buscan su alimento en los huecos abiertos por los gusanos en las cortezas de los árboles y en los escondites de los insectos que se guarecen en las agrietadas paredes. Por ellas trepan estos pardos pajarillos de piedra en piedra y de ladrillo en ladrillo, como si caminasen

y no voláran, y desde mi instalacion en aquel lugar habían acudido á mi balcon y entraban familiarmente en mi cuarto en cuanto yo se le abría. Los abuelos habían encontrado en sus baldosas los granos perdidos de cebada del pienso de mis caballos; los hijos los habían buscado enseñados por sus padres, y la tecera generacion había aprendido á volar viniendo á buscarlos entre mis libros y por encima de mis perchas, miéntras yo trabajaba acodado en mi mesa sobre mis papeles. Nadie más que los desterrados y los poetas sabemos procurarnos y agradecer estas amistades. Con estos pájaros me pasaba las largas horas y semanas enteras sin comunicarme con los moradores de la casa más que á las horas de comer. Los días de fiesta estaba la quinta llena de visitas: las muchachas más avispadas y las más conocidas señoras de la ciudad corrían y curioseaban por aquel jardin, al cual rara vez descendía yo, y veían y saludaban en aquel balcon al poeta huraño que esquivaba su sociedad, mirándole, como las figuras móviles de una linterna mágica, pasar entre el ruido de las risas y la música por bajo de aquel enflorado balcon.

Acodado á él me ocurrió hacer un cuento de pájaros y una lectura de flores, y para ello hice centenares de estrofas y miles de apuntaciones, que al cabo para nada me sirvieron por excesivamente extravagantes, incomprendibles ó de exagerado y pésimo gusto. El doctor Sanchíz, que me envidiaba la propiedad de aquel balcon, que venía de cuándo en cuándo á asomarse conmigo á él, y que en él me pedía que le recogiera ejemplares de las plantas y flores medicinales y ponzoñosas que al rededor y dentro de sus tapias se criaban, me inspiró la idea de una fantasía de *La Mandrágora*, de cuya planta brotaban algunos piés entre las belladonas, los beleños

y otras solináceas al pié de las tapias, guarida de pintados lagartos y doradas culebras, con las cuales llega uno á familiarizarse en aquellos climas, que tantas variedades de reptiles producen.

Y encontré muchos años despues una de las apuntes que para una lectura de flores sobre la mandrágora tenía escrita, y de sus versos recuerdo estos de su introduccion:

¡Abrete, sésamo! ¡Brot
de su centro átomo puro
de luz vivífica, gota
pura de esencia vital,
geniecillo microscópico
de mi poesía gérmen;
sal, despierta á mi conjuro
á tus hermanos que duermen
dentro de mis flores... sal!

Héle allí: va con su mano
de Silfo dejando abiertas
ante nosotros las puertas
de mi encantado vergel.
¡Ya lo están! el aire sano
aspirad de su comarca;
cuanto vuestra mente abarca
oyéndome, es tierra de él.

Entrad... mas pisad con cuanta
precaucion posible os sea,
porque á su umbral verdeguea
planta encantada y setal.
Miradla: allí se levanta
fatídica, allí campea
una mata de *Circéa*:
ésa es la planta infernal
que su poder da á los magos;

ved, ni aun viles jaramagos
nutre su sombra fatal.

Esa planta es *la mandrágora*;
esa planta ácre, ágría y fea,
tiene una historia fantástica:
brotó en Egipto: en Judea
la cultivaba en un páramo
la Pitonisa de Endor;
en Grecia, de su archipiélago
en un islote, Medea
la halló arraigada en el túmulo
de un cainita encantador;
por la sibila Cuméa
fué empleada, y hoy la emplea
el gitano ensalmador
en sus conjuros fatídicos,
resto de los ritos druídicos,
con que da al vulgo pavor,

Esa planta es *la mandrágora*;
para arrancarla es preciso,
cogiéndole de improviso,
amarrar á ella un lebrel;
y sin cesar, hostigándole
hasta que la desarraiga,
obligarle á que la traiga
hasta espirar en pos de él.

.....

¿No sabíais esa historia
de la *mandrágora*? Es bella
como verídica; de ella
hacen antigua mencion
cuantos relatos fantásticos
han hecho los demonólogos,
los alquimistas y místicos
en apéndices y prólogos

y comentarios casuísticos,
al dar clara explicacion
de los libros parafrásticos,
de los sueños cabalísticos,
de la ciencia sibilínica,
de la cábala rabínica...
leedlos con atencion,
y vereis que es *la mandrágora*
un talisman potentísimo
para hacer de los poéticos
delirios evocacion.

Yo poseo una.

Yo con ella, abstraído yo del mundo y olvidado de Méjico, que sólo de mí sabía que á su territorio habría vuelto, imaginaba yo hacer una lectura estupenda, creada y escrita entre las flores de aquel jardin, miéntras en torno de él se cuajaba la tormenta que había de traer á aquel país de flores, música, poesía y luz, primero la embajada de Pacheco, que fué una verdadera embajada, despues la intervencion francesa, que fué una imperdonable locura, y por fin el Imperio, que fué una sangrienta catástrofe.

Y ántes de todo lo cual, tan desacertado y triste, cúpome allí tomar parte en una alegre, benéfica y consoladora escena.

VII

Había caído Comonfort, y habían sido presidentes Zuloaga y no sé quién más, y había llegado á presidente Miramon, y habían salido en su lugar al campo los liberales, y no les había podido aquél desalojar de

Veracruz; y comenzaba ya á preverse una intervencion europea, y Méjico se sentía, en suma, como si el apagado volcan del Popocatepti hirviese bajo su capital, cuando la graciosa presidenta y las señoras más ricas dispusieron para el 18 de Julio una funcion lírica, desempeñada en el Teatro Nacional por notabilidades mejicanas, artistas jamás dedicados al arte teatral, á beneficio de los pobres.

Por una de esas contradicciones de nuestro modo de ser en esta nuestra progresiva centuria, aquellas bellezas republicanas y aquellos republicanos artistas se desdénaron de ser ensayados por ningun actor cómico; y la Comision de señoras, en un billete noble y heráldicamente timbrado, me impusieron la obligacion de dirigir y ensayar *El Trovador* de Verdi, y de pedir, en una composicion *ad hoc*, el óbolo *de oro* que el público debía depositar en las bandejas de plata. ¡Noche deliciosa! Un recuerdo de luz, flores, armonía, lujo mundano y caridad espléndida, en medio de los tristes y oscuros de mis pesares; una de las mil una noches, de cuyo fantástico relato quedan en mi memoria, y en las efemérides de aquel año, las imágenes y los nombres de la preciosa niña Gonzalez Bossero; que, azucena apenas abierta al soplo de las auras de su décimosexto Abril, hizo una Azucena que trascendía aromas de juventud á través del oscuro afeitte y los harapos de la gitana, robadora del Trovador; y la de la señorita Peralta, que recorrió despues los teatros de España, Italia y Viena, derramando placer en los corazones y recogiendo flores con que tejerse en su patria una corona inmarcesible.

Yo pedí y saqué aquella noche para los pobres más doblones que letras tenían los doscientos endecasílabos

de mi plegaria; es tal vez la única que en mi vida me han parecido buenos mis versos y que dormí satisfecho de haberlos escrito.

Y me volví á mi torrecilla, con mis pájaros, con mis flores y con mi nunca confeccionada lectura de *La Mandrágora*; pero miétras yo apacentaba mis ojos en el tapiz perfumado de aquel jardín tendido bajo mi balcón, y en aquel giron de cielo limpio y sin un vapor por el día, y tachonado de radiantes topacios por la noche, la tempestad se cuajaba sobre la inmediata capital, y cien huracanes políticos, en forma de numerosas bandas de sublevados, se la acercaban rodeándola y apretándose por doquiera y por doquiera surgiendo y multiplicándose. En un sermón que predicó el ilustrísimo Sr. Madrid, en el Cármen, predijo que aquéllos eran los últimos cultos que allí recibía la Madre del Redentor bajo aquella advocacion. El obispo Madrid era un santo hombre, á quien el pueblo veneraba como á tal, y aquel inesperado vaticinio produjo entre los creyentes imprevisto asombro y recelosa inquietud. El ministro Llave de Veracruz tuvo que expedir un decreto poniendo fuera de la ley á las partidas pequeñas y piquetes sueltos que, con pretexto y nombre de constitucionales, saqueaban los pueblos y asaltaban las haciendas; en la de San Gregorio fué asesinado Zuazúa; y su compañero el general Vidaurre, que se salvó milagrosamente, tomó de la muerte de su amigo rápidas y sangrientas represalias. Arias, el comandante español de la fragata *Berenguela*, reclamó al Gobierno de Veracruz sobre la captura de la barca *Concepcion*, por cuyas reclamaciones comenzó á fermentar en el partido constitucional la antigua inquina contra los gachupines (españoles). Fúgase el presidente Zuloaga, y apodérase

Miramón del poder; pero es derrotado en Silao por González Ortega, y vuelve á Méjico disfrazado en la diligencia. La Junta de representantes confirma su reelección á la presidencia, y nombra un nuevo Ministro; los periódicos religioneros suben el tono, y con pretexto de nombramiento de nuevo tesorero de la catedral se celebró una gran función religiosa, última por entonces que celebrar permitieron los acontecimientos desastrosos que la exageración de ambos partidos precipitaba. El Gobierno de Oajaca y los de otros Estados destituyeron de la cura de almas á los eclesiásticos que no juraron la Constitución, y el general González Ortega dirigió una circular á los ministros extranjeros residentes en Méjico anunciando que tenía orden del Gobierno constitucional de tomar la capital, y que no respondía de los daños que á sus nacionales ocasionara la guerra. El general Márquez, que estaba preso, pidió salir á batir á los constitucionales: pusieronle en libertad y prometiéronle gente, por ser uno de los militares de carrera y de estudios del país. El obispo Munguía predicó en la Colegiata un sermón que no satisfizo á nadie, porque en él pretendió probar la protección divina prometida á la Iglesia *independiente de todo poder humano*, mientras se acogían á centenares á la capital los eclesiásticos desposeídos, y las familias ahuyentadas de Tulancingo, Cuernavaca y otros puntos por las guerrillas y cuerpos de ejército constitucional.

En medio de este tumultuoso desorden, surgió la noticia del arribo del embajador de España D. Joaquín Francisco Pacheco al puerto de Veracruz. Una palabra produce á veces un cambio, un trastorno ó una revolución: los pueblos se pagan mucho de las palabras; la de

embajador hizo un maravilloso efecto en aquél. Hasta entónces no habían enviado á Méjico más que *ministros plenipotenciarios*, encargados de negocios ó cónsules generales las naciones de Europa; pero aquél era un embajador, y España había ganado pocos años ántes con la gloriosa guerra de África el derecho á ser tenida por una gran nacion; y los recuerdos viejos, la fastuosa dominacion de sus vireyes y la fama del jurisconsulto y del literato, hicieron de D. Joaquin Francisco Pacheco un personaje de *Las mil y una noches*. Los periódicos religioneros llenaron sus columnas de biografías y encomios del embajador, y los libreros no perdieron esta ocasion de embadurnar las esquinas con carteles anunciadores de las obras del famoso jurisconsulto, y hasta los criados de mi huésped y los de sus amigos, sabiendo que yo tenía la dicha de conocerle, me decían en su mimoso, expresivo y familiar lenguaje: «¡Ay, niño; á ver si este señor nos arregla por fin!» El 22 de Agosto, á las cinco de la tarde, llegó Pacheco á las puertas de la capital: cuatro mil carruajes le formaron valla: el Gobierno salió á recibirle á más de una legua fuera de la ciudad, y los ministros entraron con él en su carretela, cuyo paso seguía la multitud vitoreándole. Nadie llegó con más autoridad á tierra extranjera: los españoles del comercio le habían preparado un suntuoso banquete en la casa-palacio donde le alojó el Gobierno, y á él habían sido convidados los ministros, los banqueros, el cuerpo diplomático y cuantos españoles notables en la capital se encontraban. Yo había conseguido eliminarme y nulificarme de tal manera, que ni tenía puesto en la mesa, ni nadie se acordó de mí. Pero habiendo yo salido al camino, como todo Méjico, á ver la entrada del embajador, y habiendo llamado

naturalmente la atención de éste el carruaje ligero en que mis canelos, guarnecidos á la europea, nos arrastraban al doctor Sanchíz y á mí, reconocíome y saludóme con la cordial alegría de un padre que vuelve á dar en país lejano y tras largo tiempo con un hijo pródigo á quien creía ya para siempre perdido. No me era posible esquivarme de la inmediata visita, é hícele pasar mi tarjeta al salon en que esperaban con él los invitados la órden de pasar al comedor. Pacheco fué uno de mis tres primeros amparadores; él, Donoso Cortés y Nicomedes Pastor Diaz, pelearon por mí y perdieron la votacion contra D. José Joaquin de Mora, con quien optaba yo al sillón que en la Academia española dejaba vacía la prematura muerte del insigne catalan D. Jáime Balmes: él fué quien hizo que, sin hacer yo nueva solicitud, fuese aceptado al juéves siguiente por aclamacion como académico, sucesor en esta docta corporacion en lugar del famoso crítico D. Alberto Lista: él creó un consulado para un individuo de mi familia: él me había aconsejado y corregido cuando yo le consultaba mis excéntricas elucubraciones; él, en fin, había tenido conmigo las atenciones cariñosas del más benévolo superior. Cuando me presenté en su salon con el Dr. Sanchíz, me abrazó y me besó, y me presentó á todos con expresiones que no olvidaré jamás, pero que nunca repetiré; y al anunciar los hujieres que la sopa estaba servida, los anfitriones se apresuraron á sacrificar á dos de sus convidados para colocarnos en su puesto á mi compañero el doctor y á mí; pero no pude aceptar semejante honor, alegando mi traje de campo y la necesidad de no volver á deshora á la próxima hacienda, en la cual moraba.

— Déjenle ustedes ir sin comer — dijo Pacheco — ése es de casa, y volverá mañana á la hora de almorzar.

Pocas escenas de las en que he tomado parte en mi larga vida me han causado más asombro que la de mi visita á Pacheco al día siguiente. Preguntóme y respondíle mil veces y sobre mil cosas: púsele al corriente de la precaria posición del Gobierno, rodeado de enemigos, falta de recursos y del apoyo de la opinión: díjele cómo el pueblo había tomado su representación, colocando su personalidad sobre la del Presidente mismo de su República y al nivel del recuerdo de los vireyes españoles: díjele que sentía que no hubiera tratado diplomáticamente con Juárez y su Gobierno al pasar por Veracruz, puesto que era huésped de una casa en la que habitaban á un tiempo dos dueños: que debía aceptar la guardia de honor que, igualándole con el Presidente, le habían puesto en su casa, y el carruaje de gala que el Gobierno había puesto á su disposición: que allí nadie andaba á pié, y que la autoridad tenía que estar aún rodeada de todo el prestigio exterior que la hace respetable para el público, que no desune la autoridad de la persona del que la ejerce. Díjele, en fin, cuanto creí que en conciencia debía decirle, y echóse á reír y no quiso creerme: y ví con miedo que no conocía la tierra que pisaba: y, en fin, aquel mismo día, despidiendo la guardia y la carroza, echóse á pié y solo por las calles á examinar los escaparates de las tiendas y á mirar á las mujeres; y diciendo que la vida particular no tiene nada que ver con la etiqueta oficial, se fué á visitar á las señoras y á preparar con ellas veladas y conciertos, y al cuarto día de su entrada en triunfo en la capital se vendía en las pulquerías y establecimientos de bebidas una compuesta de pulque, mezcal, huevo y azúcar, que los léperos pedían diciendo al vendedor: «Compadre, déme cuatro cuartos de embajada de España.»

Ningun pueblo de tan intencionado ingenio como el mejicano para dar en tierra con una palabra con la institucion más séria ó con la mejor aquilatada reputacion.

Esto pasaba por el 26 al 30 de Agosto, y entre este mes y el de Diciembre todas las pastorales de los Prelados, todos los ampulosos artículos de sus periódicos y todas las promesas por ellos aseguradas sobre auxilios celestes y terrenales, no pudieron impedir que todos los generales de Miramon fueran derrotados uno tras otro; y el 12 de Diciembre, en San Miguel de Calpulálpam, dejó el mismo en poder de su por segunda vez vencedor Gonzalez Ortega todos sus trenes, su artillería y cuatro mil prisioneros, entrando á la madrugada fugitivo y solo en Méjico, habiéndose dispersado, como las esperanzas de su partido, los diez mil hombres que con él salieron y que no tornaron con él.

La consternacion fué general: el desconcierto en la presidencia irremediable: el ejército constitucional avanzó sobre la hermosa y desventurada Thenostitlan de Moctezuma: Miramon y los jefes reaccionarios se fugaron, y Pacheco, y el ministro de Francia, y los generales Berriozábal y Ayestarán salieron al paso á tratar con el vencedor, que llegaba al frente de veinte mil hombres y noventa piezas de artillería, la mitad de ellas cogidas á los vencidos.

Y aquí empezó la dominacion constitucional de Juarez, con quien nada trató Pacheco al pasar por Veracruz.

VIII

La intervencion de los embajadores tuvo mal éxito con Gonzalez Ortega; el general Berriozabal y los extranjeros que se armaron velaron toda la noche, y al amanecer del 25 comenzaron á entrar en la capital las avanzadas de los constitucionales, las blusas rojas de Aureliano Rivera. Ortega, general en jefe, Zaragoza, cuartel-maestre, y Santos Degollado, se apresuraron á entrar tras ellos para evitar desastres; pero por pronto que este último acudió á la imprenta y redaccion del *Diario de Avisos*, periódico reaccionario que contra él se había ensañado, nó pudo evitar el asesinato de su propietario, Vicente Segura Argüelles, jóven aún y muy conocido en los círculos literarios mejicanos. El general constitucionalista impidió que se ultrajára su cadáver, y el sentimiento que por tan desventurado suceso manifestó le atrajo la simpatía universal.

Los generales hicieron repicar las campanas hasta la puesta del sol, como se había hecho á la vuelta de Miramon, y dispersaron á cintarazos algunos grupos que increpaban á las monjas, cuyos esquilones permanecían mudos. Dieron un bando que condenaba á ser pasados por las armas, sin más procedimiento judicial, á los que robáran el más mínimo objeto de pertenencia ajena, y fueron fusilados tres en la plaza de Santo Domingo, siete en la de San Pablo, y dos amanecieron el 6 colgados en los faroles de la Plaza, con un cartel al pecho que decía: « Por ladrones. » Se publicaron entre salvas de artillería las leyes llamadas de la reforma, expedidas

por el Gobierno juarista de Veracruz, la tolerancia de cultos, exclaustracion de regulares, *refundicion* de las monjas, nacionalizacion de los bienes eclesiásticos y celebracion del matrimonio civil.

El Arzobispo publicó una circular declarando á éste concubinato; y miéntras el santo Prelado protestaba, fueron llegando los ministros de Juarez, Melchor, Ocampo é Ignacio Lallave, y el 31 oyeron solemnemente misa las tropas, con la formacion y músicas prescritas por la Ordenanza. El 1.º de Enero del 61 hizo su triunfal entrada el ejército federal por medio de las calles, colgadas y enfloradas, é interrumpidas con arcos de triunfo. Más de seis horas duró el paso por ellas de la comitiva más numerosa que tras sí había llevado en Méjico la bandera tricolor, y trascurrió aquella noche entre iluminaciones, bailes y serenatas.

El nuevo Gobierno, haciendo oidos de mercader á protestas y reclamaciones, estableció la absoluta independencia de la Iglesia y del Estado, prohibió todo culto exterior, el derecho de asilo de los templos, la asistencia oficial de los empleados civiles á los actos religiosos, la salida del Viático con campanilla y luces, el juramento, etc., etc., etc., y destituyó, en fin, á todos los empleados del Gobierno anterior, de los cuales decía desdeñosamente *El Siglo XIX*, periódico dirigido por Zarco, despues ministro de Juarez: « Apénas ha habido quien oiga los clamores del hambre de esas pobres gentes que nada valen, pero que han contribuido á nuestros males tan pasivamente como los tinteros y las plumas de las oficinas. »

El que esto escribe se paseaba por Méjico, y á veces con el embajador D. Joaquin Pacheco, que veía con asombro realizarse tan tranquilamente en un país

católico tan radical revolucion; y yendo y viniendo de la quinta de Goicoechea á la ciudad, y de ésta á aquélla, sin que nadie le frunció el entrecejo ni por español ni por poeta religioso y católico; y yendo y viniendo nuestro embajador á visitar señoras desde San Cosme á la ciudad, y desde la ciudad á San Cosme, se nos vino encima desde Veracruz el mismísimo presidente Juárez, que llegó á Guadalupe el 10, y despues de ser allí recibido por el Ilmo. Sr. Pardío, su particular amigo, hizo su entrada oficial el 11, organizó definitivamente su Ministerio, y aquí fué Troya. El 12 desterró de la república, en el término de ocho días, al embajador de España, á los ministros plenipotenciarios de Guatemala y del Ecuador, y al Nuncio apostólico, Mons. Luigi Clementi, quien andaba, segun el vulgo, muy bien hallado en aquel país católico, apostólico y romano, derramando á manos llenas gracias, indulgencias y privilegios á cambio de derechos establecidos y de ofrendas piadosas de devotos creyentes y de opulentas devotas. *Vox populi...* que puede errar á pesar de la mitad no escrita de este proverbio latino.

Quedóse absorto mi buen maestro y protector, el famoso jurisconsulto D. Joaquin Francisco Pacheco, al recibir la órden de Juárez á su nombre de bautismo, sin tratamiento alguno de embajador, de cuyo alto carácter había venido investido; pero ésta era la consecuencia de haber pasado por Veracruz, sede presidencial de Juárez, como D. J. F. Pacheco, embajador de Miramon, presidente en la capital.

Pacheco no tuvo tiempo de exponer su embajada á Miramon, porque éste tuvo que fugarse, y Juárez no se la quiso oír porque suponía que era para Miramon. Hubo, pues, que tomarlo á broma, y haciendo las

maletas, fuimos sus amigos á despedirle, y partió nuestro embajador en el mismo carruaje con Mons. Clementi, y tras él partieron asimismo desterrados el señor Arzobispo y vários Prelados y canónigos que, más ó ménos voluntariamente, los acompañaron; y dícese que no fué muy cariñosa la recepcion que les hizo el pueblo de Veracruz, instigado por un italiano que dirigió al Nuncio en su rica lengua patria un discurso imposible de ser reproducido por el más hábil taquígrafo, ni traducido por el mejor profesor de ambas lenguas.

Tal pareció la embajada de Pacheco vista desde allá, que era donde yo estaba y desde donde yo la veía; vista desde acá, yo no sé lo que pareció; pero no era posible cargar á nadie con la responsabilidad de tal éxito en aquel país, á cuya revolucionaria política se pensaba ya poner dique con una intervencion europea.

IX

Fué nombrado gobernador de Méjico Juan José Baz, á quien nada se le ponía por delante. El miércoles de Ceniza, á deshora de la noche, sacó á todas las monjas de sus conventos para *refundirlas*, como allí se decía entónces, es decir, para suprimir los conventos en los cuales quedaban muy pocas monjas, y reunir las en otros, conservando unidas á todas las de una misma regla; tal era la ley. Pero las pobres monjas anduvieron en coches y en ómnibus por las calles, con asombro de unos, indignacion de algunos, y befa y chacota de la gente maleante.

Al fin, las unas quedaron en algunos conventos, sin entenderse ni avenirse, por tener distintas costumbres y obedecer á diferentes reglas y estatutos; algunas se volvieron con sus familias, y muchas fueron recogidas por sus parientes ó alojadas en casas particulares. En la mía hubo tres, á las cuales se las habilitó una capilla, y no pudimos verlas el rostro porque su regla las prohibía mostrarle sin velo.

Lo más curioso de aquel trasiego de monjas era que el gobernador las echaba de sus conventos y la gobernadora las recogía, las distribuía por las casas de sus amigos y cuestaba para su manutencion. Unos conventos fueron vendidos y convertidos en casas; de alguna iglesia el nuevo propietario echó á los fieles que oían misa y al sacerdote que la decía, y se apoderó del copon, los cálices y ornamentos sagrados sin pararse en el sacrilegio. El convento de monjas de la Encarnacion (ó de la Concepcion) era riquísimo. Era una especie de ciudadela murada, dentro de la cual había una ciudad pequeña, con sus calles, su plaza, su mercado, su alumbrado y sus primorosas casitas en lugar de celdas. Estas casas tenían rampas en vez de escaleras; sus aposentos, cerrados con mamparas y con biombos chinoscos, contenían comodísimas camas y lujosos muebles; y las reverendas madres de ellas propietarias se visitaban unas á otras en cochecitos arrastrados por muchachas legas que tenían á su servicio; unas que en su compañía habitaban, y otras que de la ciudad diariamente penetraban en el monasterio.

Juan José Baz derribó los muros que cerraban las calles, y abrió aquellas casitas y expuso todos aquellos secretos femeniles á la curiosidad del público. Todo Méjico hizo muchos días de aquel monasterio el paseo

de moda, y Dios nos perdone á todos los que fuimos las maliciosas observaciones y los mundanos propósitos que sobre lo que veíamos hicimos. Mas tarde se alojaron en aquellas santas casitas las mujeres que la moderna civilizacion segrega á los apartados barrios.

Yo he visto esto; y esto, con otras cosas más, motivaron la intervencion europea en el antiguo imperio de Moctezuma. De ésta nada quiero decir, á pesar de haberlo anunciado, por no prolongar estos RECUERDOS, cuyos apéndices tal vez sobran.

Quédanse, pues, mis observaciones y notas sobre la intervencion europea en Méjico para mis memorias póstumas, las cuales probablemente no interesarán á nadie, como recuerdos inútiles de cosas pasadas en cuenta, pero que yo he consignado en unos cuadernos, tal vez por el prurito de hablar hasta despues de muerto. ¿Quién sabe si lo en aquellos cuadernos escrito parecerá mejor que lo que en vida he hablado? Y si así no fuere y pareciera peor, á fe mia que ni yo lo he de saber ya, ni nadie habrá que abra mi sepultura para volverme mis palabras al cuerpo.

Voy á concluir pasando rápidamente mi pluma sobre el breve imperio de Maximiliano, en cuya corte, ni fuí yo lo que se ha dicho, ni deja de importarme á mí decir lo que fuí, que fué bien poco, sino para poner los puntos sobre las íes y mordaza á las lenguas de los que no saben lo que dicen hoy; porque los que á mi vuelta á la patria lo propalaron, estaban tambien muy léjos de saber lo que decían.

X

Meses hacía, tal vez cerca de un año, que habían hecho su entrada y se titulaban emperadores, y como tales reinaban en la capital de Méjico, Maximiliano y Carlota, y aún no me conocían, ni sabían que el poeta español, autor de *Don Juan Tenorio*, vagaba por los floridos dominios de su nuevo Imperio.

Extranjero en aquel país, no me creí con derecho ni obligacion de hacerme reparar por los nuevos soberanos; y vuelta con ellos la paz á las ricas campiñas de la mesa central del valle, volví á mi selvática vida de los llanos de Apam y á cazar ardillas en sus haciendas de Reyes y de Ometusco; miétras sus propietarios, damas sus señoras, y chambelanes y dignatarios de palacio ellos, asistían á la mesa y saraos Imperiales.

Tan poco afan tuve yo de ingerirme en el Imperio ni empeño en alcanzar la proteccion de los emperadores, como esperanza en la duracion de aquella monarquía.

Asistí á su entrada en la capital, y penosa fué la impresion que en mi imaginacion de poeta hizo aquella ostentosa ceremonia. La he consignado despues en un libro, del cual voy á copiar cuatro estrofas.

XXVII

• ¡Quién sabe si la raza mejicana
que á su segundo emperador espera,
su segunda corona va mañana
en la sangre á arrojar con la primera!

Mas retumba el cañon: ya la campana
la comitiva anuncia, y la carrera
despejan por las filas circulando
señales de atencion, voces de mando.

XXVIII

Ya está libre la via; ya el ambiente
vibra al son de las trompas y atabales:
ya ve avanzar la mejicana gente
sus tropas y banderas nacionales,
donde brillan con luz del sol naciente
la corona y las armas imperiales,
y en cien carrozas de esplendente lujo
cuanto mantiene autoridad é influjo.

XXIX

Clero, ciudad, consejos, regidores,
las damas palatinas, la grandeza,
chambelanes, regencia, embajadores,
ciencia, magistratura, armas, nobleza;
placas, bordados, plumas, blondas, flores,
la corte, en fin, con su imperial riqueza,
como un enjambre de áureas mariposas
avanza entre una lluvia de oro y rosas.

XXX

Luégo en grupo fantástico ondea
la imperial comitiva, que camina
con grave lentitud; en él campea
de la brillante guardia palatina
el uniforme rojo, y la librea
roja imperial, cuyo color domina
de aquel dorado grupo entre las olas,
como entre rubia miés las amapolas.

XXXI

Y... ¡qué delirios la aprension inventa!
 el *rojo* que, apagando los colores
 todos, al avanzar *rojos* ostenta
 pajes, guardias, aurigas, picadores...
 de su manto imperial cáuda sangrienta
 parece tras los dos emperadores.
 ¡Color siniestro, cuyos visos rojos
 vértigo dan al alma y á los ojos!

.....

LIII

Entraron en su alcázar entre flores,
 y entre ésta, aunque tardía, gigantea
 aclamacion los dos emperadores:
 el sangriento color de su librea
 fué el último de todos los colores
 que vió la multitud que vitorea:
 y el séquito imperial dejó en mis ojos
 del sangriento color los visos rojos.

LIV

Porque yo estaba allí; yo conocía
 la raza y el país; yo era extranjero
 en él y huésped; mas nacido había
 hidalgo y español; y, soy sincero,
 sentí por ellos honda simpatía:
 y ella tan noble y él tan caballero...
 me parecieron pájaros sin nido
 que, por darse á volar, le habían perdido.

Tales fueron mis primeras impresiones sobre la intervencion francesa y la ida de Maximiliano á Méjico, y raras y breves visitas hice yo á su capital durante los primeros meses de su reinado. Germinaba ya en mi corazon esta indomable indiferencia por todas las cosas de la vida, esta aversion á los versos, á las exhibiciones personales y á las reuniones literarias, que engendró en mi espíritu la indiferencia y el desprecio en que mi padre los tuvo; y andábame yo ya por los andurriales solitario y silencioso, sin dárseme un ardite y sin ánsia alguna de los goces de la sociedad civilizada. Cuidando con esmero de mis caballos y de mis escopetas, me pasaba las horas perdidas por aquellos campos desiertos, dejando vagar sin rumbo á la imaginacion descarriada, en perpétua observacion de las alimañas de la tierra, de los pájaros é insectos del aire, y de los cambios de la luz del cielo; cuya poesía me distraía, pero sin que me sirviese de encanto ni de estudio, pues no tenía ni tintero, ni libros, ni papel hacía ya meses en mi aposento, y seguramente Maximiliano no hubiera tropezado tan pronto conmigo sin una circunstancia muy natural, que yo no supe prever, que no hubiera procurado nunca buscar por mí mismo y que no supe tampoco cándidamente cómo evitar.

El Colegio de Minería es una riquísima fundacion y un suntuoso edificio, fundacion de españoles. Sus rentas alcanzaban entónces (ignoro si alcanzan hoy) para pagar al director un sueldo de diez y ocho mil duros, de doce mil al vicedirector, y de seis mil, cuatro mil y tres mil á los profesores. Despues de los exámenes de fin de curso se celebraba la distribucion pública de premios, fiesta civil la más concurrida de la buena sociedad, y á la cual anhelaba asistir siempre más

conurrencia de la que admitía el inmenso patio, entoldado, decorado y profusamente iluminado, en que se celebraba.

Llegaba la época de la de aquel año, y sólo á la del de mi arribo á Méjico había yo asistido como mero espectador. Extrañóme, pues, recibir un día una comision de dos profesores, con una comunicacion del ministro de Instruccion pública y director del colegio, Velazquez de Leon, en la cual encarecidamente me suplicaba que escribiese una poesía para leerla ante los emperadores, que debían presidir la distribucion de premios. Contesté que no me correspondía á mí semejante papel en mi calidad de extranjero; que el señor ministro no había pensado, al darme tal encargo, que los emperadores creerían que no había en el país ingenios capaces de sustituir al español á quien se acordaba la representacion de la poesía, y que no me convenía tampoco á mí que los ingenios mejicanos pudiesen atribuirme la petulancia de haber pretendido el honor con que se me brindaba. Insistieron en su demanda los dos profesores comisionados, é insistí yo en mi rotunda negativa de presentarme solo como único lector de poesías en aquella solemnidad.

Aquí era sin duda adonde ellos querían traerme; respondiéronme que por eso no quedaría; que dos poetas mejicanos leerían conmigo; pero que tampoco querían presentarse sin mí, como patrocinados por mi sombra. Pedíles los nombres de aquellos poetas, y al conocerlos conocí que no era oro lo que relucía, y que más se intentaba colocarme en un mal lugar que hacerme una distincion. Contesté, pues, que no me comprometía; que el asunto era para mí difícil, y que como no había más que cuatro días de término, si no lograba hacer un

trabajo al ménos pasable en los tres días primeros, no pusieran mi nombre en el programa hasta que á última hora diera yo mi consentimiento ántes del medio día del cuarto.

Y hé aquí el misterio de aquella invitacion inesperada. Dios me ha condenado á vivir entre miserias, pequeñeces y mezquindades. Un jóven de buena familia y de no mala posicion en el alto comercio, pero no de los ingenios de verdadera valía, de los que produce muchos aquel país, en el cual lo que sobra es ingenio, instruccion, inspiracion y perspicacia, imitaba la entonacion y modulaciones de mis lecturas, hasta el punto de haberme asegurado unas señoras amigas suyas y mias de que, encerrado en un gabinete y recitando en él composiciones por mí leidas, nadie era capaz de distinguirnos.

Yo no he dudado jamás de que un hombre pueda llegar á hacer lo que otro hace, por difícil que sea, y los americanos son diestrísimos en las artes de imitacion. Me previne, pues, para no quedar mal en caso de lucha; dí con unas estrofas de períodos de bien acomodados alientos y de armónica sonoridad, aunque de escaso valor literario, y fiado en mis facultades orales y en mi maestría en el arte de leer, dí mi nombre para el programa y llegó la hora de la sesion. Insistieron tenazmente en que fuese yo el último que leyera; y temiendo una emboscada, me sostuve en mi derecho de ser el primero por mi reputacion y antigüedad; razones que hubiera alegado y sostenido lo mismo para ser el último, si hubiera visto en ello empeño de que fuera el primero.

Hice lo que supe, y no debí de hacerlo mal; los emperadores esperaron que me adelantára á saludarlos hasta las gradas de su estrado; pero yo saludé

modestamente en el vacío hecho ante ellos y me retiré á mi puesto. Tocó el turno á mi imitador; pero como dicen los italianos: *Non é lo steso morire che parlare della morte*. Mi hombre se turbó, balbuceó, no se hizo oír, y en resúmen, no pude saber jamás si me imitaba bien ó mal.

El general Wolf, que era amigo mio y se hallaba detrás de los emperadores, les dijo quién yo era; miráronme toda la noche con mucha insistencia, y al siguiente día recibimos una invitacion á comer en palacio los que habíamos tomado parte en aquella fiesta literaria.

Así fué cómo me conocieron Maximiliano y Carlota; pero no fué así ni entónces como me acordó el primero toda la amistad que su majestad imperial permite á un soberano acordar á un simple particular.

XI

Volvíme yo al campo, y quedáronse los emperadores en su palacio; ni ellos juzgaron ocasion suficiente aquella para hacerme oferta alguna, ni yo hice nada de mi parte para que me las hicieran. Yo no era allí nadie, ni tenía, como extranjero, derecho á aspirar á nada; el emperador me fué simpático desde la vez primera que le ví; pero ademas de que la emperatriz no me lo fué nunca, comprendí desde su llegada que jamás el imperio echaría raíces en aquel país; porque ni Maximiliano podía llegar á comprenderle nunca, ni Méjico á Maximiliano.

La diplomacia conducía la intervencion por el camino de una política que jamás podía ir acorde con los

sentimientos, los instintos y el carácter de aquel pueblo, á quien los franceses no conocían, y Maximiliano tuvo allí, desde que llegó, dos elementos que neutralizaron todas las probabilidades de éxito y estabilidad que le daban su inteligencia, su amabilidad, su sincera voluntad de hacer bien al país, y la asiduidad con que en hacerla trabajó, adoptando una vida modesta que no chocára con la sencillez republicana que halagaba á aquella nacion, recientemente emancipada y desvanecida ya por las teorías de una libertad á cuya práctica no había llegado, pero de la cual creía gozar en su independencia de la antigua dominacion española.

Los franceses, que suelen generalmente no estudiar la lengua, ni la historia, ni las costumbres de los países adonde van, creían que la mayor parte de los mejicanos tocaban aún su cabeza con plumas, cubrían su cintura con tapa-rabo y se armaban con arco y flechas; y al desparramarse los zuavos por la capital, vieron á las mejicanas que seguían atrasadas no más de un trimestre las modas de París, y oyeron á todos los mejicanos que no pasaban de los treinta años hablarles la lengua francesa, en sus escuelas hacía ya cuarenta enseñada.

Y á los que crean exagerada esta opinion mia, les diré que todavía se cree en Francia que las señoras españolas llevan la navaja en la liga, y que los hombres vestimos de toreros, cuyos trajes cambiamos por los suyos cuando atravesamos por su frontera. Ahí están sus periódicos y sus grabados; una estampa de España no pasa por española si el paisaje no está animado por una procesion de frailes con la teja de D. Basilio en la cabeza y una pareja de bailarines ejecutando un bolero al son de una guitarra miéntras pasa la procesion. El pueblo francés seguirá aún muchos años viéndonos

través de este prisma, á pesar de los ferro-carriles y de la prensa; y si tal cree de nosotros, á quienes tan vecinos tiene, ¿cómo juzgará á los pueblos entre quienes y él extiende Dios la inmensidad de los mares, y levantan sus escritores las inauditas patrañas de sus libros?

Así que los franceses, queriendo imponer á la fuerza su política al imperio y al pueblo de Méjico, hacían el vacío en torno del engañado Maximiliano; y agrandaban este vacío las exigencias irrealizables del partido allí llamado *religionero*, el cual creía que el emperador católico debía de despojar y desterrar á todos los compradores de bienes nacionales eclesiásticos y de manos muertas enajenados por Juarez y Comonfort, á cuyos hechos consumados no podía aplicar el nuevo emperador más que sus justas leyes de revision de títulos y escrituras de adquisicion.

Yo no me he mezclado jamás en política, porque no he sabido hacer más que versos; pero no se necesitaba más que no haber perdido el sentido comun para comprender la posicion en Méjico del emperador Maximiliano. Mi simpatía por él no tuvo más base que la profunda compasion que me inspiró aquel noble príncipe, á quien desde su llegada consideré como la víctima expiatoria de los errores de la casa de Hapsburgo en América. ¡Preocupaciones vagas del poeta cristiano, que cree que Dios castiga en este mundo, como á los individuos, á las razas y á las naciones!

Un día me dijo una dama de la emperatriz que el emperador deseaba hablar conmigo de teatros y poesías, y utilizar mi fama y mi práctica en la gaya ciencia; pero que habiéndole dicho que yo era un furioso republicano, temía de mi parte una grosera repulsa al más sincero avance ó á la más cortés oferta. Respondió la

dama á la Emperatriz de lo absurdo de semejante aserto, aseguróla que yo era completamente extraño á la política, y prometióla que, cuando el Emperador visitára su hacienda, me encontraría en ella dispuesto á serle útil como lo creyera conveniente.

Y en un viaje que hizo por los Llanos para ver el acueducto de Tempoala, se hospedó en una hacienda á cuyo lindero salí yo á recibirle con los propietarios de ella, y fuí de los invitados á su mesa y de los que tomaron parte por la noche en una tertulia en la cual *se hizo* música y leí y recité cuantos versos él me pidió; pero no habiendo tenido ocasion de hablarme á solas durante aquel largo festin y de los prolongados obsequios que allí se le hicieron, me dijo al retirarse despues de la media noche:

— Mañana saldremos á las cinco, y tendré mucho gusto en que me acompañe usted, que debe conocer este país.

A la partida para el acueducto tuve yo buena cuenta de que mis criados tuviesen ensillados mis caballos, y me ingerí entre su escolta austriaca cuando arrancó de la hacienda la carretela en que viajaba con un secretario.

Las mañanas de la estacion de las lluvias son deliciosas en aquellas llanuras. Los días amanecen claros y el sol espléndido, y las nubes no empiezan á cuajarse hasta una ó dos horas despues del medio día. La tierra despiende el balsámico vapor de la humedad absorbida el día anterior á través de las yerbas y las plantas aromáticas que alfombran aquellas extensas praderas, y un aire salubre y vivificador refrescan los pulmones al respirar.

Si no estuviera poblada aquella tierra por nuestra raza, inquieta y torpemente germinadora de guerras

civiles, allí se viviría con la vida que Dios acordó al hombre al crearle en el Paraíso; porque Dios ha derramado allí la luz, la vida y la alegría, y el hombre desprecia allí los favores de Dios, tornándose los en pesares y desventuras. Maximiliano, ó contemplaba absorto aquel maravilloso amanecer, ó rezaba como católico sus oraciones matutinales; ello es que marchamos los primeros minutos en religioso silencio y á lento paso, porque no le gustaba correr en sus viajes ni en sus paseos; al fin, tirando atrás la capota de su ligera carretela, dijo volviendo la cabeza: «Así gozaremos del aire y podremos hablar.» Miré yo á mi alrededor, y ví sólo oficiales y soldados austriacos, autómatas de la disciplina y esclavos de la consigna; los de la hacienda, no creyendo tan madrugador á Maximiliano, enganchaban sus tiros y ensillaban sus caballos para alcanzarnos; espoleé, pues, mi cabalgadura, y me coloqué al estribo, esperando que el Emperador me dirigiera la palabra. A las primeras nos entendimos:

— El secretario que me acompaña — me dijo — es alemán, y no comprende el castellano; habla usted sólo conmigo: hable usted, pues, sin rebozo.

No se lo dijo á sordo ni tartamudo: preguntó claro, y no respondí turbio; quedamos en que, no buscando en mí un adulator ni un palaciego más, yo debía ayudarle á crear un teatro nacional mejicano, del cual me nombraría director, con la condicion de que no me mezclaría ni en la política del país ni en las intrigas de palacio; no me obligaría á usar uniforme ni distintivo alguno, y tendría derecho á ser recibido por él inmediatamente que yo le pasára mi tarjeta por la secretaría del gabinete civil.

Y seguimos alegremente el camino, visitamos el acue-

ducto, cuya arquería compite en altura y extension con los de Segovia, Mérida y Tarragona, y que es obra de un buen fraile, á quien los indios llamaron el padre Motolinia, que significa «el hombre pobre.» Este buen fraile, que dejó en Méjico tan buena memoria como San Francisco Javier en Goa, se [mesaría hoy las barbas y lloraría si pudiera resucitar y ver que su acueducto, destruido por el abandono y robadas sus piedras una á una, no sirve ya para llevar á Otumba el agua de Zempoala, que fué para lo que él le construyó; y ¿quién sabe si, como Dios le acordó la perseverancia para construirle piedra á piedra, acordaría á su indignacion el milagro de convertir con una palabra su inmóvil é inútil esqueleto de piedra en un gigantesco cien piés que moviese todas sus mil columnas para marcharse tras él de aquella ingrata comarca, que se ahoga de sed por haber cortado la médula cristalina que el fraile hizo correr por su hueca columna vertebral?

Maximiliano ordenó su recomposicion; pero esta órden, como otras muchas que dió, no tuvieron tiempo de cumplirse; y en medio de una de aquellas lluvias tropicales de que Europa apenas tiene idea, el Emperador se tornó para la capital y nosotros á los magueyales de los Llanos.

XII

Maximiliano me nombró director del teatro Nacional de Méjico y del particular de su palacio. Quería levantar aquél desde sus cimientos é instalar éste en el

primitivo salon del Congreso, que dentro del alcázar de los Vireyes existía. Para construir el primero me dió sus planos, dibujados por él mismo, y me habló de un presupuesto de una suma fabulosa de duros. Escuchéle tranquilamente exponerme sus planes, y dejéle darme sobre ellos sus instrucciones, comprendiendo sin dificultad su intento de ponerme en situacion de aprovechar el lucro que podía proporcionar semejante empresa al que de ella se encargára; pero me había juzgado mal, y no había contado con mi completa ineptitud para labrarme una fortuna con negocios de administracion, ni recta ni torcida, y en cuatro palabras le convencí de la inconveniencia de gastar el dinero, que para sostenerse en el trono necesitaba, en fundar un teatro que no serviría más que para abrir un sitio donde manifestarse á la oposicion política, so pretexto de crítica artística y para dar pávulo á que la maledicencia supusiera que él me apadrinaba y yo me disponía á enriquecerme en la irresponsable administracion de obra tan larga y tan costosa.

Quedó, pues, todo reducido á convertir en teatro un salon de Palacio, y dar en él de cuándo en cuándo algunas representaciones para soláz de la Emperatriz y de la corte, en cuyo teatro iría á trabajar la compañía de verso que vegetaba como podía en un teatro de la capital, cuya compañía, con título de Imperial, actuaría bajo mi direccion, con la gratificacion que el Emperador quisiera darla, miéntras se realizaba la instalacion de un teatro Nacional, indefinidamente aplazada.

El jefe del Chambelanato, un aleman que ejercía las funciones de intendente general de Palacio, recibió la órden de mandar construir el tablado; encargué yo sus decoraciones á un escenógrafo, y el 4 de Noviembre,

para celebrar los días de la Emperatriz, y por eleccion de ésta, se representó en aquel improvisado teatro la primera parte de mi *Don Juan Tenorio*. En el *Album de un loco*, que publiqué en Madrid á mi vuelta en 1867, hay una nota que da pormenores de esta funcion al insertar en aquel libro los versos de que en ella hice lectura. Maximiliano y Carlota habían aprendido el castellano en algunas de mis obras, y ella se sabía mi *Don Juan* de memoria; y la doble ventaja de ser su autor y el encargado de distraerles de los afanes de su inseguro reinado, me dieron con ambos un favor y una confianza que no es fácil á muchos particulares adquirir con los soberanos. Maximiliano, que era un príncipe literato y artista, á quien placía deshacerse alguna vez de la enojosa etiqueta de su imperial dignidad en el retiro de su aposento y en las expansiones de su vida íntima, me nombró su lector, no para que le leyera nada, sino para hablar con un hombre ajeno á la política de más halagüeños asuntos, y para saber por él lo que del país no quería ni debía preguntar á los en aquel país nacidos. Tuve yo muy en cuenta aquello de que los reyes son como los leones, con quienes es siempre arriesgado familiarizarse, y á la confianza que el Emperador me daba correspondí con la más constante y estudiada circunspeccion, áun en medio de la leal franqueza con que tenía que contestarle á sus más francas y extremadas preguntas, á las cuales era á veces dificilísimo dar adecuadas respuestas.

Esta jamás descuidada circunspeccion mía para no resbalar jamás en la desnivelada pendiente de conversaciones resbaladizas áun entre personas de condicion igual, le hizo tal vez formar de mí no mala opinion y acordarme una confianza, cuyas demostraciones

exteriores y públicas la hicieron parecer mayor á los ojos recelosos de los que, con más interesadas miras que yo, asistían á su corte ó solicitaban su favor. Yo nunca tuve el que creyó la gente vulgar que con él alcancé; pero habiéndome dicho un día que le habían hablado no muy bien de mí, y habiéndome propuesto *si quería confesarme con él*, díjele que sí; y tales preguntas me hizo y tales respuestas le dí, que ni le quedó nada por saber ni á mí que revelarle. Rióse mucho y asombróse no poco de lo por mí con él confesado; y como no ignoró desde aquel día nada de lo que de mí saber quiso, no hubo desde aquel día austriaco ni mejicano que de mí le hablase á quien él no respondiera que él sabía de mí más que nadie, y que nadie debe hablar mal de lo que no sabe bien.

La casualidad le reveló algunas atenciones mías, que, aunque pequeñísimas, le dieron idea de la sinceridad de mi carácter; vaya una sin consecuencias: tenía yo en mi teatro una muchacha que con su sueldo mantenía á su madre viuda y á dos hermanas. Murió la madre: hízola la compañía decoroso entierro y cristianos funerales. Pedí yo y pagué los gastos hechos en ellos por la compañía, como director del teatro Nacional; dí á cada una de las muchachas treinta duros para los lutos, señalándolas otros treinta mensuales, para que no por falta de pan las faltara el decoro, guardador de la honra: todo lo cual hice yo con ellas en nombre del Emperador y como por él autorizado. Las muchachas agradecidas, y siendo extremadas en mujeriles labores, bordaron primorosamente un pañuelo y fueron á ofrecérsele á Maximiliano, dándole con lágrimas gracias por lo que por ellas había hecho. No comprendió Maximiliano bien aquellos extremos de gratitud; pero

oyendo mi nombre mezclado en sus sollozos, despidiólas cariñosamente y llamóme para preguntarme qué era lo que aquellas muchachas le tenían que agradecer. Díjele yo lo por mí hecho con ellas en su nombre, y volviéndome él á preguntar si había cobrado yo del Tesoro aquellos duros, y volviéndole yo á responder que para algo había de servir el sueldo del director de un teatro imaginario, se echó á reir y me volvió la espalda, diciendo:

— Estas cosas no las hacen más que los poetas.

Y volviéndose al pasar la puerta de su despacho interior, para saludarme y despedirme con un movimiento de cabeza, volvíme yo á mi casa sin volver á pensar en lo sucedido.

El primero del mes siguiente recibí un billete del intendente de Palacio, que decía:

« De órden de S. M. remito á usted cien duros, asignacion mensual que recibirá usted por su caja particular. »

Todavía no había hecho uso del derecho por mí demandado de ser recibido por Maximiliano inmediatamente que pasára mi tarjeta; demanda que él no había comprendido y que yo le había dicho que comprendería la primera vez que se le pasára. Un día se la hice pasar por el secretario del gabinete civil; recibíome al momento, y le anuncié que me constaba que habría riesgo para él si volvía á las cuatro al palacio de Chapultepec, como acostumbraba por el camino de abajo del acueducto, sin hacer explorar y guardar el de arriba.

— ¿Qué riesgo ha de correr — me respondió sonriendo — quien no ha hecho aquí más que bien?

— En ese caso — repuse yo — suplico á V. M. que me permita acompañarle á Chapultepec, para darle

cuenta por el camino de los asuntos de mi dirección.

— Y me acompañará también usted á la mesa, dijo, y me despidió, añadiendo:— La amistad á Maximiliano le hace á usted soñar con riesgos para el Emperador.

Hablé con el secretario del gabinete civil, hombre lealmente adicto á Maximiliano; escribió éste cuatro palabras que yo le dicté á la persona de quien le dí el nombre; mandó aquel billete á su destino con persona de confianza, y á las cuatro, al salir Maximiliano para Chapultepec, me encontró á caballo en la garita (como allí se llaman á las puertas de la ciudad).

Maximiliano habitaba en el estío el palacio de campo de Chapultepec, y venía todos días al de la capital al despacho de los negocios, yendo y viniendo siempre solo, con su secretario particular, en un coupé sin escolta y sin picador. Aquella tarde me llevaba á mí al estribo y se iba chanceando sobre el desempeño del papel de caballero mayor por el poeta desheredado, autor del *Don Juan*. Aquel camino, tan solitario como pintoresco, tiene á la izquierda un campo siempre verde y bien cultivado, que remata en el calado acueducto del agua fina de Tacubaya; y á la derecha una honda acequia le separa no más de un sólido cimiento de musgosos sillares, sobre el cual se afirma el acueducto del agua gorda.

A la otra parte de la arquería, y á la altura de las seis varas del muro sustentador, corre tendida una calzada abierta entre el acueducto y el campo de extensos maizales y de páramos sin término, cuajados de brezos y de chaparros. La calzada baja, resguardada del sol poniente por el acueducto, sombreada por hojosa y sonante arboleda, refrescado su ambiente por los derrames que escupe el agua por las ya agrietadas piedras

del viejo acueducto y por la de la acequia, enramada de algas y berros silvestres, es en verano un delicioso paseo, pero frecuentado apenas por algun ginete misántropo ó alguna pareja de indios que va ó vuelve al mercado por las mañanas y á sus chozas al medio día.

Un enemigo cobarde ó un asalariado traidor, apostado y oculto bajo un arco del camino de arriba, tendría la seguridad de acabar impunemente con la víctima que, descuidada, viniera por la calzada de abajo, seguro además de escapar por la chaparrosa y abierta llanura alta. Y por aquel camino íbamos en alegre conversacion Maximiliano en su coupé, y yo á caballo á su portezuela; y así llegamos, á paso tranquilo y cómodo, por bajo los corpulentos sabinos de su acotado parque, al empinado castillo Azteca de Chapultepec. Allí comimos en una galería, desde la cual veíamos comiendo el indescriptible panorama del valle de Anáhuac, en cuyo centro la capital parece una ciudad de marfil de un abanico chino, destacándose sobre el fondo azul de la laguna de Tezcoco.

Quien no ha visto á Méjico desde Chapultepec, no ha visto la tierra desde un balcon del Paraiso: Maximiliano se extasiaba contemplando aquel fragante y gigantesco canastillo de flores, puesto al pié de los nevados picos de la Sierra Madre, que le devuelve por el aroma fresco de sus jardines de Iztapalapa, el cedríneo perfume de sus alorces cimbradores y de sus retorcidos enebros. Allí, en aquella galería, exclamó una tarde el infeliz príncipe austriaco, respirando á pleno pulmon aquel aire salubre, y dilatando sus pupilas azules á aquella luz tibia y trasparente: «Así deseo yo que me dé Dios luz y aire, para morir bendiciéndole.» ¡Y Dios le oyó!

Aquella tarde en que yo le acompañaba, comenzaba

ya á confundir su luz con la neblina parda del crepúsculo; teníamos ya vacías las tazas del café y fumaba Maximiliano, no comprendiendo que yo le despreciára sus elegidos vegueros, y entreteníale yo con el relato de cuentos y pormenores de costumbres del país, sin darnos ni él ni yo cuenta ni de quiénes éramos ni de cómo el tiempo se nos pasaba, cuando nos interrumpió la señal de su telégrafo particular, que la hizo de atencion. A los pocos minutos, el empleado que de él cuidaba se presentó con un telegrama descifrado, en el cual anunciaba el gobernador que «habiendo tenido aviso de que gente sospechosa y armada habia sido vista en la calzada alta, próxima la hora del paso de S. M. por la baja, la policía había sorprendido á dos individuos cuya procedencia é intentos se averiguaban, habiéndose salvado por el páramo algunos ginetes mejor montados que les acompañaban.»

Leyó Maximiliano el telegrama y pedíle yo permiso de retirarme. Apretéme las manos entre las suyas, como si hubiera sido un condiscípulo mio de Universidad; y seguro de que yo no había de decir más de lo que por la mañana le había dicho, me acompañó hasta la escalera, dando órden de que me se escoltára hasta la ciudad.

XIII

Tres meses despues, un acontecimiento que sólo dependía de Dios varió completamente mi posicion social, y pedí permiso á Maximiliano para volver á Europa. Aunque yo no era nada en su Imperio ni en su

corte, pues la direccion de un teatro Nacional que aún no existía no era un empleo, sinó un pretexto para darme tres mil duros de sueldo, y el título de lector me había sido dado á condicion de no leer, Maximiliano me negó el permiso que solicitaba: insistí yo en mi demanda y él en su negativa; paséle por el gabinete civil escrita la dimision positiva de mis dos fantásticos empleos, y al fin me citó un día para el siguiente, con el objeto, segun decía, de fijar las condiciones de mi viaje.

Y hé aquí en qué consistieron y cómo concluyeron mis efímeras relaciones con aquel príncipe desventurado, de quien me veo obligado á conservar una triste y poética memoria en la última hoja de mis recuerdos.

En una larga conversacion que á solas tuvimos, comprendió Maximiliano mi firme resolucion de volver á España, las razones que para ello tenía y la necesidad que para emprender tal viaje me apremiaba. He dicho ya que me había confesado con él (fué su expresion), y no ignorando nada de lo que de mí le importaba saber, más el hecho con el cual Dios acababa de hacer en mi posicion social un cambio tan radical como inesperado, convino en que mi viaje era inexcusable; pero como el desinterés y la circunspeccion que en mis relaciones con él y con su corte había yo demostrado le habían convencido de que yo no era un cortesano adulador ni un calculador egoista sobre el favor que él me había dispensado, tuvo que decidirse á revelarme las esperanzas por él sobre mí fundadas.

Maximiliano no podía ménos de apercibirse, por más que á nadie pudiera confesar sus recelos, de que su Imperio no tenía aún, ni podría tener nunca, sólido fundamento. El no había ido nunca por su gusto, ni ménos por ambicion de mando ni de riqueza, á ocupar el

carcomido trono de los Aztecas: una voz misteriosa, la de la poesía del pueblo, le había dicho por la pluma de un italiano aún hoy desconocido como la voz de una Sibila, que

Il trono fracido de Moctezuma
è nappo Gallico colmo di spuma (1),

y aquellos tres pareados, esculpidos en su memoria, le cosquilleaban alguna vez en el fondo de la conciencia; aunque no creyera posible la prediccion del último, que él interpretaba cuando más por una lejana y tan digna como necesaria abdicacion (2). Maximiliano era cristiano sincero y católico sin restricciones; pero como aleman era tambien un tanto supersticioso, y no reunía nunca trece á su mesa, ni le gustaba que cayera en mártres el santo de su mujer, ó que se hiciera en tal día á la mar el buque en que partía una persona estimada; no era, pues, posible que la fatídica prediccion de los tres pareados italianos se borráran de su memoria, ni desertáran de su conciencia; él mismo me los recitó una vez, despues de hacerme yo el ignorante de ellos; y si en ellos no hubiera él pensado, no me los citára, por más que lo hiciese en tono de broma y afectando no darlos importancia. La supersticion está en todos los corazones: de un agüero feliz casi

(1) El trono apolillado de Moctezuma
es copa de Champaña lleno de espuma.

(2) Il *timeo Dánaos* chi non ricorda,
sotto la clamide trova la corda.

El timeo Danaos quien no recuerda,
bajo la púrpura da con la cuerda.

todos se olvidan, pero nadie deja de recelar de una fantástica prediccion: la supersticion es el mayor enemigo de la sencilla y sublime religion del Crucificado. Maximiliano, pues, imaginaba una doble exposicion-defensa de sus actos como Emperador en dos diferentes trabajos, que pensaba encomendar á dos distintas personas; la de su política al príncipe de Salm-Salm, y á mí la de su historia, mejor dicho la de su leyenda; y al pedirle yo permiso para ausentarme de su Imperio, temiendo por una parte de su idea, se decidió á revelármela ántes de tiempo y de que yo emprendiera un viaje sin vuelta, de la cual quiso asegurarse.

Y hé aquí el resúmen de aquella conversacion. En caso de que los negocios del Imperio se enredasen perdidos en el mal camino que llevaban, y se hiciese necesaria una abdicacion, el príncipe de Salm-Salm recibiría todas sus cuentas, correspondencia y documentos políticos para escribir su obra, que aparecería impresa en aleman, en español, en francés y en italiano, y á mí me confiaría las notas de sus impresiones personales, para que yo las consignára en una especie de legendario, desde que se aconsejó á él y á Carlota aprender el castellano hasta el hecho de la abdicacion, que les condujera de vuelta al castillo de Miramar, donde yo tendría aposento, sueldo y acceso en sus aposentos como lector y cronista suyo.

Y como yo no había aceptado las ocasiones que él me había ofrecido de lucrarme en negocios que para otro hubieran sido muy lucrativos, él sería editor del libro que me encargaba; sólo que el editor me le pagaría como Emperador, de modo que su precio cubriese y aún doblase el de todas las deudas mías y de mi casa en Méjico y en Europa.

No había razon para no aceptar tan imperial propuesta; y como él sabía la suma de mis deudas, yo aceptaba la cantidad por él marcada: dos tomos á 25.000 duros cada uno; pero yo tenía una condicion que poner, y se la puse: que ni en Méjico ni en Miramar, si así llegábamos á volver, perdería yo mi nacionalidad; que estaría siempre bajo el pabellon español, y que á caber en la prevision humana, yo vendría á morir en España, aunque fuera en un hospital.

Yo tengo esta idea muy metida en el cerebro, y esta conviccion muy arraigada en mi conciencia: que un poeta, *que no es más que poeta*, por popular que sea en España, ha de morir en el hospital ó en el manicomio; y aunque de esta idea mia se reia mucho Maximiliano, tambien afectaba reirse del *sotto la clamide — trova la corda*, y encontró al fin las balas con que le fusilaron, sin volverme á ver á mí, que era el único amigo que para él tenía el temor de la cuerda, como para sí el del manicomio ó el hospital.

Quedamos, pues, en que mi viaje duraría un año y tendría vuelta; que conservaría mi sueldo durante mi ausencia, recibiendo adelantada una anualidad como gasto de viaje; que me acompañaría mi secretario de la direccion del teatro, mozo de tanto sentido práctico como entendido en administracion, tambien con su sueldo; que el primer miércoles de Mayo me entregaría de sobremesa sus instrucciones, partiendo sin despedirme de nadie más que de él y de Carlota en el vapor *La France*.

Y á las cinco de la tarde del miércoles 2 concluíamos de comer y entrábamos en su despacho de la torre del Mediodía del palacio de los Vireyes, donde con la cordialidad de un amigo y el cariño de un hermano me

entregó un paquete de notas, una libranza de 4.100 duros sobre París, sesenta y dos onzas y media para el pasaje y una letra sobre Madrid para los gastos de la vuelta, que debía verificarse entre Junio y Setiembre del 67, previo aviso suyo.

A las seis menos cuarto se levantó de la silla para despedirme, y me abrazó: el era de aventajadísima estatura, y mi frente llegaba apenas al lugar en que latía su corazón, contra el cual me estrechaba: sentí que los ojos se me inundaban de lágrimas; y cuando me condujo hasta la puerta, yo no pude articular palabra; apretéme la mano, y diciéndome: «Hasta la vuelta, y puede Vd. escribirme por mi gabinete civil,» me despidió. Atravesé el inmenso salón vacío en que la puerta de su gabinete se abría, y al llegar á la puerta de aquél, sintiendo yo que aún me esperaba en la de éste, me volví á hacerle el último saludo. Estaba efectivamente sonriéndome bajo el dintel de aquella puerta; los rayos del sol poniente, [que por el balcón del gabinete que tras ella y sobre la plaza se abría, iluminaban por detrás su figura inmóvil, que destacaba sobre aquel fondo de resplandor de incendio: su cabeza rubia parecía cercada de una aureola de luz purpúrea, y nunca he podido olvidar esta coincidencia supersticiosa.

La primera vez que le ví, entrando en la capital, bajo su manto rojo de púrpura y escoltado por su guardia palatina de uniforme rojo, me pareció que tras de sí dejaba un rastro de sangre; y la última me dejó la impresión de haberle visto circundado de fuego como si saliera ó cayera en un volcán.

Y el 13 de Junio de 1866 me hice á la mar en Veracruz.

Maximiliano telegrafió á Veracruz para que el vapor

La France, donde me embarqué, no partiera el 13; pero no participando ni su capitán ni yo de aquella preocupación del príncipe austriaco contra el número 13, nos hicimos á la mar, alegando el perjuicio que tal retraso ocasionaba á la Compañía de aquellos buques-correos.

Yo he estudiado todas las supersticiones de las creencias y todas las preocupaciones del vulgo en todos tiempos y países, y de ellas me he valido para dar interés con lo maravilloso á mis leyendas y á mis dramas; pero con estas cosas sucede á los poetas lo que á los sacristanes con los santos: que á fuerza de despolvar y manosear sus imágenes, se familiarizan de tal modo con ellos que concluyen por perderles el respeto. Jamás ha hecho buque francés viaje más feliz á través del Atlántico; ni una nube en el cielo, ni una racha en el aire, ni una ola espumosa en el mar; apenas el agua se rizaba, y casi nos era fastidiosa la eterna monotonía de aquella perpétua tranquilidad.

Había yo pasado once años y medio en Méjico esperando una muerte que siempre me desdeñó, en la indolencia del hastío de la vida y en el poco caso que de ella se hace en aquel delicioso país, en el cual todo se toma conforme viene. Y ¿quién sabe si éste es mejor modo de pasar de la cuna al sepulcro, adonde y de donde vamos y venimos, por la voluntad del Criador, sin ser consultados ni á la llegada ni á la partida? Ello es que yo había desperdiciado sin conciencia mi tiempo en aquellos once años y medio, cinco de los cuales pasé sin libros, tintero, papel ni plumas, cazando ardillas y tostándome al sol, sin recibir ni enviar una carta á España, y procurando no más olvidarme de mí mismo para que los demás me olvidáran.

De cuando en cuando, en mis breves estancias en la capital, me caían á las manos *Los Monfies*, de Manuel Fernandez y Gonzalez; *El tanto por ciento*, de Ayala; *Las querellas del rey sábio*, de Eguílaz, y el relato de *La guerra de África*, de Alarcon. Extasiábame yo con *Los Monfies*, y adoraba en sueños á aquel fecundísimo ingenio andaluz que me hacía andar por las calles y cuevas del Albaicin entre las sombras de los moros, evocadas por él, de la Granada fantástica de la Edad Media, y tenía que defender contra la crítica agresiva aquellas comedias que me testificaban la vida literaria de mi patria, y aquel libro de Alarcon que con tan característica originalidad ponía tan alta la gloria de España en aquella tierra donde aún se miraba de reojo á los *gachupines*, que le habíamos descubierto y poseído desde los tiempos de Cárlos V y le habíamos perdido en los del inolvidable Fernando VII.

Esta admiracion que me causaba allá la sorpresa de leer y la necesidad de defender sus obras, me encariñaba con sus autores, á quienes no conocía; y el que no ha estado por allá, no sabe cuánto se estima y con qué idolatría se adora lo que acá nos honra y allá llega en las alas de la fama. Nada me deben, pues, ni Alarcon, ni Fernandez y Gonzalez, ni Tamayo, ni los otros más jóvenes ingenios que durante mi ausencia de la patria han salido á luz en ella, como yo en 1837, por el cariño fraternal que allá por ellos engendraba en mi corazon el orgullo de ser español y poder llamarme hermano suyo.

La vida es una perpétua lucha, y de ella nace el amor á lo por que se lidia: y por triste ó desapacible que sea el lugar en que habitamos con nuestros pesares y nuestras peleas, siempre le abandonamos con

sentimiento. Dejaba yo pocas amistades en Méjico: mi vida huraña, mis costumbres poco sociales, mi afición á la soledad y al campo, concluyen siempre por enajenarme las voluntades.

Yo sé que el hombre se debe á la sociedad, y el cristiano al prójimo; pero hay dos cosas que me hacen á mí romper con el prójimo y con la sociedad: la falsedad de los cumplimientos y los versos; como no he hecho más, nadie me habla más que de ellos; y como á mí me divierten los ajenos y me hastían los míos, á donde de mis versos me hablan dos veces suelo no volver la tercera.

Dejaba, pues, pocos amigos en Méjico, de donde partía para volver, y esperaba hallarme olvidado en España, donde hacía quince años que de mí no tenía nadie noticia ni correspondencia; y sin embargo, bogaba yo en *La France* con alegría hácia España, é inspirábame poética melancolía el alejarme de Méjico. El corazón del hombre es un abismo de deseos, un tesoro de esperanzas y un manantial inagotable de recuerdos; y con los recuerdos, las esperanzas y los deseos de mi inquieto corazón, y con la versatilidad de mi voluble espíritu vagabundo, arribé á la Habana, por donde fué imposible pasar incógnito. Convenía á mis intereses que los periódicos de Cuba no anticipasen en España la noticia de mi vuelta á Europa; pero no podía menos de dar un apretón de manos á mi hospedador Manuel Calvo, un abrazo á mi condiscípulo Trifon Modet, y la enhorabuena de haberse casado con una hermosísima cubana á mi feo hermano en Apolo, el mozárabe Juan Ariza.

Ajeno estaba yo al estrecharle entre mis brazos de que era la última vez que nos veíamos. ¡Allá quedó con

Cagigas, y Federico Bello, y el doctor Sanchíz, y en aquella isla tan alegre, tan rica y tan codiciada, cementerio de mis más leales amigos! Y Juan Ariza, autor del *Don Juan de Austria*, valía mucho más, y mucho más merecía que el olvido en que le hemos echado. Nada me debe tampoco por cumplir mi deber al rendir con este cariñoso recuerdo el homenaje debido á su talento.

Tenía ademas que reunirme en la Habana con un personaje, de quien aún no he dicho una palabra, pero que tuvo la mayor influencia en mi vida y negocios en América, y que allí iba á embarcarse conmigo para Europa. Debíale yo grandes servicios sin haberle tratado más que por correspondencia, porque no le conocía personalmente, y no pude dar con él hasta que estuvimos á bordo. Era éste un francés de Strasburgo (que todavía era departamento de Francia), librero y quincallero en la Habana, donde hay muchas librerías á medias con la quincalla, no sé por qué.

Llamábase este librero Leon Williez, y era sobrino del relojero del mismo nombre, á quien todo Madrid ha conocido en la calle del Príncipe. Este relojero lo fué de mi padre desde que vivíamos en la casa hoy palacio de Santoña, y cuidó de los relojes por los cuales conté las horas en que escribí todos mis dramas y mis leyendas. El Williez librero trabó conmigo relacion por una carta que desde la Habana me escribió á Méjico, con motivo de la muerte desastrosa en desafío que acabó con el honrado y pundonoroso director del *Diario de la Marina*, Isidoro Lira, que me protegió franqueando á mis escritos las columnas del folletin de su periódico, con un sueldo de tres mil duros anuales, en 1860. Williez, al participarme la muerte de Lira, me decía que el

periódico cambiaba de propietario, de redaccion y tal vez de opinion con la muerte de Isidoro; que como yo, fiado en la amistad y proteccion de éste, había dado la mitad del original por todo el sueldo, que mensualmente me remitía aunque no escribiera, él se me ofrecía á pagar lo que me reclamáran (si me lo reclamaban) y á seguir pagándome el mismo sueldo si aceptaba los trabajos que á continuacion me proponía. Concluía su carta diciéndome con el más familiar desenfado que habiéndose presentado á él para pedirle mi direccion el apoderado de un acreedor de mi casa por mil ciento diez y ocho pesos, con un tono y una cara que no le había parecido de buen augurio, se había tomado la libertad de satisfacer aquel crédito, cuyo recibo me enviaba adjunto, para evitarme el disgusto de ver la cara y oír el tono de semejante acreedor.

Dejóme sumido en un mar de confusiones esta extraña carta de tan extraño personaje, y dudé mil veces si era una broma; pero el recibo en papel sellado, legalizado por ante escribano, el timbre del papel y un paquete de libros en rústica que me trajo despues un dependiente de las mensajerías, me hicieron por fin tomar por lo sério aquel inesperado editor y aquella extraordinaria manera suya de hacer negocios. Contesté que aceptaba sus proposiciones, que comenzaría la traduccion de aquellos libros que me enviaba á condicion de no poner mi nombre en su portada y bajo las condiciones que iríamos conviniendo en nuestra subsiguiente correspondencia.

Mal convencido aún y receloso, sin embargo, escribí á Juan Ariza pidiéndole noticias del hombre é informes de su establecimiento; contestóme Ariza con una concision espartana: «acepta,» y acepté. Traduje del francés

y del italiano una porcion de librejos, cuya traduccion no creí deber firmar, y Williez me envió exactamente las mensualidades estipuladas y cuantas sumas necesité; mil doscientos pesos que dejé al Sr. D. Manuel Mendoza Cortina para pagar mis cuentas atrasadas y del semestre ántes de partir, y trescientos y pico que recibió por saldos de cuentas conmigo el Sr. D. Pio Bermejillo, fueron remision de Williez en letra contra el banquero Portilla; y todo este crédito y estas remesas me las hacía Williez sin la más mínima observacion.

Tal era el hombre con quien me reuní á bordo de *La France*, y á quien no me cansaba de examinar y estudiar. Sencillo y vulgarísimo era su exterior, modesto, pero limpio hasta la pulcritud, en su vestir; claro y conciso en el hablar, con poco acento francés en el castellano y con inmensa facilidad en el aleman; nacido y criado en Strasburgo, el aleman y el francés eran simultáneamente sus lenguas maternas; y esa fué su desventura y la mia, porque, el tiempo andando, mientras arreglaba en Strasburgo sus negocios de familia, tomándole por espía, le fusilaron los prusianos.

Hombre práctico y nada poético ni ideal, estaba siempre dispuesto á todo; y comprendí, al estudiarle, que se había metido en negocios chicos y grandes, segun la necesidad de su situacion y de su bolsillo. Durante la navegacion no permitió que mi secretario ni yo pagáramos ningun extraordinario, declarándose nuestro tesorero; y al desembarcar en San Nazaire, nos dió una muestra impagable de su audacia y *savoir faire* en el ejercicio de su gramática parda mercantil.

Mi secretario y yo traíamos poco equipaje; una maleta de cuero inglés cada uno; pero Williez traía dos enormes mundos, que nosotros creimos llenos de libros

y de papeles. Depositados en el muelle los equipajes para registrarlos, y ojo avizor sobre ellos los aduaneros franceses, Williez dejó que dos de éstos registráran nuestras dos maletas y la suya, que puso al lado, diciéndome miétras y en francés, y alto de modo que los aduaneros lo oyeran:

— Usted trae unos cuantos cigarros; vaya usted á declararlos y pagar los derechos á la administracion.

— Este señor tendrá la bondad de acompañar á usted — dijo volviéndose á uno de los dos aduaneros, y le añadió:

— Este caballero llega por primera vez á Francia, y no está enterado de los trámites administrativos de nuestro país.

Partí yo con el aduanero, declaré mis cigarros, que me había regalado Ariza para el viaje, pagué por ellos una enormidad, y cuando volví al muelle hallé á Williez y á mi secretario sentados tranquilamente sobre los mundos de aquél.

— Vámonos, nos dijo en cuanto yo llegué.

Cargólos en un carro con las maletas, y nos fuimos á un hotel á esperar, almorzando, la hora de tomar el tren de París. Federico (mi secretario) me dijo que miétras yo estuve en la administracion había arrimado sus dos mundos sin registrar á nuestros baules ya registrados, y con el más diestro disimulo les había puesto la cifra de registrados que los aduaneros ponían con su yeso en los ya vistos, sentándose con él á esperarme sobre ellos, y suponíamos que había introducido libros impresos en los Estados-Unidos.

XIV

A las nueve de la noche nos instalábamos los tres en París en casa de una tía de Williez, y á la mañana siguiente, llevándonos á su cuarto ántes de almorzar, nos dijo:

—Ahora yo pago su estancia de ustedes en París; porque como ustedes no fuman, les debo en obsequios la parte que de mi contrabando les pertenece por haberme ayudado á introducirlo.

Y abriendo sus dos mundos, vimos que contenían cada uno cincuenta cajas de los mejores vegueros de Vuelta Abajo.

Williez se reía y se aprovechaba de todo. Al mostrarme yo poco satisfecho de su hecho, me respondió:

—¡Bah! hace medio siglo que mis compatriotas viven engañando al universo, y es justo que haya quien les engañe. Es la ley de la compensacion; además, que el buen mercader debe de saber sacar horros los gastos de viaje.

Y entónces me apercibí de una coincidencia extraña: en mi arribo á Méjico ayudé á defraudar al gobierno republicano con los relojes de Losada, y á mi vuelta á Francia, á la Hacienda imperial con los tabacos de Williez.

XV

Este se hizo nuestro *cicerone* en el París nuevo, donde para mí eran ya nuevos y desconocidos los hombres, y cuyas nuevas cosas venía curioso de ver. Muriel, mi protector, había muerto; Fernando de la Vera andaba representando por la América Central á S. M. C.; Torres Caicedo bullía por su país preparando la realizacion de sus sueños de oro, que eran una plenipotencia cerca de la Santa Sede; el doctor Delmás había espirado en los brazos de su sobrina, víctima del cólera esporádico, contraído en la asistencia de dos marinos coléricos, despues de haber probado en un luminoso artículo de una Revista médica que el cólera no se trasmite por contacto, es decir, *que no se pega*, como dice el vulgo. Su sobrina Celeste se secaba conservando con su virginidad los empajados pellejos de aquel gato y aquella liebre que vivieron alegres sin echar de ménos el bazo que mi amigo Delmás les había extraído. Mademoiselle Celeste, que vivía solitaria y melancólica con la modesta herencia y los empajados recuerdos de su tio, me dió á entender, entre suspiros y reticencias, que la señora por quien desbазó Delmás á aquella liebre y aquel gato no pudo resistir como ellos la operacion.

De aquella visita á Celeste Delmás saqué yo dos consecuencias: una, que por lo visto á la raza humana la es más necesario el bazo que á los gatos y á las liebres, puesto que los estudios hechos en el bazo de éstos no sirven para la extraccion del de una individuo de aqué-

lla; y otra, que la doncellez, indefinidamente conservada, agría y arruga generalmente á las mujeres como si se las pusiera en escabeche. Y esta observacion pertenece á mi fusilado editor Williez, al cual asombró la decrepitud prematura y la extrema delgadez de mademoiselle Celeste, junto á quien sería una maciza Vénus de Milo la delgadísima Sarah Bernhardt.

París me pareció lo que me había parecido veinte años ántes: el paraiso de los tontos; y como yo pertenecí siempre á la numerosa familia de los papa-moscas, me eché por aquellas calles y me embobé ante las tiendas, los bazares y las exposiciones de toda especie por el día, y fuí con Federico á entontecerme por la noche en el teatro histórico y en los otros levantados en mi ausencia. En el histórico ví la mágia de Cendrillon, que maldito lo que se me alcanzó que tuviera de histórica; pero yo he sido siempre muy aficionado á los funámbulos, atletas, equilibristas y bailarines, y sobre todo á las bailarinas.

Una buena mímica italiana, contando á patadas en el tablado y á manotazos en el aire la muerte de Julio César ó la presentacion de Galileo al dux de Venecia, me extasía; y luégo, cuando avanzan desde el fondo de la escena sobre la luz de la batería cincuenta ó sesenta pares de piernas, saliendo de aquellas faldas de gasa, que no son hoy más que un pretexto para salir en cueros, y aquel batiburrillo de brazos y cabezas de sílfides, y aquellos cuerpos alados de mariposa... vamos, es un espectáculo de verdadera diversion, porque no obliga á pensar en las unidades clásicas, ni en los anacronismos históricos, en una palabra, no obliga á convertir la diversion en estudio, como sucede con los dramas y las comedias; y en suma, puede uno hacerse cuenta que

ha tomado una dosis del hachich del sultan de Constantinopla ó del emperador de Marruecos, y que está uno abriendo una de aquellas frutas de cuyas pepitas brotan las huríes, que salen de ellas para abanicar graciosamente el sueño de la siesta de los bienaventurados del paraiso de Mahoma.

Finalmente, el baile tiene la ventaja de que las bailarinas no tienen palabra; es decir, no hablan, y la palabra es lo que mata el teatro y la humanidad; si no habláramos, si hubiéramos tenido la dicha de que el hombre se hubiera quedado en el último peldaño de la escalera del difunto Darwin, que en paz descanse, la humanidad, mímica y no parlante, hubiera bailado en vez de hablar; y jamás hubiéramos dado en pronunciar esos magníficos discursos académicos y congresiles, que jamás han aclarado sino embrollado las cuestiones, ni hubiéramos oido en el teatro platicar en redondillas y en octavas á los reyes con las fregonas, y á los papas con las lavanderas.

Por eso me encantan á mí los bailes y las bailarinas, porque no hablan; y no haciendo discursos filosóficos ni versos prosáicos de los que hoy se usan, me producen un deleite plástico, un deliquio platónico, resultado de la combinacion artística de la música y el movimiento. Como mujeres... nunca las tomo, porque creo que no las hay más desventuradas: detrás de unas no hay más que una triste historia, una série de días de trabajo y de noches de lágrimas y soledad; y detrás de otras un antro lóbrego, al cual no me he querido nunca asomar; alguna vez he aliviado el trabajo y enjugado las lágrimas de alguna; de ninguna he rasgado por la noche la malla de seda que miente la carnacion y acusa los contornos de la móvil exposicion de su cuerpo.

XVI

¡Demonio! Ahora me apercibo de que estoy pasando por París, y de que he largado la introduccion de un artículo realista á lo Emilio Zola: vámonos pronto de París como yo me fuí, que fué de esta manera.

Contemplaba embobado una noche los equilibrios de un clown en el Circo de invierno, cuando una mano se apoyó en mi hombro y una voz conocida se introdujo en mi oído, diciendo:

— ¡Tú aquí, Pepe!

Era Juan del Peral, que siempre tuvo el don de ubicuidad: á todo el mundo conoce, con todo el mundo habla, de todo el mundo es amigo, y entra y sale en teatros, ateneos, oficinas, redacciones y ministerios como Pedro por su casa. En todos los periódicos escribe y de todos los centros de publicidad es corresponsal; no hay salon de duquesa, gabinete de traviata ni cuarto de actriz cuya puerta no le esté franca, y su encuentro era el más inoportuno que podía yo haber hecho, importándome no dar en España el quién vive de mi vuelta á Europa, porque era infalible que al día siguiente algun periódico la daría.

Y la dió; pero no tuvo eco, porque no volvió nadie á verme ni á saber de mí. Williez arregló mis cuentas con mis antiguos editores franceses, hizo con poderes legales mis cobros y mis pagos, y dándonos con él cita para Madrid en el mes de Octubre, partimos mi secretario y yo para Lyon, Aviñon y Nimes, dando fondo

en Perpiñan y visando á España como dos perdigueros de muestra sobre una perdiz.

Necesitaba yo mucho tino, y tomar bien lenguas y precauciones, para no dar una pifia; un buen bombo, un éxito ó una ovacion, rara vez se obtienen ya espontáneos: es preciso prepararlos; no se tiene dos veces un cementerio con tres mil personas á mano para salir al mundo, como tuve en 1837, á la muerte de Larra. Los mejicanos me habían pronosticado que mi patria no se acordaba ya de mí; yo me había ya apercebido, por las obras nuevas que había hojeado, de que la nueva pléyade literaria de España, la juventud sobre todo, sabía más que yo, porque había estudiado más; lo que se escribía tenía más meollo y ménos hojarasca que la con que yo había afilegranado mis huecos versos. ¿Qué juicio habían formado de mí valer, en qué estima ó en qué menosprecio me tenían los que tras mí habían surgido? ¿Me conservaban ó me habían ahogado en su memoria? Deseaba yo que los mejicanos se hubieran equivocado; anhelaba que llegase á sus oidos y á los de Maximiliano, entre el ruido de algunos aplausos, la noticia de mi llegada á España; quería poder decirle algun día: «Yo tengo mi panteon en la patria donde tuve la cuna;» y esperaba en Perpiñan, discurriendo cuándo y cómo y por dónde volver á entrar en la tierra en que ví la luz.

Viajaba yo con dos pasaportes: el uno regio, como lector del Emperador y agregado á su casa imperial, del que en ninguna parte me serví; en el de mi secretario Federico decía: «le acompaña D. J. Zorrilla;» y resultaba yo en él como su ayo, su mayordomo, su preceptor, en suma, como segunda persona. Así entramos el 19 de Agosto en Barcelona, y nos hospeda-

mos en el hotel de las Cuatro Naciones, no hablando más que francés, y sin que á autoridad alguna ni á vigilante de la frontera se le hubiera ocurrido que aquel Zorrilla, acompañante de un muchacho, fuera el autor de *Don Juan Tenorio*, viviendo yo siempre muy sobre mí para oír impasible mi nombre, si en mi presencia se mentára. Y así pasamos veintiun días en Barcelona, hasta que al vigésimosegundo se les ocurrió al avisgado Aulés, al excéntrico Llanas, al severo Angelon, y á algun otro literato catalan, que aquella corva nariz judía y aquella fabulosa perilla, que bajo un hongo de muy anchas alas y sobre un estrecho gaban de verano iban todas las noches á respirar y á ventearse con las auras del mar al paseo de la muralla, eran las mismas que mis retratos copiaban desde Febrero de 1837.

Una mañana en que solo y descuidado miraba yo unas caricaturas en un kiosko de la Rambla, sentí un «aquí está Zorrilla,» al tiempo que una mano familiarmente caía sobre mi brazo. La sorpresa me obligó á venderme, y mi incógnito no pudo durar más. Al día siguiente se presentó en mi cuarto del hotel el tan conocido como estrambótico fabricante Pepe Puig y Llagostera, con una carta del bravo Ramon Losada, relojero cronometrista de Regent-Street, que era sócio de la compañía de su fábrica explotadora, y en cuya carta le mandaba alojarme en su casa, etc. No era posible desairar al buen Losada, y su carta fué el origen de mi amistad y vida comun con aquel extraño personaje, fabricante, diputado, conspirador y malogrado y disparatado Pepe Puig.

Aquí concluyen mis RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO. De mi *Vuelta á la patria*, segunda parte de estos, tengo por

concluir un libro, que publicaré ó no, segun me convenga. En él, quince años despues de mi vuelta, me muestro agradecido á cuantos me han honrado con un verso de bienvenida y áun con un simple saludo de cortesía, desde Narciso Campillo, que de Sevilla me dirigió el primero unas quintillas preciosas, hasta Manuel del Palacio, que aboga por mí en unas ingeniosas décimas en la hoja literaria de los *Lúnes de El Imparcial*.

XVII

De cómo mi secretario pasó á Valladolid, y allí dispuso mi primera lectura en el teatro de Calderon; de cómo de Valladolid subió á la villa y Corte, donde con la intervencion y auxilio de Pedro A. de Alarcon, gran conocedor de la tierra, y práctico en el manejo de la aguja de marear, me preparó mi presentacion con el bombo y serenatas convenientes; de cómo Luis G. Bravo, presidente entónces del Consejo de Ministros, temió neciamente primero que mi vuelta á España trajera una intencion que no cabía en mí, y lealmente despues me presentó á SS. MM. los reyes doña Isabel y D. Francisco, y de todo lo demás, que ni aquí cabe, ni á mis lectores importa, hay minuciosos pormenores en mi *Vuelta á la patria*.

Hace y basta hoy á mi propósito recordar cómo, ajustadas cuentas con mis antiguos editores y con los acreedores viejos mios y de mi casa, con aquéllos por ante mi escribano Hortiz y sus hijos Constantino y

Pepe, y con los acreedores por mí mismo llamándolos á concurso, resulté debiendo, y acepté con latas condiciones que todos me acordaron, nueve mil y pico de duros; á cuenta de los cuales exhibí á Gullon mi *Album de un loco* en diez y ocho mil reales, y á los acreedores veinte y tres mil, de los treinta y tantos mil que con mis lecturas había ganado. Con lo cual, dando fin á mi primera exhibicion, me quité de en medio, segun mi costumbre, sin decir á nadie esta boca es mía, y me sumí en Quintanilla de So-Muñó á apacentar mi alma con las dulcísimas memorias de la niñez y las tristísimas de mi buena madre, mártir de mi abandono. En Diciembre de 66 dí á mi secretario Federico mil duros, de los mil doscientos que por su sueldo me había dado Maximiliano; y á éste, por mano de aquél y por el paquete francés de Saint-Nazaire, escribí dándole parte de lo hecho y aceptado; compré unos caballos para ir y venir de Quintanilla á Búrgos y de Búrgos á Quintanilla; y en largos paseos por aquellos lugares donde había sufrido y gozado mis pesadumbres y amores de muchacho, y en largas conversaciones con un viejo prebendado de la catedral de Búrgos, á quien he tenido por padre y como á tal he querido y venerado siempre, y para quien más tarde escribí la dramática tradicion burgalesa de mi *Encapuchado*, esperé la llegada del mes de Junio, plazo de mi palabra empeñada al príncipe austriaco, á quien había prometido volver á Méjico.

A fines de Mayo, mi viejo segundo padre, el prebendado D. Julian García, que recibía mi correspondencia, me envió una carta de Maximiliano, en la cual me decía textualmente: «La abdicacion va á hacerse necesaria; evite usted un viaje inútil y espere órdenes;

tal vez nos veamos en Miramar;» y aguardé tranquilo aquel segundo anunciado aviso, que no debía ya recibir.

Y aquí, en estos momentos de espera, será bueno echar una rápida ojeada sobre mi situación, y hacer sobre ella algunas necesarias observaciones. He dicho que había ajustado cuentas con mis editores; pero este ajuste no era un saldo: yo he debido siempre algo á mis editores, porque jamás ninguno me ha negado el crédito. Al ajustar estas cuentas, traté de corregir algunas de mis obras y de recobrar con su correccion y refundicion algo de sus productos: aviniéronse al principio mis editores con mi pensamiento, y no se negaron á cederme aquella parte que reconocían pertenecerme con justicia por la propuesta refundicion; pero mejor pensado, ellos y yo desistimos de tal idea. Mis obras (las que aún viven) no me pertenecen á mí ya, sinó al público; éste se las sabe de memoria, y por no volverlas á aprender las acepta con sus desatinos y rechaza toda correccion. Los veintidos años que estuve ausente de mi patria me mataron civilmente en el espíritu de la generacion que no me veía, y yo volví como un resucitado que sufre los efectos y presencia el espectáculo de su fama póstuma. Volvieron, pues, mis editores á quedar en su perfecto y legal derecho, sin que á mí me ocurriera entónces, ni me haya ocurrido jamás, que me hayan engañado ni menos estafado en sus contratos. Yo escribí y vendí mis obras cuando aún no existía ley de propiedad literaria; no pensé más que en captarme con ellas el cariño de mi padre, á quien por ellas abandoné; no creí que la política le empobreciera, ni que lo famoso que había con ellas hecho mi apellido fuera una razon para

desheredarme indirectamente, dejándome más deudas que capital; no pensé, por consiguiente, al venderlas, ni pude pensar en el porvenir. Es verdad que algunas han producido y siguen produciendo mucho; pero también hay muchas que apenas han producido lo que recibí por ellas, y que ya están para siempre sepultadas en el olvido.

Hay alguna que, mirada bajo el punto de vista mercantil, parece que pudiera acaso darme derecho de reivindicacion; v. g.: *Don Juan Tenorio*; este drama es una mercancía literaria que entró en circulacion en 1844, capitalizada en 600 duros. Suponiendo (y no creo exagerada mi suposicion) que no haya producido más que mil duros anuales de derechos en provincias y Ultramar, y 300 en Madrid, suman 49.400 duros en los treinta y ocho años. Si esta propiedad no hubiese sido literaria ó la ley acordára al ingenio la lesion enorme, es claro que un capital de 600 duros, del cual se han cobrado 49.000 de intereses, podía muy bien ser objeto de reclamacion y de transaccion, y no hubiera conciencia que no se pusiera de parte del reclamante; pero en este caso excepcional, no teniendo la ley efecto retroactivo, ni existiendo excepcion para las mercancías del ingenio, mi obra está legalmente vendida, y legalmente y en derecho poseida por quien me la compró; y ni me ha ocurrido nunca, ni me ocurrirá jamás demandar á mis editores la cesion de su propiedad, ni en todo ni en parte, ni ménos caer en la vulgaridad de darme por robado ni por estafado; yo vendí como entónces se compraba, y mis editores compraron como yo vendía; las obras de teatro no pueden venderse á cala como los melones: éste pudo muy bien salir calabaza como otros muchos; con que, á quien Dios se la dió, San Pedro se

la bendiga —yo rechazo toda responsabilidad de cuanto dicen de mis editores los que me quieren á mí demasiado bien, los que á ellos ó á mí nos quieren demasiado mal, y los á quienes, como al asno, matan cuidados ajenos.

Pero vaya otro punto de vista para mirar esta cuestion. *Don Juan* es lo que en lenguaje de bastidores se llama una obra de defensa; todos los empresarios se reponen con ella, y todos los actores cobran por ella su sueldo en la primera quincena de Noviembre; pues bien, si todos los empresarios y los actores, que afectan compadecer al autor del *Tenorio* por la pérdida de su propiedad, hubieran dejado ó dejáran una peseta de cada sueldo que mi *Don Juan* les procura los actores, y un duro por cada entrada los empresarios, no habría necesidad de pedir para mí al Gobierno lo que para él le piden algunos. Pero léjos de ocurírseles manifestarme tan caritativa amistad, en cuanto llego á una poblacion anuncian mi *Tenorio* á beneficio de un primer actor, me comprometen á asistir á la *ejecucion* de mi pobre *Don Juan*, anuncian en los carteles mi presentacion en la escena para atraer al público, con la esperanza de que yo *diré algo*, me colocan en el lugar más visible de la sala, instruyen á la *claque* y á los amigos de dónde me han de llamar y de lo que me han de pedir que lea ó diga; me presentan á traicion un papel ó un libro, con el cual suelo hacer uno muy poco airoso, y despues de haberme obligado á oirme á mí mismo oyendo mis versos, dichos Dios sabe cómo, hastiado de oirlos, asustado de haber hecho mal lo que sé hacer bien, y con los piés frios y la cabeza caliente, como el negro del sermon, salgo yo del teatro; donde el empresario y el actor cuentan la entrada, de la cual, por

supuesto, no me envían un céntimo, aunque no fuera más que para indemnizarme del *camelo* de verme tan mal decorado y tan descuidadamente representado; porque, seguros del éxito, ni el empresario ni los actores suelen, con rarísimas excepciones, cuidarse de las representaciones obligadas de mi *Don Juan*.

Y esto es la gloria del autor del *Tenorio*, que tiene una sola pero impagable compensacion: el aplauso sincero del pueblo, que me considera como un poeta popular desde la punta del pié hasta la de la perilla. Y salvo sea el consonante, volvamos á Quintanilla.

A fin de Junio anunció el telégrafo, y confirmaron en Julio la *Correspondencia oficial* y los periódicos, el fusilamiento de Maximiliano, que me dejaba sumido en la afliccion y cargado con mis deudas, pero libre de mi palabra y dueño de escoger tierra en que morir. Escribí bajo la impresion de aquella infausta nueva mi libro *El Drama del Alma*, segun me lo dictó mi conciencia, y me dispuse á volver á la vida insegura, azarosa y sin porvenir en España, del trabajo literario *de pane lucrando*; por más que no viese en aquel momento el modo de tomar la embocadura á la trompa épica ó á la rústica pepitaña con que iba á tener que acompañar el casi olvidado canto de mi vieja y enronquecida musa.

Pensando en ello con no infundada preocupacion, me anunció una carta de Barcelona la venida á mi retiro de uno de los sócios de la casa editorial catalana MONTANER Y SIMON. Y vino este último á proponerme la traduccion de los cuatro poemas de Teenyson en su edicion ilustrada por Gustavo Doré: convencíle yo de que era mejor hacer una leyenda española con las mismas ilustraciones de los poemas ingleses; y comenzamos aquel *tour de force*, del cual no podían salir

cuatro páginas legibles en medio del tumulto y la inquietud en que debieron escribirse—porque sabido por el excéntrico fabricante Pepe Puig y Llagostera mi trato con los Montaner y Simon, me ofreció hospitalidad en su casa de Barcelona y en su fábrica de Esparraguerra; con su cuenta y razon, como él decía, para que al poeta castellano no le ofendiera la proteccion del comerciante catalan. Acepté y me estabélci en Cataluña.

Los curiosos pormenores de aquel tiempo de vida comun, con su cuenta y razon, con Puig y Llagostera, están en mi *Vuelta á la patria*. Víctor Balaguer, Pedro A. Torres Ditazza, Roure y los poetas catalanes, me pasaron en triunfo noble y generosamente por la tierra de las sangrientas barras y las rojas barretinas; allí fuí desde entónces aceptado y tenido por hermano, y donde quiera que á oirme me han llamado, me han colmado de obsequios y de aplausos, y me han despedido con un puñado de duros; porque en aquella tierra del trabajo se comprende que nadie debe trabajar sin recompensa. Desde entónces hasta hoy he tenido casi siempre mi casa en Barcelona, y allí soy mirado como catalan, aunque no uso barretina; y allí he podido decir, como un hermano entre sus hermanos, que

“Cuando por las calles ven mi persona,
dicen los noys que pasan: *es En Surrilla*,
lo mismo que si fuera de Barcelona.

Y sea el que quiera el porvenir, no será mi pluma quien eche mas leña al fuego, ni seré yo quien retire el primero su mano de entre las de los poetas catalanes; y espero en Dios que sobre estas nuestras ma-

nos jamás desenlazadas el porvenir volverá á construir lo roto y á unir lo cortado, si por desgracia la política ó el interés llegáran á romper ó cortar algo; siendo la poesía la inmóvil base y el indestructible anillo de la unidad y de la fraternidad españolas.

Y Dios me tome en cuenta palabras dichas tan sin bajeza como sin miedo: porque sólo los necios ignoran que la lealtad es hermana de la gratitud. Así lo entendimos Puig y yo al juntarnos, y en su casa creí por aquel tiempo que la fortuna iba por fin á darme la cara.

Una buena mañana se nos presentó inopinadamente Leon Williez, tan excéntrico y estrafalario como el difunto Puig, diciéndome sin tiempo casi para abrazarnos ni áun saludarnos: «Vengo de Madrid, y vuelvo á Francia para establecer casa editorial en París. La muerte de *aquel señor* le desliga á usted de su palabra; hé aquí lo que le propongo: un contrato por diez años: tres tomos de leyendas, verso y prosa, y quince mil francos en cada un año y casa en París; cuentas, cada tres años. Si se pierde, usted no debe nada; si se gana, cubiertos gastos de impresion, correo, administracion, etc., á partir utilidades. Libres á usted las obras de teatro, libre á mí la especulacion.»

Quise hacer observaciones, pero me interrumpió cogiendo el sombrero: «No tengo más que horas de que disponer; se toma ó se deja; yo me embarco esta noche en el correo de *Cette*. Volveré á comer y á despedirme.» Y se marchó.

Conocido el personaje, y consultado con Puig, acepté; y entre los dos, él dictando, como ducho en fórmulas de tales documentos, y yo escribiendo, porque fuera de mi letra, hicimos la minuta del contrato provisional.

Tornó Williez al anochecer: firmó mi manuscrito; un escribiente de Puig hizo á la carrera una copia, que, firmada por mí, se guardó Williez; y dejándome una cantidad para que no excusára el viaje á París cuando él me llamára, le acompañamos, y partió en el buque correo de *Cette*, que es el más feo de cuantos surcan el Mediterráneo.

Creí asegurado mi porvenir; pero, por lo visto, nació de espaldas á la fortuna. Williez fué á Strasburgo á arreglar sus asuntos de familia; y al cogerle allí con aquella excéntrica facha, aquel carácter tan sin aprension, y metiéndose por todas partes, hablando correctamente el francés y el alemán, me le fusilaron los prusianos tomándole por espía.

Con que, segun mi cuenta, yo he muerto mercantilmente tres veces: la primera en la Habana, el 60, con Cagigas, cuya falta echó por tierra el negocio que debía enriquecernos á él, á Portilla y á mí; la segunda en Méjico, fusilado con Maximiliano, y la tercera en Strasburgo, con Williez.

Nadie dirá, al encontrarme tan tranquilo por las calles de Madrid y de Barcelona, que yo soy un muerto tres veces resucitado; pero advierto á mis lectores que á la conclusion de estos recuerdos estoy amagado de una cuarta defuncion, y que de ésta sí que no resucito.

XVIII

Retirado en una masía de Tarragona perteneciente á la familia del hoy conde de Rius, trabajaba yo con afan en la conclusion de mis *Ecos de las montañas*, que

es en mi juicio el libro peor que en verso se ha publicado en España en lo que del siglo va trascurrido. Ni otra cosa podía ser, escrito en los intervalos breves que de quietud relativa me dejaba la interminable série de convites, veladas, excursiones y extremados obsequios con que los catalanes me honraron por aquel tiempo. En medio de un capítulo, el municipio de Tarragona, la comision de los juegos florales de Reus ó cualquiera otra delegacion de perentoria fiesta mayor, en país más ó ménos cercano, me encerraba en un *coupé* de un tren especial, y comenzaba conmigo una semana de bailes, lecturas, festines y serenatas; y los buenos de mis editores Montaner y Simon quedaban en Barcelona con las manos en la cabeza, sin poder dar á los suscritores de mis *Ecos de las montañas* otra razon de la falta de entregas que la de que el autor estaba en una ó en otra fiesta, en tal ó cuál poblacion. Cuando de ellas á Barcelona me devolvían los que para ellas me secuestraban, ya no tenía ni tiempo de leer lo que iba publicado; y sin saber lo que decía, y esperando el cajista mis cuartillas en la antesala, concluía línea tras línea y verso tras verso la atrasada entrega, que permitía respirar á los Montaner y Simon; quienes aceptaban los insulsos desatinos de mi original, contentísimos de saber que aún no me habían vuelto loco ó entontecido la vanidad ó el cansancio, con que mi alma y mi cuerpo debían rendir y abrumar todas aquellas extremosas demostraciones de entusiasmo de los pueblos catalanes por el poeta castellano.

Lo más curioso en estas fiestas y certámenes de torres de hombres y luchas de carreras de los *Xiquets de Valls*, en las cuales me tocaba dar alguna vez el premio á los vencedores, era que aquellas sencillas gentes, que

entre Balaguer, Torres, Martí y Folguera, y mil catalanes á quienes por famosos conocían, veían por vez primera á tan extraño desconocido, se preguntaban unas á otras:

— « *¿Qui es aquest tan petit ab tanta perilla que tot hom lo saluda?* »

No faltaba alguno que respondiera:

— Es *En-Surrilla*.

Y entónces se sucedían infaliblemente esta pregunta y esta respuesta:

— *¿Quim Surrilla? ¿Lo ministre?*

— *¡Cá... no! Aquest es l'home tan savi qu'a fet Don Juan Tenorio.*

¡Dios mio! Sólo entre aquellos sencillos campesinos podía dar fama de sábio *Don Juan Tenorio* al que tan ignara y desataleadamente le escribió. Pero tales son la gloria y la popularidad, y tal es el inmediato castigo que Dios á su vanidad impone: el nombre del ministro comenzaba á oscurecer el del poeta; la política comenzaba á ahogar á la poesía, y así se confunde y se borra todo sobre la tierra. Hoy algun comerciante, al remitirme con su cuenta el objeto por mí comprado, encabeza mi cuenta escribiendo: « Debe D. Manuel Zorrilla... »

Cuando rectifico el error y le hago comprender que soy el poeta, y no el ministro, se queda como quien comprende que habla con una sombra, y alguno me ha dicho cándidamente:

— ¡Ay, yo le creía á usted muerto hace mucho tiempo!

Hé aquí la gloria de nuestra tierra: la del muerto.

Como quiera que sea, y miéntras sobre la tierra en que nací me siento vivo, cumple á mi gratitud y á mi honradez consignar en él, ántes de concluir este libro,

mi reconocimiento con los amigos que por Valencia y Cataluña en estos últimos años, sin confundir al poeta con el ministro, me han ayudado á vivir; contribuyendo á sostener mi reputacion con sus juiciosos escritos, como Pitarra (Federico Soler) y Conrado Roure, Jacinto Labaila, Herrero y otros ciento; con su hospitalidad y su hacienda en Figueras, Gerona, Mataró, Reus, etc., la familia Albert, el Dr. Barba y los empresarios Brugada, Jordan y Griffell, y otros muchos á quienes no temo ofender no nombrándolos, porque

La adulacion servil fuera en mí mengua,
Porque la fe del hombre agradecido
Está en el corazon, y no en la lengua.

Ni puedo ni debo añadir un nombre ni una palabra más.

XIX

Trabajando, pues, una tarde en el retiro de aquella masía de Tarragona de que ya he hecho mencion, me distrajo el ruido de un carruaje que á su puerta se detenía; era el de Mariano Rius, que me le mandaba con una carta, en la cual me ordenaba abandonar inmediatamente aquella quinta, donde ya no me consideraba seguro.

¡Cual no sería mi asombro al entrar de vuelta por las calles de Tarragona, topándome en ella de manos á boca con una procesion cívica que paseaba en un estan-

darle el retrato de Prim, al son de la Marsellesa y de vivas á la República!

Acababa de estallar y se verificaba la revolucion del 68, y la fama comenzaba á entenebrar con el nombre de Ruiz Zorrilla el de su pariente y homónimo, autor de *Margarita la Tornera*.

No era tiempo de publicar libros de literatura, y comenzaba el de la baja, si no del desprestigio, para los versos. Como nunca supe hacer otra cosa, comencé yo á comprender que empezaba para mí la época de la nulificacion, sofocado bajo la triple presion de la vulgarizacion de la poesía, la aparicion de dos ó tres poetas de más meollo, y autores de más sustanciosas obras que el mio y las mias, y la presentacion y engrandecimiento del poderoso nombre del Ruiz Zorrilla, absorbente del Zorrilla á secas, que hasta entónces se había venerado sólo en las principales Zorrillerías del reino que aquél en república convertía.

De esta triple é inminente catástrofe resolví yo defender mi poesía legendaria y el dudoso porvenir de mi existencia con un doble esfuerzo supremo, y procurando sacar el partido posible de aquellas tres desfavorables circunstancias.

Discurrí, pues, elevar el romancero á legendario, por si algun día pudiera llegar á plantearse la cuestion de si el legendario podrá ó no constituir una epopeya nacional, y la emprendí con el del Cid para exhibir el primer ejemplo. Como éste debía de alcanzar más dimensiones y necesitar más tiempo de los que podía nutrir el escaso precio que los editores de España podrían poner á semejante trabajo, determiné acudir al Gobierno que presidía mi homónimo y decirle: «ya que con el tuyo, que se hace famoso, me destruyes y anulas la fama

de que hasta hoy gozó el mio, ayúdame á sustentarle ó á crearme otro nuevo con mi trabajo.»

Y el Sr. D. Cristino Márto y D. Juan Valera encontraron *la fórmula*, como hoy se dice, de procurarme una subvencion anual bajo el nombre y forma de comision; por no haber antecedentes de que hubiese habido, ni tal vez fundamento de que pudiese haber, ningun poeta pensionado en España.

Y creo excusado y hasta impertinente añadir una palabra más sobre esta comision en el momento en que llega á mis oidos que personas de más valer y de más claro ingenio que yo han empezado á hablar de ella, con intencion de extender sobre mí una proteccion tan generosa de su parte como agradecida de la mia.

XX

AL EGREGIO POETA SEVILLANO D. JOSÉ VELARDE.

Mi querido amigo: Con el nombre de usted encabecé este revuelto libro de mis enmarañados recuerdos, y con él debe de concluir. Su carta de usted del 29 de Setiembre de 1880, dió motivo al comienzo de su publicacion en los *Los Lunes* de *El Imparcial*, y por ella se me devolvió el sueldo que se me acababa de suprimir. A usted debo, pues, dirigirme á su conclusion como á su principio.

De estos mis recuerdos, por estar tan engarzados unos con otros, ha resultado esta tan mal confeccionada obra en tres tan desordenados volúmenes, de cuyo segundo es esta carta el *finis coronat opus*. En ambos,

con una ingenuidad casi infantil, he dicho en incorrecto y bárbaro lenguaje lo que tal vez no debía decir en vida, porque no arguyera en mí vanidad y petulancia imperdonables; si en alguna de sus páginas mis palabras acusáran al parecer semejantes aspiraciones de una soberbia que no tengo, defiéndame, usted que me conoce, de tan injusta imputacion, aunque mi indiscrecion y falta de tacto hayan desparramado en estas hojas alguna idea mal expresada que parezca justificarla.

La enredada madeja del argumento tan mal devanado en este libro, no merece ni los honores de la crítica; porque no puede considerarse más que como pueril desahogo de un escritor viejo que comienza con él á dar muestras de que chochea.

El tomo III lo componen las *Hojas trasapeladas*, en las cuales algunos recuerdos del tiempo de Fernando VII, algunas historias que parecen cuentos y algunos cuentos que son historias, le interesarán á usted más que la narracion de los hechos efímeros de mi inútil vida. Algunos van añadidos á este tomo, que no serían tolerados ni permitidos en las columnas de un periódico; pero los he arrancado de mis memorias póstumas, en las cuales quedarán tal vez candescentes algunas chispas, que darán luz sobre la historia del tiempo y de los hombres en que y con quienes viví; y me lisonjeo, tal vez no ilusoriamente, de que algunos de los que me sobrevivan se convencerán de que no he visto el mundo y los hombres tan sólo con los ojos de la cara.

Muchas cosas tenía intencion de decir á usted en esta carta para que pudiera usted responder á las muchas que le habrán dicho y aún le dirán los que han perdido su tiempo en inventarme hechos no hechos por mí, y en ajustarme mis cuentas sin duda por las cifras de

las suyas. Pero de mi vida privada no debo cuentas más que á mi confesor y á Dios, y de mis cuentas constan las sumas totales en mis libros y en los de mis editores con estas cifras:

Los ocho primeros tomos de versos, pagados á 1.000 1.500, 2.000, 3.000 y 5.000 rs., montan 27.500. Mis treinta y dos obras dramáticas, *Don Juan*, á 12.000; *El Zapatero y el Rey*, á 8.400; el *Sancho García* 8.800, con las gratificaciones y beneficios acordados alguna vez por las empresas, no llegan, ni estirándolas en el tormento, á 300.000 reales. *El poema de María* á 32.000, con los 5.000 duros del de Granada y los sueldos de periódicos; desde los 36.000 reales de los *Cantos del Trovador* hasta los 18.000 de los *Cuentos de un loco*; los 50.000 ganados con *mis lecturas*, los 10.000 de *la leyenda de los Tenorios* y los 30.000 del *Cid*, no suman tampoco 17.000 duros; y con éstos y los 3.000 ganados con Williez, y los 3.000 con Isidro Lira, y los 4.000 que Muriel malgastó conmigo en París, los 2.000 que en Méjico malgasté yo á Manuel Madrid, y unos cuantos picos que conmigo han empleado en sacarme de apuros amigos como mis condiscípulos el duque de V. y F. T. de la V. y el G. J. y los 1.000 del banquero N. C. etc., etc.,—cuyos nombres les avergonzaría tanto á ellos ver impresos como á mi lealtad satisface poderlos citar—no llega lo por mí gastado en cuarenta y cinco años á 54.000 duros; de los cuales 13.000 no pueden entrar en la fabulosa suma que me han valido mis versos, porque no se los debo á éstos, sino á la proteccion y á la generosidad de mis amigos.—Con que, con 24 á 30.000 reales anuales, puede ahorrar ochavo á ochavo un tendero de aceite, jабon y velas, pero tiene aún que salir empeñado cual-

quiera que tenga que vestir frac y calzar guante, llamando la atención por más ó ménos justamente famoso.

Pero desventurado de aquel á quien hace Dios famoso en nuestra tierra.—Si le ven comer un día en la fonda ó convidar una noche á dulces ó á flores á unas amigas, ya le aplican las aleluyas de la vida del hombre malo: *gasta en francachelas y va con pindongas.*

Pero ¿á qué mil diablos ocuparse de semejantes cuentas ni de tan inevitables miserias? Tal es la vida social: tomémosla conforme viene, y preparémonos á morir cayendo con gracia y en posición académica, como gladiadores de nuestra edad y de nuestra tierra de María Santísima, burlándonos de nuestro propio entierro, entre las mesas de un café flamenco una noche de Navidad, ó una tarde de Junio á la salida de los toros.

Adios, mi querido Velarde; usted será famoso, porque para serlo tiene tamaños; pero se alegrará mucho de no verlo su agradecido amigo,

JOSÉ ZORRILLA.

FE DE ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
8	15	inevitable	inhabitable
10	1	á Méjico	de Méjico
161	4	amaños	tamaños
162	24	gorrion	gorron
169	5	cerceños	cenceños
171	28	agumiel	aguamiel
172	13	los augean	losangéan
175	26	napoleras	nopaleras
181	16	más de	ademas
200	9	doblana	poblana
211	10	mohino	mohin
214	11	bellotitas	belloritas
274	última	volante	volanta
286	5	su capitan	un capitan
298	7	ex-propietario	el propietario
310	15	Hacopagne	Tlacopaque
359	18	de ahorros	horros

NOMBRES EQUIVOCADOS.

DICE.	DEBE DECIR.
Angel Inambelz	Angel Juanbelz
D. Tomás Llacha	D. Tomás Hacha
Marsivault	Marivault

MANUEL MAYNER

24 MAY. 1923

JACA

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.

